

Bárbara G. Rivero

LAILA WINTER

Y

LA MALDICIÓN
DE ITHIRË

L

Lectulandia

Tras los sucesos acontecidos, la vida de Laila Winter está apunto de cambiar de forma radical. Nuevas aventuras y grandes sacrificios la llevarán a un conocimiento mucho más profundo, y con resultados inesperados, sobre los ithiries y sobre sí misma... Para colmo, la sombra de los tenebrii acecha, con planes secretos que podrían destruir el mundo que conocemos si Laila y sus amigas no son capaces de evitarlo.

Lectulandia

Bárbara G. Rivero

La Maldición de Ithirë

Laila Winter 3

ePub r1.0

Fauvar 19.10.13

Título original: *Laila Winter y la Maldición de Ithirë*

Bárbara G. Rivero, 2010

Editor digital: Fauvar

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Sobre el viento de los siglos...
Sobre el fuego de la codicia...
Sobre la luna y los soles...
Más allá de las aguas traicioneras...
Mi canto es sincero y mi deseo es puro...
Yo reclamo ante los dioses el regreso de Ithirïe.

Prólogo

Estaba amaneciendo, y era el amanecer más bonito que había visto en su vida. Ethera abrió la boca asombrada, y quiso decirle algo a su madre. Algo cariñoso, porque el sol estaba a punto de salir por el horizonte, y el cielo permanecía suspendido en un momento mágico. Todavía brillaba la luna llena, y los colores violáceos de la noche se fundían a través de una gasa de neblina.

Sintió el frescor de la hierba en sus pies. El rocío de la mañana le daba frío y estaba tiritando. ¿Pero por qué no estaba en casa, durmiendo en su cama? Luego la despertaría la odiosa Sabatha y todas las sirvientas pesadas, y le peinarían las trenzas verdosas, iguales que las de su madre. Y cuando acabasen de tirarle de los pelos, ella les sacaría la lengua y se marcharía a jugar con sus amigas.

Sin embargo aquella noche era distinta. Ante sus ojos se desplegaba toda la ciudad de Eirdain y ella no entendía por qué se habían levantado en medio de la oscuridad, en silencio como furtivos, recogiendo lo estrictamente necesario y algunos víveres. Nadie hablaba, pero la tensión y las prisas se notaban en el ambiente.

—¿Dónde vamos, mamá? —había preguntado sentada en la cama bostezando de sueño.

Su madre la miró, y por un momento Ethera sintió miedo al ver su cara preocupada entre las sombras danzantes de las velas. Ella y Sabatha susurraban cosas y Ethera volvió a odiar a la criada un poquito. Cuando Ethera hacía alguna travesura, la otra siempre estaba vigilante, como si tuviese mil ojos en todos los sitios. No había forma de escapar del castigo. Otras veces llegaba y le contaba historias de miedo, y Ethera se pasaba las noches despierta, temblando. Pero esta vez, su madre y la criada estaban nerviosas, no le hacían caso ninguna de las dos.

Sabatha no dejaba de seleccionar cosas que debían ser importantes, rebuscando en aparadores y misteriosas cajitas, y luego las guardaba en una bolsa de cuero. Mejor, así no vería sus ojos verdes de gato que le daban miedo. Su madre se acercó y le acarició la cara con dulzura.

—Hoy vamos a dar un paseo por los bosques de Ithari, y si te portas bien... —dejó en suspenso sus palabras hasta que Ethera asintió entusiasmada—, si te portas bien iremos a espiar a los humanos y a gastarles bromas.

—¿Vamos a Hiria? —exclamó la niña loca de contenta, vistiéndose a toda prisa.

—No, Hiria ya no —susurró su madre con voz tenebrosa.

De repente se había puesto seria y Ethera se preguntó si había dicho algo malo. Miró a la criada con precaución, esperando ver una mueca que indicase que estaba a punto de recibir una nueva reprimenda, pero en su cara oscura, los ojos de gato relumbraban con un brillo espectral.

Bueno, pues nada de Hiria. Ethera pensó fastidiada que le gustaría más ir a

Solarie, a reírse de esas tontas cursilonas, o a cualquiera de los otros reinos. Los había visitado todos. Conocía a todas las princesas y muchas eran mayores que ella, más serias, pero cuando iba a verlas siempre acababan cediendo a sus caprichos, jugando con ella todo el día y contándole cuentos. Iba a sugerir que le gustaría ir a Airie, a volar luchando contra el viento, cuando la mirada severa de Sabatha la hizo desistir.

Salieron del palacio sin decir una sola palabra más. Los guardianes y las damas de compañía las escoltaron hasta la Plaza del Valo Nanduil, *el Durmiente Eterno*, pero ella no pudo admirar el grandioso árbol que crecía lleno de flores y frutos hasta donde alcanzaba la vista, que se decía que estaba custodiado por un dragón, aunque Ethera nunca había visto ninguno. Se dio cuenta de que Sabatha recogía algunas manzanas del árbol y las guardaba en su bolsa de cuero. Ella sonrió maquinando una travesura. Cuando la criada se despistase, se las robaría y se las comería. Sin embargo, no pudo seguir pensando porque a su alrededor, la gente corría asustada en medio de la noche oscura. Muchos portaban antorchas y por todos lados se escuchaban gritos de aviso y alarmas.

—¿Qué pasa, mamá? —balbuceó con los ojos muy abiertos, viendo cómo las gentes corrían hacia los bosques sin importarles dejar atrás sus casas y sus vidas.

Su madre iba a contestar pero en ese momento llegó un mensajero que se postró ante ellas sin apartar los ojos del suelo.

—Majestad —saludó a la madre de Ethera con voz ronca.

—Entonces, ¿es cierto? —susurró ella.

—Sí —confirmó el otro asintiendo con la cabeza—. Ya han salido de Tir-Nan-Og. Vuelan incansables hacia nosotros.

Sabatha le susurró algo al oído y la reina asintió.

—No puedo creer que Nemaïn haya tomado esta decisión —dijo retomando la marcha, ahora con más prisa. Ethera sintió el tirón de la mano.

—Dicen que no ha sido la reina Nemaïn —susurró el mensajero caminando tras ella—. Dicen que Nemaïn está llorando con el corazón roto de dolor. Las tuathas han emitido su veredicto y ella no puede hacer nada...

—¡Tonterías! —replicó la reina apretando los labios—. ¿Se sabe algo del general Fahon?

—Nada. Desaparecido. Todo apunta a que ha sido él el responsable de este malentendido.

—¡Maldito loco, nos va a matar a todos! En nombre de los dioses, ¿para qué querría las Piedras de Firie? ¿Acaso no tuvo bastante con lo de Hiria?

El mensajero permaneció en silencio sin saber qué responder y la reina siguió su camino con Ethera de la mano, sumida en profundos pensamientos.

—Regresa a Tir-Nan-Og —ordenó por fin al mensajero—. Solicita audiencia con la reina Nemaïn a solas, no quiero que la perturbada de su hermana esté presente

cuando te reúnas con ella. Dile que en nombre de la reina Laira, Ithirïe entero se postra a sus pies suplicando clemencia.

—Pero majestad —se asombró el otro.

—¡No me importa humillarme! —exclamó la reina perdiendo la compostura—. Pero tenemos que sobrevivir a esto. Es un terrible error y estoy dispuesta a pagar por lo de Hirïa una y mil veces, pero no por esto. Por esto no. Vete y cumple mi mandato.

El mensajero se arrodilló ante ella acatando la orden y luego se alejó presuroso perdiéndose en la noche. Ethera miraba hacia atrás, hacia las grandes pirámides que se alejaban poco a poco. Una muchedumbre se había congregado bajo el Nanduïl portando estandartes y miraban al horizonte en silencio. Muchas de sus compañeras de juegos estaban allí, cogidas de la mano de sus madres, y las niñas la observaban partir con los ojos llenos de miedo.

—Yo quiero ir a la plaza —se encaprichó de repente intentando tirar de su madre hacia atrás—. Quiero jugar con ellas...

—Ahora no —cortó la reina sin dejar de caminar—. Quizás en otro momento. Mañana tal vez.

Ethera utilizó su arma definitiva para convencer a su madre y se puso a llorar sin consuelo, solo que esta vez no sirvió de nada. Además la odiosa Sabatha le hizo el gesto de pellizcarla y ella apretó el paso.

Dejaron Eirdain atrás y pronto una multitud de ithirïes se congregó en torno a ellas. Todos parecían asustados y muchos lloraban. Se habían refugiado en un bosquecillo cercano, ocultándose a la vista. La reina Laira no dejaba de contemplar la hermosa ciudad de las pirámides y las miles de antorchas congregadas en la Plaza del Nanduïl, el gran árbol símbolo de todo el poder de Ithirïe.

Pasaron las horas, las más negras de su historia, mientras esperaban... Todos esperaban una respuesta que por fin llegó. El sonido de un cuerno rasgó el silencio con un retumbo sordo y sin darse cuenta, todos miraron hacia el cielo a la vez.

Estaba amaneciendo. Ethera sonrió, porque era un amanecer precioso. Parecía que el sol salía por todos lados e iluminaba las pirámides con pinceladas de oro. Miró a su madre y ella le apretó la mano con fuerza. Entonces la reina se agachó hasta su altura y le dio un beso en la frente.

—Sólo entregarás tu corazón una vez en la vida, igual que yo te lo estoy dando ahora —le dijo abrazándola—. Quieran los dioses que seas feliz cuando elijas a quién dárselo, y quieran también que todos tus días estén llenos de gloria.

Ethera puso cara de extrañeza. Pues vaya tonterías le estaba soltando su madre precisamente en el momento en que ella quería ver el sol nacer.

—Prométeme que algún día volverás —le pidió la reina Laira. En sus ojos había lágrimas.

—Sí, mamá —contestó ella. Sin saber por qué tenía el corazón encogido, pero

estaba dispuesta a decir cualquier cosa con tal de que su madre no llorase.

El sol rompía ya el silencio mágico del alba y el cielo se estaba tiñendo de sangre. A su alrededor se sentía el miedo y muchos corrieron a esconderse en la espesura. Entonces la reina Laira le soltó de la mano y pidió un caballo. Voces de protesta se alzaron por todos lados, pero ella no hizo caso. Con gran dignidad subió a la montura que un sirviente había traído y miró a su hija por última vez.

Ethera no sabía qué estaba pasando, pero comprendió que su madre se marchaba y la dejaba sola. Gritó y lloró mientras los brazos decididos de Sabatha la arrastraban hacia la espesura del bosque. En el cielo, una riada de soles iluminaba las grandes pirámides de Eirdain, pero ella sólo veía que su madre partía al galope alejándose de ella. El aire estaba lleno de gritos, los cuernos retumbaban sin cesar martilleándole los oídos. Tras ellos, murallas de fuego engullían la ciudad de Eirdain y con ella, los maravillosos árboles, las grandes pirámides y todo lo que encontraban a su paso.

Las ramas de los árboles le herían los brazos y la cara. Ethera lloraba sin parar, pero nadie le mostraba ningún consuelo. Todos corrían hacia los claroscuros del bosque. Gritos confusos y dolor. Caras crispadas cambiantes mientras ella llamaba a su madre una y otra vez.

—¡Emboscada! —se escuchó un grito por encima del tumulto.

Todos se detuvieron asustados en medio de la arboleda. Delante de ellos, un cortejo de soldados les esperaban. Y más que salían de los bosques, todo un ejército. La gente intentó huir, pero muchos fueron abatidos con flechas de fuego. Ethera gritó de espanto y Sabatha, que la llevaba en brazos, trató de apartarle la vista.

Los obligaron a arrodillarse con las caras pegadas a la tierra, registrando y destrozando todas sus pertenencias. Entonces los soldados se apartaron dejando pasar a un sacerdote vestido con togas púrpuras. El bosque entero pareció quedarse congelado en el silencio, con los rostros ithirïes expectantes, los ojos llenos de miedo.

—¡Dónde está la que se hace llamar la reina Serpiente! —demandó buscando por entre los arrodillados.

Nadie contestó. El sacerdote hizo un gesto y los soldados arrastraron a un ithirïe cargado de cadenas de hierro, lleno de heridas, que se desplomó en el suelo. Ethera gritó al recordar el rostro del mensajero que había estado hablando con su madre horas atrás. Entonces Sabatha se puso en pie lentamente, arrojando a la niña contra su regazo, y el sacerdote la miró con sorpresa.

—La reina Laira ha muerto —declaró con la cabeza muy alta y Ethera ahogó un aullido—. Y por el gran Valo Nanduïl, el Durmiente, que su sangre caerá sobre todos vosotros algún día por el crimen que hoy habéis cometido.

El sacerdote no pareció impresionarse y la observó en silencio.

—Nïhalïae Ithirïe —contestó por fin y sus palabras retumbaron extendiéndose por el bosque como nubes de tormenta—. En nombre de su majestad, la reina Nemaïn,

desde hoy se os declara traidores a Īlanthilīan y se os condena al exilio o a la muerte.

Todos gritaron y aquellos que intentaron ponerse de pie fueron golpeados salvajemente hasta postrarse de nuevo. El sacerdote se acercó a la criada, con los ojos ardientes puestos en Ethera.

—Sólo es una niña —gimió ella, comprendiendo al punto sus intenciones, apretándola aún más contra su pecho.

—Es la estirpe de las serpientes —rechinó el sacerdote los dientes, arrancándosela de los brazos y contemplando sus ojos inundados de lágrimas—. La heredera de los gusanos y las alimañas —la insultó sin piedad—, la reina de los traidores. Con su muerte, el veneno dañino de estas víboras se extinguirá para siempre.

—¡Por los dioses! —suplicó la criada poniéndose de rodillas—. Debes saber quién soy. Daré mi vida a cambio de la suya, pero no le hagáis ningún daño.

—No sé quién eres ni me importa. Tu vida no vale nada, perra, y con gusto derramaría yo mismo la sangre de esta criatura inmunda, si la reina Nemaïn no hubiese decidido respetar su existencia en el último momento.

Arrojó a la niña al suelo como si le diera asco tocarla y luego le escupió en la cara. Ethera temblaba de miedo. Las lágrimas le impedían ver nada más que imágenes borrosas. Un soldado que había estado registrando las pertenencias de las criadas, derramó todo el contenido de la bolsa de Sabatha sobre la tierra. Después de pisotear varios frascos y pequeñas joyas cogió algo para inspeccionarlo. El gran sacerdote pareció interesarse por aquello y el soldado se lo acercó de momento haciendo una reverencia.

—Así que pensabais volver —se regocijó el otro abriendo un libro con seis gemas incrustadas en la cubierta—. ¡Qué osadía!

Sabatha no contestó.

El sacerdote pasó las páginas lentamente, sonriendo, hasta que cerró el libro. De repente arrancó la gema que era una esmeralda redonda y la apretó en la mano hasta que prendió fuego. La gema se convirtió en humo negro. Luego tocó con sus dedos el resto de joyas, y todas se fueron apagando una a una. Entonces arrojó el libro a la cara de la criada.

—Esto es lo único que tendréis de Īlanthilīan —concluyó trazando un signo de fuego en el aire—. Todos los reinos estarán cerrados para vosotros y nadie os prestará ayuda. No se os permite pasar. Las grandes puertas están rotas y nunca volveréis a ver el sol sobre Eirdain. Hoy Ithirīe será reducido a cenizas y vuestros espíritus inmundos jamás tocarán esta tierra. Sólo si los dioses son clementes, quizás algún día escuchen vuestras súplicas patéticas y os concedan la muerte.

La extraña criada se puso en pie temblando de ira. A su alrededor comenzó a arremolinarse un viento frío que arrastraba la hojarasca. Por un momento pareció

imbuirse de poder y resplandeció con un aura verdosa. Sus ojos de gato eran terribles en medio de la oscuridad creciente. Algunos soldados dieron un paso atrás.

—Algún día... —empezó.

—No agotes mi paciencia, bruja —le advirtió él—. Respeta esta tregua magnánima que se os está concediendo...

—¡Algún día reclamaremos ante los dioses nuestro regreso! —gritó ella extendiendo las manos que de repente parecían garras ardiendo en fuego verde.

El sacerdote dio un paso atrás, aterrado, y tropezó con uno de sus soldados cayendo de espaldas. El fuego verde culebreó hacia él como una serpiente, y su toga púrpura empezó a arder en medio de gritos y manotazos frenéticos. Los soldados se apartaron de su lado con horror.

Sabatha lo contemplaba gritar y retorcerse en la tierra sin rastro de piedad, con una sonrisa que helaba la sangre mientras nadie acudía a socorrerlo. El cielo rojo se llenó de relámpagos sobre su cabeza y todos los ithirïes se encogieron temblando, intentando no mirarla. Ethera lloraba llena de miedo.

—¡Sobre el viento y el fuego volveremos! —aulló la criada con un rugido sobrenatural, por encima del sonido de los truenos. Ninguna garganta normal podría haber gritado así—. ¡Sobre la luna y los soles volveremos! ¡Más allá de las aguas, volveremos! Y ese día, juro por nuestra amada reina Laira que no habrá sitio donde os podáis esconder...

Aquel fuego verde creció con ella hasta consumirla en llamas igual que al sacerdote. Su figura entera pareció elevarse y convertirse en algo monstruoso de alas negras mientras gritaba sus últimas palabras ante el espanto de todos. Pero aquella imagen terrible sólo fue una sombra cambiante, que se encogió sobre sí misma unos momentos y sus cenizas se dispersaron flotando, arrastradas por el viento frío.

Y entonces todo desapareció. Como en un sueño de nubes grises, Ethera descubrió que ya no estaba en los bosques de Ithirïe. Los soldados de Firïe habían desaparecido, no había grandes árboles verdes ni el cielo ardía en sangre. A su alrededor, sobre la hierba agostada de un lugar desagradable y desconocido, la gente lloraba y maldecía a los dioses. Se sintió terriblemente sola y asustada. A sus pies, las últimas manzanas del Valo Nanduïl y un libro con cinco gemas muertas.

Entonces comenzó el verdadero tormento de los ithirïes. Sin un lugar donde ir, errando durante milenios, escondiéndose, huyendo en un mundo que no les pertenecía, ocultándose de humanos hostiles que no recordaban que ellos y los ithirïes forjaron alguna vez una alianza llamada Hirïa. No. Aquellos eran nemhiries y ni los adoraban, ni querían saber de ellos.

Muchos murieron de pena, incapaces de soportar la pérdida de Eirdain; otros se dispersaron ocultándose en grutas y cavernas, bajo la tierra, bebiendo el lodo y la

podredumbre, alimentando sus corazones de odio y de amargura hasta que llegaron a maldecir al propio reino de Ithirïe.

Pero Ethera continuó. Su corazón lloró hasta que ya no hubo más lágrimas, hasta que descubrió que nada importaba y permitió que la negrura invadiera los páramos vacíos de su alma.

Siguió adelante. Luchó a lo largo de centurias sin que nadie de su pueblo quisiera escucharla. Las que sobrevivieron con ella le contaron viejas leyendas, cuentos que yacían perdidos en el mismo amanecer de los tiempos, poderosos cánticos de un mundo antiguo que apenas recordaba.

Aprendió cosas, misterios que le susurraban los árboles y los ríos, historias que silbaban las serpientes y las alimañas, incluso aprendió de viejas brujas nemhiries que vivían apartadas en los bosques. Sabiduría ancestral, noticias que le traían los vientos de la tierra. Supo de los cambios que ocurrían en Īalanthilïan a través de los siglos y de las antiguas princesas que una vez fueron sus amigas. Ahora eran las reinas.

Le contaron las leyendas de la antigua civilización de Hirïa y su destino final: Firïe fue el juez implacable e Ithirïe la mano ejecutora. Quiso sentir vergüenza por aquel holocausto que ellos mismos causaron pero en su corazón no había nada. Supo de aquellos que lograron escapar, de sus fabulosos tesoros y de los rituales que transmitían a sus descendientes, generación tras generación, en busca de poder y venganza.

Conoció a gentes de Īalanthilïan que vivían en el mundo nemhirie por diversas razones. Proscritos, exiliados de otros reinos. Seres misteriosos y huidizos que nunca veía dos veces en el mismo sitio. Recordaba con claridad su encuentro con una de ellas, una vieja lunarïe ciega y demente una noche de tormenta. Su rostro oculto tras vendas andrajosas se quedó en el misterio porque, de hecho, la conocía, pero no sabía de qué.

—Sabré lo que quisiste —le dijo mostrándole una bola de cristal tallado en multitud de facetas—. Pero el precio de la llave será tu sangre. Dos llaves... dos sangres.

Y luego desapareció. A Ethera no le importó. La había olido. Ya sabía dónde encontrarla. La visitó más veces. Y la bruja siempre parecía estar esperándola, con su sonrisa torcida y los ojos ocultos que parecían leerle el alma.

—¿Vendrás dispuesta a pagar? —se rió con su risa cascada.

—Sí —Ethera sacó una daga y puso el borde afilado sobre su mano abierta.

—Ta, ta, ta, bobadas —negó ella con una sonrisa espantosa, agarrándole la mano con sus dedos huesudos—. No será esa sangre tuya llena de veneno. Y yo sólo cobré una de las dos.

Ethera apartó la daga despacio y se produjo un silencio enorme.

—Conoces el futuro —intuyó temblorosa—, ¿pero también el pasado? ¿Sabes por

qué ocurrió y quién nos hizo esto?

—No te importa —le espetó la vieja—. Porque no te importará.

Ella apretó los labios, contrariada. La esfera tallada lanzaba destellos en la palma de la misteriosa anciana. Al final asintió en silencio.

—Cuando el Viento de los siglos se haya marchado —susurró la vieja—, el Fuego de la codicia marchito... Cuando la Luna abandone la oscuridad y los Soles olviden la luz; cuando las Aguas traicioneras sientan el avance de la muerte y los dioses siseen el regreso de Ithirïe, mi amor te enviará una llave a través de los tiempos. Y será tu sangre la que pague por él. Después, por esta llave —le dio la esfera de cristal—, yo misma tomaré tu otra sangre y el ciclo se completará, pues nada veo más allá de las sombras... Estás advertida.

Ethera sintió un escalofrío aunque no entendía nada. ¿Él? ¿Quién era él? Parecía ahogarse en la memoria pero entonces recordó las terribles palabras de Sabatha, olvidadas miles de años atrás, las mismas que la bruja acababa de pronunciar. Cuando quiso interrogar a la misteriosa vieja, se había esfumado en sus narices.

Pensaba en aquella visita como si hubiese sido un mal sueño, pero notaba algo. Se acercaba el momento. Consultó las runas miles de veces y siempre decían lo mismo: para consumir su venganza debería unirse a un humano, sacrificarse porque una vez, los ithirïes cometieron un crimen espantoso con el pueblo de Hirïa, sus elegidos, aquello que ellos mismos castigaron sepultándolos vivos en una lluvia de fuego y arena.

Recapacitó una y mil veces sobre aquello. El libro de Sabatha que había recogido del suelo aquel día y que siempre llevaba consigo, permanecía en blanco, con todas las piedras apagadas. Era un libro de Hirïa. Un libro humano. Ellos no podían volver, estaban malditos, pero una niña humana que llevase su sangre sería capaz de abrir las puertas...

Retrasó cuanto pudo aquella decisión. Tener relaciones con humanos era lo más desagradable que se le podía exigir. Sin embargo, quizás los mismos dioses precipitaron las cosas, pues una primavera, cuando se bañaba en el lago rodeada de sus jóvenes doncellas —que jamás alcanzarían la gracia de sus madres o la sabiduría de sus abuelas, pues eran torpes y descuidadas—, descubrió a uno de aquellos bárbaros nemhiries que la espiaba.

El susto la hizo huir, pero... luego recapacitó despacio, en la oscuridad de los meses que siguieron. Quizás era la señal que estaba esperando. El sacrificio que le destinaban los dioses y que ya no debía posponer más.

Y Ethera lo hizo. Y cuando se marchó sin volver la vista atrás, sabía que él estaba destrozado con el bebé en brazos. Quiso reírse, pero para su desgracia, comprendió que algo había florecido en aquel desierto que era su vida. Deseó volver, abrazar a su hija una vez más, porque acababa de descubrir que le había entregado su corazón, tal

y como su madre le había dicho una vez.

Nunca volvió a visitarlos. Le daba miedo enfrentarse al hombre, le daba miedo mirarle a los ojos. Sin embargo pidió a los vientos que le trajesen noticias de la niña sin alas, y a escondidas, mientras ultimaba sus planes y cerraba tratos, pensaba en ella con más frecuencia de lo que se atrevía a admitir.

Y ahora por fin estaba allí. Lo había sacrificado todo. Había hecho cosas terribles que nadie conocía. Crímenes que no reconocería ni bajo el martirio más intenso. Todo había salido a la perfección, paso tras paso y al final, se había enfrentado cara a cara a una de sus viejas amigas. Y delante de ella, había arrancado el libro de Hiria de las manos de su propia hija sin siquiera mirarla.

Mi amor te enviará una llave a través de los tiempos —recordó las palabras de la vieja bruja—, *y será tu sangre la que pague por él.*

Ethera asintió. Porque «sabía» que no sentía nada por la hija sin alas.

Las serpientes se arremolinaban a sus pies, siseando, acariciando su piel desnuda. Los lobos aullaron y los árboles susurraron cosas cuando la tierra empezó a temblar. El viento frío del invierno le cortaba la cara, pero ya nada importaba. Tras milenios de tortura y sufrimiento los estaba invocando. A todos. Y ellos venían. Desde las grutas profundas, desde los lagos cenagosos y las entrañas de la tierra. Su gente volvía.

Cuando los vio se dio cuenta de que todo había cambiado. Ya no quedaba nadie de aquel entonces. Los que volvían eran los hijos de los hijos de aquellos que una vez fueron expulsados. La antigua generación se había perdido para siempre, y de todos, sólo quedaba Ethera. Y Nïa, que era la sangre de su sangre, sin mezclas, sin rastro humano. Nadie más sentía en sus venas el deseo de la venganza como ella, pero aun así estaban a su lado, regresaban a casa.

Apretó el libro contra su pecho pensando en la imagen casi olvidada de su madre, allí, montada a caballo bajo el cielo rojo del sol de Firie.

—He vuelto, Laila —susurró sin darse cuenta de que no había dicho correctamente el nombre de la antigua reina de Ithirïe.

Abrió el libro y leyó las frases bajo el viento ululante. Un punto de luz verde destelló delante de ella y se alargó brillante hacia las alturas, estirándose, mostrando una puerta. Sólo una persona escuchó aquel susurro equivocado. Una chica, casi una niña, que bajó la vista para que nadie notase que estaba llorando.

1

Cyinder

La oscuridad inundaba cada recodo del palacio de Tirennon. Los corredores solitarios asustaban un poco, tan fríos y desprovistos de adornos que le resultaban inquietantes. En las paredes, diminutos farolitos llenos de luciérnagas blancas apenas iluminaban el camino con sus destellos, y las sombras se alargaban sinuosas, envolviendo las columnas como si la espíasen al pasar, vigilando cada uno de sus movimientos. Cyinder caminó presurosa seguida de su doncella, y el eco de los pasos sobre el mármol se multiplicó igual que una respiración entre susurros.

Llegó a las habitaciones que la reina Maeve había dispuesto para ella esa noche. Una cena en su honor que no había podido rechazar. Ya al día siguiente, con la primera luz de la mañana, regresaría a la Universidad sin tardanza.

Los aposentos le resultaron más agradables que el resto del palacio. Allí se respiraba calidez y comodidad. La reina Maeve se había preocupado de manera especial para que ella se encontrase a gusto y Cyinder lo agradecía en el alma.

De un vistazo se hizo una idea bastante precisa de la sobriedad, la elegancia y la sencillez que impregnaban cada rincón, y tomó notas mentales para cambiar el palacio de Solandis en cuanto tuviese oportunidad. Muebles cómodos pero señoriales, nada de adornos de oro ni colores chillones. El blanco era perfecto y daba la sensación de flotar en un mar de espuma lleno de paz.

Su mano se deslizó sin querer a un bolsillo de la modesta toga que todos debían vestir y rozó con los dedos la carta que su madre le había escrito. Se volvió a la doncella por si la estaba espiando, pero la sacerdotisa parecía estar más preocupada por la disposición de los cojines sobre la cama y el orden preciso de los libros en las estanterías, que en otra cosa. Cuando le dio la espalda, la vestal fijó en ella sus ojos convertidos en rendijas.

Cyinder se sentó sobre el mullido colchón y sacó la hoja de papel dorado, escrita con letras góticas y chispitas de luz. Por un momento se avergonzó de la propia carta, tan recargada y brillante que le resultaba ofensiva. Empezó a releerla pero su mente voló a la cena real con Maeve y las líneas de oro se volvieron borrosas.

—¡Querida Cyinder! —la saludó la reina con una amplia sonrisa—. ¡Ven, siéntate a mi lado!

La muchacha tragó saliva. Se sentía pobre y pequeña en aquel salón inmenso decorado con un gusto impecable, pero la propia reina en persona se había levantado de su asiento para mostrarle su deferencia y su aprecio, y ella no podía sino corresponder a tal honor.

Avanzó emocionada hacia la cabecera de una mesa larguísima en la que sólo había cubiertos preparados para dos comensales, aunque allí hubiese podido cenar la corte entera de Solarie sin ninguna incomodidad.

El frío se hacía sentir por todos lados. Una chimenea majestuosa permanecía apagada tras el respaldo de la reina Mab, como si el calor fuese una muestra de debilidad que la reina de reinas no iba a consentir. Cyinder respiró hondo. Ella no era débil. Solarie no era débil. Al revés, era un reino del que tanto ella como Maeve podrían sentirse orgullosas.

—Mi querida hija, porque te puedo llamar hija, ¿verdad? —seguía la reina Blanca con su sonrisa preciosa—. Te aprecio tanto que ni siquiera siento la necesidad de la Ceremonia de las Flores. Contigo a mi lado es como si se hubiesen cumplido todos mis deseos.

Cyinder enrojeció de orgullo creyendo que la otra iba a abrazarla, pero Maeve volvió a sentarse en su silla sin siquiera tocar su mano.

—Claro que sí —respondió de inmediato, deseosa de agradarla, y se sentó frente al plato vacío.

Al momento entraron varias sacerdotisas con bandejas cargadas de frutas que dispusieron en la mesa. Maeve no probó bocado así que Cyinder tampoco, aunque con gusto se hubiese dado un atracón con las sabrosas uvas rosadas que parecían gritarle «¡Cómeme!»

—Y dime, cuéntame cosas —decía la reina—. ¿Te sientes a gusto en Tirennon? ¿Echas de menos Solarie?

—Un poco. Bueno, muy poco —recapacitó al ver que la mirada de ella se oscurecía—. En verdad echo de menos a mis amigas...

Bajó la cabeza y espió la respuesta de Maeve por el rabillo del ojo. No quería contrariarla pero había algunas cosas que la hacían dudar, como el hecho de haber dormido a Laila, y retenerla en el palacio para usarla como rehén frente a la reina de los ithiries, una vez que apareció por fin ante todas en el *Reina Katrina*.

Maeve sin embargo sonreía llena de amabilidad. Era tanta su benevolencia que le llegaba en oleadas, despejando cualquier inquietud. ¿Pero cómo se atrevía a dudar de ella ni un solo segundo? Cyinder se sintió terriblemente mal. No se merecía estar en su presencia.

—Sabes que lo hice por su bien —respondió la reina de reinas y Cyinder no se dio cuenta de que la otra contestaba a sus pensamientos, pues no había dicho nada de Laila en voz alta—. Ethera no la quiere, la ha utilizado y si tu amiga descubre esa gran verdad, sufrirá tanto que no quiero ni pensar en las consecuencias. A ella se le partiría el corazón y a ti te arrastraría en su dolor. Son cosas que no voy a consentir.

Cyinder asintió despacio. Lo que Maeve decía era justo lo que estaba pensando. Era la verdad. Pero Aurige y Nimphia, que habían huido con los Señores de los

Vientos como si fuesen criminales...

—La hija de Titania es una rebelde sin solución —contestó Maeve siguiendo el curso de su mente—. Ya sabes que Lunarïe es un reino oscuro y traicionero. Yo misma he pensado muchas veces en un cambio ejemplar. Pero ya ves, hay que respetarles y ser benevolente aunque siempre estén conspirando con sus secretos y sus misterios huidizos.

—Bueno, pero Aurige es distinta —protestó la muchacha con voz débil.

—Es la hija de Titania. No lo puede evitar. Si su madre es traicionera, ella también. No dudes que llegará el día en que sus intereses y los tuyos serán opuestos, y entonces tu amiga no dudará en traicionarte.

Cyinder agachó la cabeza ante sus terribles palabras. No podía creerlo. Aurige no era así, ni Nimphia. Sentía los ojos ardiendo y no vio que Maeve contraía los labios antes de ensancharlos en su amplia sonrisa.

—De todas formas —balbuceó la solarïe tratando de esconder las lágrimas, signo de debilidad—, dijisteis que perdonaríais a todos, que la guerra se terminaría...

—Es mi intención —la sonrisa de la reina se había vuelto fría—. Cuando todos los que se oponen a mí, se den cuenta de su ceguera y se inclinen sometiéndose a la voluntad del Reino Blanco, no habrá necesidad de enfrentamientos ni batallas. Lo que más deseo en este mundo es perdonarles, te lo aseguro.

Cyinder se sintió incómoda. No tenía ningún derecho a recriminarle nada, así se lo gritaban sus propios pensamientos y cada resquicio de su alma.

—Hija mía, no he querido atormentarte —le dijo acariciando sus cabellos dorados y Cyinder levantó la vista—. Eres una joven muy fuerte, casi tanto como yo a tu edad, y me siento muy orgullosa de ti.

El corazón de ella latió apresuradamente y sonrió tragándose las lágrimas.

—Venga, hablemos de cosas divertidas —siguió la reina—, de esas cosas que habláis las muchachas, de fiestas y de chicos...

Cyinder enrojeció. No es que mantuviese amistades con jóvenes, pero había uno en concreto... Sin embargo cerró su mente negándose a revelar nada, ni siquiera a acordarse de él, y la reina no pudo descubrirlo.

—Me ha escrito mi madre —dijo contenta, sacando una carta dorada llena de adornos sobrecargados.

—¡Qué sorpresa! —fingió Maeve una alegría desmedida, pues en realidad ya estaba al tanto de todo el correo que la actual reina de Solarïe recibía—. ¿Y qué nos cuenta de Solandis?

—Bueno —empezó ella con timidez—, dice que está muy bien y que es muy feliz ahora que nadie la critica.

—¡Quién la critica! —pareció alterarse la reina—. No pienso consentir que nada ni nadie enturbie el bienestar de tu madre. Dime quién es y recibirá un castigo

singular por esa falta de respeto. ¿Ha sido Titania? ¿Zephira tal vez?

—No dice nada de eso —se apresuró ella a contestar—. Sólo dice que es feliz y también me invita a ir con ella de compras, porque va a salir la moda de primavera...

Se guardó la carta muy avergonzada. Su madre no tenía remedio y ahora Maeve se burlaría de ella y de todos los solaríes. Sin embargo, el rostro de la reina era de infinita bondad y sabiduría.

—¿Quieres ir? —le sonrió al parecer maravillada con la noticia—. A mí me encantaría estar en tu lugar, libre de preocupaciones, sin los desvelos y las angustias que trae consigo el deber de ser reina —compuso una mirada triste—. Ya quisiera yo asistir a fiestas y desfiles de moda, pero no puedo. Tengo que ser fuerte y velar por los habitantes de Íalanthilían, pero ese sacrificio me llena de orgullo, porque sé que es por el bien de todos.

—No sé qué hacer...

—Ve, querida hija —insistió—. Diviértete y cómprate muchos vestidos. Al menos harás cosas que yo nunca me podré permitir estando en el trono.

Cyinder tragó saliva. Ella no era débil ni se asemejaba a su madre. No podía perder su tiempo en vestidos ni fiestas y además, ¿sólo lo había imaginado o había percibido cierto tonillo de burla en las palabras de Maeve?

—No iré —dijo por fin, asumiendo su papel de joven reina—. Tengo mucho que aprender y estudiar para que Solaríe sea lo que siempre he soñado.

La reina Mab pareció mirarla con tal respeto y admiración que Cyinder se sintió temblar de orgullo. Las sacerdotisas entraron y recogieron las bandejas de fruta que ni siquiera habían tocado, como dando a entender que la cena había concluido. Una cena muy corta. Ni siquiera le había dado tiempo a tomar un poco de agua, pero estaba segura de que las cosas en palacio debían ser así.

Cyinder se levantó con gran respeto, deseando decir algo importante para que aquel momento grandioso no se perdiera.

—Yo te ayudaré a cumplir esos sueños —se adelantó Maeve tomando la palabra—. Ahora eres mi hija y nunca permitiré que te suceda nada malo.

Luego se había marchado sola, con su dama de compañía, y ahora estaba en sus aposentos frente a la misiva dorada de su madre. Los ojos volvieron a enfocarse en las chispitas de luz y releyó las líneas con desaprobación. Entonces rompió la carta y la desechó a un lado con gestos elegantes, queriendo evitar por encima de todo que la doncella notase que la pena la inundaba por dentro.

Se tumbó sobre el colchón dejando que el sueño la venciera.

Y entonces soñó con su madre, con Hellia, allá en las Montañas Shilayas de Sídhe, cuando le había entregado la corona de oro trenzado y se había liberado de la carga que siempre había supuesto para ella reinar.

El sueño se volvió confuso, lleno de imágenes borrosas y voces lejanas. Una vieja bruja en una torre oscura. Llevaba los ojos tapados con vendas mugrientas y a su lado, una shilaya anciana miraba a las estrellas del techo y le decía unas palabras extrañas.

«Tú serás la última luz, mi niña —oyó su voz en el vacío de los sueños—. Y a pesar de todo lo que nos odias, las shilayas estaremos a tu lado cuando todo Ìalanthilìan caiga en la negrura. Recuérdalo para siempre...»

Se agitó inquieta. En el sueño trataba de recordar el nombre de la anciana una y otra vez hasta que dio con él. Se llamaba Violeta, pero ella aborrecía todo lo que las shilayas representaban y se alejó de la torre oscura con la cabeza muy digna.

Sentada tras los velos de la cama, la sacerdotisa blanca vigilaba su sueño y al notar su desasosiego, salió de la habitación sin hacer ningún ruido.

Cyinder se alejó de la torre sin mirar atrás. Ahora estaba en un barco que volaba por el aire. Se acercaba despacio a otra torre, tan colosal y grandiosa que el resto del mundo parecía hecho de juguete. Las corrientes entraban y salían a placer por entre los arcos y las columnas, y todos los vientos se reían de ella. «¡Shilaya, shilaya!» —le gritaban dejando caer a sus pies vestidos estrafalarios de la moda de primavera.

Se arrebujó en las sábanas sintiendo frío. Los vientos se reían de ella, la insultaban, y sus amigas estaban allí. No hacían nada por impedirlo.

—Te traicionarán —escuchó una voz dulce y suave como la miel—. Se reirán de ti en secreto...

—No —gimió ella en el sueño, que de repente se volvía confuso y azulado.

Caras que la vigilaban en la lluvia, ojos afilados en las sombras. Susurros reptilianos mientras todo se confundía en un remolino. Rostros de dragones y antiguos enemigos: Tritia, la reina de Acuarìe se reía con desprecio, Titania e incluso Zephira, la madre de Nimphia. Se reían con risas cascadas mientras su madre, Hellia, se arrodillaba delante de todas y suplicaba clemencia.

Estuvo a punto de despertar en ese momento terrible, pero entonces una luz bondadosa la apaciguó. La calma volvió como un mar sereno haciendo que su respiración fuese lenta y profunda. Al frente, la ciudad de Solandis resplandecía radiante, más gloriosa que nunca, y todo era gracias a ella. Solarìe entero la aclamaba y ella sonreía, blanca y magnánima, repartiendo amor a su pueblo.

Junto a su cama, la reina Maeve apartó la mano de sus cabellos y la observó con frialdad. La sacerdotisa que vigilaba el sueño de la muchacha se inclinó con respeto y permaneció de pie, en silencio, mientras la reina de reinas se retiraba.

Antes de cerrar la puerta, la reina Blanca volvió a espiar a Cyinder a través de la rendija abierta. Su rostro helado se volvió cruel, lleno de desprecio.

—Estúpida —susurró en voz baja, sintiendo un incontrolable deseo de reír.

2

A través de la niebla

«Erase una vez, hace mucho tiempo —leyó Laila—, una bella princesa que estaba prisionera en una torre...»

—¿La torre era muy alta? —interrumpió una niña con los ojos brillantes.

—¿Tenía novio? —preguntó otra sacudiendo sus rizos.

Laila chasqueó la lengua contrariada. Ya llevaba tres intentos de comenzar el cuento y siempre había una mocosa que tenía alguna pregunta absurda en mente. Menuda mañanita le estaba tocando. Y todo por hacerle un favor a Mrs. Peabody, que había tenido que sustituir al director Westfield por culpa de un catarro.

—No tenía novio —contestó con paciencia llevándose la mano a la frente.

Desde hacía una semana le dolía la cabeza cada vez que pensaba en la profesora. Un día incluso se había despertado de una pesadilla en la que Mrs. Peabody se vestía con cuatro o cinco abrigos de pieles, viajando en un barco con gente rara a su lado. La profesora era una vieja bruja que se ensañaba con las alumnas más jóvenes, pero Laila era una de sus favoritas y le tenía mucho aprecio. No sabía por qué se estaba obsesionando con ella hasta en sus sueños.

—¿Y qué paso? —la sacó otra cría de sus pensamientos.

—Si dejáis de interrumpir, lo sabréis —las regañó frunciendo el ceño.

Miró el reloj por cuarta vez. El tiempo pasaba muy despacio y no veía el final de aquella maldita hora de clase. En cuanto sonase la campana se marcharía corriendo con sus amigas. Además tenía hambre y frío. El invierno hacía que se sintiese débil.

—Ocurrió que un día —siguió leyendo ahora con más prisa, saltándose párrafos estúpidos—, un príncipe encantador pasaba por allí y ella estaba cantando una dulce melodía...

—¿Cuál? —interrumpió la niña de los rizos otra vez.

—Pues la misma que cantan todas las princesas —respondió Laila de mal talante cerrando el libro de golpe—. Y si alguna vuelve a decir una palabra, me marchó.

Todas las niñas gimieron con tristeza. No querían estudiar francés, y el hecho de que una de las mayores les estuviese leyendo cuentos en hora de clase era una sorpresa maravillosa. Una estaba dibujando en su cuaderno con lápices de colores y le llevó el dibujo como regalo.

—Ésta eres tú —le dijo con una sonrisa esperanzada, señalándole una muñeca de largos cabellos rojizos, vestida de rosa con un sombrerito en forma de cono.

Sonrió intentando agradecérselo sin conseguirlo. Al menos había acertado con el color de su pelo. Su mirada se desvió hacia los ventanales empañados por el frío. Fuera el tiempo se hacía cada vez más desagradable. Estaba nevando otra vez y los copos danzaban en ráfagas de ventisca. Más allá no se divisaba nada, ni el lago

Lomond ni los bosques. Todo estaba rodeado de una neblina espesa. Volvió a abrir el libro por la página con desánimo.

—«Y el príncipe le dijo: ¡Rapunzel, lanza tus trenzas por la ventana...!»

—¿Cómo sabía su nombre si no era su novio? —aulló una mocosa con cara de pasma.

Laila cerró el tomo poniendo los ojos en blanco. Ahora se iban a enterar.

—A Rapunzel la conocían todos los príncipes de la zona —se inventó—. Su padre tuvo que encerrarla porque se iba todos los días a la discoteca y no quería estudiar. Y como no visitaba la peluquería, tenía unas greñas espantosas... ¡de hecho tenía el pelo verde!, y echaba las trenzas por la ventana para que los príncipes subiesen hasta arriba.

—¡No me gusta! —lloriqueó una niña—. El cuento no es así.

—Claro que sí —dijo ella sintiendo de nuevo una fuerte punzada en la cabeza—. Porque era medio tonta y en vez de respetarse a sí misma, dejaba que los príncipes le tirasen de los pelos...

Ahora todas las niñas lloraban compungidas y Laila se arrepintió un poquito en medio del griterío. En menudo embrollo se había metido. Cuando le contasen a Mrs. Peabody lo que había hecho las pagaría caras, pero es que tanto cuento de hadas estúpido le tocaba las narices.

—Bueno, no es así —intentó corregirlo con voz dulce, pero ya era inútil—. La princesa se peinaba sus largos cabellos dorados soñando con el príncipe azul...

—Valiente tontería —la sobresaltó una voz desde la puerta del aula—. Me gustaba más como lo estabas contando antes, nemhirie.

Laila se giró. Sin saber por qué, el corazón se le había disparado a mil por hora. Frente a ella, en el quicio de la puerta, una extraña chica morena le miraba con ojos burlones.

—Disculpa, ¿necesitas algo? —preguntó pasado el susto inicial—. El despacho del director Westfield está en la planta baja, pero está con un catarro. Mrs. Peabody te atenderá...

—Menuda bruja —contestó la misteriosa recién llegada sin dejar de sonreír—. No sabía que le tenías tanto aprecio como para acordarte de ella.

—¿Perdón? —se asombró Laila.

La chica le trataba con demasiada familiaridad. Casi impertinente. Y además, ¿cómo había entrado en el colegio? Su cara le era totalmente desconocida, y esas ropas... como un ladrón de las películas. Por un momento se asustó. Las niñas habían dejado de llorar y miraban a la chica con ojos interrogantes, encantadas ante la sorprendente novedad.

—Laila, soy yo, Aurige —se acercó la otra con un andar elegante, casi como una pantera—. Vamos, me parece increíble que no te acuerdes de nada. ¿Y desde cuándo

eres pelirroja?

—¿Qué?

Le dolía la cabeza cada vez más, pero tenía una extraña sensación de peligro inminente. ¿Y además, cómo sabía su nombre?

—Ahora vuelvo —anunció a toda el aula, queriendo alejar a la intrusa cuanto antes de las niñas pequeñas—. Voy a acompañar a la señorita... —de repente el nombre de ella le parecía impronunciable—, al despacho del director. No quiero ningún follón y tú, Kristin, no le pegues a Beatrice o me chivaré a Mrs. Peabody.

—Deja que se peguen, mujer —rió la chica dejándola atónita—. Así se fortalecen. Que los nemhiries sois tan blanditos y llorones...

Laila la sacó de allí de inmediato, cerrando la puerta.

—Mira, te acompaño al despacho del director Westfield —susurró encaminando la marcha por el pasillo vacío—, y por favor, no hagas esos comentarios delante de unas niñas...

—Venga ya, nemhirie, déjate de rollos —se enfadó la otra para su gran asombro—, ¿o es que voy a tener que sacar las alas para que te acuerdes de mí? ¡Qué decepción!

La muchacha aceleró el paso. Estaba en presencia de una loca y además, parecía peligrosa. Cuanto antes se libraba de ella, y sin parecer asustada, mejor.

—Creí que sólo con verme despertarías —siguió la tal Aurige, sí, ese era el nombre, diciendo cosas extrañas como si fuesen lo más normal del mundo—, pero está claro que el hechizo de Maeve es demasiado poderoso. Voy a tener que usar la fuerza para sacarte de aquí.

Laila estuvo a punto de detenerse. ¿Usar la fuerza? ¿Contra ella? Por un momento quiso echar a correr porque sentía el pánico invadiéndola. Las zancadas se hicieron más largas. No veía el momento de llegar al despacho del director y encima el colegio parecía extrañamente muerto. No sonaba la campana del final de clase, por los pasillos no había ni un alma ni se escuchaban sonidos de ajetreos escolares.

—Si supieras lo que he tenido que hacer para llegar hasta aquí —decía la otra meneando la cabeza—. Tuve que llegar a un acuerdo con Jack... quiero decir, con el nemhirie. Me avergüenza haber pactado con él, pero me hizo prometer que si me daba un Grano de las Arenas de Solarie, le ayudaría con algo que él necesitase. ¡Vamos, que estoy en deuda con un nemhirie! Tenías razón, Laila, fue él quien las robó...

—¡Ya basta! —gritó ella creando ecos que rebotaron en la piedra—. ¡Y deja de decir esa palabra!

—¿Cuál? —se detuvo la tal Aurige cuando por fin la puerta del despacho estaba a la vista.

—¡Nem... nemhiloquesea! No sé quién eres ni de qué me conoces, pero necesitas

que te vea un especialista.

—Ahhh —sonrió la otra con sarcasmo—. O sea, que tú sí me puedes llamar hada y yo no te puedo decir nemhirie. Vale entonces, señorita «ithirïe».

Laila sintió que se le doblaban las rodillas por el dolor de cabeza. Se había vuelto muy intenso de repente, la vista se le nublaba. Iba a caerse al suelo pero no podía permitirlo. La puerta del despacho estaba allí, al alcance de su mano. Sólo con girar el pomo estaría a salvo y Mrs. Peabody se encargaría de todo. Estaba segura.

—¿Qué te ocurre? —la voz distante de aquella chica parecía de preocupación sincera y se acercó a ayudarla cuando dio con la rodilla en las baldosas de piedra.

—Vete —jadeó, la cabeza le iba a estallar—. No te acerques a mí, ¡socorro...!

Pero todo se apagaba, se volvía de algodón. Caras difusas en la niebla oscura, hasta que no pudo más y se desplomó en el suelo.

Cuando abrió los ojos, por un momento sintió un sobresalto y se incorporó de golpe. Miró a todos lados con inquietud tratando de recordar algo, pero nada a su alrededor sugería ningún peligro, y se llevó una mano al colgante de plata que le había regalado Daniel Kerry por su cumpleaños. El metal frío la apaciguó. Había estado soñando con una chica rara que quería asesinarla. Respiró profundamente mientras el sueño se deslizaba hacia el olvido. Estaba en su cama, en su dormitorio de Lomondcastle, rodeada de oscuridad. Sentía la mullida presión del colchón y las sábanas frías.

Encendió la luz de la lamparita ahuyentando las sombras, que corrieron a esconderse por los suelos. Todo había sido una pesadilla siniestra pero, ¿qué hora era? El sueño fue tan real que le parecía que era más de mediodía. Incluso le dolía la rodilla de verdad y se la acarició de manera inconsciente. Lo bueno era que había dejado de dolerle la cabeza. ¿O sólo soñaba que le dolía?

El despertador marcaba las seis de la mañana. Más tranquila se puso en pie y llevó a cabo toda su rutina diaria de asearse y vestirse. Antes de haber terminado, ya sonaban golpes en su puerta y las voces escandalosas de sus amigas llamándola para desayunar.

—¡Buenos días! —exclamó Sandy Madison con una sonrisa radiante cuando ella abrió.

Laila devolvió la sonrisa sin mucho entusiasmo. Las dos primas, Sandy y Lizzel, le aburrían con sus charlas interminables de chicos, vestidos y cotilleos, pero por otro lado eran sus amigas de toda la vida. Sólo había que aguantarlas un poco y sonreír de vez en cuando. Más de una alumna de Lomondcastle vendería su alma con tal de formar parte del grupito de amigas de Lizzel y Sandy. Y ella, por suerte o por desgracia, pertenecía a aquel «selecto club».

Bajaron al gran comedor como cada mañana, seguidas de multitud de adulatoras

que trataban de llamar su atención, siempre pendientes del último maquillaje de Sandy o de las fiestas sociales a las que iba a acudir Lizzel en cuanto llegase la navidad.

Las dos primas parloteaban sin cesar mientras Laila pensaba, y no por primera vez, lo bien que estaría lejos de tanto tumulto y tanta fama, leyendo tranquila a la sombra de un árbol. Sin saber por qué, aquello le devolvió a la pesadilla que había tenido.

Miró a las primas y luego meneó la cabeza para sí misma. Sería una tontería contarle, porque no había sido otra cosa que un sueño y porque además, por una razón misteriosa, su mente se negaba a decir una sola palabra sobre aquello. Lo que todavía le resultaba sorprendente era acordarse de todos los detalles de aquella chica, que incluso tenía nombre propio.

—¡Y es súper estafalaria! —exclamaba Lizzel en ese momento, en voz alta para que la oyese todas sus admiradoras.

—Ya se le bajarán los humos —respondió Sandy con una sonrisa irónica y al momento cambió de tema—. ¿Con quién vas a ir a la fiesta de navidad, Laila?

Pero ella ni se enteró. Se había quedado rígida como una estatua en medio de los grandes portones del comedor. En una de las mesitas, sola y alejada del bullicio del resto del colegio, una chica de cabellos tan negros como la noche y tez pálida, se sentaba indolente apoyando las botas de tacón alto sobre otra silla. Saboreaba tranquilamente un fantástico bizcocho del que parecía manar lava de chocolate.

—¡Qué descaró! —susurró Lizzel boquiabierta—. ¿Y de dónde ha sacado ese pastel?

—Es la nueva —Sandy le dio un codazo cómplice a Laila—. Dicen que viene de un orfanato, ¿puedes creerlo? Están admitiendo pobres aquí, en Lomondcastle.

La muchacha tragó saliva con un nudo en el estómago y el corazón a punto de estallar. Era la misma chica de su pesadilla, y era muy real. La cabeza le daba vueltas intentando hallar una solución lógica a aquel misterio, pero cuanto más se esforzaba, más parecía embotársele el cerebro. Iba a marcharse de allí pitando pero Lizzel y Sandy la arrastraron en pos de las bandejas del desayuno. Luego se sentaron en su mesa habitual sin dejar de mirarla con descaró. La desconocida levantó una mano y la saludó a ella.

—¿La conoces? —se asombró Sandy untando despacio la mantequilla sobre una tostada, que al lado de aquel pastel de chocolate, parecía la suela de un zapato.

—No tengo ni idea de quién es —susurró Laila agachando la cabeza—. No la he visto en mi vida.

—Será una gótica —criticó Lizzel—. Lleva tanto maquillaje blanco que parece una muerta.

Comenzaron a llover los comentarios, cada vez más crueles y desagradables sobre

la desconocida, pero Laila notó un tonillo de envidia en las voces de las dos primas. Aquella chica, la asesina de su pesadilla, parecía tener un aura sobrenatural muy por encima de las demás, indiferente y distante. Y encima no se había molestado en venir a rendirles la adoración que el resto del colegio sentía por ellas.

—Creo que hoy es el último día que llevará esas botas —comentó Lizzel, desdeñosa, y de repente se quedó callada.

Laila levantó la vista del plato para encontrarse a la morena plantada allí, delante de ellas. Parecía mirarla furibunda, como si fuese a lanzarle un cuchillo o algo, sin embargo en sus ojos brillaban estrellas.

—Veo que nunca aprenderás —dijo con una voz suave y fría, como la del viento nocturno—. Te dejamos sola un rato y enseguida vuelves con ellas —señaló a las dos primas con desdén.

—No se te ha perdido nada aquí, bicho raro —le soltó Sandy con grosería.

La chica nueva, Aurige, si es que de verdad se llamaba así, sonrió igual que si una daga de plata pudiese sonreír. Sandy cerró la boca de inmediato.

—No están mal para ser recuerdos —asintió despacio—. Igual de retrasadas y estúpidas que las de verdad.

Lizzel se puso en pie roja como un tomate. Parecía un toro embravecido a punto de iniciar una pelea. La chica meneó la cabeza, disgustada.

—No quiero creer que sea esto lo que siempre has soñado, Laila —pronunció su nombre con todo el descaro del mundo, como si fuese su hermana o su mejor amiga—. ¿Vivir a la sombra de estas dos tristes nemhiries y que te acepten? ¿Eso es lo que usa la vieja Mab para engatusarte?

Laila no entendía de qué hablaba aquella chica medio chiflada. Intentar comprenderla era como buscar el hilo de un ovillo enmarañado: laberíntico y sin sentido. A su alrededor, varias alumnas formaban un corro ante lo que prometía ser una buena pelea.

—¿Serías tan amable de dejarme en paz? —balbuceó tratando de ser educada y tranquilizar el ambiente. La cabeza volvió a darle una punzada dolorosa—. No te conozco de nada...

—¿Ni a Cyinder ni a Nimphia? ¿Tampoco te acuerdas de ellas? Pero de estas nemhiries sí, ¿eh?

—¿Nos estás insultando, lunática? —se enfureció Lizzel cada vez más roja.

«No, lunática no» —pensó Laila de repente—. «Es otra palabra, es...»

Pero la punzada en la frente le impedía razonar. También había perdido el apetito y el desayuno no tenía sabor.

—Ya entiendo lo que pasa —susurró la chica con un destello en la mirada—. El sueño blanco no permite que te acuerdes de nosotras. No te deja pensar.

—Tú no la dejas pensar con esa cara de payaso —saltó Sandy haciendo reír al

coro de admiradoras.

La tal Aurige la ignoró por completo, sin embargo, en su mano apareció una araña negra de largas patas que bajó despacio hasta la mesa. Las dos primas chillaron de terror y el grupito de aduladoras se esfumó de inmediato.

—Sin embargo es divertido que las nemhiries de tu sueño sí que se acuerden de Teseis —siguió la chica observando cómo la araña sólo se había multiplicado una vez ante los alaridos de Lizzel y Sandy, congeladas de horror—. Ellas saben que no deben moverse porque tú te acuerdas de ese detalle. Bien. Es interesante.

Laila sin embargo estaba asombrada de no sentir ningún miedo. No podía tener miedo, porque... porque aquello sólo era una ilusión óptica, un truco. Miró a la chica pero de nuevo todo se volvía una nebulosa distante. Como si se encerrase en nubes de algodón que le impedían seguir despierta.

—Tengo que irme ya, no quiero que me pillen —decía la chica cuando su cara se disolvía en las sombras de la memoria—. Volveré pronto. Resiste...

Y ella quiso decir algo, algo importante, pero sólo susurró:

—No te conozco...

—«No te conozco, dijo el cabritillo —leyó Laila a toda la clase expectante—. Enseña la patita por debajo de la puerta.»

Veinte pares de ojos infantiles la miraban con el terror delicioso pintado en sus caras. ¿Se salvaría, o se lo comería el lobo mentiroso?

Laila parpadeó un segundo de confusión. Por un momento tuvo la sensación de que ya había vivido aquello antes. Algo estaba equivocado. Parecía que repetía el mismo momento una y otra vez sin que el tiempo avanzase. Tras las ventanas llenas de cristales de hielo, la nieve caía incesante como todos los días y la niebla parecía a punto de devorar el colegio.

En ese momento sonó la campana que indicaba el final de clase y ella suspiró aliviada. Salió de allí recorriendo la galería acristalada que comunicaba con el pabellón principal, sumida en pensamientos extraños.

Apoyó las manos en la ventana y miró hacia fuera. El paisaje nevado era triste y desalentador. Los campos de deportes se escondían entre los jirones blancos de nubes que ocultaban la luz del sol de invierno. Algunas alumnas jugaban a guerras de bolas de nieve, con sus bufandas rojas ondeando en la ventisca. Era como una postal navideña descolorida. Sin darse cuenta, su mente comenzó a vagar hacia lugares fantásticos y se imaginó una isla congelada, que era como un gran diamante de hielo invertido y el frío era espantoso. Allí había docenas de barcos que volaban en el aire y...

—¡Laila! —la sobresaltó Sandy sacándola de golpe de toda aquella fantasía.

La muchacha por un momento se asustó. ¿Las dos primas habían aparecido allí de

golpe, o es que ella no se había dado cuenta de cuándo se acercaron?

—¿Habéis tenido alguna vez la sensación de haber vivido algo ya antes? —les preguntó mientras iniciaban el paseo hacia el comedor.

—Eso es un «déjà vu» —presumió Lizzel en perfecto francés—. O como los que se creen que fueron Cleopatra o Marco Antonio en una vida anterior. Yo desde luego, sería una gran emperatriz...

—Mira —cortó Sandy en voz baja señalando hacia adelante—. Esa es la nueva que acaba de venir.

Laila sintió el vértigo de un sueño irreal abatiéndose sobre ella. Apoyada en las puertas del comedor, una chica morena, con los brazos cruzados, parecía estar esperando a alguien. Ya conocía esa cara. La había visto el día anterior, o en un sueño... no podía acordarse.

«Se llama Aurige» —pensó asustada tragando saliva.

La chica levantó una mano y la saludó.

—¿La conoces? —se asombró Sandy—. ¿De ese sitio donde vives en Irlanda tal vez?

A Laila el comentario le cayó mal. Las primas eran sus amigas, pero a veces la mortificaban por el hecho de no haber nacido en una gran ciudad. La trataban de pueblerina.

—A lo mejor era la que cuidaba las cabras —rió Lizzel con voz aguda—. O quizás hacía sacrificios rituales con ellas. Parece una bruja.

Porque aquella chica, aunque vestía el uniforme correctamente —excepto las botas negras de tacón alto—, tenía un aire raro. Como si no encajase ni en el colegio ni en el mundo. Para colmo de males, se acercó decidida en su dirección.

—Bien, nemhirie, empiezo a cansarme de todo esto —le soltó llegando a su lado.

—Disculpa, novata, ¿te conocemos? —la interrogó Sandy, deseando adquirir protagonismo en la reunión. Nadie hablaba con Laila o con Lizzel si no le pedían permiso a ella primero.

La chica la ignoró.

—No te estás esforzando en despertar —siguió como si la regañase—, y cada vez me resulta más difícil venir. Saben que ocurre algo raro y están levantando defensas. La cosa se puede poner muy peligrosa.

—¿Venir? ¿De otra galaxia o qué? —le espetó Sandy—. Hablas raro y dices cosas que mejor debería escuchar un psiquiatra.

—Nimphia ha sido condenada al exilio por unirse a los Señores de los Vientos —decía la tal Aurige imperturbable—. Ni Eriel ni la reina Zephira han levantado un dedo por ella y la situación en Airie es caótica. Lord Ho y Lord Drake van a asaltar Londres...

—¡Estás pirada! —le gritó Lizzel dándole un empujón—. ¡Déjanos en paz!

¡Laila, vámonos!

—¡Pasa de ella! —chilló Sandy con un tono de voz demasiado agudo, como si intentase ahogar aquella absurda conversación de cualquier forma—. ¿Vas a ir a la fiesta de navidad con Daniel?

Ella afirmó sin saber exactamente qué estaba contestando. ¿Daniel? Por supuesto que iría con él. No eran novios, pero todo el mundo daba por supuesto que estaban juntos.

—No hay fiesta de navidad con Daniel, Laila —decía Aurige en aquel momento—. No hay nada. Tu mundo nemhirie es una fantasía. Faerie es la realidad y tienes que despertar. Estás en Tirennon, en el sueño blanco de Maeve...

Sandy se abalanzó sobre ella con una rabia desquiciada. Aurige se apartó asombrosamente rápido y la chica trastabilló cayendo al suelo. Las alumnas que se habían acercado a ver qué ocurría soltaron una exclamación de asombro.

—Mira, si tienes un problema... —empezó Laila, intentando calmar los ánimos. Las primas eran expertas en peleas y luego salir victoriosas ante los profesores.

—¡Por supuesto que tengo un problema! —le increpó Aurige poniendo los brazos en jarras—. ¡He gastado un Grano de las Arenas para meterme en el sueño blanco y venir a despertarte! ¡Un grano de Solarie! Si Cyinder se entera, me mata —apretó los puños con rabia—. Fui con Jack Crow a una mansión nemhirie donde había cosas que no te puedes imaginar. En un salón había un retrato de una mujer que era igual que la ailoría de tu padre, y lo más increíble de todo...

—¡Vámonos, Laila, no la escuches! —gritó Lizzel, que acababa de ayudar a su prima a levantarse del suelo y le recomponía la chaqueta arrugada del uniforme.

Aurige suspiró.

—Estoy harta de estas dos cretinas —murmuró con voz oscura.

De repente en sus manos aparecieron dos aspas de luz negra que daban vueltas sobre sí mismas como hélices mortíferas. Laila observó asombrada aquel prodigio. No se veían los hilos, si es que era un truco de magia, pero las aspas flotantes destellaban peligrosamente con cada vuelta que daban. La chica chasqueó los dedos y una de las hélices voló rauda cortando el aire, y se quedó a pocos centímetros de la nariz de Lizzel. Laila y Sandy gritaron de terror.

—Por favor —suplicó temblando de miedo—, no nos hagas daño.

La tal Aurige pareció contrariada.

—No se te ha ocurrido detenerla, ¿eh? —le gritó—. ¡Tienes el cerebro embotado de serrín, pero no me pienso rendir!

De nuevo chasqueó los dedos y docenas de aspas surgieron en el aire, danzando a su alrededor. Lizzel y Sandy chillaban abrazadas la una a la otra y en la salida del comedor se había formado un tumulto de alumnas intentando huir despavoridas. De repente todas las aspas asesinas parecieron ponerse de acuerdo, y volaron raudas

creando estelas negras, precipitándose contra las dos primas.

—¡Ya basta, lunarie! —gritó Laila, aterrada.

El mundo pareció congelarse. Las hélices de luz negra se detuvieron y Aurige respiró hondo, sonriendo victoriosa.

—Estupendo, nemhirie —dijo con el suspiro de un trabajo bien hecho—. Ahora despierta y vámonos de aquí.

Pero Laila no sabía qué había hecho. Dijo una palabra incomprensible que le había salido de golpe, como algo oculto muy profundo, pero ya su mente consciente se apoderaba de nuevo de su voluntad. Había pasado algo horrible en el salón. Las dos primas lloraban de miedo y todo el mundo gritaba. Miró a la chica morena con odio.

—Te pido, por favor, que no vuelvas a acercarte a mí nunca más —le dijo.

Luego se dio media vuelta y abandonó el comedor. Lizzel y Sandy la siguieron. En sus caras se pintaba una sonrisa de maldad satisfecha.

—Estoy a punto de conseguirlo —murmuró Aurige tumbada en la cama de su dormitorio.

Miraba hacia el techo con las manos cruzadas tras la nuca. Arriba, el mármol blanco había cambiado en cuanto ella ocupó su habitación en la Universidad, y ahora pequeñas constelaciones de estrellas giraban despacio sobre un firmamento negro y aterciopelado.

Estaba en Tirennon, la capital del Reino Blanco, y la lunarie no veía la hora de salir de allí.

Después del asunto con Jack Crow —cerró los ojos con fuerza tratando inútilmente de olvidarlo—, Aurige volvió a Nictis tan dócil y sumisa que despertó las sospechas de Geminia de inmediato. Cuando la chica anunció que se marchaba a la Universidad Blanca, la duquesa sintió un profundo alivio.

Aunque Geminia gobernaba Lunarie bajo la mano y protección de Maeve, Titania seguía siendo la verdadera reina para muchos, sobre todo para Oberón, y eso era una constante amenaza. La duquesa tenía proyectos para someter a los insurgentes de Blackowls muy pronto. No permitió a Aurige reunirse con su madre en ningún momento, y cuando la chica se montó en su horrible artefacto rosa para no volver, envió mensajeros a Tirennon. La propia reina Blanca la agasajó en persona cuando creyeron que la hija de Titania estaba ya bajo absoluto control.

Aurige sonrió satisfecha tumbada en su cama. Su plan estaba saliendo a la perfección.

—Cyinder te odiará para siempre el día que se entere —le respondió una figura oculta bajo un embozo oscuro.

—No tiene por qué enterarse —replicó moviendo los hombros con desdén—. No

tiene tiempo más que para ir con la vieja Mab a todos lados. Parece una muñeca de trapo. La reina blanca y la reina de oro —dijo en tono de desprecio intentando ocultar la rabia que sentía—. Además, Laila salvó Solarie. Es justo que Solarie haga algo por ella ahora.

—Yo estoy de acuerdo contigo, lunarie —asintió la figura en un susurro—. Pero Cyinder podría preguntarte por qué no dormiste al nemhirie en el momento que te mostró las Arenas. Las podrías haber conseguido todas a la vez, no sólo un Grano.

El rostro de Aurige se tiñó de rosa un segundo y de inmediato volvió a ser pálido y frío. A Nimphia no se le pasó por alto y contempló a su amiga con preocupación. Además, Aurige se había negado tajantemente a contarle cómo perdió la runa de oro de su cuello. Suspiró con paciencia.

—No creo que tengas que agobiarte tanto —le dijo Aurige, desdeñosa—. Con un poco más de tiempo sacaré a Laila del sueño blanco. Recuerda cosas si se le presiona adecuadamente.

—Tus presiones me dan miedo, lunarie.

—Pero funcionan.

—Pues me parece que vas a tener que darte mucha prisa o presionarla mejor.

—¿Por qué? —Aurige frunció el ceño—. Me arriesgo mucho cada vez que entro en el sueño de Laila. No es sólo luchar contra su mente dormida. El propio sueño se protege y se defiende a sí mismo. No es tan fácil como llegar y chasquear los dedos.

—Por eso mismo —insistió Nimphia—. Si todo es tal y como me has contado, Laila corre ya un gran peligro.

—Explícate —exigió la otra incorporándose.

La airie miró a todos lados con precaución. Cada segundo que pasaba en Tirennon era un riesgo extremo. Condenada al exilio, ser descubierta allí podría suponer incluso la muerte.

—Laila está dormida en el hechizo de Maeve —susurró—. Vive allí perdida en sus recuerdos y el sueño hace que sea feliz y que no quiera despertar...

—¿Pero?

—Pero no come, lunarie. No bebe. ¿Cuánto lleva sin alimentarse de verdad? Su cuerpo real se debilita y se enfría. Es fuerte pero pronto el sueño la controlará por completo. Probablemente creará que está enferma, pero ya el hechizo blanco tendrá dominio absoluto sobre su mente débil, y podría soñar con algo horrible, alguna pesadilla de su memoria. Aquí en Tirennon dirán que ha muerto de hambre y de frío. En el sueño, la pesadilla la matará.

La lunarie salió de la habitación escudriñando a todos lados y luego cerró la puerta sin hacer ningún ruido. Nimphia se había marchado hacía rato y ella no conseguía dormir. Su amiga de Airie, después de despedirse, había abierto la ventana

y tras comprobar que no había peligro, había saltado hasta un pequeño bote que flotaba amarrado a un saliente. El pirata Diablo estaba allí acurrucado esperándola, vigilando en la noche. En cuanto pisó el suelo de madera, Diablo sopló sobre el poste de cristales azules y la pequeña barca se deslizó lentamente sobre el eterno mar de niebla que rodeaba la ciudad. Nimphia dijo adiós en silencio. Luego ella y el pirata se alejaron en la oscuridad hasta que el brillo azul parpadeante desapareció.

Aurige recorrió los salones apagados del edificio de la Universidad hasta el exterior y luego, con mil precauciones a pesar de la invisibilidad, cruzó las sendas laberínticas que se adentraban en el propio Tirennon, vacío y silencioso como cada noche, y traspasó los muros blancos del palacio hasta llegar a la habitación donde retenían a Laila dormida. La primera vez había sido difícil esquivar a los albanthios, pero ahora se movía con soltura, como un gato silencioso acostumbrado a cazar de noche. La imagen de Jack Crow hizo un intento de aparecer en su mente, pero Aurige se lo impidió.

Abrió la puerta haciéndose visible. Su amiga descansaba sobre un lecho blanco, durmiendo profundamente con los ojos cerrados. Aurige le tomó el pulso de inmediato y comprobó que Nimphia tenía razón. Laila tenía la piel fría como el hielo, apenas respiraba y los latidos en su muñeca eran casi imperceptibles. La otra mano descansaba firmemente cerrada, como un naufrago a un salvavidas, sobre el medallón de plata de los ithiries. Aurige dudó un segundo. Lo que iba a hacer era muy peligroso, un riesgo enorme, pero ya no había tiempo. No después de lo que había dicho Nimphia. Sin sentir más remordimientos, la lunarie se concentró un momento y desapareció.

Por todos lados se escuchaban campanas y sonidos de fiesta. El colegio de Lomondcastle lucía sus mejores galas, y coronas de muérdago y lazos decoraban los pasillos en un ambiente de risas y felicidad.

Laila volvió a su habitación entusiasmada. Era la gran noche. La fiesta de navidad con los chicos de Lomondfield. Cuando el bullicio en los pasillos y las felicitaciones quedaron atrás, contempló su disfraz con devoción. Un precioso vestido de hada, como una princesa de cuentos, relucía colgado de una percha. Las joyas brillaban bajo la luz de la lámpara y el tejido de seda verde era la envidia de sus amigas. Se lo había regalado Monique, su futura madrastra, y como siempre, había demostrado un gusto impecable. Hasta las alas transparentes eran perfectas.

El día anterior había llegado el regalo para ella desde Francia. Laila la llamó por teléfono para darle las gracias. La pena era que comunicaba todo el tiempo y al final la muchacha desistió. Tampoco pasaba nada. Después de la fiesta llegaban las

vacaciones y volvería con su padre y con Monique. Seguramente hablarían de la boda de ellos dos en primavera.

Reparó en que el vestido tenía las mangas de una gasa demasiado fina y por un momento dudó. Tiritaba de frío y se sentía con fiebre, pero por nada del mundo iba a dejar de acudir a la fiesta. Daniel estaría allí. No sabía de qué se disfrazaría, pero como siempre, formarían una pareja espectacular y bailarían juntos bajo los aplausos de todos. Estrechó el vestido contra su pecho pensando que la vida era maravillosa.

En una nube de felicidad se arregló de inmediato. Apenas se daba cuenta de que sus cabellos parecían ordenarse solos, y el vestido se ajustaba quedándole perfecto, como un guante. Dio una vuelta admirando su figura en el espejo y se mareó un poquito. Verdaderamente necesitaría dormir y curarse el catarro que tenía pinta de pulmonía, pero aquel pensamiento se esfumó por arte de magia.

Abrió un cajón de su tocador y sacó el collar de esmeraldas que le había regalado su padre en verano por su cumpleaños. Después de probárselo, decidió que el medallón de plata que le había regalado Daniel le quedaba muchísimo mejor. Cuando fue a devolver el collar a su estuche, sus dedos tropezaron con una foto ajada que había guardado allí sin saber por qué.

La miró unos segundos con aprensión. En ella, una chica morena cuyo rostro le resultaba familiar se vestía con un traje de princesa de cuentos, dando saltitos sobre la cubierta de un barco.

«El Desfiladero de los Matanusk» —pensó de repente, y aquello la asustó.

Y no sólo eso. Una torre grandiosa donde los vientos hablaban. Allí había decidido ser algo. Algo importante y único, y había gritado a aquellos vientos que ella era... que era...

La foto se volvió de color blanco y la devolvió al cajón con un fuerte dolor de cabeza que hizo que se olvidase de todo. De nuevo sonrió encantada ante la imagen que le devolvía el espejo.

Cuando salió de la habitación, las chicas que bajaban al salón de actos quedaron maravilladas. Todo el mundo le sonreía y la felicitaba, como una verdadera reina del país de las hadas. Lizzel y Sandy apenas parecían tristes reflejos a su lado y en el aire brillaban chispitas doradas.

La fiesta era maravillosa. Las chicas de Lomondcastle bailaban con sus parejas de Lomondfield y la música de la orquesta era perfecta. ¿Pero dónde estaba Daniel? Todos sus amigos sin pareja estaban allí pasándoselo en grande. Cuando ya iba dispuesta a preguntarles, vislumbró una sombra por el rabillo del ojo.

Una chica misteriosa estaba allí en medio, sola, sin bailar con nadie. Llevaba el uniforme del colegio, pero parecía un punto negro en medio de la fiesta de color. La conocía. La había visto pero no sabía dónde. La cabeza empezó a dolerle y sintió frío y fiebre a la vez.

—¿Dónde está tu disfraz? —oyó que le preguntaba Doreen McCallum a la desconocida.

—Lo llevo puesto —contestó la otra con fiereza.

Y era verdad. Lo llevaba. El uniforme había desaparecido. Un traje de gasa negra y diamantes brillaba espectacular, a juego con unas alas de suave color violáceo. En la derecha había tres cicatrices. A aquella chica sólo le faltaba dar saltitos sobre la cubierta de un barco y Laila creyó que se mareaba a punto de desmayarse.

La chica apartó a Doreen a un lado y caminó hacia Laila. Ella se estremeció. Quiso salir de allí pero las puertas del salón estaban cerradas.

—Creo que Daniel está a punto de llegar —le susurró Sandy a su lado, demasiado feliz, casi desquiciada de alegría.

En ese momento se escucharon golpes en la puerta. Alguien llamaba queriendo entrar y Laila fue a abrir porque «sabía» que era Daniel.

—No lo hagas —le dijo la chica morena, que había llegado junto a ella—. No abras, porque lo que está ahí fuera no es Daniel.

Ella se giró interrogante. En la voz de aquella desconocida había un tono de oscuridad.

—Escucha los golpes, Laila —susurró por encima de una música que de repente se había vuelto chillona y desafinada—. Son uñas rascando la madera...

Laila no sabía de qué estaba hablando la chica... Aurige era su nombre. ¿Uñas rascando la madera? ¿Pero qué demonios decía? Si era Daniel...

Pero por debajo de todo aquel griterío, por debajo de la música estruendosa y las caras de felicidad alucinada, algo estaba raspando la puerta, como cuando se araña una pizarra con una tiza.

—Uñas negras afiladas —siguió la otra con los ojos intensos puestos sobre ella—. Las mismas que hicieron las heridas de mis alas. Tú sabes perfectamente quién fue. Está fuera, esperando. Los dientes son como cuchillas. Sabes lo que quiere, Pelomoco, no va a parar hasta conseguirlo.

Los golpes arreciaron de pronto. La puerta se combaba hacia adentro como si un monstruo intentase derribar las maderas. Laila dio un paso atrás cuando saltaron astillas.

A su mente acudió una imagen absurda: la del cuento de los siete cabritillos. Ahora ella pediría que enseñase la patita por debajo de la puerta. A su lado, las sonrisas de felicidad de Lizzel y Sandy brillaban llenas de dientes. ¿Se salvaría o se la comería el lobo mentiroso? Pero no podía ser. Su cerebro le gritaba que era Daniel, el príncipe de sus cuentos que venía a salvarla.

—¡Es Daniel! —aullaba Sandy empujándola hacia el pomo—. ¡Abre la puerta, Laila, y todos seremos felices!

—No es Daniel, Pelomoco —seguía la tal Aurige llamándola por aquel misterioso

mote—. Es la bestia hiena. Lo sabes. Recuerda sus ojos de loco asesino, sus dientes de sierra. En cuanto le abras se lanzará sobre ti. Está ahí fuera, babeando...

La música había alcanzado un grado espantoso. A su alrededor, las chicas del colegio bailaban y bailaban, como sombras al otro lado de un espejo lleno de niebla. Laila cerró los ojos. Estaba ardiendo de fiebre y la cabeza le dolía como nunca.

—¡Te queremos, Laila! —gritaban todos—. ¡Abre la puerta y baila con Daniel!

—Serás nuestra reina para siempre —le dijo Lizzel radiante de felicidad.

La muchacha giró el pomo un poquito. Abriría y cruzaría el espejo de niebla hacia su príncipe, y entonces se acabaría la fiebre y el dolor de cabeza. Su mano tembló. Porque había algo. Algo oscuro debajo de todo aquello, como un olor pestilente en una cueva llena de objetos robados. Y entonces la imagen clara y horrible de la bestia hiena se coló en su mente, persiguiéndola, dando zarpazos a través de una gruta de fuegos azules. Gruñía y reía enseñando sus dientes como cuchillos afilados.

La puerta se venía abajo sin remedio ante las arremetidas furiosas. Casi podía ver la cara de la hiena, cubierta de pelo negro y áspero. Abriría las fauces lanzando un aullido espantoso de victoria. A su alrededor todo parecía desdibujarse. El monstruo rompió la madera astillada y una zarpa horrible tanteó, frenética, en busca del pomo.

—¡No! —gritó Laila llevándose las manos a su colgante. Un colgante de plata con una serpiente de dos cabezas que brillaba en medio de la niebla. El medallón de los ithirïes.

Ithirïe.

Lo que ella era. Lo que le gritó a los vientos.

Su colgante despidió un destello cegador, tan intenso que creyó que el corazón se le había parado, y los ojos le dolieron a punto de llorar.

Y entonces despertó. La bestia hiena desapareció. El colegio, la fiesta, todo pareció convertirse en jirones de humo gris. Se encontraba muy débil, casi exhausta, tumbada en una cama blanca. Miró a Aurige, que parecía ser la única persona viva en medio de toda aquella neblina.

—Ni en tus sueños vuelvas a vestirme de shilaya nunca más, nemhirie —le dijo ella con una sonrisa enorme.

3

Semillas de venganza

1

Violeta canturreaba perdida entre el humo de las cacerolas y los fogones. Dio unas vueltas a la sopa de caléndulas y al no encontrarla a su gusto, chasqueó los dedos. Un bote de especias apareció de la nada y se agitó encima del agua hirviente.

Dos escobas de paja barrían frenéticas el suelo de la torre. Una de ellas se atrevía incluso a trepar por las paredes en busca de telarañas inexistentes. En un pilón cercano, la ropa sucia se enjabonaba y se frotaba a sí misma una y otra vez formando espuma y pompas de jabón. Luego las mudas se escurrían y volaban a colgarse en las alturas.

Aquella mañana se sentía feliz. Ella fue en otro tiempo la Magistra del Invierno, pero aunque apenas se acordaba de aquello, todavía le encantaba el frío y la llegada de las primeras nieves. Y si encima lucía el sol, no se podía pedir más. Ensayó unos pasitos de baile sin darse cuenta, y con el alboroto de las cacerolas y las escobas, no escuchó cuando llamaron a su puerta.

Pronto los golpes se hicieron más insistentes, casi violentos. El hada se detuvo en su baile, miró a la puerta y de inmediato a sus estrellas en el techo. Nada. No le decían nada. Desde hacía unos días las señoritas parecían estar enfadadas con ella y no le revelaban ninguna señal de su futuro próximo. Sin saber por qué sintió un escalofrío. No podría saber su futuro, pero eso no significaba que hubiese perdido la intuición. De repente no quería abrir. Se estremeció mientras los golpes arreciaban, amenazando con echar las maderas abajo.

—¡No hay nadie! —exclamó tontamente, pero eso no hizo sino enfurecer a quien estuviese ensañándose allá afuera.

Se acercó despacio. No iba a abrir. Al final quien fuese se aburriría y la dejaría tranquila. Intentó justificarse pensando que era la Magistra del Sol, que venía a acusarla de alguna nueva paparrucha, cuando su mano giró el pomo sin querer. Abrió una ranura y entonces un grito histérico escapó de sus labios.

Frente a ella, tan pegada a la puerta que parecía haber estado espiándola, una cara vieja y arrugada, con una venda mugrienta tapándole los ojos, le sonreía con una mueca cruel.

—¿Pasé ya? —gritó la bruja riendo como un cuervo—. ¿Me abriste, Violeta?

—¡Ojos! ¡No vuelvas a hacerlo! —jadeó el hada encogida del susto, apartándose del dintel para dejarla pasar.

—Ta, ta, ta, tonterías —rió ella renqueando hacia el interior apoyada en su bastón, y la arpía Monique callada en su hombro—. ¿Harás el equipaje, lo hiciste?

—¿Qué equipaje, Ojos? —se cruzó Violeta de brazos, muy seria—. ¿Y desde cuándo sales de tu torre para darme un susto?

Miranda sonrió con maldad.

—Ya vinieron. Estarán aquí ayer, o mañana... o ahora. Nos fuimos.

Violeta suspiró intentando mantener una paciencia que se le agotaba a grandes pasos.

—Siéntate, querida, te prepararé una tisana de las tuyas, además la arpía debe estar hambrienta. No le das de comer nada más que ratas.

—Estoy bien, shilaya —replicó ella acertando con el tiempo verbal—. No me hagas esperar. Recoge tus cosas.

El hada la ignoró. Una cacerola de agua apareció sobre los fogones y pronto comenzó a hervir. Cuando se dio la vuelta con la tacita humeante, Miranda seguía de pie, observándola impasible, como una bruja que con su cuervo al hombro estuviese a punto de soltar una maldición.

—El equipaje, Violeta —repitió.

Ella miró a las estrellas del techo otra vez, pero seguían sin decirle nada.

—Ya no te quieren —rió la bruja—. Las abandonaste. Date prisa.

—Yo no he abandonado nada ni me voy a ningún sitio —contestó la otra dejando la taza en una mesa que había aparecido ante ella por arte de magia.

—¡Vendrás, shilaya pesada! —la amenazó Miranda acercándose peligrosamente y estirando su dedo afilado. La arpía en su hombro aleteó inquieta—. Ella está allí y la necesito.

—¿Quién, Ojos? Por los dioses, deja de hablar con acertijos.

—La chica ithirïe, so tonta —apretó Miranda el bastón con su garra—. Y las otras también fueron. Todas. Nos vamos ya.

Violeta tembló. Quería negarse, pero era como luchar contra el destino. Además, ¿adónde quería ir Miranda? Una luz destelló en su cerebro y la miró boquiabierta.

—¿A Tirennon? —susurró.

—Tirennon... —repitió la otra, extrañada, con los ojos entrecerrados como si rebuscase en su memoria—. No, no... ¿o sí? ¿Ayer se llamará así?

—Siempre se ha llamado así. Es la capital del Reino Blanco, Ojos —explicó la otra, paciente.

—Oh no, querida, siempre no. No siempre, no, no —canturreó en una nebulosa—. Pero no fuimos al Tirennon ese tuyo. Vamos a Nan-Og.

La shilaya suspiró con aquella nueva locura incoherente. Intentó resignarse, porque su amiga vivía perpetuamente en el pasado y Nan-Og no existía más que en las leyendas. A pesar de todo no se iba a dejar engatusar.

—No se me ha perdido nada en ese sitio. Yo no voy.

—Tú sí y punto —contestó Miranda sin dejar opción a réplicas—. ¿Hiciste el

equipaje?

—Ya está bien de tanto equipaje y tanta tontería —se enfureció ella—. Vamos, te llevo de vuelta a tu torre y te dejaré una tonelada de láudano boreal para que dejes de fastidiarme en una buena temporada.

—Así que no quieres llevarte nada, de acuerdo —sonrió la otra, enigmática—. Di adiós a tus estrellas.

Violeta la cogió del brazo y la sacó casi a rastras. Fuera la nieve caía suavemente, con los copos danzando en la eterna música del bosque azul de Sídhe. Le encantaba el invierno, pero Miranda le había agriado el día. Cruzó el puente de cristal labrado tirando de ella, con la dichosa arpía chillando sin parar. Para colmo de males, multitud de jóvenes shilayas parecían seguir la misma dirección que ellas, y tanto tumulto de vestidos la molestaba. De repente notó que ya no tenía que tirar de Miranda, al revés, ahora casi tenía que seguirla a la carrera.

La bruja siguió el camino de oro al igual que las shilayas, y se desvió de la senda que conducía a su torre ruinoso ante el asombro de Violeta. La nieve arreciaba y allá al frente las jóvenes se empujaban unas a otras intentando ponerse en primera fila para ver algo. Algo que estaba viniendo a Sídhe. Se detuvo en seco y sintió el tirón de la mano de su amiga.

—¿Qué es esto, Miranda? —preguntó llamándola por su nombre.

Los Ojos de la Muerte se volvieron a ella.

—Esto es el final, vieja amiga —respondió Miranda, con una cordura como hacía mucho tiempo—. Son las tuathas. Han venido a por mí.

—No puedo creerlo —negó Violeta con la boca abierta—. Jamás han venido tuathas a Sídhe.

—El silfo lo sabía y lo contó —siguió la bruja—. Ahora vienen a buscar al Ojo de la Muerte, pero yo se lo doy a ella.

—¡Pero qué demonios de silfo ni silfo! —protestó su amiga.

Volvió a sentirse arrastrada por la masa de shilayas que cantaban bajo la nieve. Algunas magistras volaban flotando pero ya no dio tiempo a más. Delante de ellas, un cortejo de albanthíos recorría el camino de oro.

¡Albanthíos en Sídhe! Aquello era inadmisibile. Violeta sintió la ira crecer en su interior.

—Escapamos ahora —rió Miranda a su lado.

Entonces Violeta se quedó boquiabierto allí en medio y la plumosa nieve cayó despacio sobre sus hombros. Tras los albanthíos, flotando a un palmo del suelo, tres jóvenes doncellas blancas parecían envolverse en destellos.

Tuathas. Era verdad, estaban allí, como un sueño imposible. La aristocracia de Tirennon. Las más poderosas de todas. Casi tanto como Maeve, como las grandes reinas del pasado. Su belleza era tan irreal que el ojo no podía definirla. Quizás no

tenían ya cuerpo físico, sólo imágenes que el cerebro trataba de encajar. A su alrededor el mismo aire brillaba con lucecitas, y bajo sus pies crecían las flores sobre el manto de nieve.

—¡Corremos! —insistió su amiga dándole un codazo.

—¡Calla! —le chistó Violeta, alarmada, intentando confundirse entre el gentío.

El cortejo de albanthios se dirigía invariablemente hacia la torre de la bruja. Las jóvenes shilayas a su alrededor se apelotonaban en una masa de telas y destellos de colores, y Violeta quiso tirar de su amiga y sacarla de allí a toda prisa. El pulso se le había acelerado y ella se sentía ya vieja y cansada para aquel tipo de aventuras.

Las tres tuathas se detuvieron un segundo justo al lado de ellas dos, buscando a su alrededor. El hada observó sus rostros: caras blancas y perfectas, sin labios ni boca, pues se decía que las tuathas jamás podrían emitir un veredicto falso o errar en sus juicios. Ojos alargados que atravesaban el alma, pero también con una frialdad despiadada que no atendía a sentimientos.

En ese momento la Magistra del Sol entonó un cántico grandioso sobre el Reino Blanco y al momento todo el coro de shilayas se le unió con voz potente. Los mismos albanthios parecieron crispase y siguieron su avance aumentando el paso muy ligeramente.

—Ya no hay tiempo —susurró Miranda, agachada, viendo pasar a las tuathas frente a ella—. Nos vamos aquí y ahora.

—No hagas esto, Miranda. No tienes que hacerlo, puedes esconderte donde quieras —sollozó Violeta—. Sabes que las tuathas no te encontrarán. Ocúltate, viaja a mañana o a dentro de dos días. Las tuathas se habrán ido...

—Fahon me espera —contestó la otra con una sonrisa—. Ha llegado el momento.

—Si vas a Tirennon, ya no podrás salir de allí nunca más.

—Vamos a Nan-Og, no a Tirennon. Vamos las dos, shilaya, tú y yo.

—Yo no...

—Ella está allí y yo la necesito, vieja amiga. Es mi regalo de despedida para Titania y quiero ser extremadamente cruel.

Violeta la miró angustiada. El cortejo de albanthios había seguido su curso, con las tres enigmáticas doncellas flotando en medio de los copos de nieve.

—¿Y por qué he de ir yo, Ojos? Parece que ya lo tienes todo planeado.

—Oh, sí, shilaya, esto lo planeé hace mucho tiempo. Ahora se ha cumplido y es el momento de mi venganza.

—¿Entonces? —Violeta intentó ganar tiempo—. Yo no pinto nada...

—Te necesito a mi lado, Violeta. Porque morir no es fácil y quiero a una amiga cuando llegue la oscuridad. Ya no veo nada más que sombras y tengo miedo.

—¡Pues deja esta locura sin sentido! —gritó ella, creando ecos de cristal que volaron por el paisaje invernal de Sídhe.

Algunas shilayas se volvieron en su dirección y Violeta temió que los albanthios la hubiesen escuchado, pero el griterío de canciones y colores era tan intenso, que ni la mismísima Maeve se hubiese dado cuenta.

Miranda chasqueó sus dedos y un portal brillante apareció ante ella. Caminó con decisión con la arpa al hombro sin volver la vista atrás, y su figura se disolvió en el resplandor.

—Maldita sea —gruñó el hada entre dientes.

Deseó olvidarse de aquella locura. Regresaría a su Torre de las Estrellas y dejaría a Miranda por fin en manos del destino. Pero sabía que no iba a ser así.

Miró a su alrededor contemplando una última vez los árboles azules, los jardines nevados y los puentes de cristal con sus farolitos de colores. Sídhe. Su casa a la que ya no volvería. Quiso guardar aquella imagen en su memoria para siempre. En su mano surgió su varita mágica, y la estrella se volvió fría y acerada. Cerrando los ojos apretó el filo cortante contra la palma de su mano, hasta que apareció una línea roja en la carne de la que manaron gotas de sangre.

«Nunca olvidaré este momento» —pensó sintiendo el dolor, viendo cómo la sangre resbalaba por sus dedos hasta la nieve.

La estrella de su varita recobró su brillo original y ella avanzó hacia la luz del portal blanco hasta que las lágrimas hicieron que cerrase los párpados.

Cuando la Magistra del Sol volvía a su torre, todavía sin saber qué pensar de aquella visita de las tuathas, un brote de rosas rojas que había florecido en medio de la nieve llamó su atención.

De inmediato se sintió atraída por el arbusto y cortó una de las flores con delicadeza. El olor le trajo imágenes extrañas que no conseguía asimilar. Porque ni ella, ni las jóvenes shilayas se acordaban ya que una vez existió una Magistra del Invierno que vivía en la Torre de las Estrellas de Sídhe, pero al oler el aroma de la rosa le pareció que había perdido algo, un vacío inexplicable, y notó lágrimas en los ojos sin saber por qué.

2

Atlantia sintió una pequeña turbulencia en el agua y se estremeció.

Sabía que eran *ellos* porque a pesar de la frialdad reinante, la piel se le había llenado de pinchos. Casi se había acostumbrado a la compañía de Lady Angaïl, pero la llegada de los tres dragones siempre la llenaba de terror. Esperó acurrucada en un rincón oscuro, con la cabeza gacha y los cabellos flotando alrededor de su cara.

Frente a ella, dándole la espalda, Angaïl mezclaba extrañas pociones riendo

bajito, como si hubiese perdido la cabeza tiempo atrás buscando algo, un tesoro o una llave misteriosa. Pero se había vuelto loca. De eso, Atlantia estaba casi segura.

La redoma que llevaba en las manos se volvió de color negro al añadirle una gota de un líquido ámbar, denso y burbujeante. La bruja del mar rió con fuerza y luego se puso a rebuscar por entre los estantes llenos de porquerías de la cueva asquerosa donde vivía.

Con un poco de suerte, los dragones se entretendrían engatusando a aquella momia llena de vendas raídas y no la verían. No soportaba sus burlas ni sus sonrisas malignas de desprecio, y había sido un alivio no tenerles cerca aquellas últimas dos semanas.

—Tierra corrupta... perla de luna... pluma de fénix —murmuraba Angaïl una y otra vez la misma letanía con su voz rasposa, y se desesperaba al no hallar lo que estaba buscando.

Atlantia hundió aún más la cabeza entre los hombros, maldiciendo su suerte. La turbulencia en el agua se agrandaba. Ellos venían. Tal vez, si los dioses fuesen piadosos, estarían lo suficientemente hambrientos para pensar que Angaïl podría resultar un bocado exquisito. Claro que entonces ella podía ser el postre. Se encogió con las rodillas dobladas tratando de no pensar en esas caras sibilinas, esas risas de satisfacción malvada... Las mismas que el día que la capturaron. O se dejó capturar, aún no lo tenía muy claro. Sólo recordaba que merodeaba por Cantáride, por los edificios más apartados, escondida de cuantos pudiesen verla.

Después de los sucesos terribles de finales del verano, después de aquel cataclismo que había dejado en ruinas el palacio y media ciudad, los akshaïrs tenían orden de perseguirla y matarla. Su cabeza tenía precio. Y todo por ayudar a unas desconocidas en contra de su propio pueblo. Por traidora. Por mil cargos más, ya fuesen ciertos o inventados.

Huyó, y durante un tiempo logró sobrevivir más allá de las torres de Älisenthel, más allá del Mar de las Sirenas, cerca de los volcanes negros que rugían en la Grieta de los Aspios. Pero la rutina, la soledad y el desamparo le hicieron volver a Cantáride.

Al principio desde lejos, evitando todo contacto con cualquier ser vivo. Luego aventurándose cada vez más hasta acabar en los arrabales de la ciudad. Más tarde intentó ponerse en contacto con las otras del gremio, pero todas la rechazaron y dejaron muy claro que Atlantia estaba ya marcada con la mancha de los traidores, y mejor sería que jamás volviese a poner los pies allí.

Ella, que fue la capitana del gremio cuando consiguió lo que ni Mármara había logrado. Ella, que rozó con la yema de sus dedos el sueño de gobernar Acuarïe hasta que descubrió que todo era un engaño de Tritia... No era culpable de nada, ni una

traidora. Pero nadie la comprendía. Todas la despreciaban.

Aquel día estuvo punto de llorar, perdida entre las columnas de un templete destruido, odiando su soledad y necesitando sentir el calor de la gente a su alrededor. Y entonces, como si una shilaya malvada le concediese su deseo, una voz siseante la sobresaltó susurrándole al oído.

—*Hola, hola, mariposita...*

Y luego las risas, y aquellos ojos reptilianos llenos de codicia oscura.

Lady Angaïl la trató mal desde el principio, pero no tan horriblemente mal como se hubiese esperado si todo su laboratorio de Älisenthel hubiera estado intacto. Unos cuantos golpes y algunos gritos se convirtieron en la rutina diaria mientras le limpiaba la cueva, preparaba los componentes de sus pociones o le guisaba algo de comer. Total, quizás era el castigo que se merecía.

La mujer parecía más vieja y terrible aún. Atlantia pensó que la bruja, en un rapto de locura, había experimentado consigo misma tomándose una pócima maldita, y el tiempo se había ensañado con su piel. Casi era una anciana decrepita, pero en realidad, todo Acuarïe le provocaba aquella sensación de decadencia. Como si se marchitase y se desmenuzase a gran velocidad.

Los dragones obedecían a aquella extraña mujer. La odiaban, eso Atlantia podía leerlo en sus ojos, pero no levantaban una zarpa contra ella. Más tarde descubrió que aquella singular obediencia debía estar relacionada con el colgante de aguamarina que la vieja bruja llevaba al cuello, y que siempre brillaba cuando ellos rondaban cerca. Se hubiese mentido a sí misma si jurase que no había planeado arrebatárselo alguna vez.

Y después de dos semanas, los dragones volvían. La imaginación de Atlantia se desbordaba cuando intentaba imaginar qué nuevas maldades habían cometido, qué órdenes siniestras cumplían de Lady Angaïl, o cuáles eran los objetivos de sus taimados planes.

Se arrebujó en la penumbra sintiendo que la corriente tambaleaba los miles de frasquitos misteriosos que inundaban la cueva. Una sombra gigantesca ocultó la luz azul de la entrada, y el suelo terroso se levantó cuando Udronsanthïl se posó fuera, en la arena.

—¡Estoy ocupada! —gritó la vieja haciendo ademán de no atenderles—. Casi tengo la llave. ¡Si no me habéis traído la voz de los Aulios, marchaos!

El dragón rugió y Lady Angaïl puso los ojos en blanco. Salió renqueando y al rato volvió desquiciada, hecha una furia.

—¡Estúpidos, estúpidos! —chilló estrellando redomas contra las paredes. Los cristales rotos flotaron suavemente hacia abajo—. ¡Imbéciles! ¡Y lo único que se les ocurre es enterrarlo!

Se volvió hacia ella como una serpiente furiosa, su cara escamosa llena de rabia.

—¡Tú lo sabías! ¡Lo has sabido todo el tiempo y me has engañado! —la acusó con el odio de la locura—. ¡Vete y no vuelvas sin su corazón o te mataré!

Agarró a Atlantia salvajemente y la zarandeó hasta hacerle heridas. La chica se revolvió presa del pánico. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, pero la bruja estaba arrastrándola fuera de la cueva, directamente ante los dragones. Intentó zafarse, hacerse resbalosa de gelatina, pero Angaïl no se lo permitió, con las uñas negras clavándose en su carne.

—¡Fuera de aquí todos! ¡Largo, hatajo de gusanos!

Y sin más se volvió a meter en la gruta hecha un demonio de furia.

Atlantia se incorporó muy despacio. Frente a ella, las grandes garras de Udronsanthïl se clavaban en la arena. Siguió su cuerpo hacia arriba, hacia el largo cuello lleno de crines ondulantes, hasta las mismísimas fauces rechinantes del dragón. Udronsanthïl parecía estar a punto de escupir una bocanada letal que acabaría con aquella vieja rémora dentro de su cueva. Sin embargo, después de un momento en el que sus uñas se crisparon, bajó la cabeza hasta encararse con la muchacha.

Ella sintió el nudo de terror ahogándole la garganta. Dio un paso atrás y de pronto tropezó con la cola de otro de los dragones que se había acercado silenciosamente. Ya sólo quedaba el tercero. Atlantia miró a todos lados asustada y buscó en las alturas, esperando descubrir su silueta negra aleteando en círculos.

—Está muerto —resonó la voz gutural del dragón dentro de su cabeza—. Vieja asquerosa, se ha negado a honrar su funeral. ¡Pagará por este desprecio! ¡Nadie humilla a un dragón, y menos un insecto acuarïe!

—Calma hermano —susurró el otro dragón, expulsando una bocanada de vapor sobre el fondo arenoso—. Kidrolebh jamás hubiese deseado que esa babosa rastrea le diese un último adiós.

—Cierto —Udronsanthïl se irguió orgulloso y luego entrecerró los ojos de forma siniestra. Su mirada destelló al volver a fijarse en la muchacha—. Pero nos vengaremos, Meësh. Y muchísimo mejor de lo que te imaginas...

Atlantia trataba de pensar lo más deprisa posible. Uno de ellos había muerto. La bruja le había gritado que le trajese un corazón. El del dragón, ahora estaba claro. Angaïl quería ese componente sin igual. No había duda de que un tesoro así no volvería a presentarse nunca en su vida. Los dragones no morían de muerte natural y hasta donde ella sabía, sólo quedaban aquellos tres en todo Ìalanthilïan. Era imposible conseguir de ellos ni una escama, y un corazón de dragón tenía que servir para algo muy, pero que muy valioso.

Los dragones eran inmortales, sí, pero el tal Kidrolebh estaba muerto. Muerto y enterrado hasta el funeral. La horrible Angaïl se había vuelto loca de frustración, y la había enviado a ella a rescatar su tesoro. Ahí podría tener una oportunidad...

—¿Podremos vengarnos? —la sacó Meësh de sus pensamientos, dirigiéndose a su

hermano—. ¿Tendremos tiempo?

—Ni lo dudes —contestó el otro con aplomo, pero Atlantia creyó percibir una nota de miedo en su voz—. Nos despediremos de Kidrolebh como exigen los dioses, y después...

Udronsanthil expulsó una riada de vapor que burbujeó hacia las alturas. Entonces apretó su garra afilada entrechocando las largas uñas.

—Después iremos a por ellas —lanzó un rugido que hizo que Atlantia se estremeciera de terror.

3

Nia contempló con asombro el paisaje nevado que se extendía ante ella. Ni siquiera se había dado cuenta de que todo había cambiado a su alrededor, y sólo cuando el aguanieve caló las suelas de sus botas de cuero y sintió el frío entumeciéndole los pies, descubrió que ya no estaba en Eirdain.

El manto blanco de nieve la rodeaba por todos lados. A lo lejos, casi perdida en la niebla una suave cadena de montañas se confundía con un cielo lleno de nubes grises de invierno. Los pinos y abetos eran el único punto de color en medio de la llanura, una vegetación oscura y triste bajo el manto algodonoso.

Los árboles estaban tan cargados de nieve que a veces se desprendían pequeñas avalanchas llenas de espinas de hielo que podían atravesar sus ropajes. El viento helado le cortó la piel de los labios, y agitó sus alas para hacerlas entrar en calor. Algunos copos diminutos danzaron en torno a ella.

Respiró y el aire entrecortado salió formando vaho en un siseo de temor. Ya sabía dónde estaba. Aquello era Tirennon, el legendario Reino Blanco. Un estremecimiento le recorrió la espalda, y más al percibir que estaba sola en un sitio tan peligroso para ellos. Para cualquier ithirë.

Sus botas se hundieron en la nieve y avanzó con dificultad sin saber exactamente a dónde ir. Acababa de caer en la cuenta de que ella misma era la culpable de aquella equivocación.

Por querer verla.

Por odiarla.

Porque Ethera la quería más a «ella».

Había deseado ir a cualquier lugar donde se encontrase la chica nemhirie. Recordó que quiso estar un rato a solas y se había alejado del campamento provisional que su madre había ordenado levantar en lo que, según las leyendas, era la maravillosa ciudad de Eirdain.

Ja, ja. Maravillosa...

Allí no había nada. Fango y tierra calcinada bajo la lluvia plomiza que ensuciaba

los campos muertos y entristecía el alma. Toda su vida había estado esperando aquel momento. Siempre soñando y sufriendo junto a su madre, Ethera, para volver a casa. Para volver a ese reino maravilloso de fantasías que ella le contaba cada noche al dormir.

Cuentos de un reino verde sin fin, de árboles tan altos como los rascacielos nemhiries, un reino de pirámides colosales. Y por encima de todo, el Valo Nanduïl, el maravilloso árbol lleno de vida y sabiduría. Nïa había soñado miles de veces con sus frutos jugosos al alcance de la mano, con la paz fresca de las hojas. Se recostaría contra el tronco milenario y miraría al cielo azul por entre las altas ramas, descansando por fin.

Y cuando su madre abrió las puertas de aquel paraíso perdido, todo se vino abajo.

Porque el reino de Ithirïe era como una pesadilla oscura de muerte y sangre. La tierra se pudría a sus pies, los riachuelos plateados no eran sino cauces de lodo burbujeante, el cielo azul no existía, sólo nubes negras y lluvia pestilente bajo los relámpagos.

Pero los ojos de su madre brillaban contemplando todo aquello. No parecía darse cuenta de que Eirdain no era más que un sueño. Su mirada se alejaba más allá del horizonte y la luz de sus pupilas era terrible, con una sed de venganza que Nïa no había visto jamás.

Tuvo miedo porque por un momento su madre le había parecido una perfecta desconocida, y cuando dijo «Laila» en lugar de la legendaria reina a la que todos adoraban, Nïa sintió un cuchillo clavándosele en el pecho.

Laila.

Nunca había querido dar crédito a los rumores malintencionados acerca de su madre uniéndose a un humano. Aquello era una mentira cruel, no era posible...

Pero por otro lado, de ser ciertos esos rumores, todo había ocurrido antes de que ella naciera en una modesta Ceremonia de las Flores celebrada en unos campos nemhiries de trigo, a escondidas de los curiosos, sin más pompa que algunas visitas y el temor de ser descubiertos por los campesinos.

«Laila» —pensó de nuevo, pisoteando con furia la nieve bajo sus pies.

Por fin había visto su rostro cuando rozaron Airïe. Cuando todo a su alrededor era incomprensible y maravilloso. Un reino de ciudades en el viento. Nïa jamás había visto algo así. Sólo su vida en el mundo humano, escondidos en la tierra, huyendo de mil peligros y hostilidades. Ahora hasta sus alas parecían desplegarse y brillar.

La chica nemhirie cayó dormida ante ella y Ethera le arrebató la ansiada llave de Eirdain sin demostrar ni una brizna de cariño.

Pero Nïa tenía que saber. Necesitaba comprender aquello. Cuando le preguntó a Ethera, ella en un principio lo negó todo. Luego le dijo que aquella criatura sólo había sido una broma, un plan. La pieza que les había devuelto a casa. Ni siquiera debía

pensar en ella porque no conservaba la sangre limpia y pura de Ithirïe. Nïa era su verdadera hija. De la otra, ni se acordaba.

Pero Nïa sabía que eso no era verdad. Porque leía en los ojos de su madre más de lo que la otra creía. Porque Ethera... —pensar en aquello le resultaba desagradable, casi una abominación repugnante—, había llevado a aquella criatura humana dentro de ella, y porque... porque por muy horrible y depravada que hubiese sido aquella experiencia, cuando Ethera miraba a Nïa, no la veía. Sólo veía a la humana nemhirie.

En toda aquella avalancha de ideas, pisando la malhadada tierra de Ithirïe, había deseado ver a la nemhirie por encima de todas las cosas. Verla, gritarle que les dejase en paz, a ella y a su madre. Que se marchase lejos para no volver.

Y de repente estaba allí, en el Reino Blanco. Su deseo se había cumplido tan suave como la caída de una pluma, como uno de aquellos copos de nieve que danzaban frente a su rostro. ¿Pero dónde estaba exactamente? ¿Y dónde estaba «ella»? A su alrededor la nieve se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Los árboles de cristal parecían reírse a sus espaldas, y sus sombras se alargaban como cuchillos oscuros intentando tocar sus pies.

El viento silbaba enmarañándole los cabellos pero de pronto, un ruido susurrante la hizo detenerse. Un crujido maligno, el eco de un roce. Se quedó paralizada y volvió la cabeza sin descubrir nada más que las figuras oscuras de los abetos. Entonces, de golpe, sintió todo el peso de la soledad en aquellas estepas vacías. Nadie sabía dónde estaba. Nadie podría rescatarla si algo sucediese.

Caminó con más prisa, forzando la marcha sobre la nieve. El corazón se le había acelerado sin querer y notó una punzada de pánico en la garganta. Deseó salir de allí de inmediato, regresar junto a Ethera, pero en su cabeza seguía la imagen de la nemhirie y su deseo no se cumplió. Podría camuflarse entre los árboles, sólo para comprobar que aquel ruido no era más que la nieve cayendo desde las ramas cargadas de los pinos. Incluso podría huir volando, pero nunca antes había usado sus alas, entumecida como estaba del mundo nemhirie.

¿De nuevo un ruido de pisadas detrás de ella, o eran sus propios pasos? La sangre le latía en los oídos tan fuerte que no lograba distinguirlo. Todo lo que había aprendido sobre ocultarse a ojos nemhiries se había borrado de su cabeza como por arte de magia, y sólo notaba el pánico sordo palpitando una y otra vez.

Aceleró el paso y la nieve pareció que se volvía más blanda aún, dificultando su avance, hundiéndose más allá de las rodillas e impidiéndole su viaje a ninguna parte. El aire frío se había convertido en ventisca, pero ya no lo notaba.

Porque algo venía tras ella.

Se giró de nuevo un segundo. Por entre las ráfagas creyó ver una figura que salía de las sombras de los árboles. Algo que se encorbaba hasta ponerse a cuatro patas y olisqueaba el aire. El corazón se le disparó. Intentó correr con toda la fuerza que le

daban las piernas pero el miedo y la nieve la hacían tambalearse.

Notó de repente que estaba llorando de miedo y su mente se olvidó de todos los reinos maravillosos y todas las Lailas del mundo. Sólo deseaba que aquello no fuese más que una pesadilla.

Sin embargo la pesadilla se estaba acercando a gran velocidad. Venía a por ella aullando entre zarpazos, parecía escarbar en la nieve, escupiendo terrones hacia atrás. Y Nïa corrió. Corrió como nunca en su vida. Sentía el sudor frío en la espalda y las lágrimas resbalando por su cara, e incluso en un par de ocasiones sus alas la impulsaron hacia arriba para volver a trastabillar en el suelo. Volvió la vista atrás y sus piernas le fallaron haciendo que cayese de espaldas.

Aquello se le venía encima. Algo parecido a un lobo gigantesco con garras como cuchillas. Nïa chilló y el eco reverberó en el valle desolado. La bestia abrió las fauces con una sonrisa asesina y se levantó sobre sus patas traseras acercándose renqueante.

De repente alzó el hocico y pareció olisquear algo. Aquella boca llena de dientes goteantes perdió la sonrisa, pero ya no hubo tiempo para nada más. Se lanzó sobre su presa en el momento que Nïa miraba al cielo blanco y luego cerraba los ojos esperando el final.

Cientos de silbidos cortaron el aire y una lluvia de flechas atravesó el cuerpo del monstruo desde mil sitios distintos. Aquella cosa se revolvió furiosa, dando zarpazos y dentelladas al vacío en medio de rugidos desesperados. La muchacha, asombrada y horrorizada, se arrastró por la nieve intentando ponerse a salvo mientras las flechas arreciaban, hasta que convirtieron al monstruo en algo grotesco e informe que cayó en medio de un charco de sangre negra.

Nïa jadeó tratando de escapar. El suelo estaba cubierto de astas blancas, como las espinas de hielo de los abetos, y miró desquiciada a su alrededor buscando al amigo, o al enemigo, en medio de las lágrimas.

Figuras blancas como fantasmas misteriosos se movieron hacia ella desde la propia nieve, desde los árboles de cristal, levantándose de la superficie transparente de un lago helado, hasta rodearla.

La muchacha sintió que el pecho le dolía de miedo y se cubrió la cara entre las piernas, acurrucada como un gatito indefenso. En su cabeza surgió una idea inquietante:

«Estaban aquí» —pensó aterrada—. «Miraban cómo me iba a comer».

Alguien le puso una manta y abrigos de pieles sobre los hombros y ella le miró sin comprender.

«No sientas temor, ithirïe —escuchó una voz limpia y fría dentro de su cabeza—. Te estábamos esperando».

Cuando todos hubieron desaparecido, cuando ya sólo quedó el viento silbante por

entre las ramas, la figura muerta del monstruo hiena se fue cubriendo de nieve que hizo desaparecer la sangre negra. Luego, al atardecer, las sombras de los árboles se alargaron y una de ellas rozó, tal vez sin querer, el cuerpo inundado de flechas. Entonces su figura pareció disolverse en aquella sombra, y reptó sobre la superficie inmaculada convirtiéndose de inmediato en otra cosa.

Secretos a medias

Aurige arrastró el cuerpo convaleciente de Laila hasta acomodarla en la cama y luego cerró la puerta sin hacer ni un ruido. A su alrededor la Universidad seguía en calma, pero traer a Laila de vuelta había sido una de las cosas más difíciles que había hecho nunca. Y encima, en medio del camino se había tropezado con dos chifladas que estuvieron a punto de dar al traste con sus bien cuidados planes.

En un principio tuvo que dormir a Laila, porque su amiga apenas se sostenía en pie sin desmayarse. Se hizo invisible pero la propia Laila era como una muñeca de trapo demasiado llamativa, un punto de luz en medio de la oscuridad necesaria para cualquier escondite. La sacó con mil precauciones de las habitaciones que lindaban con los aposentos de la propia reina Blanca, atravesó las galerías y los salones del palacio cargando con su peso muerto, y cuando ya vislumbraba los jardines tras las puertas, sintió el roce de una mano en su hombro.

El susto fue tan grande que estuvo a punto de gritar, pero entonces escuchó un siseo nervioso:

—Toca el cambio de guardia. Ven, rápido.

Y se sintió arrastrada hacia una galería a oscuras. Momentos después el sonido de pasos marciales cruzó el salón hasta perderse en la distancia.

Cuando volvió el silencio, a su lado aparecieron dos figuras pálidas y tras la sorpresa inicial, reconoció a Antion del gremio Blanco. La otra no le sonaba de nada, pero estaba claro que el gremio de ladronas de Tirennon se encontraba en plena actividad. Las dos la miraban con curiosidad.

—No eres muy prudente yendo con esa —señaló Antion a la dormida Laila.

—Ni vosotras vestidas de blanco —las regañó Aurige—. Sois el colmo de la discreción.

—Bueno, lunarë, no vamos a ponernos a discutir —cortó la otra, nerviosa—. Sabemos que estás ocupada, pero ya que te hemos visto varias noches rondando por aquí, nos gustaría saber si alguna vez te has tropezado con algo parecido a esto.

Y sacó varios pergaminos de un bolsillo de su túnica. Los desplegó con cuidado y se los mostró. Aurige les echó un vistazo rápido mientras pensaba que aquellas dos no estaban muy cuerdas. Precisamente ahora, precisamente cargando con Laila, tenía que pararse allí para darles recomendaciones sobre robos.

Uno de los dibujos representaba un cuchillo o una daga extraña que no le decía nada. En otro papel, unas líneas trazadas deprisa partían desde una esfera central hacia seis círculos externos. Ese sí que lo conocía. Era la misma imagen del tapiz que una vez guardaron en su cueva, y que correspondía con una de las caras del medallón de Laila.

—No he visto nada así —mintió con rotundidad.

Las otras dos suspiraron desanimadas. Se despidieron de ella y desaparecieron al momento. Aurige se quedó pensativa unos segundos y luego se volvió a poner manos a la obra.

Alcanzó las puertas hacia los jardines, luego el laberinto de caminos hasta llegar al recinto exterior universitario, y por fin el propio edificio de la Universidad hasta el dormitorio. Varios albanthios desprevenidos habían caído dormidos en aquel trabajoso recorrido de vuelta. Casi estaba clareando cuando alcanzó la habitación.

Chasqueó los dedos y Laila abrió los párpados, que intentaron cerrarse de nuevo.

—Tienes que comer algo, nemhirie —le dijo en voz alta para sacarla del letargo.

Laila asintió con la cabeza sin saber exactamente qué estaba ocurriendo ni qué estaba contestando. Al rato volvió a moverse un poquito.

—¿Qué ha pasado, Aurige? —susurró casi inaudible. Sus ojos eran sombras mortecinas.

—Ahora mismo no hay tiempo para explicaciones. Tienes que recuperarte y rápido.

Laila afirmó con cansancio, pero era incapaz ni de levantar el brazo. Aurige torció el gesto con desagrado, y con un movimiento muy rápido hizo un par de pequeñas trufas de chocolate y luego escondió la mano sintiéndose culpable.

—Come eso —le ordenó—, y bebe un poco de agua.

La chica hizo un esfuerzo hasta alcanzar el vaso de cristal y logró llevárselo a los labios después de que una considerable cantidad de líquido se le derramase en las sábanas.

—Algo es algo —murmuró la otra con aprobación.

—Tengo que saber qué ocurrió en el *Reina Katrina* —jadeó Laila tratando de incorporarse en la cama a duras penas.

—Es lo que me faltaba —respondió la otra de mala gana sentándose en un sillón—. Gasto un Grano de Solarie para despertarte, arriesgo mi pellejo para traerte de vuelta, ¿y ahora un interrogatorio?

Laila sonrió con dificultad. Recordaba cosas, imágenes de un sueño nebuloso. Miles de preguntas luchaban por salir a la vez. Tanteó el platito donde estaban las trufas y se comió una sintiendo la boca pastosa.

—¿Quiénes eran? —preguntó de nuevo notando la fatiga acumulada. Se sentía como si hubiese estado corriendo sin parar durante días para salvar la vida.

—¿Quiénes eran quiénes? —intentó Aurige rodear la conversación a toda costa—. No sé de qué me hablas.

—Vamos, lunarie —siguió Laila con fastidio, cerrando los ojos.

—Mejor que descanses un poco, y cuando estés completamente recuperada lo intentas de nuevo, y ya veré si te contesto o no.

Laila asintió. Por muy embotado que tuviese el cerebro, sabía perfectamente que era imposible discutir con Aurige. Dejó que el cansancio la invadiera y durmió en un sueño tranquilo hasta muy entrada la tarde.

Después, el sonido de la puerta al cerrarse la hizo despertar, y cuando abrió los ojos, de nuevo se preguntó dónde estaba y qué había ocurrido. Aurige acababa de llegar con una pila de libros, y por su expresión no parecía precisamente contenta.

—Esto es lo que pasa cuando rescatas a una nemhirie —refunfuñó lanzando los libros sobre una mesita—. Tus asignaturas: Geografía, Historia, Evolución Aplicada, Astronomía, Bondad y Sacrificio...

Los libros iban chocando unos con otros. Laila se sentó al borde de la cama. La cabeza aún le daba vueltas y las tripas le pedían a gritos una selva de comida.

—¿Esto es la Universidad Blanca? —puso los pies en el suelo sintiendo la frialdad del mármol.

—Ni más ni menos.

—De acuerdo, lunarie —suspiró con resignación—, vamos a hablar de todo esto y trataremos de salir de este lío. Me apetece comer, ¿podrías hacer algunos pasteles?

Aurige la miró con cara de pocos amigos negándose en rotundo. La época de ser shilaya había desaparecido para siempre y no volvería a caer en semejante ridículo. Al notar su negativa, Laila trató de esforzarse en conseguir su propia comida y aunque la cabeza le dolía espantosamente, unas cuantas galletas aparecieron sobre las sábanas. Cuando terminó con ellas, el color le había vuelto al rostro.

—Bueno —dijo mordisqueando el último bocado—, necesito un resumen. Quiero saber a qué nos enfrentamos aquí.

—Pues es muy sencillo, nemhirie —contestó la otra poniendo los brazos en jarras—. La vieja Mab domina Silveria, Lunarie y Solarie. De Acuarie no sabemos nada, pero dudo que Tritia nos tenga mucho aprecio. Es más, a esa bruja le encantaría ponernos las zarpas encima, así que sólo nos queda estar aquí.

—Este es el sitio más peligroso —objetó Laila—. Precisamente Tirennon es la boca del lobo.

—Estamos en la Universidad —explicó Aurige como el que enseña a un niño pequeño—. Es territorio neutral, diríamos. Maeve nos vigila, pero no nos controla. Los albanthios no pueden entrar aquí. Bueno, uno en concreto sí puede, pero los soldados no.

Laila se quedó pensativa unos segundos.

—¿Y qué pasa con Ithirie? —susurró por fin. En sus ojos había un destello.

Aurige guardó un silencio hosco.

—Las vi, lunarie —insistió ella—. Justo antes de que todo se volviese blanco. Vi a dos ithiries en el *Reina Katrina*...

—¿Y qué importa, Laila? —exclamó por fin apretando los puños—. La vieja Mab te durmió para usarte de rehén. Cuando los Señores de los Vientos nos rescataron, Nimphia y yo pudimos escapar, y Cyinder decidió en ese momento jugar a ser reina y se quedó con ella...

—¿Qué?! —la cara de Laila era una máscara de espanto.

Aurige empezó a dar vueltas por la habitación como un gato enjaulado.

—Nimphia ha sido condenada al exilio, aunque eso ya te lo dije una de las veces que me metí en el sueño —seguía cada vez más enfadada—. No tenemos dónde ir y se me agota la paciencia. Y encima eso —señaló los libros desperdigados con rabia.

—Por cierto —se acordó Laila de repente—, ¿dónde está mi libro de las gemas?

Lo buscó con la mirada y su amiga apretó los labios.

—Ethera se lo llevó —dijo con un tono de voz demasiado oscuro.

Laila se la quedó mirando, el rostro se le había puesto blanco.

Ethera...

—¿Y la otra ithiríe? —preguntó al rato, con un hilo de voz—. ¿Quién era?

—Ni idea. No lo sabemos —negó Aurige.

Observaba a Laila que parecía estar a punto de derrumbarse. La muchacha se acercó a los ventanales en silencio. Su cara estaba tan pálida que parecía un fantasma.

Fuera llegaba la noche y los últimos rayos de sol reverberaban blanquecinos sobre un paisaje maravilloso de templos y palacetes góticos que parecían sacados de un cuento, llenos de columnas, jardines y fuentes labradas en piedra.

Y más abajo, nada. Un manto de nubes cubría el lejano suelo como si fuese un mar blanco. La Universidad estaba construida en lo alto de un precipicio, con un cortado de rocas que parecía no tener fin. La tierra podría estar allí mismo, justo donde se movía la niebla, o bien podría caer por aquel acantilado eternamente, no había forma de saberlo. En el cielo parpadeaban algunas estrellas pero sus ojos no veían nada de todo aquello.

—Sólo quería el libro —susurró empañando el cristal con su aliento.

Aurige guardó silencio.

—Quiero volver a mi casa —dijo Laila por fin—. Esto se acabó. Se acabó Faerie. Ya no me importa nada.

—Claro. Muy bonito. Faltaría más. La señorita sufre un revés y ya se quiere volver a casita. ¿Y qué pasa con Cyinder y con Nimphia? ¿O te crees que sólo estoy aquí por ti?

Laila apretó los labios.

—Claro que no —se volvió, enfadada y dolida—. Nadie está aquí por mí. Ni siquiera mi propia madre.

—Bueno, ya estamos con los lloriqueos nemhiries. Como si la hubieses necesitado alguna vez en tu vida.

—¿Pero qué puedes saber tú lo que yo he necesitado y lo que no? —le espetó ella sintiendo que la rabia crecía a velocidad de vértigo—. Y tengo un padre que no veo en siglos. A él sí le importo y estoy segura de que se está tirando de los pelos en este momento...

Un repiqueteo en los cristales la hizo saltar de susto. Se dio media vuelta pero ya Aurige corría a abrir la ventana. Fuera, una figura encapuchada se recortaba contra el cielo oscuro. La figura saltó dentro y se quitó el embozo de inmediato.

—¡Nimphia! —exclamó Laila maravillada mientras su amiga la abrazaba con lágrimas en los ojos.

—¡Al final lo conseguiste, lunarie! —dijo la airie riendo y llorando a la vez.

—Por supuesto —contestó Aurige con superioridad.

—¡Pero qué haces aquí! ¿No estás exiliada? —preguntaba Laila a la vez formando una algarabía de grititos y risas.

—Vengo casi todas las noches —susurró Nimphia apartándose de ella para contemplarla—. No puedo estar lejos de vosotras ni un segundo.

—¿Pero y si te pillan? —dudó ella mirando la ventana abierta con precaución.

—Diablo está ahí fuera. Al mínimo signo de peligro saldré pitando.

Laila sonrió y por un momento fue casi como estar en casa. La voz oscura de Aurige la devolvió a la realidad.

—No sé a qué vienen ahora las risas, cuando estás queriendo marcharte y olvidarte de todo.

La cara de Nimphia se ensombreció y miró a Laila a los ojos, esperando que aquello no fuese verdad.

—¿Y qué puedo hacer? —murmuró ella intentando justificarse—. Las dos visteis a mi madre. Lo único que quería de mí era el libro de las gemas...

—Eso no lo sabemos —replicó Nimphia de inmediato, intentando restarle importancia a aquello—. Quizás no te reconoció...

—¡Claro! ¡Como mi pelo es de color verde, era imposible reconocerme!

Nimphia frunció el ceño ante el cinismo de su amiga.

—De acuerdo, sólo quería el libro —dijo Aurige a las claras—. Y además vino a por él cuando pusiste la esmeralda en la cubierta...

De repente se quedó callada, pensando con los ojos entrecerrados. Laila la miraba esperando que soltase cualquiera de las verdades que Aurige arrojaba como si fuesen puñales.

—Me acabo de dar cuenta de una cosa importante —murmuró la lunarie con un destello en la mirada—. Ethera vino a por el libro porque sabía, no sé cómo, que la esmeralda era el tesoro escondido de los ithiries. ¿Pero... cómo lo supiste tú antes de abrir el cofre?

—¿Yo? —se asombró Laila.

—Sí. Lo último que dijiste antes de que Maeve te durmiese fue: «¡No, no son las Piedras!».

—¡Es verdad! —confirmó Nimphia, asombrada—. ¡Lo sabías!

Ambas la miraban con los ojos muy abiertos pero para Laila, aquellos recuerdos estaban detrás de un muro de niebla. Se esforzó en desentrañar el misterio y a su cabeza sólo acudió la imagen vaga de un anciano con una máscara de oro que apagaba unas velitas.

Caminó por la habitación pensativa, dando vueltas. Ella sabía, sabía...

Pero por más que lo intentaba, no llegaba a la conclusión de que hubiese adivinado el origen del tesoro antes de abrir el recipiente de piedra. Volvió atrás recordando la escena: el cofre de runas talladas delante de ella, con la cerradura donde encajaba su medallón. La imagen del *Reina Katrina* se presentaba muy clara ahora ante sus ojos, con todo detalle, cuando estaba girando el colgante sobre la superficie labrada y las velas se apagaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nimphia viendo la expresión de su cara.

Se produjo un silencio mortal. Laila se había quitado el medallón del cuello y le daba vueltas.

—Fue un presentimiento —murmuró mirando atentamente la superficie plateada—. Yo no sabía qué había en el cofre. Al mover el colgante, de repente vi una imagen muy clara... Vi dónde estaban las Piedras de Firie. Por eso dije que no eran las Piedras. Porque no estaban allí dentro.

Las caras de sus amigas eran dos máscaras de asombro e incredulidad. Ella dudó por un momento. Podía seguir con la pataleta de volver a casa o por el contrario, contarles aquella idea descabellada. Al final puso el colgante encima de la mesita. Los cinco soles de plata brillaban sobre la serpiente de dos cabezas, y bajo ella, otro sol único.

—Mirad —les mostró—. Así era la cerradura del cofre. Cuando encajó tuve que girarlo... así.

Y le dio media vuelta sobre sí mismo. Aurige y Nimphia contemplaron el medallón, intrigadas. Un círculo único, con la serpiente ondulada como el mar, brillaba sobre cinco esferas plateadas.

—¿Bajo una serpiente de dos cabezas? —empezó Nimphia—. ¿Bajo un nido de serpientes?

—No —señaló Laila el cuerpo ondulado con su dedo—. Bajo el agua.

Sus dos amigas levantaron la vista, atónitas, para comprobar que Laila las miraba completamente seria.

—No puede ser tan fácil, es una broma —susurró Aurige—. ¿Sugieres que hemos tenido el secreto delante de nuestras narices todo el tiempo, y que no lo hemos visto?

Laila asintió despacio.

—Pues allí sería el único sitio donde las piedras podrían apagarse —recapacitó Nimphia, todavía demasiado asombrada—. Estarían muertas, nadie notaría su existencia...

Aurige tomó el medallón entre sus dedos y lo analizó despacio, sopesando aquella idea una y otra vez.

—Bajo el agua —repitió haciendo girar la alhaja—. Pero no en cualquier sitio, ni en un charco, ni metidas en una jarra...

Durante un segundo ninguna pudo decir una sola palabra. Sólo existía un lugar capaz de esconder tal tesoro: un lugar donde los mares y océanos eran tan profundos que cualquier fuego se extinguiría.

—Este medallón perteneció a Fahon —siguió Laila todas las ideas que ahora venían a su cabeza como una avalancha—. Él y los espectros que lo guardaban en la Torre de Cálime quisieron mataros.

—Sí —Nimphia tragó saliva—. Nos odiaban.

—Pero no os podéis imaginar cómo odiaban a Atlantia. Mataron a todas las acuaríes y ella escapó. Cuando Fahon se abalanzó sobre ella, arriba en la sala de las cataratas de sal, fue casi imposible detenerlo, y él me miró como si le resultase incomprensible que yo no quisiera que la matase.

—Estoy completamente de acuerdo con el fantasma —gruñó Aurige, y Nimphia chasqueó la lengua, contrariada por la interrupción.

Laila se calló. De repente le habían entrado ganas de reír al escuchar el comentario de la lunaríe, solo que le parecía un poco macabro.

—En definitiva —siguió intentando contener la risa—, que odiaban más a las acuaríes que a vosotras, y eso sería por algo. Fahon fue el único que sobrevivió cuando las Piedras de Firíe desaparecieron en la meseta de Nan-Og, y fue a él al que acusaron de todo. Él sabía quiénes fueron los verdaderos culpables, por eso aborrecía a Atlantia de aquella manera.

—¿Y por qué no lo dijo cuando lo apresaron en la Torre de los Vientos? —inquirió Nimphia—. ¿Por qué no se defendió de unas acusaciones tan horribles?

Laila meneó la cabeza sin saber qué decir. Esa parte escapaba a su comprensión y era la única que ensombrecía su teoría.

—Pues yo creo que esa es la verdad —dijo por fin, y al ver las caras serias de sus amigas, supo que a pesar de todo, ellas también lo creían.

Se miraron a los ojos durante un largo silencio. De repente se dieron cuenta de que al aceptar aquello, se convertían en las únicas que conocían un secreto terrible cuyas consecuencias podían cambiar el curso de la historia. Nimphia cerró la ventana con precaución y miró a todos lados como si las paredes tuviesen oídos.

—¿Sabéis qué significa esto? —susurró Aurige, las estrellas de sus ojos brillando de emoción.

—Mil cosas —respondió Nymphia—, pero sobre todo que los ithirïes no robaron las Piedras, y que todo ha sido un enorme error.

—Esto sería el perdón para toda mi gente —susurró Laila, extasiada—. El fin de la guerra. Maeve devolvería todos los objetos sagrados a cada reino y los ithirïes estarían libres de sospechas, porque jamás fueron los culpables.

De repente se sintió más ithirïe que nunca. Aquella injusticia debía ser revelada cuanto antes. Su pueblo libre de culpas, su madre iría a buscarla llena de felicidad porque Laila los iba a salvar a todos...

—Todavía no puedo creerlo —dijo Nymphia, demasiado aturdida—. Las Piedras en Acuarïe.

—¿Pero dónde? —preguntó Laila sintiendo cosquillas en el estómago.

—Sólo se me ocurre un sitio —murmuró Aurige entrecerrando los ojos—. La torre del örgothil.

Ambas la miraron tragando saliva. Los recuerdos oscuros volvían a toda velocidad. Aquello que rondaba por entre las montañas de tesoros casi había hecho que se matasen las unas a las otras.

—La corona negra —adivinó Laila con voz tenebrosa—. La corona que llevaba aquella estatua tenía cinco piedras que parecían muertas. Soñé con ella miles de veces antes de que empezasen las pesadillas de los ithirïes.

—Deberíamos buscarla —propuso Nymphia, y Aurige afirmó de inmediato.

—Además, culparían a los acuarïes —añadió la lunarïe con una sonrisa feroz—. Tritia caería en desgracia. La juzgarían a ella y no a nosotras. Tenemos que volver a Acuarïe sea como sea.

Aurige seguía haciendo girar el colgante despacio, pero entonces lo detuvo y se quedó mirando la otra cara con las esferas, la que era como el dibujo del antiguo tapiz. El gremio Blanco estaba buscando algo como aquello, ¿pero qué? Se lo devolvió a su amiga meneando la cabeza en silencio.

Laila sentía un nudo en el estómago tras las palabras de Aurige. La simple idea de regresar a las simas profundas del reino del agua le había puesto la carne de gallina.

—¿Y no sería mejor contarle a Maeve esto? —susurró—. Ella se encargaría de todo. Además, no podemos volver. Aunque recuperase mi libro, Tritia arrancó la aguamarina de la cubierta.

—¿Y quién va a hablar con la vieja Mab? ¿Tú? ¿Nymphia? Porque yo, desde luego, no. Y menos ahora, que te he sacado de allí riéndome en su cara.

Las otras dos permanecieron en silencio.

—Iremos a por las Piedras y demostraremos el crimen de los acuarïes delante de todo el mundo —concluyó Aurige—. Maeve tendrá la prueba en sus narices y será imposible negarlo. Estoy deseando ver su cara cuando tenga que perdonar a los ithirïes y arrepentirse de todo lo que ha hecho.

—Yo también quiero estar allí en ese momento —dijo Laila, dejándose contagiar por el deseo de venganza.

—¿Y Cyinder? —preguntó Nimphia, que ya había acatado el nuevo plan como si fuese lo más lógico del mundo.

—Tendrá que venir sí o sí. A lo mejor se le bajan esos humos que tiene de emperatriz de los soles.

—Pues ahora hay que pensar un plan para volver a Acuarie —Nimphia brillaba de emoción—. Incluso podría pedirle a André... es decir, al Conde de Libis, que nos llevase en su submarino...

—¿André? —Aurige levantó una ceja.

—¿Runa en el cuello? —contraatacó Nimphia y la lunarie se atragantó.

Las dos guardaron un silencio hosco. Laila seguía pensativa, haciendo girar el medallón entre sus dedos.

—Fahon grabó este relieve de las Piedras de Firie y la serpiente en el reverso del colgante —caviló despacio—. Se podría haber conformado con la cara original de los círculos que abría el cofre del tesoro, porque la esmeralda ya era suficiente para poder entrar en Ithirie con mi libro. Pero grabó esto detrás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nimphia, inquieta, olvidando su enfado con Aurige.

—Quiero decir que este grabado no tiene sentido a menos que sea un mensaje para alguien.

—¿Para quién?

Laila levantó los hombros, confusa.

—Él sabía lo que iba a pasar, lo sabía todo —respondió—. Nos estaba esperando en la Torre de los Vientos, guardando el tesoro hasta que llegásemos —siguió intentando descifrar aquel misterioso acertijo.

—Pues lo más sencillo del mundo, nemhirie —repuso Aurige—. También le estaba dando la clave a Ethera para que supiese quiénes fueron de verdad los ladrones. Este mensaje es la prueba de su inocencia.

Laila dudó.

—¿Y por qué no lo dijo él con sus propias palabras? Era un famoso general lleno de honores, al menos eso nos contó Violeta. Sólo tenía que haber explicado lo que ocurrió en la meseta de Nan-Og y lo hubiese solucionado todo. ¿Y ahora le envía a mi madre la respuesta miles de años después, cuando Ithirie estaba destruido y todos muertos o en el exilio?

—Volvemos al mismo problema —afirmó Aurige—: el misterioso comportamiento de Fahon. No se defiende y además, con su silencio, condena sin remedio al reino al que pertenece. Es como si supiese algo que iba a ocurrir en el futuro.

—Y lo sabía —añadió Nimphia con los ojos muy abiertos—. Violeta nos contó que él y Miranda se entrevistaron una sola vez, y que Fahon se marchó de Lunarïe muy alterado...

—Miranda y Fahon, siempre los dos —murmuró Aurige—. Parece que están detrás de todo lo que se cuece por aquí. Está claro que mi tía nos debe más de una explicación.

—Precisamente fue Miranda la que dijo que yo guardase este colgante —recordó Laila—, que no lo soltase cuando me durmiese, porque si no, nadie me podría salvar. Eso fue lo que dijo.

—Y fue la verdad —contestó Aurige—, aunque, desde luego, yo tuve algo que ver.

Nimphia se rió.

—De acuerdo —sonrió Laila, agradecida—, pero esto significa que esa prueba de inocencia que grabó Fahon, el mensaje, era para mí, no para mi madre.

—Pues será que mi tía se fía más de ti que de Ethera por algún motivo.

Laila torció el gesto. A pesar de que su madre no había demostrado por ella ni el más mínimo afecto, sentía que tenía que defenderla.

—O tal vez sólo fue un amuleto para salvarme del hechizo de Maeve. Quizás ahora, cuando he despertado y hemos descubierto el secreto, es cuando deba reunirme con ella y tratar de solucionarlo todo... Miranda quería que mi madre y yo estuviésemos juntas, estoy segura.

—No me imagino a mi tía siendo tan bondadosa —dijo Aurige levantando una ceja—. Yo me inclino más por eso que tú misma acabas de decir: que el medallón es para ti, no para ella, y además estoy segura de que todavía encierra más cosas que no sabemos —añadió recordando el papel que las del gremio Blanco le habían enseñado.

—Siempre inventando misterios —dijo Laila con desgana—. Lo más sencillo es lo más probable. No hay por qué retorcer las cosas.

—Pero mi tía es lunarïe. Lo más sencillo sería tan sólo la punta del iceberg.

Laila suspiró. Estaba cansada y le dolía la cabeza, arrastrando todavía la falta de fuerzas. Sólo que en un rincón de su mente, las palabras de Aurige le sonaban demasiado ciertas.

—Cuando encuentre a mi madre sabremos la verdad —terminó intentando convencerse más a sí misma que a sus amigas—. Castigarán a Tritia, la condenarán al exilio y ella quedará libre de sospechas.

—Puede ser, pero yo creo que aunque reveles esa verdad, el medallón es para ti —insistió Aurige, tozuda—. Como tú misma has recordado, mi tía dejó muy claras las cosas.

—Lo que dice Aurige es verdad —asintió Nimphia—: tanto Miranda como Fahon hicieron lo posible para que esta medalla la tuvieras tú, Laila. El mensaje es para ti.

Ningún otro ithirïe podría haberla sacado de la fuente de sal en la Torre de Cálime.

—Ningún hada —corrigió Laila, molesta por lo que su amiga parecía que estaba sugiriendo—. Fahon protegió el colgante de aquellos que le encarcelaron.

—O tal vez no —insistió su amiga, pensativa—. Lo único que hemos aprendido en todo este tiempo es que no podemos fiarnos de nadie. Y menos ahora que sabemos dónde está el secreto mejor guardado de nuestra historia.

—¿De mi madre tampoco puedo fiarme?

—De nadie —repitió Nymphia, tajante.

—Pues no estoy de acuerdo. Estoy segura de que ha sufrido mucho en el exilio, se merece saber la verdad.

—Eso desde luego —siguió Nymphia, apaciguadora—, sólo te digo que Fahon sabía el futuro y por algún misterioso motivo, dispuso las cosas para que tú, y nadie más que tú, encontrases el colgante.

—¿Ves? Nymphia opina igual que yo —asintió Aurige—. Todo esto suena a ithirïes conspirando contra ithirïes.

Laila chasqueó la lengua contrariada. Nymphia sacó su reloj de tiempo y lo observó con atención.

—Me tengo que ir ya —anunció con pesar y de pronto todas parecieron abatidas.

—¿No te podrías esconder con nosotras? —sugirió Laila—. Te necesitamos, y a Cyinder también, si queremos ir a por las dichas Piedras.

—Vaya, creí que te marchabas a tu casa —trató de fastidiarla Aurige.

—Volveré mañana —rió Nymphia dirigiéndose hacia la ventana—. Tengo ganas de planear esto, ya os contaré todo lo que se me vaya ocurriendo. Vardarac y Tramontana están armando las flotas para ir en busca de Lady Notos...

De repente se volvió con ojos brillantes.

—Anunciaré que me quedo con vosotras mientras ellos vayan a luchar contra el Viento del Sur, de todas formas, tampoco sirvo de mucho allí.

—¿Y quién nos va a contar cómo acabó la historia? —gruñó Aurige frunciendo el ceño—. Si pudiera, yo no me lo perdería por nada del mundo.

—Deja de protestar, lunarïe —le reprendió ella cuando ya saltaba hacia el bote en medio de la noche—. No puede haber nada más emocionante que esconder en tu cuarto de la Universidad a una exiliada y a una proscrita, y encima mantener el tipo.

Esta vez fue Laila quien se echó a reír. Nymphia y Diablo se alejaron confundidos con el manto de estrellas y Aurige cerró la ventana mirando con precaución a todos lados.

—Esto pinta muchísimo mejor —dijo Laila sentándose en el sillón.

—Pues si te crees que vas a salir de rositas de esto, estás equivocada —respondió ella haciendo aparecer un par de camas que convirtieron el dormitorio en una jungla atestada de mobiliario—. Esconderé a la exiliada, pero la proscrita va a venir

conmigo a clases.

La Universidad Blanca

Al día siguiente Laila intentó por todos los medios negarse a abandonar la seguridad del dormitorio, pero Aurige amenazó con sacarla de allí a rastras. Y mucho peor fue cuando abrió el armario de la ropa. Sólo túnicas blancas colgando de las perchas.

—No puedo vestirme así —negó una y otra vez—. Pareceré una monja rara y además mi pelo será el único en toda la Universidad. Me van a expulsar a patadas.

—Te recuerdo que te inscribimos aquí en verano. No pueden echarte, porque la Universidad es un lugar neutral y respetan las creencias de cada reino. Eso significa «de todos» los reinos, aunque se escandalicen.

—Y eso te encanta, ¿verdad? —gruñó Laila ajustándose su toga frente al espejo.

—Yo estoy mucho más fastidiada que tú, eso ni lo dudes —contestó Aurige poniéndose sus botas negras bajo la toga—, pero no pienso marcharme hasta sacar a Cyinder de aquí. Por muy reina que sea, vendrá con nosotras a por las Piedras de Firie.

Se puso en pie y se miró al espejo reflejando una cara de mil demonios. Laila se rió al ver su aspecto.

—Bueno, ¿hay que llevar cuadernos y lápices? —preguntó con una tosecilla nerviosa.

—No, nada. Sólo hay que ir —replicó la otra, abriendo la puerta del dormitorio de malos modos.

De inmediato se encontraron rodeadas por docenas de hadas, todas vestidas de blanco, que caminaban en absoluto silencio por los corredores de piedra. Muchas se giraron y contemplaron a Laila con asombro, pero de inmediato siguieron su camino sin pronunciar ni una palabra. La chica miró a su amiga con ojos interrogantes, pero Aurige no hizo otra cosa que levantar los hombros con desdén.

Siguieron el mismo recorrido que ellas y Laila se dejó arrastrar por el silencio, la penumbra y el frescor de la mañana. Si en ese momento sonasen campanas antiguas, pensaría que estaba en el interior de un monasterio.

Caminaba sobrecogida por una galería llena de arcos ojivales y columnas retorcidas en espirales, y el alto techo estaba labrado con estrellas, flores y dragones, de una manera que parecían moverse en una danza celestial, formando imágenes de una belleza asombrosa. Por un momento se detuvo a admirarlos y de inmediato Aurige le chistó a que siguiese la marcha.

Salieron al exterior, a un extenso jardín blanco flanqueado por estatuas y árboles que parecían mecerse en una melodía de susurros, fuentes de agua que salpicaba en las piedras produciendo notas maravillosas, parterres de flores que brillaban con el

rocío de la mañana, igual que en los jardines del palacio de Nictis... Y al frente, un edificio grandioso de bóvedas de cristal y torres puntiagudas resplandecientes bajo el sol blanco.

Se desplegaba en dos alas redondeadas que abarcaban toda la vista hacia los lados. Las paredes de piedra pulida se alzaban majestuosas hacia el cielo, tan claro que parecía cubierto por una fina gasa de neblina, y más allá del edificio de la Universidad, muy a lo lejos entre jirones de nubes, se podían vislumbrar las cinco torres de marfil del palacio de Tirennon.

De nuevo Laila se detuvo para contemplar aquella maravilla. A su alrededor, las hadas vestidas de blanco la miraban sin disimular su curiosidad. Algunas estaban tan sorprendidas que parecían a punto de hablar con ella, pero de inmediato se contenían y seguían su camino hacia el edificio redondo.

—¿Nadie habla aquí? —susurró Laila cuando por fin alcanzaban las escalinatas hacia el interior.

—Eso parece —contestó Aurige en voz alta, provocadora.

Al momento cientos de hadas les sisearon demandando silencio y Aurige puso mala cara. Apretó los labios mientras se confundía con la marea de cabellos de colores que se dirigían invariablemente hacia las puertas de un salón colosal bajo el techo acristalado.

Airïes, solarïes, lunarïes, hadas de Tirennon... y Laila, con sus cabellos verdes.

De inmediato se sintió como un bicho raro, exactamente igual que en Lomondcastle. Además todos, chicos y chicas, llevaban las alas al descubierto y parecían una marabunta de mariposas en silencio. De nuevo ella era la única que no tenía las suyas.

La lunarïe la guió hacia un asiento de lo que parecía un templo del senado romano. No había pupitres, sino que todos se sentaban en escalones alrededor de un foro vacío con un atril flotante en medio. Grandes ventanales se erguían curvándose en las bóvedas, dejando entrar la luz a raudales, y ellas dos se situaron en la escalinata superior. Lo más lejos posible del centro.

Laila observó la llegada del resto de hadas, descubriendo que los chicos se sentaban a un lado y las chicas a otro, y todo en perfecto orden sincronizado, sin tumultos ni equivocaciones. Por el rabillo del ojo notó la intensa mirada de una de aquellas chicas y al volverse hacia ella sintió un sobresalto.

Núctuna, la hija de la duquesa Geminia la miraba con ojos cargados de odio. Una de sus manos estaba cubierta por un guante blanco, y la muchacha tragó saliva. Las quemaduras de sal que ella le provocó en el Concurso de los Cinco Gremios no desaparecerían jamás. Le dio un codazo a Aurige y ella asintió con gesto serio.

Si se fijaba con más detalle, empezaba a recordar caras conocidas: Calantra, la solarïe que pertenecía al gremio de ladrones, Nandia y Casiopea de Lunarïe, Antion,

del gremio Blanco, Vinta y muchas otras que se confundían entre el gentío. Y entre los chicos, recordaba la cara de Árchero, rodeado de duendes que trataban por todos medios de guardar la compostura. Algunas hadas habían vuelto sus cabezas para mirarla sin ocultar su curiosidad, y otras permanecían impasibles como estatuas.

Aurige le tocó el brazo en silencio para que se fijase en alguien. Entre el grupo de airies, en los escalones más próximos al suelo, distinguió de inmediato a Eriel, la hermana de Nimphia. Por un momento Eriel y Núctuna se miraron con complicidad haciendo gestos de risas, probablemente a costa de ellas dos.

Entonces apareció Cyinder.

Llegó sola, silenciosa, y la sala entera se puso en pie y se inclinó ante ella. Laila se quedó pasmada por un momento y la sorpresa hizo que no pudiese mover ni un músculo. Enseguida comprendió qué estaba pasando. Cyinder era la reina de Solarie, y como tal era tratada en Tirennon, solo que ella y Aurige eran sus amigas de risas y tristezas, de victorias, robos y viajes. Sus amigas de aventuras asombrosas, y ella jamás habría pensado tener que inclinarse ni tratarla de otra forma que no fuese casi como una hermana.

Cyinder se dirigió a un escalón vacío, guardado exclusivamente para ella, y Laila pensó que en el fondo, a pesar de tanta realeza y tanta pompa, debía sentirse muy sola y desgraciada.

La solarie la descubrió de inmediato y su cara de sorpresa fue tal que pareció que iba a levantarse y volar hacia ellas dos. Pero el protocolo pudo más que sus emociones y volvió a serenar su rostro. Sin embargo se permitió una sonrisa luminosa que se apagó en cuanto entró una figura blanca en la sala.

Todos volvieron la vista hacia el recién llegado y Laila dio un pequeño brinco sobre su asiento. Esperaba a un profesor venerable, de largas barbas blancas disfrazado como cualquier hechicero de los cuentos, pero allí, acercándose al atril flotante, había nada más y nada menos que un albanthio.

—¿Pero no decías que los albanthios no pueden entrar en la Universidad? —le preguntó a Aurige con el corazón paralizado.

—Ya te dije que uno sí podía. Es un profesor.

Laila tragó saliva. Un profesor. Aún así sentía miedo y recordó al silfo Shamal, traidor y embustero que era el espía de Maeve. Estaba claro que la reina tenía ojos en todas partes. Se encogió agachando los hombros. Quería hacerse muy pequeña y que el albanthio no reparase en ella.

—Enseña «Bondad y Sacrificio» —le susurró Aurige tan bajo que ella apenas pudo oírlo, sin embargo el albanthio miró en su dirección con el ceño fruncido.

La luz del sol pareció atenuarse y aunque la sala estaba en silencio absoluto, todo el mundo intentaba no moverse, ni respirar siquiera, sobrecogidos ante aquel personaje.

—İalanthilian tiene enemigos —empezó una arenga en voz tan alta y clara que parecía traspasar el alma—. El caos... el desorden, la barbarie... —recitó como si fuesen los nombres de sus alumnos allí presentes—, son los eternos enemigos de la pureza y la rectitud.

Laila observó que muchos crispaban las manos sobre sus rodillas, y algunos sudaban a mares a pesar de que el maestro tan sólo había dicho un par de frases.

—Nuestro deber —seguía aquel extraño profesor, ahora con notas graves—, el deber de todo albanthio, es frenar el avance de la iniquidad que corrompe nuestros corazones... El vicio, las fiestas, el bullicio... deben quedar atrás en aras de la virtud celestial...

La muchacha sintió que el corazón le latía apresuradamente. El albanthio parecía mirarlos a todos a la vez, con ojos terribles que buscaban secretos escondidos, culpas y pecados aunque no existiesen. Mientras iba transcurriendo la clase, el discurso del profesor —si es que lo era, porque en realidad parecía un exaltado de una secta—, iba en aumento.

—¡No permitiré el error! —gritó a las alturas—. Castigaré con mano firme cualquier señal de desorden, el mínimo signo de caos que arrastra al abismo. El Bien debe prevalecer a toda costa, incluso exigiendo nuestro sacrificio personal.

Su rostro resplandecía de virtud, como si hubiese alcanzado un conocimiento muy superior al resto del mundo entero que sólo los que eran como él podían tocar. Laila se sintió embriagada por aquellas palabras sabias y poderosas.

—¡Albanthii! —exclamó el maestro en éxtasis abriendo los brazos y todo él pareció exhalar pureza infinita—. Perfectos, incorruptos, eternos. Damos la bienvenida sólo a los más puros, a los elegidos. ¡Nadie se atreva jamás a cruzar las puertas del Templo de las Lunas con una mota de suciedad en su alma!

—¡Yo quiero ser albanthio! —exclamó de repente una alumna de Airie poniéndose en pie ante el asombro de todos—. ¡Necesito ser albanthio!

El profesor la miró con una sonrisa de satisfacción, pero sus dedos conjuraron una runa de hierro que se aposentó en el cuello de la muchacha. Ella se quedó boquiabierta y dolorida. Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡No eres digna! —le contestó el maestro sin piedad—. Sólo el humilde, aquel que sabe aceptar el castigo que le corresponde, dominará su impaciencia y conocerá la virtud.

Y volvió a la carga sobre castigos, pecados y tormentos interminables.

En algún momento de aquel discurso, que empezaba a darle jaqueca, Laila se sintió espantosamente culpable y supo por qué. El albanthio conocía todos los secretos, la maldad de los ithiries, la desolación que habían causado. Parecía que el profesor se ensañaba especialmente con ella, leía su alma, y por un momento tuvo ganas de saltar al centro y pedir perdón a gritos.

Entonces le llegó la solución, limpia y clara, como una luz blanca que no le dejaba pensar en nada más. Sería albanthio, se convertiría en uno de ellos en aras de ese perdón, y lo iba a conseguir. Su mente le gritaba que ella llegaría donde la chica de Airie no había podido. Esas puertas de las Lunas, o lo que fuesen, se abrirían para Laila, porque ella quería alcanzar esa perfección, se lo merecía.

Sus manos ya se crispaban sobre el asiento de piedra, a punto de levantarse y gritar, cuando vio por el rabillo del ojo un pequeño movimiento. Una mariposa azul aleteaba desde los escalones de los chicos y bajó volando hasta posarse en la mano de Cyinder. Nadie parecía haberse dado cuenta de aquello, pero el albanthio agitó sus dedos atrayendo al insecto hasta su alcance. Al momento la mariposa se convirtió en una minúscula notita garabateada a toda prisa.

—«*Mi corazón arde en los soles que son vuestros ojos*» —leyó en voz alta y su cara se convirtió en una máscara de rabia—. ¡Quién ha escrito esto! —exigió.

Algunos duendes contenían muecas a punto de bufar de risa y el albanthio arrugó la nota y empezó a conjurar el hechizo que todos conocían. El foro permaneció en un silencio sepulcral. El primero o la primera que dijese una sola palabra se iba a llevar una runa de hierro en el cuello.

—Desconocía que los albanthios tuviesen el derecho de leer el correo privado de la reina de Solarie —dijo Cyinder de repente, y el maestro se quedó rígido.

Hizo una reverencia enorme, con la cara como la grana, y se disculpó tratando inútilmente de alisar la notita.

—Era por vuestra seguridad —balbuceó tembloroso.

Y al momento continuó su terrible discurso, agregando además, que ni las reinas debían caer ante la tentación del mal. Que el castigo de la oscuridad era aún peor cuando mancillaba almas de gran pureza y virtud, y así siguió hasta el final de la clase.

Cuando terminó la horrible hora, muchos jóvenes corrieron hacia el albanthio suplicando ser admitidos en las filas de la guardia personal de Maeve, y él tomó notas de cada uno de ellos sonriendo de nuevo.

—Un poco más y caigo arrodillada delante de ese tipo —murmuró Aurige con el rostro crispado—. Menuda pesadilla.

—Yo creí que el discurso sobre el mal era para mí —susurró Laila sintiendo que su corazón volvía a estar libre del nudo que le estaba estrangulando.

—No. Cada uno siente lo peor que pueda imaginar. Si la rectora Glidea no lo expulsa, en menos de un mes todos seremos albanthios. ¿Pero sabes lo más curioso?

Laila la miró divertida. Las palabras de Aurige sonaban llenas de cinismo.

—¿Qué?

—Pues que el profesor Harlore no vive en el Templo de las Lunas con el resto de los albanthios. Vive aquí en la Universidad.

—¿Y eso qué tiene de especial?

—Cuando veas el ala de profesores lo entenderás —contestó su amiga sin más explicaciones.

Laila contuvo las ganas de seguir insistiendo en el tema.

—¿Y todas las mañanas son así? —preguntó por fin.

—Sí —afirmó su amiga moviendo la cabeza—. Yo lo llamo «Horror y Sacrificio», y me amarga el desayuno todos los días.

—¿Y esa cartita para Cyinder? —preguntó Laila con una sonrisa traviesa—. ¿Quién crees que se la envió?

En ese momento Núctuna se puso en pie.

—¿Sería mucho pedir que las plebeyas guardasen el respeto y el silencio oportunos dentro de estos muros? —dijo mirándolas a las dos con malignidad.

—La única plebeya que está hablando eres tú —le contestó Aurige de inmediato.

—Yo soy la princesa de Lunarïe —dijo Núctuna roja de rabia—. Mi madre es la reina en funciones...

Aurige se echó a reír, con una risa tan cristalina y cortante que resultó contagiosa. De inmediato Cyinder se le unió, y como la reina de Solarïe se estaba riendo, toda el aula se hizo eco al momento y estallaron carcajadas por todos lados. Núctuna se sentó temblando de ira y apretó su mano enguantada prometiendo mil venganzas. Eriel permanecía seria, fiel a su amiga, pero miraba a Cyinder con un odio especial y Laila se preguntó por qué.

Al momento entró otro profesor y se hizo un silencio tan profundo que pareció que todos se habían convertido en estatuas.

—El profesor Lerigge —susurró Aurige con un movimiento de los labios—. Ahora toca Astronomía.

Toda la sala se apagó de golpe. La bóveda y las grandes cristaleras se oscurecieron y el día se convirtió en noche cerrada. En el firmamento brillaban millones de estrellas y Laila abrió la boca, maravillada, pensando por primera vez que estudiar Física, Latín y Francés era una solemne tontería en comparación con aquello.

El profesor, esta vez sí, un anciano venerable de largas barbas violáceas que le delataba como airïe, explicó nombres de constelaciones de las que ella jamás había oído hablar, y con sus dedos unía líneas brillantes entre los cúmulos de estrellas formando figuras de animales mitológicos, dragones, esfinges, monstruos, mientras el cielo entero parpadeaba y los astros volaban acercándose o alejándose según sus designios.

Cuando terminó aquella hora de clase, Laila creyó que sólo habían pasado un par de minutos y deseó quedarse allí el resto del día. Jamás había presenciado algo tan grandioso, y no veía la hora de volver a disfrutar de una clase como aquella.

—Vamos a comer algo —le susurró Aurige en aquel momento.

Entonces se dio cuenta de que todo el mundo se había levantado y los alumnos abandonaban el aula, todavía en perfecto silencio. Siguió a su amiga hasta una nueva sala iluminada por gigantescas arañas de cristal y globos luminosos que flotaban en el aire.

El salón era tan grande que parecía no tener fin. En el centro se disponían mesitas y sillas de cristal y alrededor, mostradores redondos que exponían todos los pasteles y golosinas imaginables: buñuelos de crema azul, volcanes de lava con lentejuelas, trufitas de limón con chispitas, hojas de arce caramelizadas, pastas blancas glaseadas con vainilla, y un sinfín de pastelitos con las formas y colores más caprichosos. También había pequeños surtidores de lapislázuli de los que manaban distintos zumos, leche, batidos de todos los colores, un agua almibarada que lanzaba destellos y que al parecer era el favorito de la mayoría de los estudiantes... Laila quiso probarlo todo y cargó su bandeja hasta los topes ante la mirada atónita de la mayoría de las hadas, que todavía eran incapaces de apartar la vista de sus cabellos.

Se escabulló hacia la mesa en la que se había sentado Aurige, con apenas dos trufas y un batido de chocolate y la otra le lanzó una mirada desdeñosa al verla llegar con una montaña de comida. A su alrededor todo el mundo la observaba susurrando cosas.

—No me imaginaba que aquí hubiese tal despliegue de golosinas —dijo nerviosa, intentando no pensar en los cientos de ojos puestos en ella.

—Es como una trampa para ratones —contestó Aurige con desdén—. Si vas a estar aquí, soportando clases como Horror y Sacrificio y otras tonterías, necesitan tentarte con algo para permanecer sin rechistar.

—¿Con comida hacen que quieras quedarte?

—No es la comida en sí —replicó su amiga—. Es su trampa para decirte que tampoco se está tan mal, que no son tan estrictos, etc.

—Pues es una mentira y de las grandes —las sorprendió Cyinder llegando en ese momento.

Ambas la miraron con la sorpresa pintada en sus caras. La rubia se sentó con ellas ignorando el asombro escandalizado del resto de los alumnos.

—No puedo quedarme más de un segundo —siguió entre susurros—. Sólo he venido para deciros lo mucho que me alegro de ver que estáis bien. No sé cómo lo has conseguido, lunarie, pero me parece maravilloso que hayas podido despertar a Laila.

La cara de Aurige se volvió de hielo. Una sola palabra sobre las Arenas de Solarie y se produciría una hecatombe.

—¿Por qué no dejas ya esta farsa y te vuelves con nosotras? —le espetó de malos modos, tratando de desviar el tema.

—Tengo mis propios planes, lunarie —contestó ella después de unos segundos en

silencio—. Estoy cambiando Solandis, ya ni lo reconoceríais. He levantado templos de cultura, una biblioteca, he decretado orden de cerrar los comercios...

—¡Qué! —gritó Aurige y muchos la miraron con caras reprobadoras—. ¿Te has vuelto loca?

Cyinder sintió que se ruborizaba.

—Seguís sin comprenderme —replicó con seriedad—. Tengo responsabilidades. Todo el mundo cree que Solarie es un reino de pacotilla y yo voy a demostrar que no es así.

—¿Pero qué pasa con nosotras? —preguntó Laila con suavidad en voz baja—. Además tenemos que contarte una cosa muy importante.

—Exacto —susurró Aurige mirando a todos lados con precaución—. No puedes fallarnos en esto, Cyinder. Tienes que venir.

La solarie se puso nerviosa. Crispó sus manos sobre la toga blanca negando con la cabeza.

—Además, nos tienes que contar quién es tu admirador secreto —siguió Laila con un guiño, intentando aliviar aquella repentina tensión.

—Una cursilada tan grande sólo ha podido escribirla Árchero —bostezó Aurige y Cyinder se puso roja como un tomate.

Laila abrió la boca entre divertida y asombrada. Ahora entendía las miradas de odio de Eriel. Sin querer, su mente viajó hacia Daniel Kerry, pero apenas era una sombra nebulosa en sus recuerdos.

—Está bien, os visitaré esta noche para que dejéis de fastidiarme con el asunto de Árchero —prometió la rubia con un guiño, y por un momento, la vieja Cyinder estaba allí de nuevo, risueña y luminosa como siempre—. Pero tú, lunarie, nos contarás qué fue de tu runa de hierro y cómo se te ha caído, ¿no?

Laila miró de inmediato el cuello de su amiga. ¡Era cierto! La runa no estaba ahí y ni se había dado cuenta. Además, no vestía como una shilaya y no había vuelto a ver la horrible varita mágica. Aurige convirtió sus ojos en rendijas y se tragó de golpe una trufa de chocolate.

—*Esta runa perderá el fulgor...* —entonó Cyinder entre risitas, levantándose porque acababa de sonar una escala de notas musicales indicando que había que volver a clase.

—Esta noche lo discutiremos —gruñó la lunarie apretando sus puños.

Y por un momento Laila creyó que volvían a estar todas juntas, que el verano regresaba, que las cuatro olvidarían los sinsabores del otoño... Su mirada vagó por las grandes cristaleras retorcidas y sintió un escalofrío. Fuera nevaba más que nunca y la nieve caía sin cesar, despiadada, sobre el paisaje helado de Tirennon.

6

La vieja historia de Faerie

La siguiente hora de clase la inició un hada anciana de cabellos blancos y rostro bondadoso. Sonrió a la concurrencia y antes de decir una sola frase, el pelo verdoso de Laila llamó su atención. Se la quedó mirando muy fijamente lo que pareció una eternidad. Toda el aula se volvió hacia la muchacha y Laila se hundió en el asiento tratando de pasar desapercibida inútilmente.

—Bien —carraspeó la profesora, nerviosa—, ahora queda claro el motivo del claustro extraordinario de profesores esta tarde... —hizo una pausa reiniciando la clase—. Buenos días a todos. Para los que no me conocáis, mi nombre es Inthia, pero me podéis llamar «Profesora» en caso de que os dirijáis a mí. Sin embargo, aunque hoy pensaba extenderme largamente sobre la Historia reciente de İlanthilian, creo que un poco de prehistoria no os vendría mal...

Las grandes puertas del aula se cerraron de golpe y todos los alumnos se sobresaltaron. Nadie entendía qué iba a ocurrir, y se miraron intranquilos los unos a los otros.

—Jamás volveré a repetir una clase como la de hoy —anunció—. Nunca. Y negaré, incluso ante las tuathas, que yo haya contado algo así jamás.

Muchos se irguieron en los asientos de piedra y el aire se llenó de susurros. Ella metió una mano en su bolsillo. Sacó un puñado de arena blanca resplandeciente y sopló esparciéndola en el aire. De repente el suelo crujió formando un pequeño terremoto. Los alumnos gritaron y algunos se dispusieron a huir cuando comenzaron a surgir grandes piedras que rompían las baldosas en un estruendo ensordecedor. Aquellos monolitos siguieron creciendo hacia lo alto, a punto de hacer estallar las vidrieras del techo, llenándolo todo de una nube de polvo y tierra.

Cuando la atmósfera se serenó todos pudieron comprobar, todavía asustados y atónitos, que los gigantescos monolitos se disponían alrededor de un lago negro, de aguas tan profundas y densas que pareciese una sima de lodo.

—El Templo del Amanecer —anunció con voz grandilocuente.

Las hadas que habían volado hacia las puertas volvieron poco a poco a sus asientos, con las caras llenas de miedo.

—No te acerques —le dijo a un duende que pasaba junto al borde del lago, arrastrándolo con decisión hacia las escalinatas de los chicos—. Sólo es un recuerdo del verdadero templo, pero por si acaso, no permitiré que ninguna de vuestras sombras entre en contacto con la superficie negra.

El temor se podía palpar en el ambiente y muchos levantaron las manos dispuestos a hacer preguntas.

—Aún no he empezado la lección —dijo Inthia poniendo fin a la selva de manos

estiradas—. El Templo del Amanecer data de los albores de los tiempos —empezó, paseando alrededor de los monolitos con mucho cuidado de no aproximarse al borde de piedra del lago—. Se erigió hace milenios y con un sólo propósito: proteger a Īalanthilīan del poder de las Sombras.

Guardó silencio un segundo observando a todo su auditorio. Nadie parecía saber de qué les estaba hablando.

—Del mal de los Tenebrii —susurró como si diese una pista y de nuevo observó.

Las caras eran de absoluto desconcierto. Pero no todas. La chica ithirië había dado un respigo y la hija de Titania la miraba con un destello en los ojos.

«Bien» —pensó asintiendo con la cabeza.

—Estos monolitos —indicó acariciando la superficie de uno que destellaba con un halo celeste—, fueron regalos de los dioses. Los verdaderos son tan grandes que uno de ellos no cabría en este edificio. Seríamos pixis enanas si nos comparásemos —dijo intentando sacar algunas risas que aliviasen el ambiente.

—¿Dónde está el Templo del Amanecer, profesora Inthīa? —interrumpió un duende en voz alta, incapaz de mantener el silencio por más tiempo.

—Nadie lo sabe —contestó ella—, pero si vuelves a interrumpir daré la clase por terminada.

De inmediato los escasos susurros se acallaron y el aula entera se envolvió en un silencio profundo.

—La verdadera esencia de las Sombras se halla aquí retenida —señaló desde lejos el lago negro—. Estos pilares son los grandes guardianes de los reinos y no permiten que el mal salga de ahí y se expanda por nuestro mundo como una marea imposible de detener. La puerta a Throagaär debe estar siempre sellada. Cuando se entra, ya no se puede volver.

Por todos lados se escucharon susurros repitiendo aquella palabra: *Throagaär*. A la cabeza de Laila volvió la historia que les contó Violeta en Sīdhe, acerca del matrimonio pactado entre Miranda y el rey de los tenebrii. Sintió un escalofrío.

A su lado, Aurige contemplaba los monolitos en círculo alrededor del lago y miró a Antion. El hada del gremio Blanco de ladrones estaba rígida, y sus manos parecían querer buscar el papelito con el dibujo que ella y su amiga le habían enseñado dos noches atrás.

«Eso es» —pensó la lunarīe eufórica, echando un vistazo rápido al medallón en el cuello de Laila.

Todavía quedaban más secretos por resolver, pero intentó prestar atención a la clase sin dejar traslucir nada. La maestra permanecía en silencio. Parecía que estaba decidiendo si seguir hablando o no.

—Yo sólo estuve allí una vez —dijo la profesora Inthīa en voz muy alta para reclamar la atención del alumnado—, hace mucho tiempo, y la mayoría de mis

recuerdos han sido borrados, pero yo nunca he permitido que...

Se calló otra vez. Parecía debatirse en una lucha interna.

—En aquellos tiempos, cada monolito guardaba en su interior el tesoro sagrado del reino al que protegía —empezó de nuevo, como si se saltase una parte misteriosa—. En este de aquí —señaló la roca que destellaba en color celeste—, se guardaba el Agua de la Vida de Acuarie, y por ejemplo en este otro —se acercó al pilar que brillaba con un halo rojizo—, estarían las Piedras de Firie.

La cara de Laila era ahora una máscara de hielo tan impenetrable como la de Aurige. Se aferró con fuerza a su medallón sin darse cuenta.

—Como sabéis, cada reino posee un don especial —siguió—. Las Arenas de Solarie son capaces de conceder deseos de poder sin igual, todos vimos sus efectos hace poco tiempo. Un Grano es capaz por sí solo de revivir un mundo entero.

Todos los solarie brillaban de orgullo. Calantra se giró hacia Laila y le dijo «gracias» moviendo sus labios. Ella sonrió sintiendo un calor agradable. No todo el mundo la despreciaba allí.

—El Ojo de la Muerte controla el tiempo —decía en esos momentos la maestra, acercándose a un monolito iridiscente de color lechoso—. El objeto sagrado de Lunarie es ahora mismo algo único y especial porque... —miró a Aurige un segundo y la lunarie negó con la cabeza—, porque... digamos... que parece que tiene vida y decisiones propias.

—¿Los tesoros reales pueden pensar? —preguntó un hada de Tirennon.

—No, pero el Ojo es diferente —carraspeó la profesora mientras Laila se preguntaba cómo diablos podía saber ella el secreto de Miranda—. El Agua de la Vida, por ejemplo —siguió cambiando de tema a toda velocidad—, sin duda es lo que todos los nemhiries querían: la eterna juventud y la inmortalidad a quien bebe directamente de ella. Se dice que las acuarie son las más viejas de todo İlanthilian, pero siempre nos engañarán mostrando el aspecto de una joven doncella inocente, casi una niña. Es una lástima que ninguna acuarie esté aquí para confirmarlo.

—¿Niñas inocentes? —se burló Aurige en un susurro—. Si son las peores sanguijuelas con las que nos hemos topado.

Laila asintió. No quería acordarse de Acuarie, pero las imágenes volvían: Tritia, Atlantia, los dragones, Lady Angail, que no era precisamente joven ni inocente... De repente se dio cuenta de algo. Si habían robado el Agua de la Vida, ¿esa juventud y eternidad habían desaparecido? No quería ni pensar en las consecuencias.

—El Arpa de los Vientos, el tesoro de Airie, controla los elementos a su alrededor. Puede provocar inmensas catástrofes naturales o por el contrario, traer la paz y la abundancia a los pueblos. Podríamos decir que el Arpa es el guardián del equilibrio de todas las cosas.

—Qué suerte que se la haya quedado Maeve —gruñó Aurige bajito—. Ahora

Airíe es el caos.

—Se supone que las Piedras de Firíe eran el tesoro más poderoso de todos —volvía a recitar la maestra, intentando parecer monótona pues todos los alumnos se encontraban demasiado atentos ante tantísima información nueva—. Desaparecieron hace muchísimo tiempo y jamás se volvió a saber de ellas, pero llevaban dentro la esencia misma del poder y la destrucción, aunque muchos opinaban que el Corazón de Jade del reino Ithiríe no le hacía sombra, y que incluso podía superar a las Piedras, puesto que era capaz de curar cualquier enfermedad y devolver la vida a la destrucción que las Piedras provocasen.

Todas las hadas hicieron aparecer en sus manos el libro de «La Nueva Historia de Faerie», y pasaron las páginas a toda velocidad buscando semejantes datos. Muchas levantaron la cabeza reflejando dudas. Allí no ponía nada, ni se nombraban siquiera aquellos reinos. La única prueba real de la existencia de Ithiríe era en aquel momento la chica del pelo verde que se sentaba junto a ellas, y aunque todos *sabían* que pertenecía a Ílanthilían, su aspecto nemhiríe les hacía dudar, y la miraban de reojo sin saber a qué atenerse.

Laila por su parte se había quedado atónita al escuchar por primera vez el nombre del tesoro sagrado de su pueblo: el Corazón de Jade. Tan poderoso como las mismísimas Piedras de Firíe. Su mente echó a volar intentando imaginar cómo sería. ¿Un colgante con forma de corazón? ¿Un corazón vivo que palpitase, o sólo un símbolo?

Sus deseos de encontrar a su gente aumentaron hasta hacerse insoportables. Estaba perdiendo el tiempo allí, en aquella Universidad, y resolvió que tenía que exponer el tema ante sus amigas aquella misma noche. De una forma u otra iría en busca de su madre de una vez por todas.

—¿Y cuál es el tesoro sagrado de Tirennon? —volvió a preguntar la misma hada blanca de antes.

Todos miraron a la profesora con ojos expectantes. Ningún monolito se asemejaba a un diamante y ella no había mencionado al Reino Blanco en ningún momento. La maestra pareció perderse en recuerdos dolorosos y luego agitó la mano como si así los alejase de su mente.

—Cuando... ejem —carraspeó nerviosa—, los que llamamos una vez traidores de Ithiríe —en ese momento, el aula entera se volvió hacia Laila al unísono—, robaron las Piedras de Firíe del Templo del Amanecer para entregarlas a los humanos de Hiríä, todos los reinos decidieron guardar sus tesoros sagrados ellos mismos...

La muchacha sintió que el corazón se le apretaba en el pecho como un nudo gigantesco. Ella quería decir que no, que dejaran de mirarla porque ella tampoco sabía esas cosas, que ella no fue, y en ese momento sonó la tonada musical del final de la clase. La profesora pareció suspirar aliviada y dio una palmada sonora con las

manos extendidas. Los monolitos y el lago negro desaparecieron convirtiéndose en arenilla dispersa sobre el suelo intacto. Los grandes portalones se abrieron de par en par y muchos alumnos salieron entre murmullos cada vez más altos.

Laila se quedó sentada con la mirada puesta en la maestra, que a su vez la observaba a ella fijamente. Una mariposa aleteó hasta el dorso de la mano que tenía agarrotada sobre su regazo. La tomó con delicadeza entre los dedos y la mariposita se desplegó en un papel suave.

«Ven a verme al caer la tarde» —decía la nota.

Cuando levantó la vista, la profesora se había marchado.

Aurige leyó el papelito por encima del hombro.

—Iré contigo —se apuntó de inmediato.

—¿Pero qué hacemos con Cyinder? Hemos quedado con ella, y Nimphia también va a venir para hablar del asunto de las Piedras...

—Lo haremos todo —resolvió la lunarie sin dejarse desanimar—. No me fio un pelo. ¿Cómo puedes estar segura de que el mensaje es de ella? ¿Lo viste enviarlo? ¿Y si es una trampa de Núctuna para vengarse de ti?

Laila asintió despacio. No lo había pensado.

—Iremos después de comer, así volveremos a tiempo para cuando venga Cyinder. Nos haremos invisibles hasta llegar a sus habitaciones y así sabremos si esto es verdad o no es más que una jugarreta.

—Pero ha dicho que hay un claustro de profesores esta tarde. Estará reunida.

En ese momento la figura blanca de Antion delante de ellas las sobresaltó. Miraba a su amiga lunarie con un destello misterioso y Laila no sabía por qué.

—Tengo que irme —le dijo, como si ambas compartieran un secreto—. Creo que sé dónde está.

—Buena suerte —le respondió Aurige algo desdeñosa—. Y no vayáis de blanco.

Antion se rió bajando las escaleras en dirección a la puerta. En ese momento, ninguna de las dos sabía que jamás volverían a verla.

—Buscaba el Templo del Amanecer —le explicó a Laila ante su mirada interrogante—. Me las encontré a ella y a otra del gremio en el palacio cuando fui a rescatarte. Tenían un dibujo como nuestro tapiz, el que fue destruido por el demonio hiena.

Laila la miró a los ojos un segundo y luego observó su medallón por la cara original.

—Exacto —contestó Aurige leyendo sus pensamientos.

—Ha dicho que sabe dónde está —murmuró Laila, además muy intranquila al comprobar de nuevo que su colgante tenía muchísima información que no conseguía descifrar.

—Bah, cuando vuelva se lo preguntaremos y se acabó.

Y sus palabras quedaron en suspenso en el aire, como un presagio ominoso.

La siguiente hora fue de Geografía, tan espectacular como la de Astronomía. Esta vez, en lugar de venir las estrellas hacia la clase, eran ellas las que parecían volar sobre pequeñas cadenas montañosas, ríos y paisajes dorados, porque el profesor quería tener una deferencia con Cyinder, mostrando orgullosamente los confines de Solarie.

Cuando terminó, Laila se sentía extasiada, y todavía quedaban más asignaturas: Dominio de las Esferas, Seducción Nemhirie —en la que estaba interesada especialmente—, Evolución Aplicada...

En ese momento entró en el aula otra profesora. Riadas de alumnos pasaban junto a ella sentándose en las escalinatas libres, y el ambiente parecía ahora distendido y lleno de bromas.

—Música y Danza —le informó Aurige poniéndose en pie—. Un rollo insoportable para recordarnos las viejas costumbres. Arpa, flauta... ¡bah! No quiero quedarme.

—Venga mujer, ánimo —dijo Laila, contenta—. Antes he pasado un mal trago con lo de Terror y Sacrificio, y luego con Historia. Me merezco un rato de descanso y ver cómo es vuestra música y cómo bailáis.

—Pffff.

—Yo no me voy a perder saber cómo bailan las hadas —sonrió con intención, y luego la miró enseñando los dientes—. Hadas bailarinas, hadas, haditas...

—Te voy a cortar esa lengua nemhirie —rió Aurige volviendo a sentarse.

La profesora daba palmadas suaves llamando la atención de un auditorio lleno de risas y codazos.

—Queridos... —intentaba acallar el griterío—. No me hagáis enfadar o daré una clase de música clásica con violonchelo.

Las voces se silenciaron de inmediato.

—Danza imperial —siguió la maestra sonriendo—. La música de las esferas nos acompañará. ¿Algún voluntario o voluntaria?

Se escucharon risitas por todos lados pero nadie salía al estrado. La profesora los miraba de uno en uno, impaciente. En el aire empezó a sonar una música llena de alegres burbujas y Laila sintió que todos sus problemas desaparecían con aquel sonido de campanas de cristal, dulces violines y oboes como nunca había escuchado.

De repente una figura saltó al centro y todos los ojos se dirigieron a él al unísono.

—¡Príncipe Árcherio! —exclamó la profesora muy contenta.

Todas las chicas se irguieron en sus asientos. Eriel se atusó los cabellos roja de emoción.

—Reclamo mi derecho, como príncipe de Blackowls —dijo él mientras la toga blanca desaparecía, cambiándose por sus mejores galas—, para bailar con la reina de

Solarie.

Todos se volvieron hacia Cyinder al unísono, que había levantado la vista, incrédula, en medio de la exclamación general. Eriel, a punto de ponerse en pie, le lanzó tal mirada de odio que cualquiera se hubiese tambaleado.

—¿Majestad? —preguntó la profesora un poco cohibida ante tal descaro impertinente, digno de duendes—. Si no es de vuestro agrado...

—Yo no... —empezó la rubia avergonzada, con todos los ojos puestos en ella.

—¡Vamos Cyinder! —gritó en ese momento Aurige desde lo alto, haciendo eco con las manos—. ¡Demuestra a las de Airie cómo bailan las solarie!

Laila se había asustado al oír el grito de su amiga, pero acabó riéndose al ver que la cara de Eriel se ponía de color morado ante una alusión tan directa hacia ella. Árchero se volvió a Aurige y le hizo una reverencia cómplice.

—En realidad, Árchero y yo somos viejos amigos —le susurró ella a Laila—. Pero de ahí a casarnos era una bobada con la que ninguno de los dos estábamos de acuerdo.

Toda la clase coreaba ya el nombre de Cyinder a gritos, obligándola a ponerse en pie con una sonrisa turbada. Núctuna y Eriel permanecían en un mutismo sombrío y la profesora trataba de apaciguar el tumulto moviendo las manos despacio.

La música se volvió más fuerte y la luz se atenuó. Un violín sonó en algún sitio y poco a poco se unieron cientos de instrumentos hasta convertirse en toda una orquesta sinfónica. Árchero tomó a Cyinder de la cintura y la obligó a dar unos pasos despacio, con sus rostros tan cerca que parecían a punto de besarse. La rubia tenía la cara ruborizada y de repente su toga blanca cambió a un precioso vestido del color de la noche, a juego con las galas de Árchero.

Laila los contemplaba extasiada. Cyinder bailaba maravillosamente, sin equivocarse ni un paso. De pronto se vio a sí misma con Daniel, mirándose cara a cara, formando parte de una música dulce y embriagadora, bailando hacia las estrellas. Sus dedos se movieron sin darse cuenta y de repente, la arenilla que cubría el suelo comenzó a flotar alrededor de la pareja, brillando con pequeños destellos que los envolvían en un aura mágica.

—Pero qué cursi eres, nemhirie —le dio Aurige un codazo que la sacó de su ensoñación.

Las chispitas danzaron un segundo y luego volvieron a caer despacio hacia el suelo. Todos los alumnos seguían el baile embelesados pero de repente la luz se encendió de golpe y las puertas se abrieron terminando con la melodía de forma abrupta.

La rectora de la Universidad, acompañada de un grupo de sacerdotisas blancas, entró en el aula a toda prisa. Cyinder y Árchero se detuvieron indecisos y se separaron con rostros turbados. Las sacerdotisas se arrodillaron un segundo ante la

reina de Solarie.

—Majestad —dijo una de ellas—. La reina Maeve reclama vuestra presencia de inmediato.

Cyinder se giró hacia sus amigas un instante con el temor reflejado en el rostro. Un murmullo sordo de expectación recorrió las hileras de piedra y algunos duendes se pusieron en pie muertos de curiosidad. La rectora Glidea se acercó a la maestra de música y le susurró algo al oído mientras Cyinder se marchaba a toda prisa seguida por el cortejo de sacerdotisas.

—¿Qué habrá ocurrido? —siseó Laila llena de temor.

—Atención todos, se acabaron las clases por hoy —anunció la profesora con el rostro lívido, ante el asombro general—. Ha ocurrido algo grave en Solarie y la Universidad cerrará sus puertas hasta que no se aclaren estas noticias...

Todos los alumnos de Solarie se pusieron en pie de golpe exigiendo explicaciones, pero la rectora y ella abandonaron el aula, nerviosas, sin decir una sola palabra.

—Seguro que se han encontrado a Hellia gastándose el tesoro real en un pase de modelos o algo así —comentó Núctuna en voz alta—, o que Solarie está en ruinas porque los soles lo han quemado todo...

Nandia y Eriel se rieron de inmediato.

—O quizás Airie esté a punto de destruirse porque una loca entregó el Arpa de los Vientos —contestó Aurige bajando las escalinatas en dirección a la salida—. O pudiera ser que Lunarie sea una cueva de comadreas sin nadie que lo controle...

Ambas se pusieron rojas de furia.

—Vamos a ir a por ti, Aurige —murmuró Núctuna—. Nos las vas a pagar todas juntas, tú y la asquerosa traidora que te acompaña. No sé cómo tiene el valor de presentarse aquí.

—Por supuesto que no lo sabes. Porque no sabes nada. Eres una ignorante.

La otra la miró fijamente.

—Quizás esta misma noche, quizás mañana o dentro de un mes —prometió Núctuna apretando su mano enguantada—. Vas a llorar, vas a arrastrarte suplicando que pare, pero disfrutaré enormemente haciéndote sufrir.

—Estoy dispuesta a arrastrarme ahora mismo suplicando que dejes de decir chorradas —contestó Aurige carcajeándose—. Porque ni tú, ni todo el gremio de Lunarie con tu madre al frente, seríais capaces ni de acertar con la llave en la cerradura de mi cuarto. Y menos tu madre, claro, dicen que bebe a escondidas...

La cara pálida de Núctuna se puso como un tomate.

—Ya verás, ya —contestó consumida de rabia—, y cuando llegue el momento...

Aurige se dio media vuelta y la dejó con la palabra en la boca. Laila salió a escape de allí, mientras Nandia y Casiopea se acercaban a su capitana, dispuestas a

fragar planes de venganza.

—¿Pero por qué la provocas? —le chistó cuando caminaban hacia la habitación de la lunarie—. Va a venir y nos va a destrozar.

—En primer lugar porque es tonta de remate —contestó Aurige levantando los hombros con desdén—. En segundo lugar porque cuanto más enfadada esté, más fallos cometerá, y en tercero porque no me da la gana esperar un mes en tensión. La he puesto tan furiosa que querrá vengarse cuanto antes, y eso será hoy o mañana a más tardar. He anulado su elemento sorpresa.

Laila volvió a mirar a su amiga con admiración. Hasta su madre Titania estaría orgullosa de ella. Cuando llegaron al dormitorio, Aurige inspeccionó meticulosamente la cerradura y el grosor de la madera.

—Si consiguiesen abrir la puerta y entrar, cosa que dudo, no tienes más que agarrarlas del brazo y convertirlas en árboles secos. Ellas no saben que eres capaz de hacer eso.

—¿Y por qué yo? —protestó Laila sintiendo que el temor la invadía—. Además, no lo controlo. No sé cuándo va a ocurrir.

—Pues ve practicando, y rápido. Nimphia y Cyinder también cuentan, pero si viene el gremio de Lunarie entero y otros más que Núctuna convenza, podemos tener problemas.

Comieron bizcochos improvisados sin mucho apetito. Laila sentía dolor de barriga después del atracón exagerado de pasteles a media mañana, y además tenía todos los músculos en tensión. Pensar en practicar magia la llenaba de desasosiego. Todavía recordaba las palabras que le mencionó Aurige una vez: cuando su poder se despertaba, lo destruía todo. No quería imaginar hasta donde podía llegar sin control.

Volvió a fantasear sobre el Corazón de Jade y todo lo que les contó la profesora de Historia, y entonces recordó la cita. Si lo que había ocurrido en Solarie era tan grave, seguro que el claustro de profesores se habría pospuesto. Podrían ir ahora y saber lo que la maestra quería contarle.

Aurige asintió de inmediato al conocer sus planes y la lunarie se hizo invisible al momento. Laila de repente sintió una angustia terrible.

—Por muy invisible que me haga, no sé dónde están los aposentos de la profesora. No sabría por dónde ir ni, dónde estás yendo tú.

—Maldita sea nemhirie, te tengo que llevar siempre de la manita —gruñó la otra y Laila sintió que la cogía del brazo y la arrastraba fuera de la habitación.

Se volvió invisible a duras penas, esforzándose por hacer desaparecer los zapatos antes de que nadie se diese cuenta de que estaban caminando en alguna dirección. Aurige la guió por los amplios pasillos y salones llenos de pinturas y tapices maravillosos, representando grandes batallas del pasado, paisajes de Faerie, retratos de reinas, y aunque quiso detenerse a admirarlos, su amiga tiraba de ella sin

contemplaciones.

El ala del profesorado se adornaba ricamente con estatuas aladas, largas e interminables estanterías cargadas de libros, lámparas de cristal, cuadros de artistas nemhiries y alfombras persas que hacían más acogedora aquellas estancias blancas. Sin duda, si los albanthios y la vieja Mab pudiesen imponer su ley allí, todos aquellos detalles rebosantes de cultura, únicos y lujosos, dejarían de existir.

De repente entendió el cinismo de su amiga al comentar que el profesor Harlore, el albanthio, vivía allí rodeado de riquezas, en lugar de la austeridad que predicaba. A pesar de ese detalle, Laila se alegró al comprobar que la Universidad era un último reducto de libertad de pensamiento dentro del propio Reino Blanco, frente al avance implacable de la mano de hierro de Maeve.

Cuando llegaron a una puerta de madera labrada Aurige dejó de tirar de su mano, y tras comprobar que no había nadie en las inmediaciones, ambas se volvieron visibles y la lunarie golpeó las maderas con suavidad.

Al poco rato se abrió una rendija y observaron la cara crispada de la maestra escudriñarlas desde las sombras.

—No os puedo atender, lo siento —dijo intentando cerrar la puerta, pero Aurige se interpuso, rápida como el rayo, obligándola a abrir más.

—Discúlpennos esta brusquedad, por favor —pidió Laila un poco avergonzada—, pero necesito saber más cosas sobre los ithiries. Usted misma me ha citado hoy, pero por una serie de circunstancias, ahora es el único momento que podemos venir...

Inthia la observó calibrando una respuesta, pero luego escudriñó el pasillo con precaución.

—Sólo te he citado a ti —murmuró por fin dejándolas pasar—, y ahora las cosas han cambiado.

Permaneció en silencio mientras las dos alumnas contemplaban asombradas su despacho. Todas las paredes estaban recubiertas de libros organizados en estanterías, sin dejar ni un solo hueco para nada más. Y lo más asombroso: el propio techo estaba cubierto de tomos alineados que parecían no sentir el efecto de la gravedad. Otros tantos se agolpaban en altas columnas apelotonadas por toda la sala pareciendo una catedral hecha de libros. Una mesa de caoba y un par de sillas conformaban el resto del mobiliario.

—Hago lo que puedo para que mis recuerdos no se borren —explicó ella ante el asombro de las chicas—. Cada día releo más de cien libros, y todavía son pocos.

—¿Se le borran los recuerdos? —preguntó Laila, incómoda—. Creía que eso sólo nos ocurría a los humanos... ya sabe, con la edad.

La profesora la miró intensamente.

—Aparte del hecho de que tú no eres totalmente humana, los recuerdos se nos borran a todos en Tirennon —contestó—. Aquí van desapareciendo poco a poco. Al

principio cosas sin importancia y luego cada vez más hasta que no recuerdas nada. Sólo tu vida entre estos muros. Pero bueno, no tengo tiempo, niñas. Las cosas han cambiado y tengo que prepararme. No tenía que haber dado la lección de hoy, me he puesto en peligro tontamente. ¿Veis? Eso sí son cosas de la edad.

Las volvió a empujar suavemente hacia la salida.

—Pero... díganos algo —suplicó ella deseando saber para qué se estaba preparando la maestra, y qué era todo aquel misterio de los recuerdos que desaparecían.

—Si todo va bien, cuando se reanuden las clases volveremos a vernos —dijo la profesora abriendo un resquicio de la puerta, y de nuevo escudriñó las penumbras del corredor—. Y si no es así...

Por un momento observó a Laila con la cara envuelta en sombras. La contempló de arriba a abajo y tragó saliva.

—Si no es así, quiero que sepas, ithirïe, que muchas de nosotras nunca quisimos aquello. Que fue una atrocidad sin precedentes en la que nos negamos en rotundo a participar. Sólo quiero que nos perdone, aunque no nos lo merezcamos.

—¿Perdonar a quiénes? —preguntó Laila sintiendo un escalofrío.

La puerta se cerró frente a ellas dos pero sus palabras se quedaron suspendidas un momento en la oscuridad.

—A nosotros. Al pueblo de Firïe.

El castigo del olvido

Pasaron las horas en silencio. La profesora Inthia veía cómo se consumía la vela que iluminaba su viejo atril. Lo había dispuesto todo y ahora estaba sentada frente a la puerta, esperando. Sabía que vendría, y tenía todas sus defensas preparadas. Echó un vistazo al libro que tenía abierto delante únicamente por distraerse. Era una historia nemhirie que contaba cómo un joven se había enfrentado a un gigante para salvar a su pueblo de la amenaza de la tiranía.

«Exactamente igual que yo» —pensó queriendo sentirse orgullosa, solo que sabía que por dentro estaba muerta de miedo.

La vela titiló hasta apagarse. Entonces la temperatura pareció bajar unos grados y ella sintió un escalofrío. La puerta había comenzado a abrirse lentamente a pesar de tener todos los cerrojos echados.

—Pasad, por favor —dijo sin que le temblase la voz.

Ante ella, una imagen blanca, fantasmal, se ocultaba en las sombras que parecían querer inundar su habitación.

—¿Ni siquiera te dignas a levantarte en mi presencia? —susurró la figura, que parecía flotar en medio de la oscuridad.

—No me levanto ni rindo homenaje a los que invaden la Universidad para destruir todo lo que intentamos conservar.

—Bobadas —rió la otra agitando su mano, como si aquel comentario fuese algo demasiado banal—. Eres tú quien ha incumplido las normas hoy, y ya sabes el castigo por esa desobediencia.

La profesora contempló largamente a la reina Maeve, tan blanca y fría que por alguna razón, en lugar de amarla y venerarla, le provocaba repulsión.

—No se puede ocultar la verdad —contestó—. El pasado está volviendo sobre nosotras y caerá como una marea terrible. Si no intentamos solucionar esto ni acercar posiciones hacia la paz, toda Íalanthilían se verá envuelta en una guerra catastrófica.

—No es con lecciones sobre ese pasado, ni revelando la existencia del Templo del Amanecer como se solucionan las cosas —dijo Maeve—. Vosotros os quedáis aquí tranquilamente, llenando la cabeza de los jóvenes con locas fantasías, regodeándoos en vuestra sapiencia al abrigo de estos muros que llamáis neutrales, mientras no movéis un dedo por esa paz —respiró hondo—. Yo, sin embargo, trato de defender a todos los reinos por igual, levanto defensas, construyo alianzas, y no recibo ninguna ayuda de mi propio pueblo. Esto me entristece de verdad.

Por un momento Inthia sintió ganas de reír, pero se contuvo carraspeando un poco.

—Y seguro que os creéis lo que estáis diciendo, ¿cierto, majestad? —replicó

poniendo una mano sobre su libro—. Vuestra ayuda sólo la reciben aquellos que se arrodillan ante el Reino Blanco, aquellos que aceptan vuestra verdad sin siquiera cuestionarla. Ayudáis a ciegos y a borregos, pero los que os replican son condenados al exilio —la profesora notaba su enfado crecer y sus palabras se volvieron imprudentes—. A eso, yo no le llamo reinado, le llamo tiranía de la ignorancia. Os aprovecháis del desconocimiento y fomentáis las mentiras, porque si la gente supiese la verdad, vuestro trono se tambalearía.

El rostro grave de la reina parecía estar resquebrajándose, pero compuso una sonrisa magnánima.

—Tienes toda la razón, para qué vamos a seguir con esta farsa. Los que son como tú representáis una amenaza en mi esquema ideal, y no pienso consentir que por culpa de idiotas y soñadores, mi trono peligre ni un solo segundo.

—No os será tan fácil libraros de mí —contestó Inthia cerrando el tomo de golpe. Una aureola brilló a su alrededor—. Aún conservo la sapiencia de Firie, no me he permitido olvidarla.

—¿Crees que he venido a matarte? —se rió la reina—. ¿Acaso me consideras tan baja como los bárbaros acuaries o los repugnantes humanos?

La profesora se quedó un poco sorprendida pero no bajó la guardia. Su aureola se convirtió en fuego y sus cabellos se volvieron rojos. La reina la contempló un segundo, impresionada.

—Yo también recuerdo a Firie —dijo con una sonrisa—. Mira, profesora, observa bien cuánto lo echo de menos...

Y extendió su mano en un amplio abanico. De sus dedos surgieron cientos de mariposas blancas que aletearon por toda la habitación, como una cascada de pequeñas flores que volaron hacia las alturas, y cuando una de ellas se posó en la cubierta de los libros, prendió con una llamita de fuego empezando a arder.

—¡No! —gritó la maestra aterrorizada—. ¡No, mis libros no!

Pero ya era imparable. Millares de hojas y tomos antiguos ardieron de inmediato como la hierba seca. Las mariposas se convertían en fuego y las columnas de libros se volvieron pasto de las llamas en pocos segundos, corriendo hacia el techo en un río burbujeante. Inthia trataba de apagarlos desesperada en medio del caos y la reina Maeve comenzó a reírse con una risa infernal.

—¡Son mis recuerdos! —aullaba la profesora, desquiciada—. ¡Mi vida!

—Tu vida me pertenece —contestó ella, imperturbable, con su figura flotando en medio del humo negro—. Nunca os habéis dado cuenta de esa gran verdad. A partir de ahora la Universidad estará bajo mi control y todo el mundo acatará mi voluntad sin oposición.

—¡Lo perderé todo! —la maestra intentaba poner a salvo a la mayoría posible de libros quemándose las manos, pero las mariposas seguían revoloteando entre ellos sin

piedad—. ¡Mis libros, mis recuerdos!

—Ya no habrá recuerdos —Maeve volvió a extender sus brazos dejando volar una nueva riada de mariposas que acabarían con los restos cenicientos—. Serás fiel a partir de ahora, extremadamente fiel. Incluso podrías ser un albanthio —rió—, dócil y obediente hasta la muerte.

La profesora se volvió hacia ella loca de odio, pero Maeve se marchaba perdiéndose en la humareda. Las llamas se apagaron con los últimos tomos y ella cayó de rodillas en medio de aquel cementerio de rescoldos, y permaneció llorando mientras un viento misterioso dispersaba las cenizas hasta hacerlas desaparecer.

Cuando llegaron a la habitación de Aurige, Laila y ella permanecieron en silencio largo rato, cada una sumida en profundos pensamientos. Laila le daba vueltas al medallón de plata sin darse cuenta, mirando a través de los cristales.

—Hadas de Firie —dijo por fin—. Nunca lo hubiese creído.

—Lo que no me ha gustado ha sido eso de «si todo va bien» —murmuró Aurige tumbada en su cama contemplando las pequeñas estrellas del techo—. Parecía muy asustada. Se ha jugado el cuello contando la historia del Templo del Amanecer, estoy segura.

—¿Habrá más como ella? —insistió Laila en su idea de los firies escondidos.

—Su aspecto es del Reino Blanco —contestó su amiga—. Si es cierto que los recuerdos se van borrando en este lugar...

—No sólo los recuerdos. Es como si hubiese perdido el color original, su propia vida —se aterró Laila—. Como si aquí todo el mundo se convirtiese en lo mismo poco a poco.

Aurige la miró.

—A mí no se me va a borrar ningún recuerdo. Y eso que ya me gustaría olvidarme de uno en concreto.

—Tenemos que irnos de aquí —concluyó Laila sin prestarle atención—. Ni siquiera la neutralidad de la Universidad es capaz de detener ese olvido.

—Pues Lunarie, Airie y Solarie están ya ocupados por Maeve —contestó Aurige—. Solo nos queda Acuarie, que precisamente nos viene muy bien si supiésemos cómo volver.

—También podemos ir a Ithirie —dijo Laila despacio.

La lunarie meneó la cabeza despacio.

—No creo que nos convenga ir.

—¿Y por qué no? —preguntó Laila de mala gana—. Yo soy ithirie.

—Si tú hubieses sido expulsada injustamente de tu casa durante miles de años, con toda tu gente masacrada y de repente puedes volver, ¿qué harías?

—Me vengaría de todos —contestó Laila por fin, entendiendo hacia dónde quería

conducirla su amiga—. Protegería mi casa con miles de armas para que nadie pudiese volver a entrar y prepararía mi venganza.

—Exacto.

—¡Pero a mí me tienen que dejar pasar! Ella es mi madre y tiene que saber la verdad de la traición de Acuarie. Además, me debe explicaciones y se las quiero exigir.

—Pues yo dudo que te las quiera dar, Laila —dijo la otra en un susurro oscuro.

Ella tragó saliva sintiendo que el corazón le dolía. Notaba las lágrimas a punto de escapar de sus ojos.

—Quizás hubiese sido mejor quedarme en el hechizo de Maeve —dijo con la voz entrecortada—. Así no sabría nada de todo esto. O quedarme aquí hasta que se me olvide todo y mi pelo se vuelva blanco como el de la profesora.

—No quiero escuchar más tonterías —gruñó Aurige frunciendo el ceño—. Vives siempre queriendo un escalón más, y no te conformas con lo que tienes ni con lo que la gente que te rodea hace por ti.

—Ya no me acuerdo de la cara de mi padre —lloró ella.

—No digas estupideces. Sí que te acuerdas, sólo te estás dejando llevar por la histeria.

Laila se enjugó los ojos. Respiró profundamente y se dio cuenta de que sí se acordaba de su cara, y también de Winter Manor y de Monique, y de todas las cosas de su vida anterior, pero lo cierto era que no se estaba dejando llevar por la histeria. Había tenido que esforzarse más de lo habitual y aquello la asustaba.

—Te conté que tuve que usar un Grano de las Arenas de Solarie para despertarte, ¿lo recuerdas? —murmuró Aurige volviendo a mirar sus constelaciones.

—Ahora que lo dices me suena, pero solo como palabras sin sentido en medio de la niebla. ¿De verdad lo hiciste? —se asombró. Además de repente todas sus penas estaban desapareciendo—. ¿Pero dónde están? ¿Cómo lo conseguiste?

—Hazme un volcán de chocolate y te lo cuento —la chantajeó la otra.

—Y otro para mí —las sobresaltó de repente la voz de Nymphia desde la ventana.

Aurige se incorporó de golpe y Laila corrió hacia su amiga para ayudarla a entrar en la habitación. Llegaba radiante y les enseñó una cajita labrada que contenía tres pequeñas esferas flotando.

—Es un regalo de Vardarac, Libis y Tramontana —les dijo cerrando la caja y guardándola en un bolsillo—. Se van ya a luchar contra el Viento del Sur, pero si necesitamos su ayuda vendrán en cuanto les avise.

—¿Y cómo van las cosas en las islas nemhiries? —preguntó Laila.

Nymphia torció el gesto.

—No muy bien. Ho y Drake han sitiado Londres, y Etesian ha partido con multitud de nemhiries para reclutar gente en las islas exteriores. Se necesitan barcos y

recursos, y yo prometí ayudar con la flota de Silveria, pero...

—¿Pero qué?

—No me atrevo a atacar el palacio en contra de mi madre. No tengo fuerzas para hacer eso yo sola.

—¿Y tu tío Zërth? ¿Sabes algo de él?

—Lo único que sé es que está aquí, en Tirennon —contestó ella con pesar—. Maeve lo trajo y dijo que lo curaría, pero eso, más que un alivio parece una amenaza... Pero bueno —cambió de tema intentando parecer alegre—, ¿qué era eso del Grano de Solarie, Aurige? ¿Por fin te vas a dignar a contárnoslo con todo lujo de detalles?

La lunarie torció la boca en un gesto de enfado.

—Sólo puedo decir que Laila tenía razón. Jack Crow los robó en Solarie.

—¡Y tú le obligaste a devolvértelos! ¡Bien hecho! —rió Laila—. El resto se los habrás dado a Cyinder, ¿no?

—¡Ejem! —exclamó Nimphia levantando una ceja.

Laila miró a su amiga sin comprender. La cara de Aurige volvía a ser una máscara de hielo.

—Tengo mis propios planes con respecto al nemhirie —contestó por fin—. Sabemos que hay alguien más detrás de todo esto, y dejándole las Arenas nos podrá llevar a quien le encargó robarlas. Recordad que cuando le pescamos merodeando por la Torre de Cálime, nos dijo que era alguien muy poderoso.

—¡Claro! Qué astuta eres, lunarie, nunca se me hubiese ocurrido un motivo como ese —dijo Nimphia con cinismo.

—No hay ningún otro motivo —negó ella sin dejar traslucir ningún sentimiento—. Nimphia, deja el sarcasmo para tu hermana. El nemhirie quería que le ayudara a robar el Arpa de los Vientos a cambio del Grano de Solarie.

—¡Qué!

—Por eso estaba en Airie —añadió Laila—. Iba a robarla, probablemente con la ayuda de Lady Notas...

—Como veis, aún faltan piezas —Aurige levantó los hombros con desdén—. Jack Crow no trabaja para Maeve, porque ella tiene el Arpa a buen recaudo. Si Jack la quiere, es para otra persona, y tenemos que averiguar quién es. Así que si nos vamos a meter en el asunto de las Piedras de Firie y luego queremos el Arpa, seremos nosotras quienes la obtengamos. Eso sí —añadió—, si alguna vez tengo que ayudarle, me llevará directamente a quien esté de verdad implicado en todo esto.

Nimphia escudriñó su rostro atentamente pero no llegó a ninguna conclusión.

—Entonces, ¿lo de la runa no tiene nada que ver? —suspiró decepcionada.

—Nada en absoluto, y no voy a volver a hablar de ese tema —contestó la otra.

Cerró los ojos para no mirar a sus amigas. Nimphia la conocía demasiado bien

para saber cuándo mentía, y estaba segura de que ya tenía muchas sospechas. El recuerdo de Jack Crow parecía perseguirla como un fantasma, y ya tenía suficiente con tratar de olvidarle como para encima decirles que tuvo todas las Arenas en sus manos y que después se las devolvió. De una forma un poco brusca, desde luego. No iba a permitir que él descubriese ni un sentimiento, y se las tiró a la cara tratando de parecer lo más desagradable posible. Pero ni por esas conseguía borrar su recuerdo.

Durante un rato se hizo el silencio. Tras las ventanas la noche caía y las estrellas brillaban como pequeños diamantes congelados en el cielo negro. En esos momentos, en otro sitio, una profesora lloraba entre montañas de cenizas.

—Bueno, pensemos en el asunto de las Piedras de Firie —dijo Laila tratando de animar el ambiente—. ¿Tienes algún plan?

Nimphia sonrió.

—Aún no sé cómo vamos a poder llegar pero le he estado dando vueltas...

Y en ese momento el picaporte de la puerta se movió despacio. Laila y Nimphia se miraron con terror.

—Escondeos —susurró Aurige poniéndose en guardia—. Si Núctuna cree que va a entrar tan fácil se va a llevar una sorpresa.

Ambas se volvieron invisibles al momento y Aurige conjuró varias aspas de luz negra que comenzaron a girar cada vez más deprisa.

—¿Quién es? —dijo con voz de falsete y una sonrisa terrible.

—Aurige, soy yo, abre —susurró la voz cautelosa de Cyinder tras la puerta.

La lunarie pareció sorprenderse de verdad, pero enseguida sus ojos se cargaron de sospechas y la sonrisa cínica reapareció.

—Claro que sí —rió—. ¡Qué técnica tan avanzada usa ahora el gremio de Lunarie para lograr sus planes!

—No estoy para bromas, abre por favor —se escuchó un lamento ahogado, y por un momento Aurige dudó.

—Nimphia, prepara el hechizo más bestia que tengas y tú Laila, quiero verlas hechas astillas antes de que puedan dar un paso en la habitación. Voy a abrir.

Nimphia reapareció a la vista cargando sus manos con relámpagos y Laila sintió que temblaba hasta los huesos. No sabía cómo diablos iba a usar su poder a voluntad, y se agarró a su medallón suplicando que le diese fuerzas.

Aurige abrió la puerta de golpe y todas las aspas de luz se precipitaron a la vez hacia la entrada.

—¡No! —gritó entonces Nimphia, y una tromba dispersó las hélices, que pasaron girando descontroladas alrededor de la figura de Cyinder hasta estrellarse contra las paredes.

La rubia solarie permanecía quieta como una estatua en medio de la penumbra del pasillo, y pareció no darse cuenta de que junto a ella había varias aspas clavadas en el

marco de la puerta. Su rostro era el de un fantasma, con los ojos muy abiertos y las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Entro despacio, como si llegase de un sueño, y de repente se abalanzó sobre Aurige y la abrazó llorando sin consuelo.

—Mi madre... —logró balbucear ante el asombro de todas—. Mañana va a pedir su Último Deseo.

8

Secretos de familia

Sir Richard Armand Brown cruzaba las manos bajo la barbilla, sentado al final de la gran mesa de caoba en el salón de su mansión victoriana. Sus ojos profundos estaban clavados en un punto más allá de las ventanas de vidrieras emplomadas, y el sol de la tarde entraba a raudales dibujando rombos de colores sobre la pulida superficie de la madera. Quien no lo conociese, viendo su rostro sereno pensaría que meditaba pacíficamente sobre la vida o los secretos del universo. Pero Jack y Monique sí lo conocían. Lo conocían muy bien y ambos sabían que estaba a punto de desatarse una tormenta.

—Todavía no alcanzo a entender el motivo de esta traición —susurró sin dirigir la vista a ninguno de sus dos invitados.

Jack y Monique se miraron un segundo. Ninguno de los dos mostró el mínimo rastro de culpabilidad o sonrojo.

—Te han pillado, hermana —bromeó Jack fingiendo un bostezo.

Ella le observó un segundo tras sus ojos helados y luego encendió un cigarrillo con gestos elegantes.

—En primer lugar, ¿desde cuándo me llama usted hermana? —contestó sin rastro del perfecto acento francés que solía usar—. Esto no es una familia, Mr. Crow. Es un negocio. Quedó muy claro tras aquel asunto en Beirut, ¿o ya no se acuerda?

El hombre de negro tosió un poco azorado mientras ella expulsaba una sinuosa bocanada de humo.

—Y en segundo lugar, yo cumplo mi papel a la perfección. No juego al héroe capaz de echarlo todo al traste por un nuevo capricho.

Jack levantó la vista y la miró antes de volver sus ojos hacia su padre. Sir Richard lo observaba sin pestañear, con sus dedos crispados ocultándole los labios.

—Los dos os equivocáis —se defendió Jack con aplomo poniéndose en pie—. Perseguís fantasmas y vivís en un mundo que no existe.

—Explícate —exigió sir Richard tratando a duras penas de dominar su furia.

El hombre de negro se paseó alrededor de la mesa cual gato ronroneante. En realidad trataba de ganar tiempo y lanzó una apreciativa mirada a las puertas abiertas del salón.

—No hay salida, Mr. Crow —se burló Monique notando sus intenciones.

—Querida hermana —replicó él tratando de molestarla—, llevas tanto tiempo en tu disfraz de tonta que parece que se te está contagiando.

Monique no se inmutó.

—Aquí todo el mundo tiene algo que ocultar —siguió Jack con más seguridad, acercándose a ella y poniéndole las manos sobre los hombros—. Pero vosotros creéis

que *ellos* —remarcó la palabra—, son honorables porque vivís en vuestro cuento de hadas particular. Si hacéis un pacto, *ellos* lo van a respetar. Si les entregamos los tesoros que quieren, *ellos* nos darán lo que nosotros pedimos... ¿Seguro? Pueden despacharnos en cuanto les demos todo lo que buscan. Confiáis en *ellos*, pero yo trazo nuevos caminos mucho más rentables al margen de tanto honor.

—Tenemos un trato, el más importante de nuestras vidas —dijo sir Richard con los ojos relampagueantes—. Nada hace suponer que faltarán a su palabra. Sin embargo, tu estupidez y tu incompetencia pueden conducirnos al fracaso y a la muerte. O peor aún, a que jueguen con nosotros. ¿Nunca han jugado las hadas contigo, Jack? ¿Acaso no conoces de lo que son capaces?

—Soy yo quien juega con ellas —se jactó él—. Más concretamente con una. Monique se rió con cinismo.

—Su pasión por las faldas será su ruina, Mr. Crow.

—No me conoces, Monique —respondió él, indiferente—. Tuve en mis manos a la Señora de los Vientos así —chasqueó los dedos—, el Arpa hubiese sido mía de no ser por la intromisión de esa tal reina Blanca. Las hadas son muy fáciles, y esta de ahora es cera en mis manos. Hará lo que yo quiera.

Su hermana levantó una fina ceja.

—¿Tanta cera en tus manos es, que para que te ayude has tenido que traicionar a papá? —pasó a tutearle sin poder contener su disgusto—. ¿Ella es tan fácil, y tan enamorada está de ti que le diste una perla del reino de los soles en cuanto te dedicó una sonrisa?

—Forma parte del plan. Ahora confía en mí.

—Qué poco te conoces, hermano.

—¿Ahora sí somos hermanos? —atacó el otro—. ¿Y qué hay de ti, guapa? Se supone que tenías que controlar y vigilar a la chica y a su padre, ¿y estoy oyendo campanas de boda? Disculpa que me ría un ratito.

—Monique hace lo que se le ordena —cortó sir Richard con brusquedad—. Tú vas de por libre y nos pones en peligro. Eres indisciplinado y no atiendes a razones. Ya no eres útil, no te necesitamos.

Jack miró a su padre con la cara rígida. Los ojos azules de sir Richard brillaban acerados y peligrosos, pero no se dejó amilanar.

—¡No me necesitáis! Ya veo. Ahora va a ser Monique la que vaya de cacería, ¿no? Sin duda esos tacones le serán muy útiles para el bosque, o para huir de lo que hay por allí que no te puedes ni imaginar, ¿eh, hermanita? —le dedicó una sonrisa lobuna—. Seguro que tus carísimos trajes te librarán de hechizos y dentelladas, y además, con esas manos de manicura perfecta manejarás pistolas y machetes con nervios de acero...

—¡Ya basta! —exigió sir Richard—. Nadie puede hacer el trabajo de campo

excepto tú, pero has cometido fallos imperdonables que te dejan fuera.

En anciano caballero se puso en pie y se acercó a los ventanales mirando un punto perdido por entre los rombos de colores.

—Sabéis perfectamente que no estamos solos en esto —dijo con gravedad—. *Los Errantes* andan a la caza de nuestros conocimientos, y merodean en busca del más mínimo error que les deje el camino libre a los tesoros de Faerie —se volvió a su hijo con ademán severo—. Dicen ser nuestros aliados, pero son sanguijuelas esperando la más mínima oportunidad, cosa que les estás entregando en bandeja con tus necedades.

El hombre de negro se relajó sentándose en la silla con una sonrisa de superioridad. Por un momento tuvo ganas de provocar a su padre poniendo las botas llenas de barro sobre la superficie de la mesa, pero al final se contuvo.

—Yo no he cometido ninguna necedad —murmuró con voz ronca—. Usé sal con la chica, como siempre, pero no le afectó. Nadie se molestó en decirme que es mitad humana, ¿verdad?

Lanzó a sir Richard una mirada cargada de cinismo pero su padre permaneció serio.

—Y la perla del reino de los soles tampoco es otro fallo. Sólo es... diríamos un pagaré. Puedes decírselo a tus condenados *Errantes* de mi parte cuando los veas. Por otro lado, el hada de la luna estará bajo mi poder dentro de poco. La convenceré y arrastrará a sus amigas para conseguir el Arpa, y quién sabe cuántos tesoros más.

—Creí que dijiste que ella «ya» estaba bajo tu poder —terció Monique, perspicaz, aplastando el cigarrillo en un cenicero de cristal.

—Y lo está —afirmó él con rotundidad—, solo ha sido una cuestión de semántica.

—Lo dudo enormemente —murmuró sir Richard—. Las hadas de Lunarïe no son como las demás. Te mentirá y te traicionará mil veces sin haberte contado ni la décima parte de sus planes. Tu hermana tiene razón, las mujeres te nublan el cerebro.

—Esta no —volvió a insistir.

Por un momento se hizo el silencio. Sir Richard y Monique miraban al hombre de negro, cada uno sumido en pensamientos muy diferentes. El sonido monótono de un reloj de pared era el único ruido que cortaba aquella atmósfera helada. El anciano volvió a sentarse despacio, con un destello en sus ojos de halcón.

—Sin embargo tu absoluta incompetencia podría venirnos bien, e incluso volcar tus equivocaciones a nuestro favor —dijo por fin acariciándose la barbilla.

Sus dos hijos alzaron la vista, interrogantes.

—Olvídate del Arpa por ahora, la tiene la reina Blanca y el país de la nieve es prácticamente inaccesible. No tendrías tanta suerte como en el reino del agua, donde te lo encontraste todo resuelto. Consigue el tesoro sagrado de Lunarïe y tendrás de

nuevo mi confianza y mi respeto que, te aseguro, los has perdido, Jack.

—¿Por qué darle otra oportunidad? —protestó Monique con rabia—. Has dicho que se quedaba fuera. Va de tropiezo en tropiezo, se mofa de nosotros, pero tú vuelves a confiar en él aunque te exponga al peligro. Se nota que es tu favorito y a mí no me necesitáis más que para hacer el papel de concubina —escupió sus palabras—. ¡Hombres!

—Calma, princesa —pidió su padre—. Hay algo de cierto en lo que Jack ha dicho y por eso le pedí que nos asegurase a Laila. Ella era importante para negociar con el pueblo de la tierra en caso de que las cosas se pusieran feas —miró a su hijo con un destello de frustración—, pero fuiste incapaz de cumplir esa misión tan sencilla. No podemos fiarnos de ellos al cien por cien. Podrían intentar engañarnos, de hecho, lo lógico sería que tratasen de acabar con nosotros cuando todo estuviese hecho, y todas nuestras expectativas se vendrían abajo.

—Tus expectativas —corrigió ella sintiéndose llena de ira—. Eres tú y tu locura de revivir a mamá. Nos arrastras a todos y el tiempo pasa. Mírame papá. Soy una mujer adulta que va a la deriva. Sean Winter es un buen hombre y me quiere sin saber nada de mí, pero aún así estoy dispuesta a mentirle y a traicionarle por ti sin dudar ni un segundo —volvió a encender un cigarro, nerviosa—. He sacrificado toda mi vida y sin embargo tú no haces más que darle tu confianza a este cabeza hueca. Apártalo del negocio.

Meneó la cabeza, disgustada, y un rizo rebelde se desprendió de su tocado perfecto.

—El tiempo no volverá a pasar nunca más cuando hayamos terminado este trabajo —susurró sir Richard, ablandado ante las palabras de su hija—. Seremos inmortales, dioses entre los hombres. Vuestra madre volverá a estar junto a nosotros, princesa, y tendremos tal cantidad de riquezas que no podremos gastarlas ni en toda esa vida infinita que nos espera.

—Yo sí que me las gastaré —interrumpió Jack, jocoso, y luego carraspeó ante la mirada terrible de su padre.

—Pero no vamos a confiar en ellos sin tener varios ases en la manga —siguió explicando tras la interrupción—. Tu hermano tiene razón en esa parte, aunque sea un desastre, pero —añadió lanzándole a su hijo una mirada cruel—, eso no significa que goce de mi confianza ni que sea mi favorito, Monique. De hecho, él va a buscar a esa hada de la que tanto se ríe y la va a obligar a que le entregue el tesoro de Lunarie. Si no, no volverá a poner los pies en esta casa, ¿te parece bien?

Monique observó a su hermano con sus ojos helados y luego asintió.

—Y... ¿de dónde saco ese tesoro? —preguntó Jack cruzando las manos tras la nuca en actitud desafiante—. Ese no era el pacto ni sé nada de ese objeto.

—Precisamente ese es ahora tú problema —contestó sir Richard en el mismo tono

jocoso—. ¿No es cera en tus manos? Pues arráncale el secreto sin piedad. Si no, no vuelvas. Esto es un negocio, no una familia, señor Crow.

—De acuerdo —consintió él—. Pero necesitaré muchísimos recursos, algún tipo de recompensa... en diamantes, y que no se puedan rastrear, para que no ocurra lo de Beirut. Y datos. Dónde se encuentra, qué es exactamente... Todo lo demás es pan comido.

Sir Richard permaneció en silencio un buen rato. Luego se acercó a un secreter y sacó una libretita ajada por el uso, llena de anotaciones. Se ajustó unas pequeñas gafas sobre la nariz y leyó las páginas.

—Al parecer es un orbe capaz de controlar el tiempo —contestó—. Sería una baza estupenda para negociar y en caso de que todo fallase, yo mismo podría alterar el pasado y corregir los errores. El Ojo de la Muerte se nos presenta ahora como una oportunidad magnífica. Su paradero es lo que te toca a ti descubrir.

Jack Crow asintió y sir Richard volvió a guardar la libretita con movimientos torpes. Luego caminó hacia las puertas del salón dando la reunión por concluida. Parecía un anciano frágil a punto de derrumbarse pero ninguno de sus hijos cayó en la trampa de creérselo. Sabían que no había familia. Eran soldados obedeciendo órdenes, piezas de su ajedrez gigante.

—¿Qué pasa con Laila, la hija de Sean? —preguntó Monique cuando su padre se alejaba ya hacia el pasillo.

—¿Qué pasa de qué? —preguntó él de soslayo, detenido junto al marco de la puerta.

—Sean está desesperado. Laila desapareció del colegio escocés, y aunque conseguí falsificar una carta en su nombre, diciendo que Laila estaba en casa por asuntos familiares, vive ausente, no consigo que se fije en mí y se aleja cada vez más.

—Yo me ocuparé de Sean —dijo Jack—. Un accidente doméstico sin importancia, se cortó cuando se afeitaba... esas cosas pasan todos los días.

—Con Sean Winter se seguirá el plan previsto —resolvió sir Richard sin darse cuenta de la súbita crispación de Monique ante las palabras de su hermano—. Tú manténle ocupado con las cosas de la boda. Usa tus maravillosas armas de mujer y distráele hasta que yo averigüe el paradero de Laila.

—Eso es muy fácil —terció Jack—. El hada de la luna es amiga suya. De hecho quería la perla de los soles para rescatarla de no sé qué sitio. Yo mismo puedo averiguar dónde está.

Sir Richard se dio media vuelta mirándolo de frente. Por un momento sus manos temblaron.

—¿Rescatarla de dónde? ¿Está en peligro?

—Ni idea. Pero mi «amiguita» me lo dirá.

El anciano apretó los labios.

—Espero sinceramente que, en tu estupidez, no dejaras caer mi nombre cuando le entregaste la perla de Solarie a esa hada.

—No —confirmó el hombre de negro sin dudar, pero se abstuvo muy mucho de comentarle que había traído a Aurige a aquella misma casa.

De repente la imagen de ella allí, en aquel mismo salón, volvió nítida a su memoria. Se quedó rígido sin dejar traslucir ningún sentimiento y sus ojos se volvieron tan helados como los de Monique. Sir Richard asintió complacido ante aquella muestra de dureza que imaginaba auténtica y miró su reloj.

—Tengo invitados de la embajada —anunció—. Llegarán pronto. Tú puedes quedarte si quieres, princesa, no desentonas. Tú Jack, márchate. Parecería que me asocio con indeseables de la peor calaña y tengo una reputación que mantener.

—No puedo quedarme —negó ella—. Sean cree que estoy en un congreso de cirugía y debería tomar ya el avión de vuelta a París si quiero cumplir el programa.

Su padre le lanzó una mirada de aprobación y después se marchó cerrando la puerta tras de sí. Cuando los pasos se alejaron y ambos estuvieron seguros de estar solos, bajaron el tono de voz.

—Estoy cansado, hermana —susurró él con precaución, estirando los brazos—. Necesito mi vida y dejar ya este sinsentido atrás.

—Y yo, Jack —aseguró ella con complicidad—. Cuido de ti incluso cuando metes la pata, pero ante papá debo mantener una apariencia que sabes que no siento. Esta vez no me ha hecho caso y sigues en el juego, a pesar de que he intentado que dejes de correr riesgos.

—Lo sé, no te preocupes por mí. Pero me agobia esto. Mamá está muerta y como tú has dicho, el tiempo pasa. Sería mejor dejarlo así.

Monique suspiró.

—Lo que debes hacer es pensar con la cabeza y dejarte de mujeres. Has sido muy imprudente, hermano. Si quieres ser libre de una vez, deja que papá se salga con la suya y nos olvidaremos de esto para siempre.

—Nuestro padre no quiere darse cuenta de muchas cosas, Monique —replicó él—. Apuesto a que si Laila y Sean supiesen esto, se moriría.

—Sí. Le importan demasiado, pero está obcecado en sus tratos con las hadas de la tierra y con la secta esa. Desde el verano ha cambiado. Esto le está comiendo por dentro.

—Deberíamos destruirlas a todas —susurró Jack con la mirada ausente.

Su hermana lo contempló con fijeza.

—Te ha atrapado, hermano —le dijo sin maldad ni cinismo, sino con un asomo de pena.

—No —respiró él profundamente—. Simple y llanamente la odio, Monique. Se rió de nosotros, de mí, de nuestra madre...

—¡La trajiste aquí! —se sobresaltó ella.

—No pude evitarlo, en serio —se justificó Jack.

—Estás loco. Esto podría ser el final. Si papá se entera, te va a crucificar.

—No ocurrió nada —dijo él de mala gana—. Al revés, me tiró las perlas a la cara con el mayor de los desprecios y sólo se quedó con una. El resto está a salvo.

—¡Pero va a contárselo a Laila! —se alteró Monique—. ¿No entiendes que papá se moriría del disgusto si ella lo supiese? Dios, Jack, estás enamorado y nos acabas de poner en un peligro espantoso...

—¡No estoy enamorado! —golpeó la mesa con furia—. No era más que un juego, pero me equivoqué, Monique. Ya está. Me he equivocado y lo arreglaré. Ninguna mujer se ríe de mí, y menos una maldita hada.

La otra meneó la cabeza con los ojos cerrados.

—¿Ves tú? Eso nunca me ocurrirá a mí. Tengo muy claro lo que debo hacer y hasta dónde llegan mis sentimientos. Esto es un negocio, hermano.

—Sí, sí, Monique, lo que tú digas. Jura ahora mismo que no te importaría que apareciese la madre de Laila en la puerta de Winter Manor.

Ella se quedó rígida un segundo. Aquella posibilidad jamás se le había pasado por la cabeza.

—Tengo que marcharme ya, Jack —contestó desviando la mirada hacia su reloj de pulsera—. Y además tengo que arreglarme de manera espectacular, no vaya a ser que a algún hada desastrosa le dé por visitar a mi futuro marido.

Él se rió.

—Las odias. Igual que yo.

Monique se levantó despacio, ajustándose su traje impecable.

—Por supuesto. Pero tú deja de comportarte como un crío y demuestra que eres maduro, Jack. Consigue el orbe de la luna y te aseguro que yo misma convenceré a nuestro padre para que todo esto termine. Nos olvidaremos de todo.

—¿Y Sean? —susurró él con una sonrisa—. ¿También te olvidarás de él?

—Me has recordado que le voy a hacer un buen regalo —dijo ella caminando hacia el hall—. Le regalaré una maquinilla eléctrica y se acabaron las navajas de afeitar.

Jack se rió con afecto.

—Sabes que no le tocaría un pelo sin tu consentimiento.

Monique sonrió. Luego le lanzó un beso con la mano y sus pasos de tacón se perdieron en las sombras. Jack escuchó que se cerraba la puerta de la entrada. Sus ojos entrecerrados vagaron por la estancia hasta toparse con el retrato al óleo de su madre.

El hada de la luna se había quedado muy impresionada al verlo y miró a Jack con sorpresa. Sus recuerdos vagaban y él pareció sentir que estaba de nuevo allí aquella

noche, con ella. Susurró su nombre despacio... *Aurige*.

La veía hasta en sueños. Le estaba volviendo loco.

Recordaba perfectamente cuando la besó en Airïe. Quería burlarse de ella y atraparla, al igual que a la Señora de los Vientos y a otras muchas, tantas que ya ni se acordaba. Pero entonces su piel ardió y sintió un nudo de ansiedad en el estómago como jamás había sentido, cuando todo pareció brillar a su alrededor. ¿Y ella? No había demostrado nada, ni el más mínimo resquicio de debilidad. Al revés.

Jack se desesperó porque veía cómo caía sin remedio. *Las hadas de la luna no son como las demás* —acababa de decir su padre. Pues bien. Esta iba a ser como las demás. Tan vulgar que se reiría de ella en su cara.

No sólo había perdido la cabeza cuando le mostró la caja de las perlas y el ataúd de cristal de su madre rodeado de velas, sino que al final, en el colmo de la insensatez, se las había ofrecido todas. Y ella le había despreciado. «No necesito nada más de ti» —le había dicho. Después de suplicarle, había acabado cediendo y le había entregado en bandeja todos los esfuerzos de su padre, la vida de su madre y todos sus sueños, para acabar viéndolos tirados por los suelos. Y luego nada. Ninguna señal ni mensaje.

«Jugaré contigo cuándo y como me dé la gana» —pareció decirle aquel abandono. A la luz de las velas la odió con tal intensidad que le temblaban las manos.

Se acabaron los miramientos y la generosidad caballerosa. ¿Había sentido algo por ella? Aquello también se terminó. No iba a utilizarlo a él, sino todo lo contrario. Y cuando habló a su padre, sentía como ciertas cada una de las palabras que decía. La aplastaría, ninguna mujer se había reído de él de aquella forma. La humillaría hasta que suplicase su perdón.

Sentado a oscuras en el salón, perdido en aquellos recuerdos, sus ojos brillaban imaginando mil escenas de venganza. Se internaría en el reino de la luna y allí acecharía hasta dar con ella. No iba a tener ningún remordimiento, se había vuelto demasiado blando y ese fue el error. Cazaba hadas desde que podía recordar, así que un poco de diversión nunca venía mal. Atraparía a otras en los bosques, e incluso las torturaría hasta que le revelasen el paradero del hada de la luna. No se podía esconder eternamente.

Aurige —sus labios saborearon su nombre dispuesto a cumplir, una a una, todas aquellas promesas oscuras aunque fuese lo último que hiciese en su vida.

El último sol

Solarie.

Los cinco soles cruzaban el cielo de la ciudad de Solandis en su arco perfecto. El gran Solandis, enorme, viajaba orgulloso seguido por Luthus, Qentris, Cálime y el pequeño Nur. Laila jamás los había visto tan espléndidos. Era como si se hubiesen puesto de acuerdo para brillar más intensos que nunca. No había ni una nube que los empañara, y la brisa callada traía semillas de vilanos y flores envueltas en dulces aromas de los campos dorados, que comenzaban por fin a revivir.

Pero nadie sonreía. Nadie sentía el gozo en su interior. La extensa explanada a las afueras de la ciudad estaba abarrotada por la Bella Gente. Laila nunca había visto tal muchedumbre de hadas. Y seguían llegando, de todos los reinos, de los rincones más alejados de Faerie. Duendes, shilayas, solarie, airie en barcos alados y lunarie desde la oscuridad, hadas blancas y albanthios de Tirennon, seres extravagantes que se ocultaban en los bosques, figuras retorcidas como árboles secos que si se miraban con más atención, se descubría su imagen camuflada envuelta en hojas, pixis silenciosas reunidas en nubes que intentaban no producir sonido alguno, pequeñas hadas serpentinadas de las que Laila jamás había oído hablar, ninfas, doncellas oscuras, mariposas e insectos que en verdad eran otra cosa, y un sinfín de criaturas que llenaban los campos dorados hasta donde alcanzaba la vista. Y todos, sin excepción, vestían con el luto de Solarie.

Aquella marea roja miraba con ansiedad hacia los muros de luz de la ciudad de Solandis, tan altos y radiantes como la aurora boreal, y todos esperaban inmersos en un silencio de muerte.

Cuando Cyinder se marchó llorando de la habitación, Laila, Aurige y Nimphia se habían quedado heladas al oír la terrible noticia.

—No lo puedo entender —negaba Aurige con un susurró—. Hicimos un milagro para devolver un Grano de las Arenas de Solarie, arriesgamos nuestras vidas en ello, se nos acusa de haber robado el Agua de la Vida a consecuencia de haber entrado en Acuarie... ¿y ahora esto? ¿Hellia va a pedir su Último Deseo así, como si fuese un capricho?

Laila y Nimphia no sabían qué responder. La nueva situación les superaba por completo. Las había dejado tan asombradas que era imposible pensar en nada.

—Yo voy a ir —anunció Nimphia con la voz entrecortada.

—Justo lo que necesitamos —contestó Aurige—. Que encima te expongas al peligro máximo cuando estás segura aquí dentro.

—Tengo que entender esto, lunarïe —replicó ella con decisión—. Vamos a ir todas, incluida Laila. Me da igual que me detengan los albanthïos, me da igual romper el exilio, que por otra parte ya lo estoy rompiendo, pero voy a ir.

Laila sintió un peso enorme. Las cosas se estaban poniendo feas y abandonar aquel último refugio, para presentarse ante toda la realeza en medio de Solarïe, le parecía tremendamente descabellado. Aurige pareció perderse en pensamientos oscuros, pero al final asintió moviendo la cabeza.

—Iremos —murmuró—, pero después de esto, ya nada será igual.

Y ahora estaban allí. La Universidad había cerrado sus puertas en señal de duelo, y todos los alumnos se habían marchado a sus respectivos reinos para después viajar a Solarïe. Para presentar sus respetos y su último adiós a la antigua reina Hellia.

Ellas tres abandonaron la ciudad de Tirennon en medio de la noche, furtivas, viajando a toda velocidad en el Mustang rosa. Llegaron a Solandis antes que nadie y Laila contempló la ciudad asombrada.

Era cierto lo que Cyinder les contó. Todo había cambiado. La populosa avenida de Qentris era ahora una explanada llena de templos de singular belleza. Un edificio acristalado le recordó a la propia Universidad Blanca; probablemente fuese la nueva biblioteca de la que su amiga les había hablado. No había cines, ni lujosas tiendas abiertas, ni escaparates barrocos ofreciendo espectaculares mercancías. Todo parecía haberse vuelto recatado y serio, señorial pero uniforme. Los edificios venecianos con sus banderines ya no existían, e incluso descubrió remodelaciones en las abandonadas barriadas exteriores. La periferia gris y misteriosa estaba dando lugar a palacetes blancos, anfiteatros y galerías de arte.

Y entonces se dio cuenta precisamente de eso: los nuevos edificios eran blancos. Tan blancos como Tirennon. Tan serios y fríos que repelían. No había bullicio alguno por las calles y los pocos solarïes que encontraron a su paso tenían los ojos apagados y aspecto abatido.

Amaneció Solandis y después el resto de soles. Y por una vez, el gran sol no quiso descender hacia el ocaso cuando Nur comenzó a destellar por el este. Los cinco astros se suspendieron en el cielo dorado, esperando, igual que toda la Bella Gente que inundaba las afueras de la ciudad.

Se confundieron con el gentío, ocultando su presencia con trajes rojos de luto y pañuelos en la cabeza, y aunque Nimphia quiso estar junto a su madre, Aurige fue tajante y la arrastró hacia las riadas de gente que acudían de todos los puntos de Faerie.

Llegó la reina Blanca acompañada de sus sacerdotisas y una cohorte de

albanthios. Seguidamente aparecieron, rodeadas de sus escoltas personales, la reina Zephira con el rostro pálido y cansado, Eriel y otra chica más joven que debía ser Shiza, la hermana menor de Nimphia. Laila notó que su amiga parecía a punto de llorar. Luego las condesas de Nictis y la duquesa Geminia, reina en funciones de Lunarë; Oberón y Árchero con un impresionante cortejo de duendes, y entonces sintió que Aurige se sobresaltaba: con un sencillo vestido púrpura, sin joyas ni ornamentos, la reina Titania estaba allí.

Se colocó junto a Oberón y un murmullo de desagravio recorrió el cortejo de condesas. Titania no hizo ni el más mínimo caso y sin hacer ningún gesto ni apenas moverse, buscó por entre la multitud hasta reconocer a su hija. Entonces las estrellas de sus ojos parecieron brillar.

En ese momento, el aire se llenó de trompetas y los heraldos de Solarë anunciaron la llegada de Hellia. Todo el mundo intensificó sus miradas estirando los cuellos por encima de la muchedumbre de cabezas. Poco después, el carruaje dorado de Hellia tirado por unicornios blancos atravesaba los muros de luz, y los guardianes le abrieron la portezuela de la carroza arrodillándose ante ella. No era la reina de Solarë, pero sus vasallos la trataban como si lo fuese.

Y Hellia bajó los peldaños despacio, con firmeza, y de nuevo un murmullo de desaprobación recorrió las filas de Lunarë. La antigua reina lucía un traje dorado, lleno de diamantes y joyas, con su boa de plumas del que nacían fresas y frambuesas alrededor del cuello. Era la única que no vestía de luto.

Después bajó Cyinder, con un traje que parecía hecho de sangre y los surcos rojos recorriendo su rostro. No había dejado de llorar en ningún momento y su aspecto fatigado daba a entender que se había pasado las horas tratando desesperadamente de convencer a su madre para que desistiese de toda aquella locura.

Los campos de Solandis permanecían mudos, congelados en el tiempo. La que antaño fue soberana de Solarë miró orgullosa al resto de reinas de una en una, con la cabeza muy alta, con una dignidad real que emanaba de todos sus poros, y luego se dio media vuelta enfrentándose a la muchedumbre de İalanthilian.

—Oídmelos —demandó con su voz regia, y si por algún lado hubo algún susurro, se acalló de inmediato—. Quiero que sepáis la verdad...

El rostro de Maeve pareció contraerse de tensión por un sólo segundo.

—Y la verdad es... —siguió Hellia—, que deseo de todo corazón que nadie lllore hoy, ni sienta pena por mí —hizo una pequeña pausa ante la atenta mirada de la muchedumbre—. Hoy es el día que de verdad mi vida tiene sentido.

Se giró de soslayo un momento, un instante apenas perceptible para observar a la reina Maeve, y en sus ojos dorados había un destello de... ¿burla?

—Sé lo que muchos pensáis de mí —continuó su discurso—, y también sé todo lo que está ocurriendo. Por eso quiero que sepáis que no hago esto por vosotros, ni por

Īalanthilīan, ni siquiera por Solarīe... La única verdad es que lo hago por la persona que más amo: mi hija Cyinder, la verdadera reina de los soles.

Cyinder sollozó en medio de los murmullos de la gente. Hellia se volvió hacia ella un segundo y la besó en la frente. Aunque su hija trataba de retenerla a toda costa, se soltó de su mano y sin volver la vista atrás, se alejó con su boa de plumas, sola, hacia la multitud.

Las gentes se apartaron del camino a su paso, un océano arrodillándose ante ella, mientras su silueta se volvía más pequeña y solitaria bajo la luz de los cinco soles que parecían acariciarla. El resplandor les cegó haciendo brotar lágrimas, y su figura se fue disolviendo en la distancia hasta que ya nadie pudo verla. De repente una explosión de luz recorrió cada alma, cada brizna y cada rincón de Solarīe, y un destello surcó los cielos, subiendo hacia arriba cada vez más, hasta situarse junto al sol Nur, y allí brilló eternamente siguiendo la estela del gran Solandis para siempre.

Y justo en ese momento, todo Īalanthilīan miró al cielo a la vez. Quizás muchos nunca supieron por qué. El Viento del Sur detuvo un segundo su lucha titánica contra los tres Señores de los Vientos; el dragón Udronsanthil elevó su cuello hacia las alturas del océano de Acuarīe ante la tumba de su hermano; las grises nubes se retiraron y el sol envió sus primeros rayos sobre la corrompida tierra de Ithirīe... La oscuridad que se abatía lentamente pareció retroceder y muy lejos, en los páramos nevados de Nan-Og, Miranda miró hacia lo alto un instante y sonrió con una sonrisa muy bella, llena de luz.

—Es la hora —dijo por fin.

Primero empezó como un murmullo, y luego fue creciendo cada vez más hasta convertirse en un rugido atronador que hizo que toda la tierra temblase. Los solarīes aplaudían a su reina Hellia y a su nuevo sol, y pronto se unió la inmensa muchedumbre que abarrotaba los campos dorados.

Laila, Aurige y Nimphia se habían acercado ocultas entre la multitud, intentando por todos los medios llegar hasta Cyinder y hacerle una señal, un gesto de consuelo, algo que calmase aquella horrible congoja. Los albanthīos protegían a las reinas y a las princesas de un posible tumulto, pero al final consiguieron acercarse lo suficiente como para poder escuchar sus palabras.

—Patético —exclamaba Geminia sin piedad ante una Cyinder que lloraba arrodillada en el suelo, contemplando un brillante grano de arena en su mano—. Podía haber pedido cualquier cosa: poder, gloria para Solandis, que su gente se volviese inteligente... ¿Y qué ha hecho? Abarrotar el cielo con otro sol más.

—Querida Cyinder —se inclinó Maeve para ayudarla a levantarse, tratando de

hacerse oír por encima de los aplausos que seguían atronando los campos—, tienes que ser fuerte ahora. Tu pueblo todavía no entiende lo que intentas hacer por ellos. Creen que esto ha sido un nuevo espectáculo, pero con mi ayuda...

—Reina de Solarie —interrumpió Titania en ese momento, con una voz tan fría y cortante que hasta la propia Maeve se sobresaltó—. Nunca llegué a entender a tu madre. Siempre pensé que Hellia no era más que una mariposa a la que los vientos arrastraban de un lado a otro, pero hoy...

—¡Titania, nadie te ha dado permiso para hablar! —exclamó Geminia, tan altiva y odiosa que Aurige apretó los puños. Hasta su hija Núctuna a su lado pareció estremecerse—. De hecho, nadie te ha invitado ni se te ha permitido salir de tus aposentos de Nictis.

Titania se giró hacia ella, su rostro como un diamante perfecto.

—Duquesa Geminia —le dijo recalcando su título—. Mientras yo no esté presente te podrás hacer llamar reina, marioneta o bufón, no es de mi incumbencia. Pero delante de mí, jamás te atrevas a faltarme al respeto.

La duquesa pareció quedarse congelada, con las facciones contraídas de furia, y miró a Titania largamente hasta que, de repente, agachó la cabeza casi balbuceante y se arrodilló ante ella. La reina Titania apartó la vista como si sólo se hubiese cruzado con un insecto desagradable y volvió a mirar a Cyinder.

—Nunca vuelvas a permitir que alguien mancille el nombre de tu madre —siguió—, pues lo que ella ha hecho hoy nos debería servir de ejemplo a todas.

Y delante de las miradas atónitas de las reinas se dio media vuelta dirigiéndose a Oberón.

—¿Nos vamos, querido? —le dijo cogiéndole del brazo.

—Por supuesto —contestó él con una reverencia y una sonrisa enorme.

Aurige se tapó la boca para evitar soltar una carcajada al ver las caras de todos y Nimphia la obligó a agacharse mientras Oberón y la reina Titania se alejaban hasta desaparecer.

—¿Qué quiso decir tu madre con lo de que la muerte de Hellia tenía que servir de ejemplo para todas? —preguntó Laila tumbada en su cama de la Universidad.

—No quiero saberlo —respondió Aurige—. Probablemente lo dijo por fastidiar a Maeve y a Geminia, no me extrañaría.

—Pues a mí me pareció sincera —dijo Nimphia con lágrimas en los ojos, mirando el paisaje blanco desde la ventana.

Laila contempló a su amiga con pesar. Desde que habían vuelto de Solarie, estaba muy seria y taciturna. El haber visto a su madre y a sus hermanas, mientras que ella tenía que permanecer lejos y a escondidas, había sido un golpe muy duro.

Y para colmo de males, Cyinder había decidido quedarse en Solandis. No

volvería más a la Universidad, y aunque no estuvieron nunca juntas en Tirennon, el hecho de saber que estaba lejos y sola les llenaba de una tristeza demasiado grande para expresarla con palabras.

—Geminia es una bruja —comentó Laila intentando sacar alguna sonrisa—. Aunque tenga razón con eso de abarrotar el cielo de Solarie con otro sol innecesario. Es una víbora.

—Eso me recuerda que debemos estar preparadas por si viene Núctuna —se incorporó Aurige de la cama volviendo a revisar la Telaraña de la Oscuridad que había colocado en la puerta—. Haremos turnos de vigilancia esta noche. Vendrán. Apuesto mi ala derecha a que no nos harán esperar mucho.

Laila sintió que todos los pelos se le ponían de punta.

—Empezaré yo —dijo Nimphia notando su desasosiego—. Si hay suerte vosotras podréis dormir toda la noche. Yo no tengo sueño.

Las otras asintieron y Laila volvió a sentir pena por ella. Cuando el sol se puso, hizo un pequeño banquete de galletas y pastas, y con un esfuerzo enorme consiguió crear tres brillantes volcanes de lava azul.

—En tu honor —le dijo a Nimphia, que sonrió por primera vez en la tarde.

—No serán venenosos, ¿no? —preguntó Aurige mordisqueando uno con cautela.

—Ojalá te atragantes —se rió ella dando un gran bocado a su pastel. Luego la miró retadora.

Aurige se rió y todas parecieron recobrar los ánimos. Luego se acostaron y durante un buen rato Laila no pudo dejar de pensar en su padre. Llevaban una eternidad separados. Le echaba tanto de menos que le dolía pensar en él. Pero por otro lado, era como si se hubiese acostumbrado definitivamente a vivir en Faerie. Ella era una ithirie y su padre lo entendería. Estaría triste un tiempo pero lo comprendería, estaba segura. Volvió a mirar a la figura de Nimphia recortada contra el ventanal lleno de estrellas y poco a poco se durmió.

Las horas pasaron. Nimphia contemplaba el cielo oscuro, y aunque sus pensamientos viajaban a Airie una y otra vez, sus oídos permanecían alerta controlando el sueño de las otras. Si se concentraba sería capaz de escuchar el vuelo de una mosca tres habitaciones más lejos. De repente la respiración acompasada de una de sus amigas se cortó y ella se volvió alarmada. Aurige se había incorporado en la cama, pero ella no había escuchado ruido de peligro alguno en los pasillos y la miró con la duda pintada en la cara.

—¿Qué ocurre? —susurró muy bajito para no despertar a Laila.

—No sé, Nimphia —respondió la lunarie negando con la cabeza—. No me encuentro bien.

Ella la observó preocupada y se acercó al borde de la cama.

—Es normal —cuchicheó—. Las del gremio de Lunarie son muy buenas...

—No es por el gremio de Lunarïe.

—¿Entonces? —susurró ella después de unos segundos en silencio.

—¡No puedo olvidarme de él! —dijo la otra agarrándola de los hombros con las manos crispadas—. Esto es espantoso. No me había pasado algo así en mi vida, y no puedo permitirlo.

Había subido el tono de voz sin darse cuenta y Laila se agitó inquieta. Sus dos amigas permanecieron en silencio hasta que la respiración volvió a ser tranquila.

—Mi tía me hizo una maldición —siguió Aurige, casi imperceptible—. Ahora lo entiendo.

—No digas eso. Lo que sientes es algo muy bonito, no deberías despreciarlo.

—Es un nemhirie, Nimphia —contestó ella entrecerrando los ojos.

—¿Y qué?

Aurige negó con la cabeza.

—Yo soy lunarïe. Sería como un crimen contra mi madre.

—¿Y eso te preocupa? ¿Desde cuándo tienes en cuenta a tu madre?

—No es eso, es que no sé qué hacer.

—Precisamente Laila sabe de nemhiries más que nadie —siguió la otra—. Ella te podría dar algún consejo.

—No necesito consejos. Lo que quiero es olvidarle.

—Calla... —susurró Nimphia observando la puerta de repente, y luego la miró a los ojos—. Ya vienen.

Los recuerdos de Jack Crow desaparecieron como por arte de magia y Aurige despertó a Laila en medio del silencio más profundo. Ella abrió los ojos llena de pánico y entre susurros la pusieron rápidamente al corriente. No se escuchaba nada, pero si Nimphia había dicho que venían, no podía hacer otra cosa que prepararse. Cuando el pomo de la puerta comenzó a girar, el corazón pareció que se le iba a salir por la boca.

El picaporte llegó hasta el tope y entonces se detuvo. Todas notaron el intento fallido de empujar la puerta y Aurige se rió en voz alta.

—Creíste que iba a ser muy fácil, ¿verdad, idiota? —gritó y el pomo volvió de inmediato a su lugar.

—Tenemos una sorpresa para ti, Aurige —sonó la voz melosa de Núctuna—. No nos hagas perder el tiempo. Abre y sólo meteremos tu asquerosa cara en el regalito que hemos traído de Nan-Tasir en tu honor.

Se escucharon muchas risitas y Nimphia puso cara de horror. Laila iba a preguntar pero de repente se escuchó el golpe brutal de alguien tratando de tirar la puerta abajo y luego un gemido ahogado.

—¡Uy qué daño! —se carcajeó la lunarïe—. ¿Quién ha sido, la estúpida de Nandia? Siempre supe que su cerebro no funcionaba.

La puerta se volvió de color negro y algunas grietas incandescentes aparecieron en su superficie. De inmediato Nimphia envió una ráfaga de viento helado que la devolvió a la normalidad. Tras eso se produjo una pausa silenciosa.

—¿Nimphia? —sonó una voz tras la puerta, y la muchacha se quedó helada—. ¡Qué sorpresa! Me va a encantar ver la cara de mamá cuando sepa que estás desobedeciendo la ley de la reina Maeve.

—Vete, Eriel, no te mezcles en esto —contestó Nimphia alarmada—. Ellas no te quieren, sólo te están usando. Al final se volverán en tu contra.

El pasillo se llenó de risas malignas.

—Eriel sabe que somos sus amigas —dijo Núctuna mientras varias aspas de luz se incrustaban en la madera haciendo saltar astillas—. Nosotras no somos traidoras, ni se nos ha condenado al exilio.

—¡Qué pena! —contestó Aurige reforzando la tela de araña desde dentro—. Traidoras supondría alguna luz de inteligencia en esos cerebros. Pero no sois más que cucarachas.

De nuevo se produjo otro silencio.

—¡Qué buena idea, Aurige! —sonó la voz alegre de Núctuna—. ¿Te acuerdas de quién nos enseñó este truquito? Fuiste tú...

Y entonces comenzó a oírse un murmullo sordo, un eco que crecía como un zumbido de avispas furiosas y Laila miró inquieta a su amiga. Aurige se alzó un palmo del suelo y Nimphia la imitó.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

—Súbete a la cama, Laila —ordenó la lunarie con la cara muy seria.

—¿Por qué?... —empezó balbuceando.

Pero ya no hubo tiempo para más. Por debajo de la puerta empezaban a entrar insectos. Primero pequeñas arañas y gusanos y luego cosas cada vez más grandes hasta convertirse en un río de escarabajos, cucarachas, moscas y un sinnúmero de bichos asquerosos que parecía no acabar nunca. Laila chilló espantada mientras el suelo se inundaba con una marea negra de zumbidos y crujidos que le revolvió el estómago. Nimphia enviaba trombas heladas tratando de detenerlos y Aurige los capturaba con telas de araña. Pero seguían entrando sin cesar, no iban a detenerse hasta invadir la habitación.

—¡Abre la puerta! —gritaba Laila horrorizada, de puntillas sobre el colchón, viendo cómo varios insectos trepaban por las sábanas directamente hacia ella.

—¡Conviértelos en arena! —exclamó Aurige lanzando una nueva salva de telarañas que estaban inundando el suelo de pequeños volcanes palpitantes llenos de zumbidos furiosos.

—¿Tengo que tocarlos? —jadeó ella aplastándose contra la pared—. No puedo...

Aquello era una pesadilla horrible y desde el pasillo les llegaban las risas crueles

y los silbidos incitando a abrir.

—¡Estamos esperando! —gritaba Casiopea—. Auriiiiigeeeee, abre la puertaaaaa.

Muchos bichos habían comenzado a volar y Laila trataba de espantarlos a manotazos, chillando de asco y de miedo. En el suelo, la marabunta se estaba devorando a sí misma. Los asquerosos insectos se abalanzaban unos sobre otros con un hambre desquiciada. Los libros sobre la mesita habían desaparecido en pocos segundos.

—¡Abre, por favor! —suplicó a punto de llorar cuando su cama era ya una manta oscura de escarabajos y cucarachas—. ¡Nos van a comer vivas!

—¡Haz caso a la nemhirie llorona! —gritaba Núctuna en medio de una risotada.

Pero la lunarie seguía luchando contra los millares de insectos que se posaban en sus ropas y en sus cabellos con un murmullo creciente. Las paredes estaban ya negras, repletas de una masa viviente que crujía de forma abominable. Cuando Laila vislumbró la idea de abrir la ventana y arrojar al vacío, se escuchó un golpe sordo proveniente del pasillo seguido de varios gritos ahogados y pasos corriendo. Más golpes y de pronto el silencio. Un silencio desagradable, pues los insectos habían dejado de zumbear todos a la vez y comenzaban a retirarse.

Se marchaban en riadas crepitantes, huyendo y reptando a toda velocidad, aplastándose por la rendija de la puerta con su sonido asqueroso. Fuera ya no se oían risas.

—¿Qué pasa? —susurró Nimphia, temerosa, tratando de escuchar algo en medio de aquel murmullo de marabunta.

—Ni idea —contestó Aurige pisando las últimas arañas sin compasión.

—Por favor, que esto no ocurra nunca más —imploró Laila desde la cama, sin atreverse a dar ni un paso.

Y entonces la puerta estalló. La Telaraña de la Oscuridad brilló un segundo pero después cayó al suelo convertida en un amasijo de hilos humeantes. Laila se encogió pegada al rincón con el corazón palpitándole desbocado. Aurige y Nimphia habían retrocedido junto a ella, impresionadas, y la lunarie hacía girar aspas de luz alrededor de sus dedos.

—Me molesta mucho la mala educación de los jóvenes de hoy en día —dijo una figura en la entrada envuelta en sombras.

Parecía un ser monstruoso, achaparrado y deforme con dos cabezas, pero de repente una de las cabezas echó a volar y dando un gritito agudo se posó en el hombro de Aurige dándole un picotazo cariñoso. Laila y Nimphia la miraron boquiabiertas, pero entonces el ser achaparrado sacó del bolsillo una varita mágica y la hizo destellar en medio de la oscuridad.

—Y además, los bichos me ponen enferma —añadió Violeta.

Tras la sorpresa inicial que les había dejado sin habla, Nimphia salió corriendo al pasillo para comprobar lo ocurrido. Nandia y Casiopea estaban tiradas en el suelo, inconscientes, pero todas las demás parecían haber huido. Un cubo de madera desparramaba un contenido de arenisca blanca y ella lo miró con aprensión. Buscó a su hermana y al no encontrarla, suspiró aliviada.

—¿Estáis bien, no? —preguntaba en ese momento Violeta, agitando su varita para reparar la puerta hecha añicos—. Siento el estropicio, pero tenía que asegurarme de que no os había pasado nada.

—Pero... pero... —Laila no salía del asombro.

—¿Que cómo sabía lo que estaba ocurriendo y por qué llegué en el momento justo? —añadió la shilaya con un guiño—. El Ojo de la Muerte me lo dijo. Tenía que haber llegado antes, pero mis huesos están ya muy viejos para tanto trote.

—A mi tía le voy a decir un par de cosas —dijo Aurige acariciando suavemente las plumas de la arpía, que se había acurrucado como un pajarillo feliz—. Y Monique está muy delgada. No le ha dado de comer correctamente.

Violeta se puso muy seria.

—Me temo que eso va a ser imposible —susurró con voz entrecortada.

Se sentó en una silla pareciendo de repente muy vieja y cansada. Bajó la vista y trató de esconder inútilmente unas lágrimas.

—¿Qué ocurre? —se acercó de inmediato Nimphia.

—Miranda ha muerto —anunció solemne y todas abrieron la boca asombradas.

Se produjo un gran silencio, roto tan sólo por algún gritito de la arpía. Laila miró a sus amigas mientras asimilaba la funesta noticia, y en sus caras leyó la misma incertidumbre.

—¿Cómo que ha muerto? —repitió Aurige, incrédula—. No puede ser. Ella sabe perfectamente cuándo ocurren las cosas...

Violeta asintió despacio y Laila sintió que se perdía tratando de entenderlo.

—Señorita Violeta, ¿ella sabía que iba a morir y no lo evitó? —formuló Nimphia la pregunta asombrosa que les carcomía a todas.

—Ya os lo dijo en Sīdhe —asintió ella llorando de nuevo—. Yo no quise creerla, pero me obligó a acompañarla porque ya no veía nada más que sombras. Esperó hasta que se cumplió la señal y entonces...

Un gemido ahogado le impidió continuar y se tapó la boca con un pañuelito bordado.

—¿Qué señal? —preguntó Aurige, todavía confundida.

—El último sol de Solarie —respondió ella—. Esa era la señal y yo no lo sabía. No pude impedirlo porque dejé a mis estrellas abandonadas en mi torre.

Sollozó amargamente y durante un buen rato ninguna dijo nada. La anciana respiró tratando de serenarse.

—Tenemos que marcharnos —dijo de repente poniéndose en pie—. He venido a buscaros porque me temo que el Ojo os necesitará. No sé de nadie más que pueda ayudarla.

—¿El Ojo? —se sorprendió la lunarie con la cara muy seria.

—¿Pero no ha dicho que Miranda ha muerto? —dijo Laila llena de asombro.

—Mi amiga está muerta, sí, pero el Ojo no —y apretó los labios pareciendo que no quería decir nada más.

—¿Ha dicho «ayudarla»? —preguntó Nimphia.

—Sí, a ella, al Ojo de la Muerte.

Todas permanecieron en silencio. Fuera la noche empezaba a clarear, pero no eran más que tenues colores cambiantes en el bordado de estrellas. Violeta miró por la ventana y pareció calcular el tiempo.

—Debemos irnos ya —insistió con firmeza—. Habremos salido de Tirennon sin que nadie nos vea, pero atravesaremos Nan-Og durante el día. Así no habrá peligro.

—Mire, con todos esos enigmas que usted no quiere contarnos no vamos a ir a ningún sitio —Aurige se cruzó de brazos—. ¿Por qué tendríamos que acompañarla así, por las buenas? Mi tía ha muerto. Yo creo que su deber es informar a mi madre, y que sea ella quien celebre su funeral y se encargue del Ojo, que dicho sea de paso, es el tesoro sagrado de Lunarie por si no lo recuerda.

Violeta la miró con una intensidad sobrecogedora.

—Eso conlleva ahora un pequeño problema —susurró bajando la vista al suelo—. No quería decir nada hasta que estuviésemos allí, pero ahora mismo todo se ha vuelto muy complicado. Miranda era mi mejor amiga, yo la quería más que a nadie, pero su venganza ha sido terriblemente malvada.

—¿Su venganza? —se sorprendió Laila.

—Sí, ella lo planeó. Sabía exactamente cómo y cuándo iban a ocurrir las cosas, y decidió morir cuando tuvo todos los cabos atados.

—¿Y contra quién quiso vengarse? —preguntó Nimphia.

Ella guardó silencio un momento. Parecía resistirse a contarle y miró a Aurige, que permanecía en su decisión de no moverse del cuarto.

—Contra Titania —susurró por fin—. Por todo lo que le hizo. Por la locura que sufrió toda su vida y la amargura que la consumió durante milenios, mientras Fahon se pudría en la Torre de Cálime sin que nadie levantase un dedo... En realidad Miranda se ha vengado de todos nosotros.

Todas la miraban atónitas y Laila sintió frío. El sentimiento de algo terrible la invadió, pero no lograba comprender los hilos que se movían en la distancia.

—¿Pero qué ha hecho? —preguntó Nimphia, asustada.

—¿Sabéis? Yo intento comprenderlo —susurró Violeta—, intento averiguar hasta dónde llegaba su mente, pero ella veía el futuro. Mucho más allá de lo que podemos

imaginar, y al final sólo vio sombras. Sombras que crecían hasta dominarlo todo.

La habitación parecía cargada de electricidad estática.

—¿Con eso se está refiriendo a los tenebrii? —preguntó Aurige con la boca seca.

—No lo sé. Quiero pensar que al final no quiso tomar parte y prefirió morir antes que someterse a la boda con el rey de Throagaär, pero su última elección tiene consecuencias muy graves. Quizás sea lo que lo desencadene todo...

—¡Pero cuál! —se exasperó Aurige—. ¿Qué elección hizo mi tía?

—Una elección muy grave, no quiero creer que quiso ensañarse con ella —seguía la otra pérdida en sus propios pensamientos, negando con la cabeza una y otra vez—. No, no ha podido condenar a la muchacha a vivir esa existencia. Además, esperó al sexto sol y eso será lo único que nos salve si la reina de Solarie se da cuenta a tiempo...

—¿Pero qué pasa con Cyinder? —inquirió Nimphia de pronto muy asustada—. ¿Miranda la eligió a ella? ¿Esa fue su elección?

—No, no, ella no.

—¡Entonces! —exigió Aurige, crispada.

Violeta tragó saliva y sus labios temblaron cuando susurró:

—Le ha dado el poder del Ojo de la Muerte a Nïa, la hija de Ethera.

10

Nïa

La nieve caía sin cesar formando una cortina densa de copos por entre los que apenas se veía nada. El manto de nubes entristecía el paisaje y lo llenaba de sombras grises sin dejar pasar los rayos de sol. Laila conocía el frío extremo de Benthú, un frío cortante que no se podía comparar con aquellas enormes planicies desconocidas del Reino Blanco. Aquí parecía que danzasen pequeñas plumas cálidas o flores diminutas que apenas molestaban. Pero por dentro, el hielo en el alma era muchísimo peor que todo el Norte de Airïe reunido a la vez.

Seguía el surco dejado por Violeta en la nieve sin sentir ya los pies, calados por el agua y la humedad. Tras ella, Aurige y Nymphia continuaban la marcha sin decir una palabra.

Abandonaron Tirennon al alba. Aurige propuso viajar en el Mustang pero Violeta se negó. No se subiría a un cacharro como ese y además, las limnias, unas hadas misteriosas que las cobijarían, no estaban en ningún sitio concreto. Serían ellas las que saldrían a su encuentro cuando lo creyesen oportuno.

Los ojos de Nymphia brillaron de emoción. Limnias. No había oído hablar de ellas más que en leyendas y apenas pudo revelarles ningún dato. Vivían en la nieve. Se decían que estaban hechas de nieve... Violeta frunció el ceño.

—Bobadas —gruñó iniciando la marcha.

La arpía se acurrucó en su hombro y la anciana agitó su varita haciendo aparecer abrigos, guantes y botas de piel. Luego abandonaron la Universidad con mil precauciones y pronto dejaron atrás los muros blancos de Tirennon.

Bajaron por la pendiente que partía desde las puertas de la ciudad; un sendero triste que descendía iluminado con farolitos empañados por los primeros jirones de niebla. Las luces las acompañaron un trecho pero más abajo, el resto del camino se perdía de golpe en el mar de nubes que venía hacia ellas. Una niebla capaz de devorarlo todo, de tragárselas y olvidarlas en la memoria para siempre. Cuando Laila se dio media vuelta para contemplar el altivo castillo de Tirennon, ya había desaparecido de la vista.

Durante un rato siguió con los ojos la figura de la shilaya, que iluminaba la niebla con su varita mágica, pero sus pensamientos volvían una y otra vez al momento en que ella habló de Nïa por primera vez.

La hija de Ethera...

La sorpresa había sido enorme y durante unos segundos miró a la anciana como quien ve a un extraterrestre, pero no había ni la sombra de que aquello pudiese ser

una broma.

La hija de Ethera.

De repente existía un mundo paralelo al de Laila que ella jamás habría imaginado: que su madre hubiese tenido otra hija, una ithirïe de verdad. Violeta no había dicho «tu hermana» ni «la hija de tu madre». Sino como si fuese otra cosa que a ella no le tocaba en lo más mínimo. Un abismo de diferencia. Ella era la nemhirie; la otra, Nïa, era «la hija de Ethera».

Y además, había escuchado antes su nombre. Hizo un esfuerzo enorme por acordarse bajo aquel manto que fundía la tierra con el cielo.

Había sido Miranda —recordó—. Le había cogido de las manos pareciendo que se volvía de cristal. «*Mis ojos te quieren* —le había dicho—, *pero querrán más a Nïa. Algún día se lo tendrás que agradecer.*»

Agradecerle... ¿qué? ¿Que era una especie de hermana desconocida? ¿Que su madre se había buscado otra hija para olvidarse de ella?

Necesitó verla de inmediato. Sin duda era la chica ithirïe que percibió unos segundos en el Reina Katrina, y los rostros silenciosos de sus amigas así se lo confirmaron cuando expresó sus dudas en voz alta.

¿Y desde cuándo existía ella? Hija de Ethera, pero... ¿también de Sean Winter? No. Su padre fue abandonado y olvidado. Fin de la historia.

Los pensamientos se estaban volviendo cada vez más negros y el corazón le latía trabajosamente. Violeta no les había contado mucho más. Nïa estaba a salvo por ahora, escondida con las limnias, que habían aceptado protegerla hasta que viniesen a por ella. Porque Nïa iba a necesitarlas.

Laila apretó los puños sin darse cuenta. ¿Y por qué no venía Ethera a buscarla? ¿No era su hija? Pues que se ocupase de ella, o que se quedase con las limnias esas, perdida en la nieve.

El camino en pendiente se terminaba y ahora las nubes blancas cubrían el cielo por completo. Frente a ellas, bajo la niebla, se abría un paisaje nevado y gris lleno de jirones serpenteantes. La tristeza parecía calar como la humedad, mojando sus cabellos, dejando una sensación de vacío que no conseguía calentar. Estaba nevando, pero lo mismo podían caer rayos que acabasen con todo.

Nimphia le puso una mano en el hombro. Parecía que le hubiese leído el pensamiento y Laila tragó saliva mirando al frente. La figura de Violeta aparecía y desaparecía a intervalos por entre las cortinas de copos y ella aceleró el paso. Una rama enterrada la hizo trastabillar y los dedos se le entumecieron en cuanto tocó la nieve.

—Necesito descansar —exclamó en voz alta, en verdad más enfadada que cansada.

Violeta se dio media vuelta y la miró con ojos compasivos.

—No deberíamos detenernos —susurró—. Todavía nos queda mucho camino por recorrer antes de que el sol se ponga.

—¿Pero no ha dicho que no sabe dónde están las limnias? —protestó Aurige—. ¿Cómo es que todavía nos queda mucho camino si no sabe a dónde nos lleva?

—Probablemente ya nos estén siguiendo —dijo la anciana sin dejar de escudriñar el paisaje a su alrededor.

Todas se la quedaron mirando como si fuese un bicho raro, incapaces de participar en aquella conversación delirante.

—¿Nos siguen? —repuso Nymphia observando los árboles y la superficie de un río congelado que brillaba con tonos celestes—. ¿Las estamos buscando y ellas nos siguen sin darse a conocer?

—Sí. Aparecerán cuando ellas quieran. Hasta entonces no nos queda más remedio que seguir caminando.

—Pues entonces nos quedamos aquí —resolvió Aurige plantándose de brazos cruzados—. No tiene sentido agotarnos bajo la nieve si ellas nos están viendo y pueden aparecer cuando les dé la gana.

Violeta contempló la extensa planicie que dejaban atrás. Las colinas se perdían en la niebla y más arriba, la capa densa de nubes se agitaba como un océano puesto del revés. Tomó con cuidado a la pequeña arpía aterida en su hombro y con gran delicadeza la depositó en un bolsillo del abrigo. Monique apenas protestó.

—Todavía no podemos descansar. Estamos demasiado cerca de Tirennon.

—Los albanthios no están tan locos como para seguirnos por estos parajes —siguió Aurige en sus trece.

—Sí lo están —la contradijo Violeta—, pero no son los albanthios los que me preocupan. Son los ghüls.

Laila sintió un escalofrío de terror al oír aquello. Ghüls. Bestias hienas que las perseguían por todo Faerie desde que ella pisó Solarie por primera vez. Se quedó mirando a Violeta como si fuese una estatua, mientras la nieve se posaba implacable en sus hombros y en la capucha de piel. Nymphia había dado un paso atrás con los ojos como platos y la boca abierta.

—¡Está loca! —la acusó la lunarie—. ¡Nos trae a este desierto a buscar a unas chifladas que saben que estamos aquí y de repente, sorpresa, sorpresa, hay bestias que podrían matarnos!

—Las limnias son así —suspiró la anciana expulsando vaho—. Hasta que no estén seguras de confiar en nosotras, no vendrán.

—¿Y qué necesitan para esa confianza? ¿Varias dentelladas? ¿Alguna de nosotras muerta?

Violeta agachó la cabeza y siguió adelante. Laila se arrebujó junto a Nymphia mirando temerosa a todos lados. Ahora le parecía escuchar sonidos misteriosos a cada

paso y la sensación de miles de ojos espiándolas desde la nieve. Su amiga de Airïe se giraba inquieta a cada momento. Creía escuchar susurros, ecos de risas en la ventisca, pero no lograba llegar a ninguna conclusión.

Siguieron caminando lo que pareció una eternidad. Ya no se distinguía nada y podrían estar dando vueltas en círculos perfectamente. Los pensamientos nefastos volvían, pero ahora teñidos de miedo, y cada paso que daban hundiendo las botas en la nieve era como luchar contra un gigante que les impedía avanzar.

Al rato la tormenta amainó y se encontraron en medio de un paisaje blanco infinito. Los árboles que rodeaban un lago helado parecían de cristal, vigilantes silenciosos que las observaban. Una cadena de montañas se insinuaba a una distancia imposible de calcular y tras ellas, unos misteriosos destellos surgían a cada rato, como cuando se vislumbraba la cortina boreal en los polos.

—¿Qué es aquello? —preguntó Laila con curiosidad cuando por fin se detuvieron para comer algunos bizcochos duros.

—Bueno, sólo son leyendas —contestó Violeta dándole migas a Monique, que había sacado la cabeza por el bolsillo y las picoteaba sin mucho afán—. Esas montañas son Nan-Tasir, el límite de... bueno, de estos páramos. Antigualmente se creía que allí dormía el sol de...

Guardó silencio. Laila quería que continuase porque de repente había tenido una sensación extraña. ¿El sol de qué? Casi se le había movido la boca a ella sola, a punto de pronunciar las palabras. El sol de... ¿Firïe? ¿Eso era lo que Violeta había estado a punto de decir? No. Imposible. Firïe ya no existía. Había desaparecido pero a su mente volvieron las palabras de la profesora Inthia: «A nosotras. Al pueblo de Firïe».

Contempló la vasta llanura cubierta de nieve ante sus ojos y las lejanas montañas destellantes.

—Ahora es un desierto de salitre y azufre —seguía Violeta—. Hay cuevas, minas enteras de sal donde se refugian los seres más extraños. Cristales gigantescos, tan transparentes que sólo se pueden ver cuando estás justo al lado. El sol reverbera en la superficie y los cristales de sal brillan como diamantes. Esos son los reflejos que vemos desde aquí.

—Parece que has estado allí —insinuó Aurige.

—Te aseguro que no —replicó ella—. Sólo repito lo que me han contado.

—Me encantaría poder verlo —dijo Nymphia, soñadora—, pero jamás me acercaría a unas minas de sal.

Violeta asintió. Terminó de dar de comer a la arpía y luego se puso en pie con gesto decidido. De mala gana la imitaron. Laila sentía las piernas entumecidas de frío pero por otro lado tampoco quedaban opciones. El paisaje de nieve las rodeaba por todos lados, y después de lo que la shilaya había dicho sobre los ghüls, mejor no permanecer mucho tiempo en el mismo sitio.

Siguieron avanzando otro trecho interminable lleno de dunas de nieve, bordeando el lago helado por donde antiguos riachuelos congelados desembocaban en su pulida superficie. Las montañas de Nan-Tasir seguían igual de lejanas. Por mucho que caminasen hacia ellas, parecía que jugaban escapando inalcanzables.

—El sol empieza a caer —les anunció de repente la anciana, que se había detenido a inspeccionar el horizonte.

—¿Cómo puede saber eso? —preguntó Laila castañeteando de frío—. Sólo hay niebla y nubes.

—Yo soy la Magistra del Invierno —repuso ella con orgullo—. Sé cómo funcionan estas cosas y más en este sitio. Hay que darse prisa.

—¡Mirad! —exclamó Nimphia, atenta al más mínimo cambio que pudiese ocurrir a su alrededor.

Al principio Laila no sabía a qué se refería su amiga. Los árboles de cristal seguían allí, la superficie del lago no se había roto dejando paso a algún tentáculo monstruoso... Nimphia señalaba a la nieve y ella la miró con atención. Las sombras de los pinos se alargaban bajo el supuesto ocaso pero nada más. Además, ahora que lo pensaba, no había sol suficiente para formar sombras en el suelo. Y era muy raro porque todas las sombras apuntaban a ellas, como radios oscuros hacia el centro de una circunferencia. Incluso las que debían estar ocultas tras los troncos más alejados, las miraban a ellas. Sombras equivocadas que se giraban en su dirección mientras se movían, y lo peor era que las veía alargarse a simple vista.

—¡Corred! —chilló Violeta, y fue como una orden imposible de desobedecer.

Aurige arrastró a Laila hacia las alturas tratando de volar pero la nieve comenzó a caer de nuevo, esta vez con más intensidad, como si el paisaje entero y el Reino Blanco se negasen a dejarlas escapar.

—¡Nimphia, intenta salir de la tormenta! —gritó Aurige—. ¡A ver si ves algo!

La otra obedeció de inmediato, luchando contra una tromba que se recrudecía por segundos. Después de un vuelo dislocado cayó al suelo intentando mantener el equilibrio.

—Hay algo delante —jadeó poniéndose en pie a toda prisa—. Me ha parecido ver caras...

—Pues también hay algo detrás —se horrorizó Laila advirtiendo figuras grisáceas que parecían salir de entre los árboles sin parar.

El aire se llenó de aullidos.

—Dios mío... —susurró paralizada con la mano en la boca, incapaz de moverse.

Porque hacia ellas venía algo espantoso. Y no sólo uno, ni dos... Las nubes se volvían plomizas y negras a toda velocidad, y la penumbra se estaba convirtiendo en una jauría oscura de cuchillas y dientes. Nimphia tiró de su hombro y la sacó de golpe de aquella inmovilidad terrorífica. Y ella corrió. Corrió con toda la fuerza de su alma

sin mirar atrás, con el sonido de las zarpas y las dentelladas en los oídos hasta creer que se le escapaba el corazón por la boca, hasta que sus pies se negaron a dar un paso más.

A su lado Violeta renqueaba fatigosamente con una mano apretada sobre el pecho. La anciana jadeaba y sudaba enlenteciendo la marcha, pero no se detenía y aquellos huesos cansados parecían estar a punto de romperse. De repente ya no pudo más y cayó de bruces en la nieve.

—¡Seguid adelante! —les instó con ojos aterrados—. ¡No os paréis!

—¡De eso nada! —gritó Laila revolviéndose llena de furia.

Las aspas negras de Aurige volaban hacia atrás atravesando la cortina de nieve, pero aquella marea enloquecida seguía avanzando sin señal de detenerse. Laila tiró de Violeta arrastrándola a duras penas mientras los ghüls se acercaban por todos lados, intentando cortarles el paso.

—¡Dejadme aquí! —exclamó la anciana.

—¡Un poco más, están ahí delante! —gritó Nimphia ayudando a Laila a duras penas.

La muchacha desvió la mirada un segundo hacia donde indicaba su amiga y sintió un nuevo sobresalto.

Caras. Caras a lo lejos, perdidas en la nieve, que las miraban de manera terrible. En ese momento por el rabillo del ojo vio un destello. Violeta trataba de ponerse en pie y sacó su varita mágica, que brillaba con un potente rayo de luz. Las hienas seguían acercándose, algunas a cuatro patas y otras caminando como humanos, entrechocando los dientes.

La anciana movió la varita en un círculo y de repente una bola negra salió disparada hacia adelante, arrasándolo todo. La bola hizo explosión en medio de aquellos ojos amarillentos y los ghüls aullaron locos de rabia. Trozos de carne chamuscada caían por todos lados pero ellos siguieron su avance, pisoteando los cuerpos caídos.

Las tres contemplaron impresionadas a la shilaya, que de nuevo dirigía una salva de esferas negras hacia las bestias, provocando una verdadera carnicería.

—¡Marchaos! —les gritó a las tres—. Sé combatir. Corred hacia las caras y si hay suerte...

Pero Laila leyó en sus ojos que dudaba de miedo. Los ghüls se habían detenido un momento como si calculasen mejor la jugada ante aquella anciana tan poderosa. Alrededor de ellos, nuevas sombras afiladas comenzaban a levantarse del suelo. Los había a cientos, quizás miles.

—Son demasiados... nunca imaginé que había tantos...

—¡Pero qué son! —exclamó Nimphia obligándola a seguir con un tirón del brazo.

La shilaya protestó pero entre Laila y ella la arrastraron por la nieve hacia

aquellas figuras fantasmales que parecían reírse a lo lejos. Aurige lanzaba sus aspas sin parar y por un momento se preparó para invocar una Luna Negra.

—¡No hay tiempo! —le gritó Violeta—. Yo te enseñaré, pero ahora... ¡corre!

La lunarie no se hizo de rogar. Dio media vuelta y voló tras ellas. Los monstruos ganaban terreno y no paraban de llegar más, formando un océano negro de aullidos y dientes. Y al frente, aquellas caras. Corriendo a trompicones apenas pudieron comprobar que se trataba de estatuas gigantescas. Caras de piedra con ojos tenebrosos. Estaban a punto de llegar y Laila sentía las lágrimas calientes rodar por sus mejillas.

Y entonces las vio.

Limnias.

Estaban allí al pie de las estatuas, quietas como fantasmas despiadados. Hadas blancas cubiertas de capas y pieles, mirándolas impasibles mientras ellas corrían al borde de la vida y la muerte.

—¡Ayuda! —gritó desesperada.

Pero aquellas hadas no se movieron. Entre las ráfagas de nieve podía ver sus rostros blancos, aguardando. Ni siquiera pestañeaban. Aquello la llenó de furia y sacó fuerzas de donde no sabía que existiesen, tirando de Violeta que estaba a punto de desmayarse. Al borde de la extenuación cruzaron bajo las rocas gigantescas y ella se tiró sobre la nieve pensando que no le importaba ya morir allí mismo.

Tras ellas, la marea de ghüls se había detenido y muchos lanzaban aullidos en la noche cerrada, mirando con odio y rencor a las hadas bajo las estatuas. Nimphia jadeaba ayudando a la shilaya caída a los pies de aquellas misteriosas limnias que ni siquiera las miraban. Permanecían quietas con los ojos puestos en los monstruos hiena.

De repente un ghül se abalanzó a la carrera y con un rugido de muerte dio un salto en el límite de las grandes estatuas. La noche se llenó de silbidos de flechas y el ser cayó al suelo lanzando un gemido lastimero. Los otros parecieron observar detenidamente el campo de astas clavadas en la nieve que ahora les separaba de sus enemigas. Muchos rechinaron los colmillos de sierra prometiendo mil venganzas. Poco a poco se fueron dispersando, fundiéndose en la oscuridad hasta que sólo quedó el paisaje vacío y desolado bajo las nubes.

Entonces las limnias recobraron la movilidad y una de ellas se acercó a la mortecina Violeta y la cubrió de abrigos. Monique apareció un segundo en las pieles del bolsillo y volvió a resguardarse piando bajito. Dos limnias cogieron a la shilaya en brazos y todas se dieron media vuelta con claras intenciones de marcharse sin pronunciar palabra.

—¡Eh! —les gritó Aurige consumida de rabia—. ¿Esto es todo? ¿Estas son las maravillosas limnias? Ni las acuaries son tan despreciables.

Nimphia le dio un codazo cuando una de ellas se detuvo.

«Venid» —resonó una voz de cristal dentro de sus cabezas.

Se miraron indecisas pero la situación no dejaba más alternativas. Tras las estatuas de piedra la nieve seguía cayendo incesante pero donde se encontraban ellas, el cielo se abría claro y estrellado. Incluso se veía una luna blanca preciosa. Sin saber qué pensar siguieron a la comitiva de extrañas y silenciosas hadas a través del manto resplandeciente de nieve.

No pasó mucho tiempo antes de que avistasen las primeras antorchas. Y de repente una muralla helada surgió de entre los jirones de neblina, allí mismo, tan real y sólida que parecía que hubiese venido a buscarlas. Tras ella se apreciaban fuegos de campamento y viviendas toscas alrededor de un templete de cristal.

Las tres amigas lo contemplaban todo con enorme curiosidad. Multitud de hadas blancas se congregaban alrededor de los fuegos en un silencio sepulcral. Todas se levantaban a su paso sin pronunciar palabra, mirándolas fijamente. Laila sentía que se ponía nerviosa bajo aquellas miradas.

Las condujeron a una tienda de mayores dimensiones decorada con pieles y cabezas de lobos. Al calor de una pequeña hoguera, un hada enfundada en esas mismas pieles de sus enemigos se sentaba con el rostro oculto bajo una capucha. Nadie pronunció una palabra y cuando depositaron el cuerpo de Violeta en el suelo, la anciana shilaya pareció recobrar el conocimiento y suspiró con fatiga.

La misteriosa limnia las miraba bajo el embozo y extendió su brazo, señalándolas.

—Sí, sí —confirmó Violeta intentando incorporarse—. Son ellas.

—Cierto, somos nosotras —contestó Aurige con descaro—. ¿Y ahora, qué?

Laila se había sobresaltado, pero las palabras de la lunarie le habían dado ganas de reír. Aurige era capaz de destrozar cualquier momento solemne. Sin embargo el hada no se inmutó ni movió sus labios.

—Ya —respondió Violeta al aire—. Sí, ellas se ocuparán.

Y luego frunció el ceño en una especie de conversación muda.

—¿Por qué no habla ella? —susurró Nimphia.

—No puede —contestó la anciana volviendo la cabeza con cansancio.

Y para demostrarlo, el hada se bajó la capucha lentamente. Todas se quedaron atónitas. Su cara, su cuello, toda su piel bajo las vestiduras estaba llena de runas de hierro que refulgían con las llamas de la hoguera. Laila se sintió estremecer y lo mismo les pasaba a Aurige y a Nimphia, que la miraban boquiabiertas. En los ojos de la lunarie había un brillo de admiración.

—Todas las limnias llevan la marca de algún castigo —les explicó Violeta, que empezaba a entrar en calor y acariciaba a la arpía aterida en sus manos—. No puedo contaros mucho más. Miranda me trajo aquí y ellas respetaron su decisión.

—Yo podría haber sido una limnia —susurró Aurige con ojos brillantes.

—Sí, pero fuiste una shilaya, así que cállate —le gruñó Nimphia en voz baja y la otra puso mala cara.

Violeta permaneció en silencio unos segundos, quizás recordando a su amiga, o quizás manteniendo aquella conversación privada con la que parecía ser la jefa de todas las hadas blancas.

—El Pueblo de la Niebla no os puede ayudar más —suspiró por fin—. Langella dice que debéis sacar el Ojo de la Muerte de sus dominios, sobre todo después de lo que ha ocurrido esta noche —tragó saliva al recordarlo—. Dice que las sombras se extienden. No podrán frenar el avance de los ghüls. Su número crece.

—¿Ella está aquí? —tembló Laila mirando a su alrededor.

La limnia asintió despacio y señaló hacia el exterior.

—Tenéis que ayudarla —suplicó Violeta—. Nunca he visto a tantos de ellos. Debe ser por el regreso de Ithirïe.

—¿A qué se refiere? —se sobresaltó Laila.

La jefa de las hadas miró a Violeta fijamente. Ella asintió llena de cansancio y se volvió a la chica.

—Dice que sois los responsables. Por haber vuelto. El último peldaño de vuestra maldición.

«Los ghüls fueron un regalo» —sonó de repente la voz de Langella y ellas se quedaron rígidas—. «El regalo del Pueblo de las Sombras al reino de Firïe. Los guardianes que se despertarían en caso de que cualquier ithirïe consiguiese traspasar las puertas de İalanthilïan otra vez».

Laila se quedó petrificada en medio del silencio. Miles de imágenes volvían a su cabeza. Desde el verano en la cueva de los tesoros de las Coleccionistas, el Caldero de las Arpías, la Torre de Cálime, en Lunarïe... Bestias hiena que la perseguían sin descanso. Nimphia había dicho una vez que jamás habían visto tales seres antes... No podía ser. Ella no podía ser la culpable de aquello.

—Los albanthïos los invocan —negó Nimphia cogiendo a su amiga de la mano—. No es culpa de los ithirïes. Son monstruos asesinos que la reina Maeve permite...

«No» —la voz de cristal sonó muy fuerte, casi violenta—. «Son los guardianes de İalanthilïan, los protectores. Firïe los invoca».

—¿Está diciendo que los albanthïos son firïes? —susurró Aurige con los ojos muy abiertos.

La limnia hizo un gesto y extendió sus brazos en abanico, queriendo abarcarlo todo. Absolutamente todo. Laila sintió que el mundo se le volvía del revés.

—El Reino Blanco es Firïe —susurró Nimphia despacio las palabras que a ella se le habían cortado en la garganta.

Y de repente todo encajaba tal y como había temido. Con una precisión rayando en el absurdo. Nan-Tasïr, donde nacía... el sol de Firïe. El último reino de Faerie que

desapareció... Sí, desapareció pero siempre había estado allí. El reino más poderoso de todos. Maeve era la reina de reinas. Tirennon era la capital de...

«Tir-Nan-Og» —interrumpió la limnia sus pensamientos, observándola fijamente con ojos brillantes—. «El verdadero nombre degeneró a lo largo de los siglos, cuando se perdió la memoria en el tiempo. Y ahora nos hallamos en Nan-Og, las llanuras de fuego».

Ninguna podía hablar, ni siquiera moverse. Aquello era como un mazazo gigantesco descargado sin piedad. Laila miró a Violeta pero la anciana cerraba fuertemente los ojos.

—¿Cuándo ibas a contarnos esto, shilaya? —susurró Aurige con voz tenebrosa.

«Ella no se acordaba antes de llegar junto a nosotras» —susurró Langella—. «Nadie se acuerda ya excepto el Pueblo de la Niebla. La Piedra nos consume poco a poco, se alimenta de nosotros, de nuestros recuerdos, para mantener vivos los últimos resquicios de Firie. Por ella somos sólo el reflejo de lo que una vez fuimos».

—La Piedra... —repitió Nimphia con la cara desencajada, incapaz de asimilar todo lo que su mente escuchaba.

«La última Piedra de Firie» —dijo la voz—, «la única que queda».

Laila miró su medallón como en un sueño. La limnia se equivocaba. Sólo había cinco piedras bajo el agua, no seis. Cinco círculos bajo la serpiente ondulada y el sol único encima. Y entonces lo comprendió de golpe apretando el medallón con los dedos. No era el sol. Era la última Piedra de Firie fuera del océano de Acuarie. Fahon se lo había dejado grabado y aquello siempre había estado allí, desde el momento en que sacó el colgante de la fuente de sal. Sintió tambalearse de vértigo. La cabeza se le llenaba de preguntas caóticas embotándola, dejándola sin aliento.

«El Ojo debe salir de aquí» —dijo Langella entonces—. «Nan-Og ya no es seguro, y no es nuestra responsabilidad».

Violeta hizo ademán de ponerse en pie con claras intenciones de cumplir los deseos de la limnia, pero Laila no quería moverse de allí. No hasta que todas sus preguntas quedasen resueltas. La cara del hada era una máscara de sombras a la luz de las llamas, y todas sus runas brillaban como si se riesen de aquello que la carcomía.

Siguió mirando a Langella mientras Nimphia ayudaba a Violeta. La limnia centró su mirada en el fuego y no volvió a oír su voz. La shilaya la cogió del brazo y la arrastró fuera de la tienda. El frío de la noche le cortó la cara. Al frente, el palacete de cristal reflejaba las estrellas y brillaba como si la iluminasen mil faros.

Violeta les conducía directamente hacia la entrada y Laila volvió a sentir su corazón palpitando a mil por hora. El Ojo de la Muerte estaba allí. Pero ya no era Miranda, sino Nïa.

Nïa.

La hija de Ethera.

Y de repente entendió la venganza de la hermana de Titania: todo el poder de Lunarïe, su tesoro más sagrado, era ahora una ithirïe. Una ithirïe igual que Fahon, a quien Titania prohibió casarse con Miranda.

La reina de Lunarïe no quiso que un ithirïe quebrantase sus planes de poder ni mancillase su linaje real. Ahora tenía que tragárselo por narices. Casi podía escuchar la risa cascada bajo aquellas vendas mugrientas.

Miró a Aurige de soslayo y por su cara comprendió que su amiga había llegado a esa conclusión mucho antes. Las dudas se arremolinaban en su mente sin saber qué hacer. ¿Qué iba a pasar ahora? No podía llegar y decirle: «Hola, hermana, ¿qué tal va todo?» Y de repente no quiso conocerla. No quería. Iba a trastocar su mundo entero. Ella nunca había tenido hermanas, ni la necesidad de cuidarlas ni de preocuparse por nadie más que por sí misma.

«No es nuestra responsabilidad» —le dijo la voz de Langella cuando pisaba los primeros escalones de cristal.

Ella quiso gritar que tampoco era la suya, sino de Ethera. Nïa era la «hija de Ethera», la ithirïe que debería haber cargado con la responsabilidad de abrir la puerta de Solarïe, la que hubiese despertado a los ghüls en lugar de ella. La que tuviese una vida de vacíos y sombras que se desmoronaba por segundos. Pero no. Era ella, Laila Pelomoco que no tenía alas, la que era mitad humana, quien debía cargar con todo. Notaba que estaba a punto de llorar con un nudo terrible apretándole la garganta.

Las puertas de aquella catedral de cristal parecían venírseles encima y dentro, rodeada de miles de velas, una figura frágil se mecía acurrucada en el centro de aquel círculo de luz con la cabeza metida entre las piernas. Los cabellos verdosos le colgaban ocultándole el rostro y parecía murmurar algo una y otra vez.

—Nïa —susurró Violeta despacio, con dulzura, acercándose a ella por entre las cascadas de velas que iluminaban la sala ahuyentando las sombras.

La chica levantó la cara al oír su voz. Unas vendas le cubrían los ojos.

—¿Mamá? —su voz sonó confusa y llena de miedo, como una niña preguntando desde lo alto de una escalera a oscuras.

—Tranquila, cielo —ella le acarició la cara—. Han venido unas amigas que te quieren mucho. Ellas te van a llevar con tu madre...

—¡No! —gritó Nïa de repente revolviéndose como un gato, luchando a manotazos y arrastrándose por el suelo mientras su cara se crispaba horrorizada.

Algunas velas cayeron apagándose en el acto y todas las llamas bailaron como si un viento extraño las hubiese movido.

—¡Quiero ir a casa! —aulló gateando sobre las velas hasta chocar con la pared de cristal. Entonces se puso a llorar sin consuelo, con las manos sobre las vendas.

Laila sintió de repente una gran pena y se acercó a ella despacio. Violeta la

observaba sin decir una palabra.

Se agachó frente a Nïa y le rozó una mano.

—Nïa —susurró tragando saliva y sintiéndose muy incómoda, con los ojos de Aurige y de Nymphia puestos en ella.

La chica pareció serenarse al oír su voz y levantó una mano rozando sus abrigos hasta llegar a su cara.

—Llévame a casa —le suplicó desde la oscuridad de las vendas.

Laila asintió apartándole los cabellos del rostro.

—Sí. Ya es hora de enfrentarnos con Ethera...

—¡No! —gritó ella asiéndose a su mano con un terror imposible—. ¡A casa!

Y señaló a Aurige que la contemplaba asombrada. Laila se quedó muda, sin saber qué decir.

—Ella es el Ojo de la Muerte —susurró Violeta notando lágrimas en sus ojos cansados, acordándose quizás de su amiga Miranda—. Quiere volver a Lunarïe.

Arañas y serpientes

Laila contemplaba las interminables llanuras de Nan-Og brillando cegadoras ante sus ojos cansados. Apenas había logrado dormir el resto de aquella noche, porque a pesar de envolverse en las pieles que les habían cedido las limnias, el frío interior se le había metido en los huesos como veneno helado.

Ahora, sentada en las escalinatas del templo de cristal, miraba la nieve sin verla. El paisaje blanco se extendía hacia lo lejos, igual que una pintura de navidad, hasta fundirse con el horizonte. Sus pensamientos volaban mucho más allá de aquellas montañas nevadas. Algún día tenía que agradecer que Miranda hubiese elegido a Nïa —aquella frase la perseguía sin cesar—, pero ella no se sentía capaz de agradecer nada. Ser el Ojo de la Muerte debía ser terrible, vivir en aquella perpetua niebla del tiempo hasta acabar igual que la hermana de Titania era un destino que no podía desearle a nadie, pero ¿por qué ella lo tenía que agradecer?

—Tú podrías haber sido el Ojo de la Muerte —la sobresaltó Violeta llegando a su lado envuelta en una manta de pieles.

Ella se giró hacia la shilaya. Su rostro todavía mostraba signos de cansancio pero parecía liberada, como si se hubiese desprendido de una carga que no podía soportar. Claro, la carga se la estaba pasando a ella.

Volvió a mirar la nieve mientras el campamento de limnias comenzaba a mostrar signos de actividad. Las hadas recogían utensilios y extendían pieles para secarlas de la humedad de la noche. Algunas cepillaban y daban de comer a una manada de caballos blancos que relinchaban soltando riadas de vaho.

Violeta se sentó junto a ella y contempló el horizonte inmaculado.

—Miranda quería a una ithirïe para terminar sus planes. Aquel día en Sïdhe tú estuviste a punto de cumplir sus deseos.

—¿Y por qué no lo hizo? —preguntó ella sintiendo un deje de intranquilidad.

—No lo sé. Quizás porque eres amiga de su sobrina, pero lo dudo mucho porque Miranda aborrecía todo lo que tuviese relación con Titania —se volvió hacia la muchacha—. Es algo más profundo. A veces me pregunto de quién quería vengarse ella en realidad...

Laila suspiró.

—¿Y ahora qué hacemos, Violeta? Qué hago con... con... —no le salía su nombre.

—La hija de Ethera quiere ir a Lunarïe —susurró ella con dulzura—. Lo lógico sería devolvérsela a su madre pero el Ojo de la Muerte arrastra a todos a su voluntad. A mí me arrastró hasta aquí.

—¿Por qué decís todos «Ethera» o «la hija de Ethera» como si fuesen personas

que no tienen relación conmigo, ni yo soy nada para ellas? —expresó por fin la pregunta que le quemaba las entrañas—. Yo soy ithirïe como ella. ¿Acaso no soy hija de Ethera para vosotras?

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó Violeta a su vez—. Tú eres su hija, eso nadie lo puede negar, ¿pero es lo único que deseas? Yo creo que no, jovencita. Eres como tu amiga, la reina de Solarïe. No se da cuenta de lo que quiere de verdad.

—Pues dímelo tú —exclamó Laila odiando aquella conversación que nunca aclaraba nada—. ¿Qué es lo que quiero de verdad?

—Que te acepten así, con tu sangre ithirïe, pero sin renunciar a tu lado nemhirie. Hasta que no te quieras a ti misma de esa forma, los demás...

Negó despacio con la cabeza.

—Pero tengo que elegir. No se puede vivir así, me está destrozando.

—Por favor, deja las pamplinas de frases grandilocuentes —la shilaya le guiñó un ojo—. ¿Cómo que no se puede vivir así? ¿Y qué has hecho hasta ahora?

Laila quería gritarle que lo que había hecho hasta ahora era sufrir, vivir apartada de todos, rechazada, y deseaba compadecerse de sí misma. Solo que aquella maldita shilaya no le dejaba. Se tocó los cabellos verdosos instintivamente.

—Mira este pequeño truco de shilayas —sonrió Violeta, que había sacado su varita mágica del bolsillo.

La agitó y en su mano apareció un espejo de plata.

—Ahora cierra los ojos y desea de verdad cómo te gustaría ser. Cuando los abras, verás esa imagen en el espejo.

Laila tomó el espejo atenta a la cara de Violeta por si aquello era una broma. Luego miró la imagen que el reflejo le devolvía: aquellos pelos de los que todos se reían, esas odiosas cascadas de mocos, culpables de todo lo que le ocurría. Ella era ithirïe, pero sin esos cabellos, por favor. Cerró los ojos con decisión y trató de imaginarse a sí misma. ¿Rubia como Cyinder, o tal vez pelirroja como Sandy Madison? A Daniel le caía en gracia Sandy... Sí, una melena dorada con tonos rojizos, que brillase llamando la atención de todo el mundo. Se vio con claridad sonriendo, queriéndose a sí misma por fin, y abrió los ojos.

Los cabellos verdes relucían como nunca en el espejo y ella se sintió decepcionada y engañada.

—Divertido, ¿eh? —rió Violeta.

—Es una estupidez. Es un espejo normal y corriente.

—De eso nada. Mira, te voy a enseñar cómo era yo cuando era joven.

Y le quitó el espejo de las manos. Junto a la cabeza de Laila, una bella muchacha de sedosos cabellos negros sonreía con picardía. Laila se volvió hacia la anciana con su tocado plateado, llena de asombro.

—Lo que hace la edad, ¿verdad? —le volvió a guiñar.

—¿Tú eres lunarie? —la sorpresa de Laila no tenía límites.

—¿Crees acaso que a Miranda le hubiesen permitido cualquier otro tipo de amistad? —respondió la otra con una nota de pesar.

—Lo increíble es que permitiesen a mi tía tener amistades con shilayas, por muy lunarie que tú fueses —las sobresaltó Aurige llegando desde atrás.

Laila se levantó contenta de tener a sus amigas allí. La conversación con Violeta estaba resultando demasiado profunda y el maldito espejo, si de verdad era mágico, le había devuelto una imagen que desde luego no estaba dispuesta a aceptar.

—Entonces no puedo mantener una amistad con la princesa de Lunarie, ¿no? —se incorporó Violeta sonriendo con cinismo—, no quieres que una shilaya te enseñe a combatir, ¿verdad?

—Podría hacer una excepción —contestó Aurige, que recordaba perfectamente el enfrentamiento de la anciana contra la marabunta de bestias hiena.

Violeta se rió y tosió un poquito con el aire frío de la mañana.

—Pues cuando el Ojo de la Muerte esté a salvo, buscadme.

—¿Usted no viene con nosotras? —Nimphia se había quedado un poco decepcionada.

—No —la anciana movió la cabeza—. Estos viejos huesos no dan más de sí. Langella me ha pedido que viva con ellas un tiempo y eso me hace sentir joven otra vez. Como cuando cuidaba de mis niñas, mis aprendices de hadas madrinas. Aunque ya no puedo ver el futuro, algún consejo de anciana siempre les vendrá bien.

—¿Las limnias a qué se dedican exactamente? —preguntó la airie con curiosidad, observando cómo limpiaban sus extraños caballos blancos. Con un grito de emoción descubrió que se trataba de unicornios que relinchaban inquietos pateando el suelo.

—Son guerreras. Combaten la tiranía de Maeve pero como ya habéis descubierto, sus runas de castigo les limitan mucho. Yo las voy a ayudar.

Laila las observó con una pizca de admiración. Aurige tenía los ojos brillantes y ella comprendió al momento que su amiga deseaba quedarse allí sobre todas las cosas.

—¿Y cómo nos vamos a Lunarie desde aquí? —preguntó la morena por fin con cara de pocos amigos—. El Mustang está aparcado en la Universidad y dudo que podamos volver a salvo a Tirennon a través de Nan-Og.

—No hay problema con eso —respondió Violeta sacando la varita mágica—. Haré un portal a Nictis...

—Yo no me muevo sin mi coche —advirtió Aurige cruzando los brazos—. Y además Nictis no es buena idea. Es mejor ir a Blackowls, y no pienso cruzar el bosque a pie.

—¿Es que no puedes dar tu brazo a torcer? —se desesperó Nimphia—. Violeta nos envía al castillo de Oberón y punto. ¿No ves que con la hermana de Laila volver

a Tirennon es un suicidio?

Laila miró a Nimphia sorprendida. Era la primera vez que alguien decía «la hermana de Laila» y de repente se dio cuenta de que sus dos amigas ya daban aquello por hecho, y además, con una naturalidad asombrosa. Violeta sonrió un poquito.

—Voy a preparar a Nïa —les dijo caminando hacia el interior del palacete—, pero os aconsejo el medio más rápido y seguro. Cruzar los bosques de Blackowls me parece una locura, tal y como están las cosas.

Las tres se miraron comprendiendo lo que quería decir. Si la noche en el Reino Blanco había resultado una pesadilla horrible, la oscuridad perpetua de Lunarïe no les iba a poner las cosas fáciles precisamente.

Tras unos momentos, Violeta apareció trayendo a Nïa de la mano. La chica ithirïe se arrebujaba en su capa de pieles con los ojos vendados y Laila volvió a sentir un cosquilleo. No decía nada, pero parecía verlas perfectamente tras las vendas.

—Nïa —susurró Violeta acariciando su cara—, vas a ir a casa. Tu... tu amiga Laila te va a acompañar con Aurige y Nimphia, y todas te quieren mucho, ¿verdad?

Las miró a las tres con ojos fulminantes y todas asintieron de inmediato.

—Y se van a ir ahora mismo y sin más discusiones, ¿verdad otra vez?

De nuevo asintieron, Aurige a la fuerza y con los labios apretados.

—¿Qué le digo a mi madre sobre Miranda? —preguntó.

Violeta cerró los ojos. Pensar en su amiga todavía le dolía demasiado.

—Dile que Miranda la perdonó al final. Ella pareció romperse delante de mis ojos como si fuese un cristal, y sus últimas palabras fueron para Titania.

—¿Qué palabras?

—No te gustaría saberlas —contestó la shilaya.

—Pero entonces, eso de que la perdonó no es verdad —repuso Aurige.

—¿Y qué? A las lunarïes no nos cuesta mentir. Además —acabó en un susurro—, creo que en el fondo no sería mentira.

Todas permanecieron en silencio. El aire de la mañana volvía a ser despacible y algunos copos bailaron en la brisa. Violeta agitó su varita mágica y un portal del color de la noche brilló lleno de estrellas delante de ella.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Laila tragando saliva.

—Mis caprichosas estrellas se enfadaron conmigo y se quedaron en mi torre de Sïdhe —contestó la shilaya componiendo una sonrisa—, así que no lo puedo asegurar, pero tengo el presentimiento de que ese día no anda lejos.

Nimphia le dio un beso con lágrimas en los ojos. Laila miró a Nïa que, de repente, le tendió la mano para que se la cogiera. Ella se sobresaltó. Muy despacio rozó sus dedos y por un momento pensó que sentiría un calambrazo, pero la mano de la chica era cálida, quizás aterida por el frío, pero sin rastro de dureza.

Se internaron las dos en la cortina de la noche seguidas de Nimphia.

—Iré a por mi coche —gruñó Aurige lanzándole a Violeta una última mirada retadora antes de desaparecer, y la shilaya no pudo por menos que soltar una sonora carcajada.

Y de pronto el aire se llenó de griterío y risas de festejos. La blancura radiante de Nan-Og aún les quemaba en las retinas, pero la penumbra fue imponiéndose lentamente mientras la ciudad amurallada parecía crecer a su alrededor.

Las antorchas y pendones colgaban de las grandes piedras igual que un gigantesco coliseo, y el olor a humanidad que entraba y salía a través del rastrillo oxidado les golpeó igual que una bofetada.

Carretas de bueyes cargadas de heno y fardos cruzando por en medio de la riada de gente, los puestos de comerciantes pregonando a gritos sus maravillosas mercancías... Blackowls no había cambiado nada desde aquella noche a principios de verano y Laila sintió una tremenda nostalgia.

A su lado, Nïa le apretó la mano con un estremecimiento de terror al notar los golpes y los empujones de aquella marea viviente. Ella la miró todavía desconcertada. Tan joven que casi parecía una niña, con los largos cabellos verdosos iguales a los suyos. No sabía qué decirle. Ni siquiera creía que tuviese que decirle algo.

Atravesaron las murallas en dirección al castillo. Las hogueras de gente danzando y las tabernas abiertas parecían no terminar nunca. Aurige encaminaba la marcha con el rostro fruncido. En Solarïe su madre se fue con Oberón del brazo y seguro que no volvió a Nictis, pero la reina Titania debía estar desquiciada de tanto jaleo y tanta fiesta.

De repente Nïa cogió la mano de la lunarïe como si fuese una garra de acero.

—Espera —le dijo tajante y Aurige la observó con curiosidad.

Todas se detuvieron junto a un pozo en medio de la plazoleta, indecisas, mirando a su alrededor, pero apenas se distinguían más que borrachines y hadas bailando en corros. Así estuvieron casi cinco minutos.

—¿Pero qué ocurre? —se desesperó la lunarïe con la mano de la chica ithirïe sujetándola con firmeza.

—Ahora —contestó Nïa soltándose y haciendo ademán de seguir adelante.

Aurige miró a Laila con cara de pocos amigos pero ella sólo pudo levantar los hombros. Cruzaron los grandes portalones sin darse cuenta de que un hombre vestido de negro se había quedado muy sorprendido al descubrirlas. Acababa de salir de una de las tabernas y si ellas no se hubiesen detenido en la plaza, jamás las habría visto.

Los festejos seguían en el interior del castillo, pero ya no eran como antes. La decoración se había vuelto más oscura y sobria, y además no parecía que los concursos animaran el ambiente, ni que el propio rey de los duendes deleitase a sus vasallos con canciones picantes o rondas de alcohol inagotables.

Varios duendes correteaban de aquí para allá y la antesala estaba abarrotada de invitados y comensales, pero nada de música ni griterío escandaloso, como si todo el mundo mantuviese una calma expectante. De hecho, Blackowls comenzaba a parecerse a Nictis, y cuando llegaron al salón de recepciones con Oberón y Titania sentados al fondo en sus respectivos tronos, no parecía que ambos reyes estuviesen muy contentos. De hecho, tenía toda la pinta de que acababan de discutir.

Los caballeros humanos y los duendes entre los que estaba el propio Árchero murmuraban en las mesas con aspecto abatido. El hombre de negro se sentó entre ellos con disimulo.

—Te repito, querida, que Árchero todavía es muy joven para casarse —decía Oberón con tono de fastidio—. Apenas ha robado un par de bebés humanos...

Titania levantó la cabeza con hastío y sus ojos tropezaron de golpe con Aurige.

—Esto es exactamente lo que me faltaba —comentó con aire ausente.

—¿Planeando la boda de Árchero sin contar con él, mamá? —contestó Aurige en voz alta, acercándose—. ¿Y con quién, conmigo tal vez?

Árchero la saludó con la mano y una sonrisa cómplice.

Titania iba a responder pero entonces se incorporó ante el asombro de Oberón como si hubiese recibido un calambrazo, y las miró a todas tratando de descubrir el misterio de aquella sensación que la inundaba en oleadas. Sus ojos buscaban abiertos como platos y aunque veía a la chica ithirïe de la mano de Laila, era incapaz de pensar con coherencia.

—¿Dónde está! —exigió. Su voz helada creó ecos en la sala.

El castillo entero pareció quedarse congelado en un silencio abrumador.

—Aquí, mamá —contestó Aurige con cinismo. Cogió a Nïa de la mano y avanzó hacia ella—. Con todo el cariño de tu hermana Miranda.

La reina Titania pareció convertirse en una estatua de sal, con los ojos clavados en la niña ithirïe de las vendas, y sus labios perfectos se abrieron en una mueca de horror tan grande que Laila sintió pena por ella por una vez en su vida.

—No... —susurró tambaleándose, a punto de desmayarse.

De repente Nïa se soltó de la mano de Aurige y corrió hacia ella, abrazándola. La reina Titania no podía articular palabra y toda su figura se había puesto rígida al contacto con la muchacha. Aquello era como un sacrilegio. Nadie abrazaba a la reina de Lunarïe si ella no quería. Hasta Aurige se había quedado aturdida, y fue el propio Oberón el que se levantó y amablemente separó a la chica con palabras agradables, tratando de caldear aquel ambiente helado.

—¿Y quién es esta preciosa jovencita? —le dijo con una enorme sonrisa—. Tan guapa como una princesita de los bosques.

—Sí —dijo Nïa con una sonrisa luminosa—. Soy la princesa de Eirdain y mi madre es la reina.

Titania se sentó en su trono despacio, con la vista fija en los cabellos verdes.

—Pero... pero cómo...

—Parece que Miranda no estaba de acuerdo con el destino que elegiste para ella, mamá. ¿Qué raro, no? —seguía Aurige lo más cortante posible.

—Dime que es una broma —susurró ella. Parecía a punto de llorar, pero eso era imposible en la reina de Lunarë.

—Pues aún hay más —replicó la morena—. Laila tiene la prueba de la traición del reino de Acuarë sobre los ithirës. Miranda se podría haber casado con Fahon perfectamente si a ellos no se les hubiese acusado injustamente.

—Qué sabes tú de... —empezó la reina, pero al volver a mirar a Nïa enmudeció y cerró los ojos con pesar.

Laila se había puesto pálida. No esperaba que su amiga revelase todo aquello ante Titania y le había pillado desprevenida. Por un momento pensó en decir que era mentira. Que ella no tenía ninguna prueba de nada y guardar el secreto. En lugar de eso, sacó el medallón y se lo mostró tal y como siempre debería haber sido.

—Eso no prueba nada —murmuró Titania con el rostro macilento—. Cualquiera podría haber grabado...

—¡No le importa! —chilló Nïa de repente con la cara descompuesta de terror, abrazándose a Oberón tan intensamente que el rey de los duendes creyó que se ahogaba—. ¡No le importará! No, no, no....

Y empezó a gemir y a llorar ante el asombro de todos como si estuviera loca. Titania tragó saliva. Ya fuese por un instinto desconocido, o porque de repente vivía la misma situación por segunda vez, acarició la cara de la niña con una dulzura que hizo que Aurige crispase las manos sin darse cuenta.

—Sí me importa —le susurró—. Claro que me importa... Siempre la quise, lo sabes ¿verdad?

Su rostro reflejaba la angustia y por un momento toda aquella dureza congelada se suavizó cuando Nïa asintió entre lágrimas.

—¡No! —chilló otra vez, perdida en aquella nebulosa horrible—. ¡No quiero, no quiero! Mamá, por favor, no...

Entonces dejó de hablar como si se hubiese quedado muda de golpe, y todas sintieron unos ojos aterrorizados clavándoseles en las mentes.

—No quiero pasar por esto otra vez —gimió Titania, desolada, mirando suplicante a Oberón—. Dime que esto no va a ocurrir, por favor.

—Mamá... —empezó Aurige con dureza.

Y de repente Laila sintió de nuevo la espalda cargada de avispas furiosas. Como un millón de voltios quemándole la piel. Se giró asustada hacia las grandes puertas por donde parecía entrar una niebla fría. Todos los invitados seguían absortos en la escena y sólo ella se daba cuenta de que algo estaba viniendo. Le hizo una señal a

Nimphia pero en ese momento Nïa empezó a aullar, desquiciada.

Titania se puso en pie mirando en la misma dirección que Laila y todo el mundo se volvió a la vez. Una figura caminaba sombría hacia ellos. Avanzaba despacio, como si presumiera de dominio. Sus cabellos verdes flotaban con el movimiento sinuoso de las serpientes y toda ella desprendía un halo palpable de poder. El corazón de Laila latía desbocado viendo acercarse a su madre, la reina de Ithirïe.

—Rey Oberón, reina Titania —se inclinó y saludó con las primeras palabras que Laila oía de su boca—. Asistí a vuestras bodas, pero sólo era una niña —pareció recordar con añoranza—. Creo que fue divertido.

La reina Titania tragó saliva y compuso un rostro duro como el diamante.

—Reina Ethera de Ithirïe —respondió al cabo de unos segundos—, por protocolo os doy la bienvenida a Lunarïe. No esperaba el honor de vuestra visita y mis doncellas no han tenido tiempo de preparar vuestros aposentos adecuadamente.

—No importa —sonrió Ethera, tan amable que resultaba inquietante—, sólo he venido a agradeceros la gentileza de haber encontrado y protegido a mi hija. Se había perdido y sentí un gran temor al saber el peligro que podía correr mi heredera en este mundo cruel.

Laila tragó saliva. Su madre ni siquiera la miraba. «Estoy aquí» —deseaba gritar, y Nimphia le apretaba la mano con fuerza, intentando transmitirle valor.

—Ha sido un placer darle cobijo —sonrió Titania, y de repente se volvió hacia Laila con un brillo en los ojos—. Adiós nemhirie, recuerda que siempre serás bienvenida en Lunarïe.

Se produjo un silencio espantoso, casi irreal. Laila miraba a Titania con los ojos muy abiertos, atónita ante sus palabras.

—Me temo que no me he explicado bien —carraspeó Ethera echando un vistazo rápido a Laila y luego la ignoró—. Mi única hija es la que se halla junto a vos, y espero que no haya sufrido ningún percance —añadió con una nota de amenaza al reparar en las vendas de sus ojos.

—Oh, claro, ha sido un malentendido —contestó Titania—. Como dijisteis «vuestra heredera», supuse que os referíais a vuestra primogénita.

La atmósfera no podía ser más helada y cargada de electricidad. Alrededor de Ethera pareció arremolinarse un viento frío que enseguida se apaciguó.

—Bien, no deseo interrumpir más vuestras obligaciones. Nïa y yo no deseamos causar más molestias y...

—¡No! —gritó la chica escondiéndose tras las faldas de Titania—. ¡No, no, no!

—¿Nïa? —Ethera se quedó tan sorprendida ante aquella reacción que pareció sobresaltarse con sinceridad—. ¿Qué ocurre, cariño?

Se acercó unos pasos hacia la niña y ella aulló de miedo arrastrándose contra la pared.

—¡Qué habéis hecho! —exigió a ambos reyes con los ojos cargados de furia.

—Me temo que es imposible que... Nïa... —dijo Titania con esfuerzo, abrazando a la chica contra ella—, abandone Lunarïe en estos momentos.

—Reina Araña, os exijo una explicación para este desatino —seguía Ethera boquiabierta—. Los reyes de Lunarïe no pueden retener a mi hija en contra de mi voluntad y la suya.

—Nadie la retiene en contra de su voluntad —intercedió Oberón pacificador.

La reina Ethera los miraba como si estuviese rodeada de chiflados y avanzó con decisión hacia su hija.

—¡NO! —gritó Nïa y de repente el suelo a su alrededor se llenó de serpientes que se levantaron enfrentándose a Ethera.

Sus cabezas siseaban moviéndose de un lado a otro en una danza hipnótica. Las tres amigas contemplaban la escena con el asombro y el terror reflejado en sus caras. A pesar de que las palabras de Ethera se le habían clavado como cuchillos en el corazón, Laila no comprendía qué estaba ocurriendo en verdad, ni por qué Nïa se resistía de aquella forma a volver con su madre.

—Reina Serpiente —dijo Titania—, no os podemos explicar lo sucedido, pero por el bien de vuestra hija y como podéis observar, lo más adecuado para ella es permanecer aquí. Sin embargo, os ofrezco una alianza entre nuestros reinos...

—Basta —siseó Ethera. Con un gesto de la mano las serpientes se convirtieron en tierra sucia—. ¿Por qué lleva vendas mi hija, y por qué se comporta así? ¿Acaso la habéis envenenado con mentiras perversas?

Nadie contestó.

—¡No le importa! ¡No le importará! —gritó Nïa de repente, y volvió a su mundo de tinieblas.

Ethera la contempló en silencio. Los segundos se volvieron eternos.

—Recuerdo a una anciana lunarïe que sabía leer en el tiempo y me dijo exactamente lo mismo —musitó arrastrando las palabras—. Yo conocía su cara pero no sabía de qué, y ahora que mi memoria vuelve, recuerdo también que la princesa Miranda se volvió loca...

A su cabeza regresaron las palabras de aquella vieja demente susurradas en mitad de la noche, hacía tanto tiempo que casi las había olvidado: *Y será tu sangre la que pague por él. Después, por esta llave, yo misma tomaré tu otra sangre y el ciclo se completará, pues nada veo más allá de las sombras...*

Titania se había atragantado pero Ethera la miraba ahora con un brillo en los ojos. Nadie sabía la verdad en aquella sala. Nadie imaginaba que ella misma fue la que había sellado aquel pacto con Miranda años atrás. Sus rasgos cambiaron volviéndose crueles.

—¡Qué habéis hecho! ¡Vosotros sois los responsables de esto! —les gritó y la luz

en sus ojos fue terrible—. ¡Habéis condenado a mi hija a algo peor que la muerte!

Extendió las manos y una neblina verdosa invadió el salón, reptando sobre las losas de piedra. Muchos invitados huyeron pero la mayoría se subió a las mesas, aterrados, intentando no rozar aquella marea pestilente.

—Iba a dejar Lunarïe para el final, pero ahora... —susurró Ethera con los ojos convertidos en rendijas.

—Ahora no va a ocurrir nada —contestó Titania uniendo sus manos. El brillo de la noche destellaba entre sus dedos—. Este malentendido se puede resolver de una forma satisfactoria para ambos reinos.

El viento de tormenta ululaba dentro del enorme salón y todas las piedras temblaban al borde de un terremoto. En medio de todo, Nïa aullaba y lloraba sin parar.

—¡Madre! —gritó Laila de repente, sin saber de dónde había sacado aquella fuerza y la decisión de dirigirle la palabra.

Ethera se quedó rígida con las manos crispadas y se giró lentamente sin dar crédito a lo que aquella nemhirie se había atrevido a exclamar. La sala entera se volvió hacia ella, incapaces siquiera de respirar. Laila se arrancó el medallón del cuello de un tirón violento.

—¡Fue Acuarïe! —le dijo, mostrándole el colgante de plata—. Nadie más tiene la culpa de lo que os pasó. De lo que nos pasó...

La reina de Ithirïe la miró a los ojos.

—Ya no me importa quién fue —dijo sentenciando cada palabra. Luego se volvió a Titania—. Sea pues. Vosotros lo habéis querido. Consolidaré mi reino por encima de todo Īalanthilian y no habrá pacto alguno que...

De repente guardó silencio contemplando la figura acurrucada de Nïa. La chica comenzó a gemir temblando de miedo.

—Sí que hubo un pacto una vez, ¿no es cierto, reina Araña? —la voz de Ethera sonaba sorprendida y animada a la vez—. Un pacto oscuro.

Titania negó exageradamente y Nïa gritó de terror.

—De esa gran equivocación me he dado cuenta hace muy poco, y si tuviese la facultad de cambiar el pasado, lo corregiría sin dudarlo...

—No lo vamos a cambiar —sonrió Ethera—. De hecho, lo voy a cumplir. Mi hija será la reina más terrible y poderosa que jamás habréis soñado.

—¡No te atrevas! —jadeó Titania protegiendo a la chica como si fuese un escudo.

—Ella lo sabe —señaló Ethera a su hija—. Sabe que va a ser cierto y lo teme, pero no se opone. Si no, ya hubiese cambiado el curso de la historia. ¡Pero sabe que será la mayor gloria de Ithirïe, y os aplastará como merecéis! —los miró a ambos, que permanecían aterrados—. Oh sí, reyes de Lunarïe, gracias por cuidar de Nïa. Ahora puedo marcharme tranquila porque sé que su futuro está escrito en las estrellas

de vuestro cielo.

Miró a Laila un segundo y pareció suspirar. Entonces desapareció en medio de aquella neblina serpenteante y durante un segundo eterno la gran sala de recepciones del castillo permaneció congelada en un silencio sepulcral. Nïa empezó a llorar otra vez y Titania se derrumbó sobre el trono.

—Hay que impedir esto como sea.

—¿Qué va a pasar, mamá? —exigió Aurige resolver las dudas que las corroían a todas, aquella especie de misterio interminable.

Titania se apretó la frente con la mano.

—La reina Serpiente va a... —cerró los ojos con fuerza—, ella... no va a dudar en ofrecer la mano de esta pobre niña al rey tenebrii de Throagaär.

Nïa pareció volverse una furia de gritos y aullidos. Trataba de escapar dando manotazos pero Oberón la sujetó con fuerza, sin perder en ningún momento la delicadeza y la ternura que hubiese dedicado a su propia hija.

—Yo no puedo creer esto —negó Laila, aterrada—. Mi madre no va a hacerlo. Es su hija.

—Sí va a hacerlo —la contradijo la reina—, y no hay luz en Lunarïe para mantener a Nïa apartada de las sombras.

El silencio se volvió denso y frío. Laila contemplaba a la reina Titania como si estuviese en presencia de una loca. Su madre no podía hacerle eso a su propia hija, y afirmar que era capaz de semejante crueldad era un insulto.

—Solarïe —dijo Aurige de repente, uniéndose a aquella sinrazón—. La llevaremos a Solandis. Cyinder podrá protegerla, además la reina Hellia pidió un sol más. Es como una señal...

—No es suficiente —Titania levantó la vista mostrando lágrimas en los ojos.

Todos se quedaron asombrados. Nadie la había visto llorar jamás. Laila sintió que su mundo se venía abajo. Titania estaba diciendo la verdad y el recuerdo de lo que hubiese podido ocurrirle a Miranda la dominaba. Para ella, la chica ithirïe no era Nïa, era Miranda otra vez, y no iba a cometer el mismo error ni dejar que ocurriese aquel destino nefasto. Tragó saliva y miró su medallón sintiendo una avalancha de emociones.

—¿Y las Piedras de Firïe? —dijo con un hilo de voz—. ¿Serían suficiente?

La reina la miró en aquella nebulosa, y luego a su hija y a Nimphia. Se puso en pie despacio y permaneció en silencio una eternidad, como si calculase complicadas jugadas en un ajedrez cósmico.

—Sí —afirmó por fin—. Sí que lo serían. El poder de destrucción de las Piedras podría mantener alejados a los tenebrii. Tenemos que impedir esa alianza a toda costa, porque si no, serán imparables.

—Pues iremos a por ellas —anunció Aurige con decisión—. Volveremos a

Acuarïe y las traeremos.

Laila sentía un nudo en la garganta. Un último resquicio se negaba a aceptar que lo que Titania decía fuese cierto. Su madre, los ithirïes, todo lo que siempre había creído se destruía en pedazos por segundos. Solo que ella misma lo había visto con sus propios ojos.

—¿Los ithirïes serían imparables? —musitó—. Yo no puedo ir en contra de mi propia gente. De verdad, no puedo.

—No, no se trata de los ithirïes —respondió la reina—. Si esa boda se celebra, nadie podrá detener a las sombras.

—Pues tú no te quedaste corta con respecto a Miranda, mamá —la acusó Aurige—. ¿Acaso no sabías lo que podría pasar?

—Claro que sí —replicó Titania. Su mirada volvía a ser fría como el cristal—. Pero yo no le iba a abrir las puertas de İlanthilïan al rey de Throagaär. Ethera sí lo va a hacer, para destruirnos a todos.

Laila tragó saliva mirando a Nïa, que se había acurrucado como un gatito en brazos del rey de los duendes.

—Si es cierto que las Piedras están en Acuarïe, debéis ir a buscarlas sin más tardanza y sin que Tritia se entere de vuestro propósito —dijo la reina cavilando lentamente, como si atase cabos oscuros—. Podría negarlo todo y esconder las Piedras fuera de vuestro alcance. Tenéis que llegar a Cantáride de un modo u otro.

—¿Y cómo? —preguntó Nimphia—. No se puede entrar allí.

—Hay una forma —susurró Titania mirándolas a las tres a la vez—. Pero me temo que no os va a gustar.

12

Un plan lógico

—Efectivamente, no me gusta nada todo esto —replicó Aurige negando otra vez con la cabeza—. Las posibilidades de llegar a Acuarïe de esta manera son descabelladas.

La reina Titania intentaba mantener la paciencia a duras penas. Habían despedido a todos los invitados y ahora se encontraban ellas tres y Árchero en los aposentos privados de la reina en Blackowls. El griterío eterno sonaba como ruido de fondo y Laila no sabía si la ira de la reina se debía a la oposición de su hija, o al perpetuo bullicio capaz de desquiciar al más santo.

—¿Cuántas veces he de decir que tiene que parecer casual? —repitió Titania.

—Claro, y es muy casual que Árchero se plante en Solarïe pidiendo la mano de Cyinder justo ahora. Es lo más casual del mundo.

Titania levantó las manos como invocando a algún dios que enviase un rayo a su hija allí mismo. Oberón, que hubiese podido convencer a Aurige con zalamerías y halagos, se había retirado alegando que iba a buscarle unas habitaciones dignas a Nïa, pero todos sabían que evitaba por cualquier medio participar en las tramas complicadas que Titania tejía una y otra vez.

—A mí no me importa sacrificarme —intervino Árchero con una sonrisa pícara y angelical a la vez—. Por el bien de Lunarïe, por supuesto.

Aurige lo fulminó con la mirada.

—Solarïe está de luto —dijo Nimphia—. Estaría fuera de lugar una proposición de matrimonio en estas circunstancias.

—¿Ves? Alguien con cabeza —agradeció la lunarïe.

Titania negó.

—Ahora entiendo por qué mi hija es incapaz de ver más allá de sus narices —dijo con voz afilada y Nimphia se puso roja como un tomate—. Con la llegada de Ethera y del reino Ithirïe, todo el mundo entendería que los reinos formasen alianzas entre sí y cuanto antes mejor. Es de lógica que Lunarïe busque aliados sin importarnos el luto de Solarïe, que de hecho y en otras circunstancias, no nos importaría en absoluto. Y nuestro plan ha de ser, sobre todo, lógico.

—Yo entiendo vuestra lógica perfectamente —afirmó Árchero, galante como de costumbre—. Sois muy sabia, majestad.

—¡Pero Cyinder se va a negar! —exclamó Aurige al borde del colapso.

—¡Y eso qué importa! —gritó la reina, perdida ya la compostura, y Laila estuvo a punto de echarse a reír ante la discusión de madre e hija, cada una tratando de imponer su voluntad en aquella especie de combate de boxeo—. ¿No te das cuenta de que tenemos que engañar a todo el mundo? Absolutamente a todos.

—Calmaos, bellezas —soltó el príncipe con descaro y ya ni Laila ni Nimphia pudieron aguantar más, bufando de risa—. Mi padre y yo podemos conseguir que cualquier doncella desee fervientemente someterse a tal sacrificio.

—No lo dudo —gruñó Aurige en voz baja.

La reina Titania suspiró profundamente.

—Empecemos otra vez.

—De verdad que tu madre es retorcida —dijo Nimphia dando una patada a una piedra del patio, delante del rastrillo de la muralla.

—La mente criminal más grande del planeta —parafraseó Laila una de sus películas favoritas, pero sus dos amigas la miraron llenas de asombro.

—Bueno, tampoco es para tanto —dudó Aurige algo molesta—. Inteligente sí, criminal no.

Laila estuvo a punto de echarse a reír pero se controló a tiempo. Lex Luthor debía ser un pobre pardillo en comparación con la reina de Lunarë.

Se habían marchado del castillo para estar un rato a solas. Tanto plan detallado al extremo las estaba poniendo nerviosas y respirar aire fresco les vendría bien. A su alrededor, las grandes hogueras, los gritos de fiestas y ventas de mercancías parecían no acabar nunca, pero a pesar del jaleo todas se sentían mucho mejor allí.

—No hago otra cosa que darle vueltas al plan —siguió Nimphia—. Oberón y Árchero piden la mano de Cyinder, y en ese momento tu madre aparece y forma la grande. Y con la discusión de los dos, anulan la voluntad de Cyinder, que no entenderá qué está ocurriendo, hasta que ella se vea obligada a casarse para que nadie se enfade con Solarë...

—Correcto —asintió Aurige.

—Entonces Cyinder nos invita a su boda, lógicamente, y allí nos atrapan los albanthios para que Tritia pueda exigir el juicio y así nos colamos en Acuarë.

—Retorcido, pero infalible —añadió Laila.

—Pues no me gusta.

—¿Y eso?

—Porque de resultas, Cyinder se casa, lo cual favorece a Titania para unir Solarë y Lunarë.

—Bueno, querer esa alianza es... «lógico» —dijo Laila, tratando de no pensar que todo aquello venía porque se iban a enfrentar a su propia madre.

—Sí, aquí todo es muy lógico —gruñó la lunarë con cinismo.

—Pero yo quiero que Cyinder venga con nosotras —insistió Nimphia.

Laila guardó silencio. Titania tenía una mente demasiado enrevesada y además estaba segura de que no les había contado ni la mitad de sus planes, aquellos que harían que la reina saliese beneficiada de algún modo, más allá de la unión de dos

reinos.

—Me apetece algo de comer, estoy cansada de planear y discutir, y todos estos líos me están dando hambre —anunció Aurige—. Tú ve haciendo los batidos, nemhirie, a ver si encuentro algo interesante.

Y se marchó hacia un carromato iluminado con multitud de velas del que salía un olor espantoso a azúcar quemado, dejando a las otras enfrascadas en la discusión. Al llegar inspeccionó las golosinas escrupulosamente. El dueño del puesto, un duende de pelo grasiento, le repetía una y otra vez que las mariposas confitadas, a diez cobres la unidad, le dejarían muy buen sabor de boca. Cuando fue a pagar por tres mariposas, una mano le sujetó la muñeca con fuerza.

—Así que te van los elfitos —le dijo una voz ronca al oído y el corazón se le disparó.

Pero no porque la hubiese pillado desprevenida un desconocido, sino porque aquella voz era, precisamente, demasiado conocida. Además, su aliento tan cerca le había erizado la piel.

—¿Qué haces tú aquí! —exclamó componiendo un rostro helado a toda velocidad.

Intentó escurrirse como una serpiente, pero Jack le aprisionaba con fuerza. Entonces la soltó con una mueca burlona.

—Mis intereses son cosa mía pero desde luego, no he venido a visitarte a ti.

—¿Y a mí qué me importa a quién vengas a visitar? —le espetó ella, furiosa.

Los dos permanecieron mirándose frente a frente. Las velas del carromato relumbraban en sus ojos y el duende, todavía con las mariposas confitadas en la mano, se escabulló hacia algún un lugar menos conflictivo.

—Paseaba por aquí, y al verte me he dicho: ¡Vaya, si es el hada de la luna que me debe un favor!

Aurige crispó los labios sabiendo que él intentaba picarla a propósito.

—¿Pero qué hace aquí el nemhirie? —les sorprendió de pronto la voz de Nimphia, que llegaba junto a Laila con cara de sorpresa.

Jack Crow las miró a las tres y sonrió.

—Además, veo que gracias a mí, rescataste con éxito a la señorita Winter de donde quiera que se hallase prisionera.

Laila lo contempló, todavía demasiado perpleja. Miles de preguntas luchaban por salir en aquel encuentro sin sentido, pero si fue a formular alguna, Nimphia las dejó alucinadas.

—¿Has invitado a un nemhirie a tu boda, Aurige? Lo que llegas a hacer por molestar a tu madre...

La lunarie se quedó helada con la boca abierta, pero no menos que Laila.

—Y... ¿cuándo será el feliz evento, madame? —preguntó Jack, que había perdido

la sonrisa.

—Pronto, pronto —contestó Nimphia sin dejar de observarle.

La lunarie le dio la espalda y arrastró a Nimphia lejos, decidiendo entre matarla allí mismo o en cualquier callejón a oscuras.

—Ya nos veremos, señoritas —se despidió el hombre de negro dirigiéndose hacia el puente levadizo.

—Espera —le dijo Laila pensando deprisa—. A lo mejor podrías ayudarnos...

—¡Núctuna es una shilaya bondadosa en comparación con vosotras dos! —les increpó Aurige dando vueltas sin parar por la habitación, pisoteando con saña la alfombra de cachemira que abrigaba el suelo.

—Yo creo que es una buena idea que nos ayude —insistió Laila—. Cuando llegue el momento de la fuga contaremos con un brazo fuerte si las cosas se ponen feas.

—¿Un brazo fuerte? —se burlo la lunarie, despectiva—. Cualquiera de mis aspas hace más daño que él. Y tú —acusó a Nimphia con el dedo—, ¿a qué ha venido el disparate de mi boda, por todos los dioses?

—Me gusta estudiar el comportamiento nemhirie —repuso la otra sacándole la lengua—. Resulta muy interesante ver su cara y la tuya cuando os peleáis.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Laila, entre asombrada y divertida.

—A ver, Laila —inquirió Nimphia—, ¿cómo se hace para darle celos a un nemhirie? ¿Es eficaz o sois inmunes?

Laila se quedó con la boca abierta, y sus ojos pasaban de la expectante Nimphia a la malhumorada Aurige.

—No me lo puedo creer —respondió con cara de traviesa.

—No hay nada que creer —repuso la lunarie—. Esta loca ve visiones.

—Muy bien, pues imaginemos una visión —rió Nimphia sin hacerle caso—. Si me gusta un nemhirie y le digo que me voy a casar con otro, ¿se pondrá celoso?

—Si tú le gustas a él, me imagino que sí —contestó Laila—, pero la verdad es que no tengo mucha experiencia, claro.

—¿Cómo que no? ¿Y el nemhirie del colegio?

Ella tragó saliva pensando en Daniel Kerry. ¿Celos? Si acaso era ella la que no soportaba a Sandy Madison y sus coqueteos.

—No somos inmunes —respondió por fin con la cara roja de vergüenza.

—Me da igual lo que creáis las dos —les dijo Aurige, altanera—, pero vais a poner en peligro el plan de mi madre. No le necesitamos para nada.

—Le usaremos para trabajar en el barco —suspiró Nimphia—. No se va a enterar del plan porque no se lo vamos a contar y además, ese plan lo vamos a cambiar un poquito.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Laila, muerta de intriga.

—Algo más lógico, no tanta parafernalia retorcida. El nemhirie nos vendrá bien cuando todo se ponga en movimiento.

—¿Te crees que no nos va a pedir nada a cambio? Tendremos que soportarle y luego nos exigirá una compensación.

—Pues si la pide, se la das —le soltó la airie con descaro y Aurige se atragantó.

—De todas formas no ha dicho que vaya a venir —intercedió Laila, que veía que Aurige estaba a punto de estallar—. Dijo que se lo pensaría.

—Vendrá —rió Nimphia con un sonido de cascabeles en el aire—. Te aseguro que vendrá.

Cyinder contemplaba la estela de los seis soles en el firmamento. Ver el sol de su madre sin verter lágrimas le costaba un mundo, pero tenía que guardar la dignidad ante su pueblo. Más aún, debía mostrarse fría y comedida, y que las gentes estuviesen orgullosas de una verdadera reina.

Todavía resonaban en sus oídos las crueles palabras de Geminia, despreciable y odiosa, pero cargada de razón. ¿Por qué había sido ese el Último Deseo de su madre? Le podía haber dejado en herencia la grandeza, la cultura, la sabiduría... Pero no. Solarie brillaba más recargado y luminoso que nunca. Y lo peor era que el pueblo parecía estar muy contento. *Helii* habían llamado al nuevo sol en honor a su madre, y ella no se sentía con fuerzas para revocar aquello.

«Para ellos es un nuevo espectáculo» —había dicho Maeve, y Cyinder se desesperaba porque veía que estaba en lo cierto. Solarie era ahora un reino más ridículo que nunca, del que todos se mofaban, y los intentos por hacer de Solandis una verdadera ciudad acorde con el resto de Faerie, caían una y otra vez en saco roto.

Contempló el nuevo sol por última vez y volvió a su habitación cerrando la puerta de la terracita. Se sentía muy sola. Si sus amigas estuviesen allí, la comprenderían y la apoyarían. Se acercó a su mesita de cristal donde había varias cartas, algunas abiertas y otras pulcramente ordenadas esperando contestación.

Cogió un pergamino y lo volvió a leer con desgana. Una delegación de pixis llevaba una semana solicitando audiencia. La solarie arrugó el documento con rabia. Aquellas locas querían la independencia de los bosques de Krum porque ahora Solandis les resultaba aburrido. Claro, ya no había fiestas ni concursos de moda. ¿Y qué se podía esperar de unos insectos sin cerebro como aquellos?

Se sentó abatida sobre su sillón malva. Si las otras estuviesen allí, seguro que mandarían a la porra a aquellas libélulas desagradecidas. Ya se imaginaba la cara de Aurige echando chispas e incluso sonrió un poquito en el momento en que llamaban a la puerta.

—Pasad —ordenó poniendo el rostro serio.

—Majestad —se arrodilló de inmediato una de sus damas de compañía,

enfundada en su largo vestido rojo.

—No quiero hablar con pixis —empezó ella, tajante.

—El rey Oberón de Blackowls solicita una reunión privada con vuestra alteza —dijo la doncella.

Cyinder se quedó paralizada por la sorpresa. El rey Oberón en persona allí, en Solandis, y nadie la había avisado.

—¿Oberón está aquí? —repitió absurdamente.

—Y el príncipe Árchero —añadió la otra sin levantar los ojos del suelo.

De repente se sintió nerviosa. Corrió hacia el espejo y a medio camino se acordó de que ella era la reina y se detuvo guardando la compostura. Dignidad ante todo. Se peinó despacio con su peine de marfil y tras comprobar que los surcos rojos del luto ya apenas se insinuaban en su cara, se encaminó lentamente hacia la sala del trono, apretando las manos nerviosas bajo las largas cintas.

El cortejo de duendes no se hizo esperar y avanzaron desde las grandes puertas de oro dando saltitos comedidos. Cyinder no sabía si reírse o enfadarse, y carraspeó en silencio cuando aparecieron Oberón y Árchero con sus más impresionantes galas. Ambos hicieron una reverencia al unísono.

—Bienvenidos a Solarie, noble rey Oberón y príncipe Árchero —declamó un saludo oficial con la sonrisa más regia que creyó posible—. Me complace enormemente la sorpresa de esta sorprendente visita...

Se detuvo al darse cuenta de que estaba repitiendo las mismas palabras, y que su discurso grandilocuente sonaba muy tonto. En su interior se maldijo por no estar totalmente acostumbrada a las grandes ocasiones y su rostro se tiñó de rubor.

—Sed bienvenidos —terminó nerviosa con un balbuceo.

—Querida Cyinder —Oberón obvió de golpe todo el protocolo—, mi hijo y yo deseamos una entrevista privada con el ánimo de afianzar las relaciones entre nuestros respectivos reinos, ahora que se acercan tiempos turbulentos en nuestra amada Íalanthilian.

—¿Tiempos turbulentos? —se sorprendió Cyinder.

Oberón permaneció en silencio y Cyinder se preguntó, incómoda, qué era lo que le tocaba decir ahora, porque todas las miradas del palacio estaban puestas en ella, esperando.

—«Entrevista privada...» —susurró Oberón bajito, como si le diese una pista.

—¡Ah! ¿Seríais tan amables, nobles altezas, de acompañarme a mi despacho personal para tratar estas cuestiones de inmediato?

Oberón sonrió.

—Con gran placer.

Y la reina de Solarie bajó muy digna los escalones. Sus doncellas les acompañaron a través de espléndidos salones llenos de pinturas y obras maestras

hasta una gran cámara abarrotada de libros. Allí se sentaron alrededor de una mesita de oro y las sirvientas trajeron aperitivos pequeños que apenas tenían comida alguna.

—Impresionante colección —admiró el rey las cargadas estanterías cuando por fin se quedaron a solas.

—Solarie rebosa cultura —respondió ella, muy halagada.

—Todo rebosa gracia y belleza en vuestro reino —dijo entonces Árchero con una mirada arrebatadora.

—Cierto —corroboró el rey de los duendes—. No hemos podido dejar de admirar las magníficas reformas que habéis llevado a cabo en Solandis. Qué lástima que una patrulla de albanthios resbalase con una piel de plátano, y tropezasen unos con otros cuando mi cortejo se cruzó con ellos en la avenida de Qentris. Nos fastidiaron el maravilloso paisaje.

—¿Qué? —se sonrojó Cyinder, de repente deseando soltar una carcajada.

—Es lo mismo —dijo Oberón sin darle mayor importancia—. Aunque sin duda estáis inmersa en la gran desdicha que os aflige, joven reina, habéis de pensar en el futuro. Como antes mencioné, se avecinan tiempos oscuros.

—¿Pero a qué os referís exactamente, rey Oberón? —pidió ella sin saber de qué estaba hablando.

—Al regreso de los ithiries, como sin duda sabéis.

—Ah, eso —respondió ella tomando nota mental de la incompetencia de sus vasallos.

Nadie le había dicho nada. No tenía ni idea de que tal suceso hubiese ocurrido ni cuándo. Ni cuales podían ser las consecuencias políticas. Desde la muerte de la reina Hellia vivía en una burbuja de tristeza, sólo con oídos para los sabios consejos de la reina Maeve.

—Deberíais considerar la posibilidad de una relación formal entre Solarie y Lunarie —dijo Oberón sonriendo—. O mejor dicho, entre Solarie y Blackowls.

Ella le miró sin comprender. Árchero se arrodilló delante de ella, dejándola asombrada, y el rey se puso en pie con gran pompa.

—Solicito encarecidamente vuestra mano para mi hijo Árchero, príncipe de Blackowls, señor de los Bosques de Ónice y Eurídice, comandante de los Caballeros de Altaïr y Gran Duque de... ejem... de Blabláblá.

—¿De Blabláblá? —repitió Cyinder, confusa y aturdida, incapaz de pensar en nada tras aquel discurso.

—Es que el título es muy largo —se justificó el rey.

De repente ella se dio cuenta de lo que le estaban proponiendo y se sintió mareada, sin poder decir una sola palabra más. Pero aquello no podía estar ocurriendo de verdad. Ella estaba de luto y además era un disparate. Conocía a Árchero de muy

poco, por no decir de nada, y el matrimonio se le antojaba una cosa muy distante, a muy largo plazo. Y encima con un duende que además era conde o duque de Blablablá... ¿Y ella qué sería, reina de Blablablá? Solarie caería tan bajo que nunca levantaría cabeza. Aquello la angustió sobre todas las cosas y por un momento deseó liberarse, olvidarse de tantos deberes reales y salir huyendo.

Árcheró le había tomado la mano con pasión ardiente, y aunque era tan apuesto que cortaba la respiración, Cyinder no podía, no debía permitir aquello.

En ese momento unos golpes suaves en la puerta tuvieron la virtud de salvarla de aquella situación catastrófica.

—¡Pasad! —exclamó con un suspiro de alivio y la cara roja de nerviosismo.

Su doncella personal entró de inmediato y se arrodilló presa de la ansiedad.

—Majestades —susurró al borde del colapso—, la reina Titania de Lunarie desea vuestra comparecencia de inmediato.

—¡Titania aquí! —exclamó Oberón con un grito ahogado, poniéndose una mano en el pecho—. ¡Huyamos, por nuestras vidas!

—¡No padre! —se levantó Árcheró con un gesto de caballero andante exaltado—. ¡No puedo ocultar mi amor por más tiempo!

Cyinder los miraba a los dos como en un sueño alucinado, como si fuese la espectadora de un teatro con pésimos actores. Sin embargo, su orgullo le impedía pensar que todo aquello formase parte de otra cosa más que de una verdadera petición de mano de duendes, y además, la reina Titania estaba allí en persona. Tragó saliva sintiéndose asustada y salió despacio, deseando que el recorrido hasta el trono fuese eterno.

—Somos buenos —le susurró Oberón a su hijo a sus espaldas sin que ella lo oyese.

—Muy buenos —confirmó el otro con una gran sonrisa—. Titania estará orgullosa de nosotros.

—Aquel escritor nemhirie me dijo que yo era un gran actor —asintió el rey.

—Qué lástima que la reina se pusiera hecha una furia cuando el tal Shaikespe... Shikspi... lo que sea, quiso que os fueseis a retozar al bosque para servirle de inspiración.

—Shhhh —chistó el rey cuando llegaron al salón de recepciones.

De inmediato compusieron rostros de terror desmedido y cuando Titania vio sus caras exageradas, le faltó muy poco para tirarse de los pelos de frustración. ¡Cómo se le había ocurrido el desatino de confiar en duendes!

—Reina de Solarie —empezó con los ojos tan helados y el rostro tan furioso que Cyinder no dudó ni por un segundo que todo aquello era real—, deseaba del todo que fuesen inciertos los rumores que apuntaban a un compromiso entre vos y el príncipe de Blackowls, en contra de los deseos de ver a mi hija Aurige afianzar Lunarie en los

tiempos que corren.

—Pero no hay ningún rumor —aseguró Cyinder, presa del pánico.

—Mis espías así lo indican —respondió ella, con toda la naturalidad del que tiene espías por todas partes y Cyinder, lógicamente, lo creyó.

—¡Ah, perversa Titania! —exclamó Oberón avanzando enfundado en su capa, dispuesto a hacer el mejor papel de su vida—. El amor de Árchero no está en venta...

—¡Cállate ya, por los dioses! —le gritó ella, exasperada, y de nuevo Cyinder creyó que aquella ira se debía a los planes frustrados de la reina.

—Yo no deseo ningún malestar para Lunarë... —empezó con un hilo de voz.

—Demasiado tarde —intentó la reina Titania reconducir la escena otra vez, con una mirada tan fría que daba miedo—. Considero esto un desafío a mis designios y más proviniendo de vos, una solarë sin experiencia ni juicio para enfrentarnos a mí.

Cyinder notó la cara ardiendo. Si de todo aquello algo sacaba en claro, era el desprecio por Solarë que Titania ni siquiera trataba de ocultar.

—Yo soy la reina de Solarë —dijo con toda su dignidad herida—, y no tengo que soportar vuestros comentarios, además nadie os ha invitado...

—¡Exactamente! —sonó de repente la voz de Aurige apareciendo de golpe al lado de Cyinder, y la reina Titania se llevó el mayor susto de su vida.

—¿Pero qué haces aquí? —le preguntó al borde de la histeria.

—Improvisar, mamá. Para que todo sea más lógico.

—¡Aurige, qué significa esto...! —exclamó la rubia, atónita.

—¿No te quieres casar, verdad? —le dijo ella en un susurro y Cyinder negó de todo corazón—. ¡Pues vamos!

Y la arrastró corriendo hacia la salida. Cyinder quiso resistirse un segundo, porque todo se estaba volviendo patas arriba sin que ella tuviese nada que ver, pero la cara de Titania era una verdadera máscara de rabia y frustración. De repente la vieja Cyinder salió a flote y sintió la necesidad de correr, de huir de todo aquello que la ahogaba como un nudo corredizo en la garganta.

En ese momento, Oberón contribuyó con el mejor papel de su vida, gritando a los cuatro vientos:

—¡Están secuestrando a la reina de Solarë! ¡A mí la guardia!

Aurige lanzó una carcajada mientras el palacio se ponía en movimiento. Aspas de luz negra salían despedidas sin herir a nadie, sólo formando un caos impredecible de sirvientes y doncellas, y cuando llegaron a las puertas del palacio, manadas de albanthios corrían hacia ellas desde todos lados.

—¿Dónde vamos, lunarë? —preguntó Cyinder demasiado asustada por toda aquella peligrosa revuelta sin razón.

—Arriba —contestó la otra cogiéndola del hombro y obligándola a emprender el vuelo.

La rubia miró hacia las alturas y su sorpresa fue mayúscula. Un pequeño esquife de vela se mecía bajo la luz de los soles y de repente la cara de Laila las saludó desde la baranda.

—¿Pero qué está pasando? —logró preguntar, atónita, cuando sus pies tocaron la cubierta de madera.

—¡Dónde se ha metido el maldito nemhirie! —tronaba Aurige en ese momento con la cara hecha una furia—. Deberíamos lanzarlo por la borda...

—No hace falta ponerse histérica —susurró Jack Crow, sentado al otro lado del poste de cristales azules.

—¿Yo, histérica? —le increpó la lunarie mientras el hombre se ponía en pie y con lentitud deliberada daba un soplido ridículo sobre la esfera del viento.

—¡Basta los dos! —gritó Nimphia desde el pequeño timón—. ¡Y ahora soplad hasta que reventéis porque van a aparecer ya! Y tú, nemhirie, ponte a trabajar de inmediato.

—Sí —dijeron a la vez Laila y Jack Crow, y ambos se miraron con sorpresa.

Aurige frunció el ceño.

—El nemhirie es él, Laila —expulsó una bocanada con fuerza—. Tú tienes más dignidad.

Cyinder quiso frotarse los ojos como para despertar de aquel mal sueño. Se había embarcado a la carrera con un humano y sus amigas, que parecían haber perdido la razón. Por un momento miró hacia abajo y las lejanas figuras de Oberón y Árchero le parecieron más coherentes que todo aquello.

—¿Por qué no sube tu novio y nos ayuda en lugar de tanta protesta? —jadeó Jack una bocanada mucho más potente que la de Aurige.

Cyinder se giró hacia el hombre, molesta de que le hablase con semejante atrevimiento, pero para su sorpresa comprobó que Jack se dirigía a Aurige, y que Laila y Nimphia le hacían señas y guiños disimulados, tratando de no reír.

—Exacto, lunarie —dijo comprendiendo al punto y tapándose la boca para evitar una carcajada—, ¿por qué no sube Árchero aquí y nos echa un cable?

—Calla y sopla, solarie —gruñó Aurige intentando vencer al humano exhalando todo el aire de sus pulmones de golpe.

—¡Ya vienen! —gritó Nimphia, atenta a cualquier señal en el cielo.

Cyinder se unió a los otros en el poste y el esquife voló raudo sobre la ciudad de Solandis hasta que cruzaron los muros de luz. Tras ellos, grandes barcos alados comenzaban a levantarse, dispuestos a no dejarlas escapar.

—Son muchos —observó Laila con temor.

—Pero muy pesados —dijo Nimphia—. Nuestro esquife es más rápido.

—De hecho les estamos dejando muy atrás —añadió Aurige abandonando el poste y acercándose a la popa—. Deberíamos frenar un poco.

—¡QUÉ! —exclamó Cyinder, atónita—. ¿Pero no estamos escapando?

—Bueno, más o menos —contestó Laila mordiéndose los labios.

—Estáis como cabras —sonó la voz de Jack Crow, que empezaba a dudar de que unirse a aquel grupo hubiese sido una buena idea.

Los campos dorados quedaban a sus pies, y se acercaban a toda velocidad al gran lago que escondía toda una ciudad bajo sus aguas. Tres bergantines blancos les ganaban terreno y Aurige se volvió, preocupada.

—Va a parecer que nos dejamos coger —anunció.

—Qué va —la contradijo Nimphia riendo—. Ahora es cuando yo añado mi pequeña contribución al plan lógico.

Y sacó su cajita labrada con las tres esferas flotantes. En cuanto la abrió, las pequeñas canicas salieron disparadas hacia arriba, explotando en el cielo dorado como fuegos artificiales.

—¿Y ahora qué? —preguntó Laila después de unos segundos que no ocurría nada.

—Bueno, habrá que esperar un poco —dudó ella—. Seguid soplando para mantenernos alejados, pero sin perderlos de vista.

—¿Alguna me va a explicar qué está pasando? —se enfadó Cyinder.

—Lo mismo digo —añadió Jack Crow con descaro.

—Mira, nemhirie, realmente eres una carga —empezó Aurige poniendo los brazos en jarras.

—Pues a ti te tendrían que enseñar educación —le respondió el otro con la mirada fría.

—¿Cómo has dicho? —exclamó la lunarie con los ojos muy abiertos.

—Sí, un par de bofetadas cuando eras niña nos hubiesen librado a todos de ese carácter...

—Nemhirie, no quiero escuchar otra cosa que tu respiración sobre la esfera de cristales —le advirtió Nimphia, preocupada porque los Señores de los Vientos no habían respondido a su llamada.

Las naves de albanthios se acercaban a toda velocidad, mucho más rápido de lo que había calculado en un primer momento. Una tromba mágica zarandeó el esquife y todas cayeron sobre la cubierta con un grito.

—¡Esto no me gusta! —gritó la airie aferrada al timón, tratando de equilibrar el esquife descontrolado.

—¡No me digas que podrían matarnos! —jadeó Aurige sobre los cristales parpadeantes.

—Me temo que...

Y de nuevo una sacudida hizo volar astillas por todos lados. El bote se inclinó peligrosamente y Laila creyó que caerían sin remedio hacia el suelo. Nimphia giró el

timón sin piedad dando un bandazo, y Aurige y Jack se estamparon el uno contra el otro en medio de una maraña de maldiciones. Por un momento se miraron a los ojos pero de repente el cielo parpadeó con un relámpago, y el sonido de mil truenos retumbó en sus oídos dejándoles sordos.

—¡Por los dioses! —aulló Cyinder agachándose en la cubierta en el momento en que una ballena negra gigantesca parecía caer sobre ellas en picado.

Nimphia gritaba y reía a la vez y Laila estuvo a punto de unírsele cuando comprobó que aquella supuesta ballena no era sino un colosal drakkar, capitaneado nada más y nada menos que por el mismísimo Lord Vardarac.

—¡Fuego sin cuartel! —escucharon sus gritos desde el puente y segundos después el cielo se llenó de estallidos, bombas y humo negro como jamás se había visto en Solarie—. ¡Aplastad a esos perros de solana!

Laila se tapó los oídos ante el retumbo y comprobó, anonadada, que los palos y las velas blancas saltaban en pedazos. ¡El Señor del Norte estaba usando balas de verdad y parecía disfrutar enormemente!

—Bien, shilayitas, ya estáis a salvo —tronó victorioso cuando hubieron subido al drakkar y los tres bergantines ardían pasto de las llamas a lo lejos.

—Bueno, no era eso exactamente lo que queríamos —tosió Nimphia, discreta—, pero muchas gracias.

—¡No era eso lo que queríais! —repitió incrédulo con las barbas electrizadas por el fragor de la batalla, agarrado a la baranda de madera como si quisiera ahogar a alguien.

Ojo de Toro las miraba con extrañeza desde el timón, y toda la tripulación se había quedado a cuadros y murmuraban enojados. Äüstru chasqueó un par de veces su látigo y todos volvieron a soplar sobre las esferas de viento, malhumorados. Laila notó el viejo aroma del Norte que ya tenía casi olvidado y las náuseas le revolvieron el estómago.

—¿Y el Pimpollo? —preguntó Cyinder con interés.

—Mi compadre y Notos se han ido de viaje de placer tras nuestra gloriosa victoria sobre el terrible Viento del Sur —exclamó Vardarac tremendamente orgulloso—. ¡Tendríais que haber visto mi bravura, la ferocidad del Norte sin igual, dominando los elementos, humillando a esa brisilla cobarde como si fuese una mujerzuela asustada!

Ojo de Toro carraspeó en el puente.

—Bueno, claro, sufrimos algunas pérdidas...

—¿El Conde de Libis? —preguntó Nimphia con un tinte de ansiedad.

—No, que va, anda por ahí emborrachándose en alguna taberna. Mi pobre *Quebrantahuesos* no resistió el embate, ¡pero el nuevo barco es mil veces más fiero!

—miró a sus hombres por su alguno se atrevía a desafiarle—. ¡El *Mary Rose*! ¡El orgullo de Benthú, la joya del Norte!

Laila creyó que se atragantaba intentando no reírse, pero al acordarse de la profesora se puso seria y la buscó por todos lados con la mirada.

—Bueno, pues nos habéis fastidiado los planes —cortó Aurige con cara seria, quizás un poco molesta por haberse perdido la supuesta gloriosa batalla contra el Viento del Sur.

—¿Pero es que no estabais siendo perseguidas con el riesgo de ver vuestros cuellos balancearse de la soga? —preguntó Vardarac, empezando a enfadarse ante aquel nuevo disparate de shilayas.

—Sí, pero sólo había que crear un poco de ambiente, nada de rescatarnos —dijo Nimphia como si aquello lo explicase todo—. A ver cómo arreglamos esto ahora.

Vardarac pareció contar hasta diez antes de decidirse a tirarlas por la borda.

—Ojo, da media vuelta y dejemos a estas damiselas en Solandis, ya que parece que hemos interrumpido su regata de vacaciones.

—¡No! —gritó Nimphia—. Ya se me ocurrirá algo.

—De verdad que... —gruñó el Señor del Norte por lo bajo, apretando los puños.

De repente cogió a Laila del brazo y la arrastró hacia la baranda, lejos de oídos curiosos. La chica se sobresaltó pero Lord Vardarac no estaba de humor para remilgos.

—A ver, shilayita —le susurró en voz baja—, necesito cierta información.

Laila miró a sus amigas por si alguna la podía rescatar del funesto interrogatorio. Cyinder y Nimphia parecían estar discutiendo aquella situación y Aurige se había acercado a Ojo de Toro para ver si conseguía llevar ella el timón, ignorando por completo a Jack Crow, que la observaba con cara de pocos amigos.

«Menudo plan» —pensó con desasosiego, pero ya Lord Vardarac había empezado a hablar.

—Quiero saber qué es una iglesia —le preguntó con los ojos convertidos en rendijas.

—¿Una iglesia? —repitió ella, asombrada, y el otro le chistó para que bajase la voz.

—Sí, *Mary Rose* dice que no piensa vivir con un hombre... ejem... con un bravo pirata del Norte, sin pasar antes por la iglesia, y por el Gran Barbacoa que he revisado todos mis mapas y no sé qué es eso, ni por dónde hay que pasar para llegar allí.

Laila notó que la mandíbula le temblaba a punto de soltar la carcajada más grande de su vida. Sin embargo su mente trabajaba a gran velocidad y de repente sus ojos se iluminaron.

—¡Nimphia! —gritó a su amiga ante el susto del Señor del Norte—. ¡Tengo la solución!

Más allá de las aguas traicioneras...

La reina Ethera contempló su vasto imperio de lodo y ruinas. Rodeada por la desolación, sus pies desnudos se hundían en aquel barro negro y pestilente. Eirdain, la joya de Ithirë, la ciudad que un día fue la capital del reino más pacífico y bondadoso de todos. Los únicos que se atrevieron a querer a los humanos, a defenderlos y cuidarlos. Los únicos que decidieron ayudarlos para sacarlos de la barbarie, de las cavernas, de las luchas sangrientas.

¿Y qué hicieron los humanos de Hiria? Cuando lo tuvieron todo quisieron más y los ithiries, que los amaban como a sus hijos, les ofrecieron sus dones, sus preciados regalos. Les ofrecieron el Corazón de Jade.

Pero Hiria no aceptó. Querían el poder para dominar al resto de humanos. Buscaban la destrucción. Y lloraron engatusándolos, mimosos, zalameros... mentirosos.

Los ithiries robaron las Piedras de Firie para ofrecérselas en bandeja a sus hijos codiciosos. Y entonces vino el caos. Hiria se volvió incontrolable, sedienta de poder y riquezas e incluso llegaron a exigir el dominio sobre İalanthilian.

Se desató la guerra contra los humanos y los ithiries aceptaron el castigo: ellos mismos deberían exterminar para siempre a aquellos que encumbraron a las alturas de la soberbia. El sol de Firie voló hacia la maravillosa civilización de Hiria y ellos sepultaron los rescoldos en una tormenta de arena, tan salvaje que nadie volvería a encontrarlos jamás.

¿Y entonces, qué? Ithirë se rendía. Devolverían las Piedras a sus verdaderos dueños y se postrarían de rodillas ante todos los reinos. Pero algo falló. Aquella delegación legendaria que partió hacia Tir-Nan-Og en busca del perdón fue masacrada, exterminada, y las Piedras desaparecieron. Algo falló...

Acuarie.

Nihaliae Acuarie... Traidores de Acuarie.

¿Por qué? Jamás tuvieron enfrentamientos con ellas. Eran frías y desagradables, solitarias, quizás despiadadas con el resto de reinos y con los humanos, pero no eran enemigas.

Pero ya no importaba. Aquella vieja, la mismísima princesa Miranda convertida en el Ojo de la Muerte —como ahora era Nia—, ya se lo avisó. No le importaba entonces, porque no le importaría ahora.

Nia. Para ella veía un futuro glorioso, pero todavía no. No invocaría al rey de Tenebrii hasta que resolviese un asunto.

Contempló la bola de cristal tallado en una mano y el libro de Hiria en la otra. Dos llaves, dos sangres. Sí, aquel fue el pacto que ella aceptó. Sus hijas a cambio de

la venganza.

Sus ojos volvieron a enfocarse en la tierra maldita de Eirdain. Siglos de grandeza destruidos sin piedad bajo las llamas y el fuego. Todo Ithirïe reducido a cenizas y su gente exterminada; y los supervivientes, condenados a la maldición de no poder volver, a morir en vida por traidores. Recordaba vívidamente a aquel sacerdote de Firïe que le escupió a la cara. *Nihaliae Ithirïe* —les condenó.

Pero no fueron ellos los culpables.

Solo que ya no importaba.

Sus pies desnudos se manchaban con los riachuelos de barro sucio donde nada crecía. Estaba exactamente donde una vez se alzó el Valo Nanduïl, el gran árbol, el corazón de Ithirïe. Su madre le contaba cuando niña que un dragón lo vigilaba y dormía en sus raíces.

De repente la furia la invadió y comenzó a escarbar la tierra negra con sus propias manos mientras las lágrimas le surcaban el rostro. Tenía que estar allí. El corazón del Valo Nanduïl no podía abandonarla. Sus dedos sucios y llenos de arañazos chocaron con las grandes raíces muertas. Los resquicios del Nanduïl crujían y se quebraban al contacto con sus manos, ahora crispadas, y contempló aquel resto de Ithirïe desmoronarse en cenizas y polvo.

Un último fruto quedó del gran árbol. La única semilla que había conservado con ella a través del exilio en que se había convertido su vida. Arrojó la manzana marchita y seca al agujero que había excavado y después la cubrió de tierra podrida.

No importaba.

Un joven ithirïe se acercó a ella con un saco chorreante y se postró ofreciéndoselo. El Agua de la Vida de Acuarïe. Si alguna vez tuvo el más mínimo remordimiento, ya no importaba. Los ojos verdes del joven la contemplaban con total adoración. Su salvadora. La reina por la que él y todos morirían sin dudar. Pero ni eso importaba.

Sacó la caracola cuajada de cristales y la volcó sobre el montículo de tierra. El anciano nemhirie del que se había valido cumplió el trato, pero creía que podía jugar con ella. Y no podía. Pero antes, el asunto que debía resolver.

La tierra ya estaba empapada, enfangada con el Agua de Acuarïe.

Nihaliae Acuarïe.

El Valo Nanduïl estaba muerto, pero Ethera había depositado la última semilla viva. El Agua de la Vida le otorgaría su don y un nuevo árbol crecería de las cenizas como un ave fénix. Aquello le pareció una ironía divertida. Los grandes fénix de Firïe lo habían destruido todo, pero de aquellas cenizas resurgiría Ithirïe.

Y luego las sombras.

Las sombras tenebrii se extenderían como las nuevas raíces del árbol, poderosas, imparables y eternas. Ithirïe y Throagaär unidos bajo la mano de su hija Nïa. Jamás

había imaginado una venganza más completa.

Quizás le perdonase la vida a los lunarïes. Total, vivían en sombras desde siempre y era el Ojo de la Muerte lo que ahora los unía en un vínculo de sangre.

No —decidió al final—. Tampoco perdonaría a Lunarïe, pero sería más benévola. No como con Acuarïe.

Inspiró profundamente. La tierra mojada olía a juventud, a vitalidad palpitante. Ethera imaginó el gran árbol creciendo verde otra vez, su tronco musgoso, sus hojas suaves. Se permitió una sonrisa que desapareció enseguida. Porque en verdad, tampoco importaba.

—¿Y bien? —preguntó a un mensajero que había estado aguardando a que la reina terminase aquella especie de ceremonia.

—La reina Tritia de Acuarïe se alegra profundamente de vuestro deseo de visitarla, y os invita a Cantáride para expresaros su más cordial bienvenida.

Ethera sonrió. Nihalïae Acuarïe. Era curioso que los más traicioneros fuesen siempre los que más errores cometían, ya fuese por su propia torpeza, o por la intención de ocultar su hipocresía.

El mensajero le entregó una bola de cristal azul llena de agua que la reina de Acuarïe le había enviado para conducirla a su reino.

—Iré sola —anunció cuando sus doncellas hicieron ademán de prepararse para acompañarla—. No estaré fuera mucho tiempo.

Y lanzó la esfera contra el suelo haciéndola añicos. El agua salpicó en todas direcciones, manando sin parar hasta convertirse en un charco y después en un pequeño lago azul cristalino de aguas profundas.

Ethera caminó hasta el borde y luego, un pie tras otro, fue adentrándose en las aguas bajo la mirada atenta y silenciosa de todos sus vasallos, hasta que la negrura azulada cubrió sus cabellos y las ondas de la superficie se serenaron como un espejo tranquilo.

—Bien, mariposita, guíanos.

Atlantia levantó la cabeza despacio, tratando de no mirar a Udronsanthïl a los ojos. El terror que sentía al estar en presencia de dos dragones todavía le agarrotaba el pecho. Era incapaz de dominarlo.

Habían viajado muy lejos. Más allá incluso de su último refugio en la Grieta de los Aspios. Allí el océano era casi negro, aterciopelado, lleno de extrañas criaturas que huían ante la proximidad de los dragones. Meësh le había indicado que se subiese a su lomo y ella, aterrada, no había tenido opciones.

Tras aquel largo viaje que le llenaba la cabeza de pesadillas oscuras, llegaron a un lugar extraño y sobrecogedor. Cientos de túmulos y formaciones de roca negra se extendían ante su vista. Como torres construidas sin orden ni concierto, gigantescas

piedras apiladas cubiertas de musgo y algas sinuosas. Y un vacío profundo. La sensación de muerte impregnando cada uno de aquellos tenebrosos monumentos.

El dragón Meësh se deshizo de ella con un movimiento brusco de sus alas y Atlantia flotó despacio hasta el fondo arenoso. No iba a huir. No había escapatoria y los dragones lo sabían.

Entonces se marcharon dejándola allí sola. Llegó a pensar que era el momento propicio: buscaría al dragón muerto para arrancarle las entrañas pero la idea le resultaba arriesgada, por no decir imposible de cumplir. Ante ella, una duna gigantesca debía contener el cadáver enterrado de Kidrolebh. Tendría que escarbar, desgarrar la piel del dragón y una vez logrado su objetivo, huir a toda velocidad en busca de Lady Angaïl. Imposible.

Antes de terminar siquiera de pensar el funesto plan, los dos dragones regresaron portando rocas enormes y volvieron a marcharse. Iban y venían, trayendo grandes piedras escarpadas que arañaban y cortaban toscamente, haciéndolas encajar a la fuerza y se volvían a marchar. Como cuervos haciendo un nido, construyendo un templo funerario para su hermano.

El resultado final fue grotesco, pero no exento de cierta belleza sobrenatural. Columnas que parecían desplegarse como alas negras, montones de rocas apiladas sin ninguna finalidad concreta, pero que si los miraba desde cierto ángulo le parecía descubrir unas fauces draconianas rugiendo en medio de un combate.

Y luego el funeral. Una ceremonia eterna porque Udronsanthïl y Meësh cantaron durante horas con un tono que crispaba la sangre. Una letanía sorda llena de graves que sin saber por qué, hacía llorar. Empujaron el cuerpo de Kidrolebh desde la duna hasta el templo y llenaron la cripta de oro y piedras preciosas que, probablemente, habían rapiñado durante milenios. Y ella contemplaba toda aquella magnificencia sobrecogedora, preguntándose una y otra vez cómo diablos iba a conseguir el corazón del dragón muerto.

Entonces algo sucedió en medio del cántico tenebroso. Atlantia miró hacia arriba, hacia la lejana superficie, y por un momento sintió el deseo de bucear y salir al aire libre para ver qué había ocurrido. Algo relacionado con el sol. No sabía por qué, pero era el sol. Los dos dragones también escudriñaban en las alturas y se miraron un segundo leyéndose el pensamiento antes de continuar su extraña despedida.

Las horas pasaron convirtiéndose en días. Atlantia sentía hambre y frío en aquel cementerio mientras los dragones cantaban, pero por nada del mundo hubiese interrumpido aquella ceremonia comiendo siquiera una ostra, cuando ella misma podía presentarse como un apetitoso bocado. Y así aguardó en duermevela, recostada en la arena y otras veces sobresaltada, tiritando cuando la canción ganaba en agudos que le ponía los vellos de punta.

Cuando todo terminó, los dragones se giraron hacia Atlantia con los ojos convertidos en rendijas.

—Llévanos hasta ellas —ordenó Udronsanthil, implacable.

—¿Hasta quiénes? —preguntó con un hilo de voz.

Los dragones rugieron.

—Mariposita, estás a un paso de la muerte y no te das cuenta —la amenazó Meësh hundiendo una garra en la arena.

Pero la muchacha seguía sin comprender. «Ellas» debían ser las del gremio de Solarie, no quedaban muchas más alternativas, pero no sabía qué tenían que ver con todo aquello.

—¿El Agua de la Vida no te dice nada? —siseó Udronsanthil escrutándola atentamente—. ¿Acaso no lo sientes a tu alrededor? ¿Tan estúpidos sois los acuaríes que ni siquiera os dais cuenta de cuándo os roban vuestros dones?

Ella permaneció en silencio con los ojos muy abiertos. Su cabello flotaba a su alrededor como filamentos de medusas y fue comprendiendo poco a poco lo que querían decir. Negó sin darse cuenta.

—Yo estuve allí —susurró recordando—. Llegamos a la torre del örgothil y ellas entraron...

—Exacto.

—Pero no robaron el Agua de la Vida, sólo el Grano de Solarie que me pertenecía a mí por derecho. Después los akshaïrs nos capturaron.

—¿Estás segura de que no lo escondieron en tus propias narices de sirena? —sugirió Meësh tan cerca que cortaba el aliento.

Atlantia tragó saliva tratando de recordar. Los dos dragones daban vueltas a su alrededor, como cazadores jugando con la presa. No podía estar segura. Ella se negó a entrar en la torre del tesoro por segunda vez. Y luego todo pasó muy rápido. Los cimientos de Cantáride se resquebrajaban bajo un tifón de viento que no sabía de dónde había salido.

Pero no podía ser cierto, ellas no. Porque... porque le había gustado estar con ellas —reconoció por fin—. Porque si fuesen acuaríes, serían sus amigas, incluso la odiosa lunarie. Porque después de aquel encuentro, Atlantia había echado de menos algo, la necesidad de estar en compañía, el sentimiento que hizo que regresase a Cantáride buscando calor...

—¿Dónde están, muñequita? —preguntó Udronsanthil leyendo sus dudas.

—No lo sé —respondió por fin.

—¡Entonces no nos sirves! —exclamó Meësh con manifiesta alegría, abriendo las fauces.

Atlantia se encogió aterrada. No sabía dónde estaban por mucho que la amenazasen y la torturasen. Sólo se le ocurría Solarie, porque allí fue dónde llevaron

el último Grano de las Arenas, pero de eso hacía ya casi dos estaciones.

—Calma, hermano —escuchó que decía Udransanthil mientras ella apretaba su cabeza contra las piernas—. Cinco velitas hacen más jugoso el pastel de cumpleaños que una sola.

—¡Pero si no hay pastel! —rugió Meesh expulsando una bocanada de burbujas.

—Lo habrá, lo habrá, tranquilo, la mariposita dará con ellas.

—¡Se nos acaba el tiempo, maldita sea! —Meesh estaba fuera de sí.

—Sí, pero...

Y de repente todo el suelo de Acuarie tembló. El reino entero, hasta los confines más lejanos. Como el sonido profundo de un gong que se extendía en una onda expansiva y la arena vibró bajo sus garras. Los dragones se miraron asustados. Sus cabezas se movieron al unísono en la misma dirección. Justo hacia Cantáride.

—¿Qué ocurre? —balbuceó Atlantia, inquieta.

—Esto es malo —dijo Meesh observando que la arena se levantaba en pequeños terrones volátiles para volver a posarse poco a poco.

Los dos otearon en la distancia, nerviosos. La sensación de peligro era aterradora. Y entonces sonó un segundo gong mucho más fuerte. La tierra tembló y algunas columnas funerarias se vinieron abajo. Los dragones se quedaron paralizados mientras el océano entero parecía agitarse a punto de estallar.

—¡Hay que salir de aquí! —rugió Udransanthil en el momento en que una grieta oscura se abría por en medio de las tumbas y comenzaba a tragarse las extrañas lápidas.

—¡Mariposita! —aulló Meesh extendiendo las alas, dispuesto a elevarse en medio de los cúmulos de arena que empezaban a reventar por todos lados.

Atlantia chilló presa del terror y nadó hacia arriba mientras de la grieta comenzaban a surgir tentáculos monstruosos, que crecían extendiéndose por todos lados.

Udransanthil la atrapó con suavidad y la obligó a sentarse sobre su lomo. Los dos dragones volaron hacia la lejana superficie celeste mientras aquellos gusanos gigantes se retorcían arrasando todo lo que encontraban a su paso.

Cuando los dragones rompieron el mar en mil pedazos ella se encontró jadeando sin poder respirar. La asfixia la mataría si no regresaban al agua de inmediato. Pero más que su propia muerte, lo que le aterrorizaba de verdad era aquel pensamiento que volvía una y otra vez: No eran gusanos ni tentáculos. ¡Eran raíces!

—Es un gran honor poder recibir hoy a la reina Serpiente en mis dominios —sonrió Tritia inclinándose profundamente ante Ethera—. Hemos echado tanto de menos al gran reino Ithirë, que no os podéis imaginar las lágrimas que he vertido al saber de vuestro regreso.

—Son lágrimas inmerecidas —replicó Ethera con una reverencia cortés.

La reina Tritia bajó de su trono en medio de la gran burbuja que ocupaba su salón de recepciones y se acercó para abrazarla, como si de una hermana se tratara.

—Estuve una vez aquí —dijo Ethera contemplando las grandes columnas del palacio sin dejar de sonreír, mientras a su alrededor, las damas acuarïes miraban al suelo, arrodilladas tras sus máscaras fantasmales—. Pero por aquel entonces, la maravillosa ciudad de Cantáride no estaba bajo el agua, ¿o tal vez me traiciona mi memoria?

—No os traiciona —contestó Tritia, halagada de que la reina de Ithirïe recordase su ciudad.

—Me han traicionado tantas cosas ya... —suspiró ella, y sus palabras flotaron un segundo en aquella atmósfera fría.

Tritia se quedó sin aliento. Una luz de alarma destelló un segundo en su cabeza pero enseguida se recompuso y la olvidó.

—Deseo sinceramente que alarguéis vuestra visita a Acuarïe, si vuestros deberes reales os lo permiten —la acompañó cogiéndola del brazo para dar un paseo—. Tenemos tanto de qué hablar. İlanthilïan estaba incompleta, rota por dentro. Debéis saber que Acuarïe lloró y suplicó a la reina Nemaïn, intentando por todos los medios que no cometiese aquel genocidio contra vosotros, nuestros hermanos.

—¿En serio? —Ethera pareció sorprenderse gratamente.

—Desde luego. Nadie sintió tanto la pérdida de Ithirïe como nosotras, y erigimos grandes templos en honor a nuestros hermanos, que sin duda fueron castigados injustamente.

Se acercaron a una balconada de piedra. La burbuja de aire se extendía delante de ellas mientras caminaban y Ethera lo contemplaba todo con ojos sonrientes mientras Tritia seguía su charla imparable, como una niña contenta con un juguete nuevo.

—Todo el sur de Cantáride es un monumento a Ithirïe. Lloramos aquella injusticia y la pérdida que sufrimos —le señaló varios templos que parecían hechos de delicado cristal.

—¡Es una maravilla! —alabó la reina Serpiente aquella vista desde el balcón.

Los templetes de mármol a través de las grandes avenidas parecían brillar bajo la luz azulada, los puentes colgantes de nácar y cristal, los palacetes de columnas, especialmente engalanados para la visita de la reina de Ithirïe...

—Y rezuma tanta vitalidad —susurró con ojos brillantes.

—Considerad Cantáride como vuestro segundo hogar —le ofreció Tritia, halagada, estirando el brazo hacia la ciudad.

—No, amiga mía —se volvió Ethera hacia ella, demasiado sonriente—. Casi que lo considero ya como mi primer hogar.

Otra luz de alarma volvió a encenderse, pero de nuevo Tritia no le hizo caso.

—Venid, sin duda estáis cansada. Mis doncellas nos han preparado un delicioso refrigerio que no volveréis a probar si no es bajo las aguas —empezó Tritia, deseosa de regresar a la sala del trono.

Volvieron sobre sus pasos. La mirada de Ethera era cada vez más radiante mientras la reina de Acuarie se deshacía en halagos y lisonjas, mostrándole el palacio, sus obras de arte, su colección privada de joyas...

—Habéis logrado un reino sin igual —susurró Ethera acariciando las columnas de piedra.

—Cierto —asintió Tritia, complacida—. Lástima que a veces sea tan agobiante.

—A mí no me parece agobiante, al revés, veo infinitas posibilidades.

—¿A qué os referís, Ethera? —preguntó Tritia sintiendo la boca seca por primera vez.

—¿Sabíais que Eirdain fue una vez un vergel lleno de vida? —la mano de la reina Serpiente se apoyaba firmemente sobre la pulida superficie de la columna. Una grieta minúscula rompió la piedra entre sus dedos.

—Y lo será de nuevo —afirmó la otra—. Haré todo lo que esté en mi mano por ayudaros.

—¿Creéis que los árboles crecerían bien aquí? —preguntó Ethera, que se había vuelto hacia Tritia tan rápida como una serpiente.

—¿Los árboles dentro del agua? —susurró la reina de Acuarie, confusa.

—Cierto —extendió Ethera los brazos como en abanico—. Sobra agua.

Y de repente sonó el tañido de un gong, como el tambor de un monasterio tibetano, y todo el suelo de Cantáride tembló.

—¡Qué estáis haciendo! —exclamó Tritia, de repente aterrada—. ¡No os atreváis a amenazarme en mi propio palacio!

—Por fin vuestra verdadera cara, vieja amiga —susurró Ethera.

El suelo vibraba convirtiéndose en arena. Las sacerdotisas miraban aquello tras las máscaras muertas sin saber si salir corriendo o permanecer junto a la reina.

—¡Os he ofrecido mi ayuda! ¡Acuarie no tuvo nada que ver con vosotros!

—¿Habéis oído un pequeño poema que me recitaron cuando era tan sólo una niña? —sonrió Ethera ante la mirada de pavor de Tritia—. Dice: «Sobre el Viento de los siglos, sobre el Fuego de la codicia, sobre la Luna y los Soles...» —hizo una pausa y siguió con entonación grave—. «Más allá de las Aguas traicioneras...»

Tritia la miraba con el rostro desencajado. Entonces Ethera entrechocó sus palmas abiertas y un nuevo sonido de gong mucho más fuerte sobrecargó el ambiente. El suelo terroso de todo Acuarie pareció estallar a la vez. Las columnas del palacio empezaron a temblar a punto de desmoronarse y entre la arena comenzaron a brotar raíces verdes, como serpientes sinuosas muertas de hambre.

—¡Basta, Ethera, te lo ruego!

Por la puerta del palacio entraban riadas de acuaríes, aterrados ante lo que estaba sucediendo en la ciudad. Incluso se escuchaban los gritos y el ruido de los templos cayendo en medio de un terremoto. La reina Serpiente la miraba sin perder la sonrisa y de repente Tritia comprendió que ella lo sabía. Sabía la verdad.

—¡Las necesitábamos! —le gritó desesperada, intentando explicarse—. No soportamos este encierro eterno, y con ellas dominaríamos los océanos nemhiries cuando pudiésemos salir de Acuarie y resistir los mares salados...

—¿Y?

—¡No lo comprendes! ¡Las Piedras estaban fuera del Templo del Amanecer, aquella era nuestra única oportunidad!

—Y no os importó sacrificar un reino entero. ¡Mi reino!

—¡Te las daré, por favor, te lo doy todo! —se arrodilló delante de ella con manos suplicantes—. Hablaré con Maeve, aceptaré mi castigo, cualquier cosa...

—Ya no me importa —murmuró Ethera como si estuviese muy cansada.

—¡Te mataré! —gritó Tritia y en sus manos surgió una bola celeste que chirriaba de energía—. ¡A ti y a todas tus serpientes!

—Aunque me mates esto ya es imparable, vieja amiga —contestó Ethera sin inmutarse—. Tu precioso Acuarie pronto será un desierto. El agua se convertirá en barro y después en tierra hasta que todo tu reino quede sumergido en un océano de arena seca.

—¡Por los dioses, Ethera, me estoy arrastrando a tus pies! —lloró—. Te ruego... te suplico que tengas piedad y no destruyas Cantáride.

—¿Destruir? No tengo tanto poder, reina Tritón. Sólo es un hechizo sencillo de convertir el agua en tierra. Eres tú la que vive en una trampa sin salida —sonrió sin atisbo de pena—. ¿Sabes? Nunca tus aguas serán más traicioneras que hoy. Vete, huye como yo tuve que huir de mi casa y de mi reino una vez.

—¡Pero sólo yo puedo respirar el aire! —chilló Tritia, sintiendo el terror más profundo.

—Pues entonces tienes suerte —le dijo la otra dándole la espalda, caminando hacia la salida—. Vivirás para ver a tu pueblo morir asfixiado cuando la tierra les aplaste. La arena llenará sus bocas y sus ojos, pero tú saldrás de aquí mientras las últimas olas se convierten en dunas sabiendo que, al igual que Eirdain, Cantáride nunca volverá a ver la luz del sol.

—¡Por favor, por favor! —gritó Tritia arrastrándose por entre los terrones y las raíces que parecían querer enredarse en sus piernas.

Llegó a tocar sus vestidos pero Ethera se apartó con un gesto brusco, como si le diese asco, y luego siguió caminando, rodeada de un halo verdoso.

—¡No me vencerás! —escuchó a Tritia tras ella, cada vez más lejos—. ¡Esto no es el final! Toda Īlanthilīan se levantará contra ti y os destruiremos...

Hizo desaparecer la burbuja de aire, permitiendo el paso de las riadas de acuarïes horrorizadas que buscaban refugio bajo los muros. Antes de que el agua terrosa restallara contra el suelo Ethera ya se había marchado, y Tritia voló hacia las puertas contemplando el fin de Cantáride. El fin de todo su reino.

Los edificios se hundían como si se los tragasen arenas movedizas, o quizás era el nivel del suelo el que crecía hacia arriba devorando las columnas, los templos de cristal, los jardines de anémonas. El agua se volvía cada vez más oscura, más turbia y densa, la boca se le llenaba de granos al respirarla.

Bandadas de akshaïrs enloquecidos intentaban escapar en cualquier dirección, golpeando salvajemente a las gentes que trataban de llegar al palacio, aplastándose, arrastrándose por encima de otros y empujándose para lograr un último sitio entre gritos de miedo y llantos. Pero no había donde huir. Acuarïe entero se había convertido en una trampa mortal sin escapatoria.

Gigantescas raíces surgían de la tierra para volver a ser devoradas por las dunas de arena. Tritia vio, como en un sueño caótico, que las olas de tierra devoraban ya las rodillas de los gigantescos colosos de piedra, los guardianes de Cantáride.

Aquello era el fin. Pero todavía podía hacer algo, aunque gastase hasta la última energía de su sangre. Sacaría el palacio y todo lo que pudiese fuera del agua. Arrancaría la ciudad y las ruinas de sus cimientos, y salvaría el último resquicio de Acuarïe para que quedase como señal ante los dioses de que ella sobreviviría al terror, de que Cantáride sobreviviría a la maldición de Ithirïe.

—La mariposita se asfixia —advirtió Udronsanthïl a su hermano, y volvió a zambullirse en el océano, cada vez más oscuro y lodoso.

Atlantia se agarró a su cuello firmemente cuando sintió el choque de las olas y sus pulmones se llenaron de agua, inspirando profundamente agradecida. Solo que el sabor era raro y terroso, como si masticase arena.

A su lado pasaban enormes bandadas de peces sin importarles estrellarse contra los cuerpos de los dragones en su huida. No les tenían miedo a ellos, sino a algo más espantoso. Algo que estaba ocurriendo en todo Acuarïe a la vez. Udronsanthïl se sumergía a gran velocidad y a lo lejos vislumbraban ya luces parpadeantes bajo las piernas de los colosos. Solo que parecía que Cantáride entero se envolvía en tinieblas.

La tierra tembló de nuevo y contempló aterrada cómo el suelo parecía devorar los edificios tragándoselos enteros, hundiéndolos en remolinos turbios repletos de una maraña de raíces que aparecían y desaparecían entre las arenas.

—¡Date prisa, insecto! —bramó Meësh y Atlantia se quedó paralizada sin saber por qué se dirigía a ella.

—No sé qué puedo hacer... —balbuceó contemplando toda aquella destrucción.

—Y encima se cree que va a hacer algo —rugió el dragón—. Si es que no sirve ni

para comida.

—Nos vamos de Acuarïe —explicó Udronsanthïl haciendo un esfuerzo de paciencia mientras veía a lo lejos una muralla grisácea que parecía crecer lentamente—. Saldremos del océano por última vez. Tú sabrás si quieres venir con nosotros.

—¡Claro que quiero! —chilló ella y entonces comprendió a qué se refería—. ¡Llévame al coloso destruido!

Udronsanthïl voló de inmediato sobre el palacio, que parecía estar a punto de desplomarse en medio de una avalancha de acuarïes intentando guarecerse en el interior. Atlantia trató de hacer caso omiso a aquella masacre sin mirar atrás. A lo lejos, la boca abierta del gigante de piedra se hundía lentamente, llena de largas raíces que tiraban de la piedra hacia abajo.

Nadó con la fuerza que da la desesperación adentrándose en las tinieblas. Abajo se escuchaban gritos. El gremio de ladronas parecía no darse cuenta de que a Acuarïe le quedaban minutos de existencia.

Atravesó la sala que era el tórax del coloso ante la mirada atónita de las otras. El suelo de arena crecía y en breve las obligaría a aplastarse contra el techo, y luego la tierra las envolvería en una tumba. Buscó con desesperación hasta encontrarlo. Allí estaba todavía su cofre medio enterrado, hundiéndose, y escarbó con frenesí cuando la arena se desparramaba ya sobre la tapa. Sacó una máscara, lo único que le permitiría sobrevivir fuera del agua y braceó con fuerza hacia la salida sin mirar atrás.

Muchas la imitaron de inmediato y otras gritaron su nombre con voces desgarradas, pidiendo ayuda para escarbar en la arena y buscar su propia salvación. Nunca supo cuántas escaparon de la muerte aquel día. Ella siguió adelante mientras la boca del coloso parecía cerrarse y luego salió a la inmensidad fangosa de Acuarïe en busca de los dragones.

Y de repente se sintió aterrada. No había rastro de Udronsanthïl ni de Meësh. Parecía que se los hubiese tragado aquella marea de pesadilla. Los buscó desesperada mientras el agua se volvía densa como el lodo y a su alrededor los acuarïes nadaban hacia arriba aún sabiendo que aquello podría suponer su propio final.

Sintió manos frenéticas intentando arrancarle la máscara y forcejeó sacando una daga, arremetiendo contra todos los que se pusieran en su camino. Olió la sangre mezclarse con la arena y se deshizo de aquellas garras desesperadas. El agua oscura se volvía sólida, y voló hacia arriba con sus últimas fuerzas, siguiendo el rastro de los cuerpos de los colosos que parecían hundirse sin remedio.

Al salir bajo el cielo se ajustó la máscara a la cara y trepó por la gigantesca mano que sostenía la vara de serpientes. El océano entero era ya una mancha marrón y en un momento de terror, el brazo estirado del coloso pareció deslizarse hacia abajo. El lodo hervía a sus pies y a lo lejos, dunas de arena crecían sobre el agua y rompían la superficie igual que olas monstruosas.

Tenía que pensar y rápido. Quedaban escasos segundos y el puño cerrado sobre la vara de serpientes se acercaba ya peligrosamente a aquella marea cenagosa que antes había sido un mundo azul. Contempló por última vez aquella pesadilla tras su máscara de muñeca muerta, y por sus pómulos se deslizaron lágrimas antes de formular un deseo que la hizo desaparecer.

Los dragones volaron en medio del caos abandonando Cantáride a toda velocidad. Esperaban a la chica acuarie dando vueltas alrededor del coloso enterrado cuando sintieron la acuciante llamada de Lady Angaïl.

—¡Maldita bruja! —rugió Udronsanthïl odiando una y mil veces el momento, cientos de años atrás, en que cayeron en su trampa y ella les obligó a un servilismo sin límites.

Observó la boca abierta del gigante. La mariposita se retrasaba, si es que conseguía salir de allí. Un nuevo dolor intenso le hizo encogerse y se dio media vuelta sin mirar atrás.

—¿Y ahora qué hacemos, hermano? —siseó Meësh a su lado, y su cara draconiana parecía inusualmente afligida.

—Algún día mataré con mis propias garras a esa vieja —aseguró Udronsanthïl ciego de rabia—. Sólo necesito el momento oportuno y cuando salgamos de Acuarie, ese momento llegará.

Viajaron cada vez más despacio, avanzando lentos por la densidad creciente hacia la lejana gema de aguamarina que les llamaba sin piedad. A su alrededor el mundo se volvía terroso y las bandadas de peces nadaban hacia la superficie donde se asfixiarían sin remedio bajo el sol.

—Lo peor de todo es la maldita idea que me ronda la cabeza —dijo Udronsanthïl tras un rato de mortal silencio.

—¡Cuál! —exigió Meësh contemplando ya a lo lejos el destello de la bruja Angaïl.

—Que todo esto no es más que el principio y que... en realidad, lo hemos desencadenado nosotros.

La boda de Mrs. Peabody

El director Westfield leía en su despacho una y otra vez la prensa del día en busca de cualquier novedad. El colegio de Lomondcastle había decidido emplear una importante cantidad de recursos y dinero en busca de la profesora Mrs. Peabody, desaparecida hacía ya más de un mes sin dejar rastro, sin una nota ni anuncio formal. Si al menos se hubiese despedido del empleo, el director podría buscar un nuevo profesor de francés. Pero aquella desaparición tan súbita y misteriosa, con todas sus pertenencias intactas, no hacía suponer otra cosa más que un secuestro... o un suicidio.

La idea le daba escalofríos, pero la policía iba a empezar a rastrear y dragar el lago Lomond. Y el escándalo social les manchaba a todos. El director Westfield no quería ni pensar en la macabra posibilidad de la muerte pero en su fuero interno, era mucho más improbable que alguien tuviese presa a la profesora por algún motivo. Aún así...

Sin noticias de ella ni de los supuestos secuestradores, y con la policía rondando a todas horas, el prestigioso internado estaba cayendo en desgracia. Muchísimos padres de alumnas habían anunciado ya el inmediato cambio de colegio, y lo peor era que los patrocinadores comenzaban a dar muestras de alarma, y le exigían resultados satisfactorios para seguir confiándoles sus fondos.

El pobre hombre estaba a punto de tirarse de los pocos pelos que cruzaban su calva. Por un momento planeó falsificar una carta a nombre de la profesora explicando lo sucedido: la muerte de algún pariente, la fortuna de haber ganado la lotería... Cualquier cosa que su escasa imaginación pudiese justificar.

Arrojó los diarios a un lado y pasó a revisar su correspondencia. Estaba casi decidido a cometer aquella fechoría cuando sus ojos tropezaron con un sobre de color violeta, sin más señas que un nombre como remitente: Mrs. Peabody.

El corazón se le aceleró y la frente le sudó un poquito. ¡Por fin noticias! Rasgó el sobre dándose cuenta de que si era una nota de los secuestradores, estaba destruyendo pruebas policiales. ¡Pero qué demonios! La ansiedad le consumía y las manos le temblaron cuando desdoblaron el papel. Antes de terminar de leer, sus gafitas redondas habían resbalado por su nariz estrellándose contra la mesa.

Saludos, nemhirie —empezaba la carta.

Saludos, nemhirie: Has recibido el inmenso honor de acudir como invitado a la gloriosa batalla que se celebrará en el Desfiladero de la Igle... Paso de la Iglesia... (estaba tachado), para pasar por la condenada Iglesia esa las veces que haga falta,

¡y por el Viento del Norte y el del Este que así lo haremos! Contendientes: De un lado: Lord Abroholos Vardarac, Gran Amo del Norte, Dueño y Señor de Benthü-Lü-En, Sunwanda, Noohwus, Hokuka, Lur-En, y los páramos asaz neblinosos... (Y de repente cambiaba la letra a «¡Déjate de cursiladas, Pimpollo!»). Conquistador del Viento del Sur... Gran... Excelentísimo Gran Conquistador del Viento del Sur, Águila Imperial de las Puertas de Aulios, Terror de Londres, Catay y Johanna, Casi-Dominador de Silveria, Aplastador de Dilaï... ¡Avast, no te extralimites, compadre! Del otro lado: Mrs. Mary Rose Peabody, nemhirie... ummm... cocina bien. El director Westfield releyó varias veces aquello con los ojos muy abiertos, incapaz de pensar en nada coherente. En ese momento sonaron golpes en la puerta y él susurró un «¡Pase!» sin siquiera prestar atención, todavía alucinado. Y de repente el olor se hizo insoportable.

Se giró como en un sueño para descubrir a la señorita Winter allí mismo. ¿Pero no se había marchado a Irlanda por asuntos familiares? Tres caballeros de aspecto imponente la acompañaban. De hecho, imponía mucho que le estuviesen amenazando con sables.

—Disculpe, director Westfield —susurró la señorita Winter, que parecía nerviosa y tremendamente avergonzada—. ¿Ha recibido la invitación de boda de Mrs. Peabody?

El hombre miró al papel que tenía en la mano y de nuevo a los sables, y en un momento de terror pensó que aquello era una pregunta trampa. Asintió con la cabeza despacio, las gotas de sudor le caían a chorros.

—¡Pues andando! —exclamó uno de aquellos caballeros, vestido con varios abrigos negros—. ¡Y sin hacer tonterías!

—¿Señorita Winter, qué... significa... esto? —balbuceó mientras era amablemente conducido a punta de espadas y dagas hacia la salida del colegio.

—Mrs. Peabody se casa —respondió ella como si así lo explicase todo—. ¿Puedo usar su teléfono un segundo?

—¡De mil amores! —exclamó el profesor alejándose por el pasillo acompañado de dos de los tres caballeros, hasta que el eco de sus palabras se perdió en la distancia—. ¡Llame a la policía, cuénteselo todo...!

—¿Quién es la policía, shilayita? —preguntó Äüstru a su lado, inquieto—. ¿Otro invitado nemhirie más?

Laila no le hizo caso y descolgó el auricular marcando los botones a toda velocidad. Esperó un rato. Los ojos de Äüstru la miraban cargados de impaciencia, pero alguien contestaba ya al otro lado.

—Hola, papá —dijo despacio, tragando saliva.

El reverendo señor Playfar creyó que aquel iba a ser un domingo tranquilo. De

hecho se había levantado de buen humor, y aunque se desesperaba semana tras semana al comprobar que la asistencia a la misa disminuía de manera preocupante, el hecho de que el Rangers hubiese ganado al Celtic por goleada la tarde anterior, era suficiente para emprender el santo oficio con muy buenos ánimos. No le importaría que sólo acudiesen sus cuatro o cinco parroquianos de costumbre. Hacía un día precioso de invierno y nadie le iba a cambiar su estupendo presagio.

Hasta que abrió la puerta de la iglesia.

Sus puntuales ancianitas, Mrs. Broon y Mrs. Miles, temblaban de espanto frente a su cara y de repente alguien o algo las empujó contra él.

—¡Adentro, cotorras!

Y las dos puertas de madera se combaron ante una multitud de espadas, pistolones y abrigos que aguardaban impacientes. El reverendo Playfar se quedó atónito ante la riada de personas allí congregadas esperando para entrar.

—¡Esta es la casa de Dios! —fue lo primero que se le ocurrió, intentando detener aquella marabunta de gente rara que estaba asaltando su parroquia sin compasión.

Nadie le hizo caso y él miraba a todos lados con los ojos muy abiertos y las manos en alto, como si fuese un poste de teléfonos. Pero seguían entrando a cientos. Gigantes de barbas violetas enfundados en multitud de abrigos, mujeres y hombres disfrazados de piratas, y otros vestidos como si llegasen de la corte de Luis XIV, y todo inmerso en un olor abominable.

—¿La casa de Dios? ¿No dijiste que esto era la Iglesia, shilaya? —escuchó a uno de aquellos barbudos dirigirse a una chica más normal, si es que era normal tener el pelo verde.

—¡Y lo es! —le chistó ella—. ¡Callaos de una vez!

Y entonces Playfar lo comprendió todo. Era una secta satánica dispuesta a profanar el templo sagrado. Solo que no concordaba mucho. En primer lugar porque dentro del recinto había ya al menos quinientas personas o más, y se suponía que las sectas manejaban sus odiosos rituales en secreto, en pequeños grupos.

Y sobre todo y lo más importante, porque fuera, en el pequeño terreno que bordeaba la iglesia, había barcos. Barcos vikingos, galeones, uno que parecía un cisne horrible, un submarino, barcazas, lanchas... Y todo allí, como si hubiesen caído del cielo o una ola gigantesca los hubiese arrastrado hasta encallarlos frente a sus narices.

Se volvió alucinado hacia la muchedumbre que abarrotaba ya la parroquia en un griterío lleno de charlas y carcajadas, para contemplar que algunos de aquellos chiflados estaban intentando saquear el cepillo metiendo cuchillos por la ranura, y allá en el altar, un ruso de aquellos mordía el cáliz sagrado como si probase la calidad del oro.

—¡Basta! —gritó corriendo para arrancarle la preciada copa de golpe.

El ruso no se amilanó y sacó un cuchillo curvo apuntándole al cuello. En la punta

había un papel doblado en cuatro.

—Estamos pasando por la Iglesia —le dijo con un gruñido—. Haz tu trabajo, nemhirie, sea cual sea.

Y el reverendo tomó aquella nota despacio, todavía creyendo que se encontraba en una pesadilla de la que no podía despertar. Desdobló el papel y lo leyó. Tardó un rato pero al final levantó la mirada, completamente asombrado.

—¿Esto es una boda? —preguntó creyendo que la cordura se le escapaba.

—Sí, sí —le dijo al momento aquella chica del pelo verde que además, y ahora que se fijaba, llevaba un vestido tremendo, como una princesa de cuentos cursis.

A su lado, tres chicas más vestían exactamente igual, como si fuesen damas de honor de una boda de verdad. ¡Pero estaban todos locos o qué! ¿No había nadie cuerdo? Su mirada inspeccionó las filas de bancos abarrotados a toda velocidad. Tan sólo un hombrecillo apocado de pelo rojo parecía estar viviendo la misma pesadilla que él. Otro hombre normal vestido de negro lo contemplaba todo con ojos cínicos. Sus adorables parroquianas, Mrs. Broon y Mrs. Miles, se sentaban temblorosas entre dos rusos que se estaban limpiando las uñas con cuchillos, y todo su mundo se estaba volviendo del revés a velocidad de vértigo.

Tenía que tomar una decisión y rápido. Ante todo, mantener la calma. Aquellos locos parecían peligrosos. Mejor seguirles la corriente, celebrar la boda y acabar cuanto antes. Y luego se metería en cama una semana. Mejor dos.

—Necesito... necesito a los padrinos —balbuceó ya metido en su papel.

—Lady Notos y el Barón de Tramontana —señaló la chica del pelo verde a una pareja. Ella, una pirata de largos cabellos azules y él vestido con una casaca roja llena de bordados y lazos que arrastraba por el suelo.

Los dos se acercaron y el reverendo Playfar los contempló tembloroso. Gente de alcurnia. Nobleza, pero quién sabía de dónde.

—¿Y... los novios? —preguntó haciendo alarde de valentía.

Toda la muchedumbre se giró al unísono hacia la entrada. Allí, recortada contra la luz que entraba a raudales por las puertas, una especie de montaña se cogía del brazo de una mujer envuelta en sedas blancas.

La multitud aplaudió a rabiar según la pareja venía caminando hacia el altar, y blandían espadas y sables en una maraña sin igual. Playfar leyó de nuevo la invitación de boda con manos temblorosas. Lord Abroholos Vardarac y Mrs. Mary Rose Peabody, intentando memorizar los nombres a toda velocidad.

Pero no podía dejar de contemplar a los novios.

Él, vestido con un abrigo negro que parecía que le apretaba por todas las costuras, con barbas violetas recogidas en dos formidables trenzas. Y todo cubierto de cadenas de oro y condecoraciones, tantas que debía ser un peso insoportable aunque parecía llevarlo con holgura. Al cinto dos sables enormes que arañaban el suelo al arrastrar.

Ella, el vestido de novia más increíble que hubiese visto nunca: capas y capas de tul y gasas rodeando su figura rechoncha, como una gigantesca campana llena de bordados y diamantes. El reverendo era incapaz de apartar la vista de aquel vestido.

—He ordenado que ahorquen al sastre —le susurró entonces aquella Lady Nots confidencialmente al oído, y Playfar se atragantó.

—Infiero que tal suerte ha de correr el peluquero —añadió el Barón de Tramontana.

El hombre no sabía si echarse a reír o a llorar, porque el tocado de la dama era un intento infame de parecer un buñuelo de cabellos. Pero ambos novios parecían singularmente felices, no irradiaban otra cosa que ganas de casarse pese a todo lo que les rodeaba, y el reverendo sintió entonces un extraño orgullo.

Porque a pesar de aquel esperpento, toda esa gente rara había decidido casarse en su iglesia, y el amor de Dios llegaba a todas partes, y aquella era la prueba viviente. Ya se las arreglaría luego con el obispo, que tampoco tenía por qué enterarse, claro.

La algarabía fue silenciándose poco a poco y todos los ojos se posaron en él, expectantes. Un auditorio abarrotado como nunca había tenido.

—En el nombre del Padre, y del Hijo... —empezó solemne.

—¿Esos quiénes son? —le cuchicheaba otro de los rusos a la chica del pelo verde, recibiendo un codazo por respuesta.

Pero siguió oficiando la ceremonia sin apenas más contratiempos. Si acaso lo pasó mal cuando estalló una pequeña trifulca en los bancos del fondo y por entre las cabezas vio relucir un par de hachas que enseguida se escondieron.

—Los anillos, por favor —solicitó en el momento cumbre.

Todo el mundo se quedó un poco paralizado sin saber qué hacer. La novia miraba al novio como fulminándolo con la mirada bajo los velos.

—¡Äüstru, Diablo! —exclamó él de inmediato, carraspeando—. ¡Traed los condenados anillos!

Dos rusos salieron disparados hacia la salida, probablemente hacia la flota de barcos embarrancados, y volvieron de inmediato con multitud de cofres de madera que abrieron allí mismo, a los pies del reverendo.

El señor Playfar abrió los ojos, incrédulo, ante las montañas de tesoros que desparramaron bajo sus narices: oro, diamantes, collares, anillos, perlas y joyas de belleza asombrosa, y todo caía como si fuese vulgar quincalla. Notó la garganta seca ante aquella fortuna.

—¿Cuál queréis, milord? —le preguntó el tal Diablo.

Lord Vardarac cogió uno cualquiera y la novia eligió otro cuajado de diamantes y luego se los entregaron.

—Pides poco, nemhirie —le dijo el novio—. Puedes elegir más anillos y joyas. Lo que quieras, como regalo del Norte por dejarnos pasar por aquí.

—No, no es así... Esto... Ahora es cuando... Bueno, da igual. Tú, Abroholos, aceptas tomar por...

—¡Lord Abroholos Vardarac, Gran Amo del Norte como mínimo, irrespetuoso nemhirie! —le soltó el otro poniéndose rojo y sacando un machete de debajo del abrigo.

—Es así como se hace —le cuchicheó la chica desde atrás, regañándole.

—¡Ah! De acuerdo. Puedes continuar, esclavo... digo nemhirie —y guardó el cuchillo tan campante.

El reverendo parecía estar a punto de sufrir un ataque cardíaco.

—¿Aceptas tomar por esposa a Mary Rose para amarla y honrarla, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

Lord Vardarac se volvió hacia la chica que asintió con un movimiento rápido de la cabeza.

—¡Por el Gran Norte que acepto! —exclamó como si fuese una victoria.

—Y tú, Mary Rose....

—¡Acepto! —cortó ella de inmediato retirándose el velo de la cara.

—Pues con estos anillos yo os desposo en el nombre del Padre, y del Hijo...

—¡Otra vez esos dos! —farfulló el tal Äüstru.

El reverendo hizo oídos sordos y colocó los anillos en los dedos de los novios ante el asombro del propio Lord Vardarac, que al parecer, no se esperaba aquello.

—Puedes besar a la novia —terminó el cura.

El Señor del Norte tragó saliva poniéndose como un tomate, pero entonces la novia se agarró a aquella montaña viviente y le plantó un beso de película ante la conmoción silenciosa de toda la muchedumbre. El mundo entero parecía haberse quedado de piedra.

—¡Avast! —exclamó el padrino, el Barón de Tramontana, asombrado.

Y de repente estallaron mil aplausos atronadores, y se formó un tumulto como nunca había visto en ninguna otra celebración anterior.

—Me ha encantado esto —decía Lady Notos con los ojos muy abiertos mirando al cura—. Leste, yo también quiero pasar por la Iglesia...

Él sonrió pero ya la marea de gritos llenaba el ambiente, todo a rebosar de espadones y hachas blandiéndose en el aire bajo coros y gritos de guerra, canciones de batallas y honor, y toda una algarabía que hacía hervir la sangre. Playfar nunca había sentido nada igual.

—¡Nemhirie, puedes quedarte con todos los tesoros! —tronó el Señor del Norte embargado de éxtasis, mientras sus hombres trataban de agarrarlos en volandas para llevarlos hacia la salida.

El reverendo Playfar contempló las montañas de oro y joyas, y luego siguió a la multitud enardecida que abandonaba la parroquia en dirección a la flota de barcos.

Tragó saliva. Mrs. Broon y Mrs. Miles lloraban lastimosamente a sus espaldas, y al frente...

La marabunta estaba subiendo en hombros a los novios por la pasarela del barco vikingo.

—¡Todos a bordo! —gritaba un ruso calvo lleno de tatuajes—. ¡Shilaya, llévanos a ese sitio tan agradable donde había tantas cosas!

—¡No, no! —exclamó la chica con cara descompuesta, pero otra de las supuestas damas de honor, una morena, la arrastró del brazo con una gran sonrisa.

¡Y de repente ocurrió un portento ante sus ojos! Con un crujido seco, el drakkar vikingo se levantó un palmo del aire y flotó hacia arriba.

El sacerdote abrió los ojos como platos y dio un par de pasos hacia atrás creyendo que se iba a caer de espaldas. Multitud de embarcaciones lo seguían, y todos parecían poner el mismo rumbo en medio del griterío.

—Gracias, nemhirie —le sobresaltó el tal ruso Äüstru pasando a su lado—. Ha sido muy divertida esta batalla naval humana.

Y se alejó hacia otro drakkar de menor tamaño, lleno de piratas.

—¡Espere! —gritó él tratando de detenerlo. El otro se volvió refunfuñando.

—¿Qué quieres, nemhirie?

El reverendo se secó las manos sudorosas. No sabía por qué estaba haciendo aquello, pero los caminos de Dios eran inescrutables.

—Puedo... ¿Puedo ir con ustedes?

—Esto ha estado genial, no sabía que los nemhiries os casabais así —dijo Nimphia, apuntando en un cuadernito mil detalles.

—Bueno, normalmente no se asalta un supermercado cuando termina la boda —contestó Laila, intentando olvidarse del funesto convite.

Todavía daba gracias a Dios de que hubiese sido domingo y ni siquiera hubieran saltado las alarmas dentro del comercio. Las estanterías de licores habían sido pasto inmediato de aquella marabunta pirata, y todos parecían tremendamente contentos descubriendo mil cosas nemhiries, para ellos sorprendentes.

Hasta el director Westfield se animó y les enseñó un baile consistente en ir todos agarrados de la cintura, como un tren enorme danzando a través de los corredores de estanterías. Aquello causó furor y para siempre llamaron a aquello «El Baile del Nemhirie Rojo». Cuando devolvieron al hombre al colegio de Lomondcastle, Laila creyó percibir una nota de pesar en sus ojos antes de que Aurige chasquease sus dedos para borrar parte de su memoria. Pero al menos Mrs. Peabody, ahora Mrs. Vardarac, le dejaba una carta convincente para explicar su desaparición, y un cofre de madera a su nombre, cargado hasta los topes, como regalo de despedida.

—Pues a mí me ha parecido una estupidez —comentó Aurige con cara tirante.

Todas la miraron sin decir nada. En algún momento del convite, Jack Crow se había acercado invitándola a bailar.

—Por supuesto que no —había contestado de inmediato.

El hombre de negro levantó los hombros con desdén y se pasó el resto de la fiesta bailando con hadas de la tripulación de Lady Notos sin siquiera mirarla.

Cuando todo terminó, el edificio parecía haber sido el objetivo de un escuadrón de guerra, pero dejaron tanto oro, diamantes y joyas que hubiese sobrado para levantar cincuenta supermercados iguales.

—Muy buena batalla, shilayita —le dijo Vardarac cuando se despidieron fuera de los muros del colegio, muy lejos de miradas curiosas—. Que el Viento del Norte guíe tu camino siempre, y ya sabes que Benthú es tu casa si al final, aquello que buscas, no fuese de tu agrado.

Laila tragó saliva, asintiendo.

—Señorita Winter, es usted un fiasco en francés —le dijo entonces Mrs. Peabody con la cara odiosa como de costumbre, pero la mujer sonrió con lágrimas en los ojos—. No... no tengo palabras...

Y se abrazó a ella tan fuertemente que Laila se quedó sin resuello, rígida, sin saber qué decir. Luego se marchó del brazo de Vardarac todavía llorando hacia el drakkar, y la muchacha descubrió sentimientos que no imaginaba que alguna vez albergaría hacia ella.

De hecho, desde que había decidido ser ithirïe, el mundo nemhirie le resultaba cada vez más agradable. Como cuando se abandona el hogar para siempre y queda marcado en la memoria como el mejor de los sitios.

O tal vez fuera el hecho de haber conocido a Nïa. Con su cabello verde, ella ya no era la única del mundo y el color había dejado de tener importancia. Ni siquiera se acordaba de haberlo odiado alguna vez. Y ahora, contenta consigo misma, se encontraba fuerte y segura como para vivir una vida normal. Solo que la vida normal se había quedado atrás, lejos, quizás para no volver.

De repente se sintió muy triste. Ahora entendía lo que el espejito mágico de Violeta le había reflejado. Lo había entendido justo cuando esa vida que siempre soñó se había escondido, como por arte de magia, detrás del espejo.

Había hablado por teléfono con su padre y los dos habían llorado y se habían dicho cosas preciosas. Ella volvería algún día, se lo había prometido. Y le pedía que no se preocupara por ella a pesar de que eso era imposible para su padre.

Además, le deseaba de todo corazón que fuese feliz con Monique. No mencionó a Ethera ni a Nïa, no había necesidad de hacerle sufrir después de haber conocido a su madre. Y porque además, Laila estaba segura de que no había sido justa con la francesa. Si hubiese podido volver atrás en el tiempo, las cosas hubiesen sido distintas.

Cuando colgó pensó en Nïa. El Ojo de la Muerte podía alterar el pasado, pero si lo hiciera, ¿ella volvería atrás con toda aquella nueva seguridad? ¿O como la Laila Pelomoco de siempre, llena de complejos? Todavía pensaba en aquella posibilidad cuando Nimphia interrumpió el curso de sus pensamientos.

—De todas formas el plan ha fallado —decía—. Ningún albanthïo se ha presentado para capturarnos a pesar de que Maeve tiene espías por todos lados, y seguramente todo Faerie conocía ya la boda de Lord Vardarac. Para eso se repartieron miles de invitaciones.

—Cierto —se dio cuenta ella en aquel momento—. ¿A nadie le ha importado? ¿Tritia ya no quiere ponernos las garras encima?

Todas permanecieron en silencio.

—Esto sólo puede significar una cosa —murmuró Aurige, pensativa—. Que ha pasado algo que no sabemos. No hay otra explicación.

Laila bajó la vista, asustada. Si lo que temía Titania acerca de Ethera era cierto, su madre podría haber invocado al rey tenebrii ya para concertar el matrimonio con Nïa. Tenía que impedir aquello a toda costa, y no sólo por la supuesta invasión imparable de las sombras, sino porque Nïa era... bueno, era... ¡era su hermana! Ya estaba dicho. Aceptado. Aquella chica formaba parte de ella ahora, como ithirïe, con todas sus nuevas responsabilidades. No había vuelta atrás.

—¿Y si las sombras hubiesen invadido Solarïe? —susurró Cyinder con ojos asustados—. ¡Y yo aquí de fiesta igual que hacía mi madre, evadiendo mis obligaciones!

—Calma, no nos pongamos histéricas —dijo Nimphia de inmediato, pero también con un hilo de voz—. Nos marchamos a Solandis ahora mismo para que te quedes tranquila. Después, si no es mucho pedir, quisiera comprobar que no ha sucedido nada en Silveria...

—Claro, y Lunarïe para el final —añadió Aurige con fastidio.

—Tu madre es capaz de defender Blackowls y Nictis a la vez a base de puñaladas, no te preocupes —le soltó Cyinder del tirón.

Aurige la miró con mala cara, pero al final acabó bufando de risa.

—Pues todas a bordo —concluyó Nimphia caminando hacia su esquiife escondido entre un grupo de árboles. Luego echó un vistazo a Jack Crow, que todavía conversaba muy amigablemente con un grupo de hadas de Notos que se estaban retrasando en la partida—. ¡Nemhirie, nos vamos!

—¿Pero qué haces? —rugió Aurige—. ¡Deja que se vaya con ellas! Ya no le necesitamos para nada.

—Si quiere quedarse se quedará, y si no, vendrá. Veamos cómo se comporta.

Cyinder le dio un codazo a Laila exhalando una bocanada sobre los cristales

azules, cuando la embarcación cruzaba un cielo desdibujado donde comenzaban a aparecer multitud de soles.

—Lo sabía —le susurró traviesa y Laila aguantó una risita.

Porque el hombre de negro había vuelto con ellas para frustración de la lunarie. Con rostro serio y arrogante se había encaramado al esquife, pero en seguida Aurige y él se habían enzarzado en una pelea que parecía estar a punto de acabar a espadas. Nimphia, junto al timón, escribía a toda velocidad en su cuadernito.

—Curiosísimo —repetía una y otra vez mirándolos a los dos, asombrada.

Laila trataba de no reír para seguir el ritmo de la respiración, y antes de saltar a Solarie echó un último vistazo al castillo georgiano que fue su colegio, deseando alguna vez regresar como si nunca hubiese pasado nada. Atrás quedaba ya su vida nemhirie: su padre, Daniel, Winter Manor, incluso Lizzel y Sandy. Al frente, todo lo que el destino le tenía reservado. Pero eso era lo que había elegido, para bien o para mal.

—Todo parece tranquilo —observó Cyinder cuando cruzaron los muros de luz y la ciudad de Solandis estuvo a sus pies.

—Desde luego que las sombras tienen poco que hacer aquí —refunfuñó Aurige, que acababa de terminar la discusión con Jack de muy malas maneras—. Si yo fuese tenebrii me lo pensaría muy mucho antes de poner un pie en Solarie.

—¡Pues mira, es un alivio! —le contestó la rubia sin amilanarse.

Se estaba cansando ya del carácter de la lunarie, tan agriado por la presencia del hombre de negro que estaba casi por lanzarle un bolazo de luz.

Nimphia hizo descender la embarcación justo en la entrada del palacio y Cyinder saltó a tierra a toda prisa. Tan en calma estaba todo que no había ni patrullas de albanthios. El silencio era espeluznante.

De inmediato su doncella de confianza salió a su encuentro, acompañándola al interior.

—¡Majestad, gracias a los dioses estáis sana y salva! Temíamos que os hubiese ocurrido algo espantoso después de la tragedia de Acuarie.

—¿La tragedia de Acuarie? —se quedó ella sin habla, con la boca abierta.

Miró a sus amigas que también contemplaban asombradas a la doncella.

—Decid mejor la destrucción de Acuarie —sonó de repente una voz acuosa, oculta en la fresca penumbra de los muros y las columnas.

La criada tembló pero entonces una figura sucia de sangre y lodo, con una máscara de muñeca muerta en la cara, surgió de las sombras.

—Creo que me debéis unas cuantas explicaciones —sonó la voz de aquella máscara, como si respirase entre burbujas.

15

Caída al abismo

Laila creyó que se asfixiaba sin remedio y el corazón le dolía como si un nudo corredizo lo estuviese estrangulando. El susto inicial al descubrir a la enigmática Atlantia oculta en la penumbra había sido sustituido por algo mucho peor.

Y no por el hecho de que volver a ver a la acuarie despertaba el viejo pavor del mundo del agua, las pesadillas, la claustrofobia y los peligros vividos... No, no era nada de eso. En los oídos de Laila seguían resonando sus palabras sobre lo sucedido en Acuarie: todo el océano, el reino entero se había convertido en arena y tierra hasta sepultarlos vivos.

Era incapaz de imaginar aquel horror en toda su magnitud. A su mente llegaban imágenes confusas de gente braceando, gritando despavoridas mientras la tierra se cerraba sobre sus cabezas.

Y sabía que todo era culpa suya.

Sintió que se le doblaban las rodillas, incapaz de soportar aquella presión. Ella, con el medallón de plata en la mano, le había gritado a Ethera que los acuarie habían sido los responsables de la maldición de Ithirie. Y ahora Acuarie había muerto de la forma más espantosa que hubiese imaginado. Cayó al suelo sin saber ya qué estaba ocurriendo a su alrededor. La sensación de culpa era tan grande que le nublaba la vista. La saliva era amarga, la hiel le quemaba por dentro.

—¡Laila! —escuchó que la llamaban a gritos, pero no sabía quién. No sabía dónde estaba.

—No puedo —jadeó con voz entrecortada—. No puedo con esto...

Había abandonado todo lo que le importaba para aceptarse a sí misma y ser una ithirie, para llevar orgullosa sus cabellos verdes y de repente, como si le hubiesen clavado una daga, su propia madre demostraba ante todos que era capaz, no sólo de condenar a su propia hija a un matrimonio nefasto, sino de exterminar a todo un reino sin sentir el mínimo escrúpulo.

—¿Cuántos se han salvado? —suplicó más que preguntar, sin poder levantar la vista para mirar a Atlantia.

—Sólo yo —fue la respuesta brutal.

Y ya las lágrimas comenzaron a brotar sin poder detenerse. Por un momento deseó no haber nacido, que Ethera hubiese fracasado en todos sus planes y que ella jamás hubiese tenido el libro de las gemas en sus manos. Ser ithirie era lo más monstruoso que podía imaginar. Pertenecer a aquella raza de asesinos despiadados, de crueldad sin límite, de tal sed de venganza que llegaba a la locura. Las náuseas le invadían y se apretó el estómago, encogida sobre sí misma.

—¿Laila, qué te ocurre? —le llegó la voz preocupada de Nymphia a su lado.

—Somos asesinos —lloró negando con la cabeza—, no hay perdón para esto...

El colgante de plata reposaba en su mano, mostrándole el secreto que Fahon había grabado para ella. Ithirïes conspirando contra ithirïes, tal y como había dicho Aurige. Porque Fahon sabía que aquello iba a ocurrir. Sabía en lo que Ethera y el resto de ithirïes iban a convertirse, y le enviaba un último mensaje de advertencia a través de los tiempos, sólo para Laila. Pero en aquel momento de angustia en Blackowls ella reveló el secreto a su madre, y ahora todo Acuarïe había sido destruido...

Miró a sus amigas que la rodeaban preocupadas, y luego a Atlantia. La máscara no dejaba traslucir nada, pero aquellos ojos parecían gritarle «¡Culpable, culpable! ¡Traidora, asesina!»

De repente el cabello pareció arderle con lenguas de fuego verde. Laila se puso en pie despacio, como a cámara lenta. Su mente caía en picado hacia un abismo de necesidad mientras a su alrededor, un halo de poder crepitaba con furia. Tenía que arreglar aquello. Ella no era responsable. Ser ithirïe no podía significar aceptar la masacre, la venganza y el deseo de muerte. Fahon no había aceptado. Ella tampoco.

La rodeaba un círculo que parecía crecer en oleadas y sus amigas la contemplaban mudas de asombro. Sus ojos parecían ahora verdes, no azules como los de su padre nemhirie.

—Voy a detener a Ethera —anunció calmada. Su propia voz le sonó extraña, toda ella se sentía distinta—. Llegaré hasta donde sea necesario.

—Yo voy contigo —se unió Aurige de inmediato.

Laila la miró como si fuese una extraña, y luego al resto de sus amigas. Ellas no podían comprenderla ni saber cómo se sentía. Estaría mejor sola.

—Ni lo sueñes —dijo Nimphia, leyéndole el pensamiento.

—Tenéis una deuda conmigo —sonó la voz fría de Atlantia—. Alguien tiene que pagar por esto y no descansaré hasta ver mi daga hundida en sus entrañas.

—¿Qué quieres, acuarïe? —le soltó Laila, despreciativa—. Vosotros destruisteis a mi raza, los traicionasteis robando las Piedras de Firïe y condenándolos a la muerte y al exilio, ¿y ahora vienes con amenazas?

—No te creo —respondió la otra—. Si el tesoro de Firïe estuviese allí, mi gremio lo sabría...

—¡No tenéis ni idea! —le gritó Laila con los cabellos siseando—. Nadie se acordaba de la existencia de Firïe o de Ithirïe hasta que yo llegué aquí. Tu gremio nunca buscó las Piedras, ni nadie se molestó en averiguar la verdad. ¡Porque era más cómodo aceptar lo que el Reino Blanco ordenaba, y todas caísteis en la decadencia del olvido!

—Das miedo, nemhirie —susurró Aurige, atónita—

—No soy nemhirie —contestó ella tajante, sin apartar sus ojos de Atlantia—. A nadie le importó destruir Ithirïe, olvidarlos y convertir a los supervivientes en unos

monstruos ansiando venganza. Sin embargo yo no soy como ellos, pero no porque no os merezcáis lo que os está pasando, sino porque no viví su angustia, ni su maldición.

—Nadie se merece lo que está pasando, Laila —Cyinder tragó saliva con la cara pálida—. No piensas de verdad lo que estás diciendo. Tú no eres así.

—Yo sólo he sido la pieza de un juego hasta hoy —contestó ella—. Mi madre preparó todo esto para que yo siguiese cada punto del plan que había forjado. Todos me usaron como una marioneta: ¡Abre la puerta, recita el poema, consigue el tesoro en la Torre de los Vientos! Y todo para iniciar una venganza sangrienta y luego dejarme tirada a un lado —apretó las manos que ardían en fuego—. ¿Acuarie dices? A mí qué me importa Acuarie...

Y de repente se dio cuenta de que estaba pronunciando exactamente las mismas palabras de Ethera: «Ya no me importa». Sintió miedo. Aquel camino la llevaba de forma inexorable a ser igual que ella. ¿Habría vuelta atrás? Porque era como caer en un precipicio de espaldas, mirando hacia arriba, viendo como se alejaba la salida. Respiró hondo, despacio, y sus ojos volvieron a ser azules.

—Siento el deseo de venganza, igual que todos ellos. Lo llevo en la sangre porque es la sangre de Ethera, pero no soy un hada. Por eso me voy a calmar, y nos vamos a calmar todas —advirtió a la acuarie—. Porque creo que no os gustaría nada que yo fuese un hada.

Atlantia la contempló largamente con gesto serio. Luego asintió, pero no había forma de saber si estaba siendo sincera o sólo impresionada.

—Quiero el Agua de la Vida —su voz sonó despacio—. Acuarie ya se estaba muriendo antes de la masacre. Los dragones lo sabían y Lady Angaïl también. Necesito recuperar nuestro tesoro sagrado. Si alguien más ha sobrevivido podremos empezar en otra parte, desde cero. Seremos un nuevo reino de Acuarie que no tendrá nada que ver con el pasado...

—Y tú serás la reina, claro —interrumpió Aurige con cinismo.

—¿Algún problema, lunarie? —le contestó altanera—. Nunca he negado mi deseo de gobernar Acuarie, tal y como Tritia me prometió hasta que vosotras os pusisteis en mi camino.

—¿En tu camino? —le contestó la morena—. Todavía recuerdo que estabas prisionera en la cisterna de un laboratorio hasta que te sacamos de allí. Si vas a empezar un reinado nuevo, sería mejor no olvidar tan rápido tus miserias.

—Sí, y yo os ayudé a llegar a la torre del örgothil para que robaseis el Agua...

—¡Nosotras no la robamos y lo sabes! —se atrevió Nimphia—. Sólo fuimos para salvar Solarie con el último Grano de las Arenas. Tritia sabía que mentía cuando nos acusó.

Miró a Atlantia, retadora, por si la acuarie tenía algo que objetar a sus palabras, pero la muchacha permanecía silenciosa tras su enigmática máscara.

Laila se volvió entonces a Jack Crow, con un presentimiento.

—Fuiste tú, ¿verdad? Es un hecho que robaste las Arenas de Solarie, todas lo sabemos, y también quieres el Arpa de los Vientos...

El hombre de negro empezó a negar, pero Cyinder, con los ojos dorados tan abiertos como platos se había quedado rígida.

—¡Decidme que esto no es verdad! —exigió tirante—. Decidme que no he viajado al lado de un nemhirie que destruyó mi reino. Que mi madre no ha muerto por un humano que tengo frente a mi cara y que... ¿vosotras lo sabíais?

—Cyinder... —empezó Aurige.

Laila sintió que se le secaba la garganta. Con tanta soberbia ithirie había olvidado que Cyinder desconocía todo lo que hablaron y planearon en la Universidad. La rubia seguía atónita, como si estuviese dentro de una pesadilla imposible. Negó con la cabeza una y otra vez.

—Lo sabíais y no me habéis dicho nada en todo este tiempo... —su mente viajaba a toda velocidad—. ¿Cómo sacaste a Laila del sueño blanco, lunarie? —preguntó con voz helada—. Nunca me lo has contado y por lo que yo sé, nadie ha logrado algo así jamás. ¿Cómo lo hiciste? ¡Te exijo que me lo digas!

Aurige permaneció en silencio. El salón del palacio parecía haberse congelado en el tiempo.

—Yo lo hice —dijo de repente Jack Crow y todas se volvieron hacia él a la vez con la boca abierta—. Yo salvé a Laila.

Su rostro serio y duro, tallado en piedra, no dejaba adivinar nada.

—Tú, nemhirie, ¿esperas que me crea que contrarrestaste el hechizo de la reina de reinas? ¿Que un vulgar humano tiene el poder de revocar la voluntad de Maeve?

—Yo he robado las perlas de los soles —confirmó Jack, altanero—. He tenido en mis manos el Agua de la Vida y poco faltó para conseguir el Arpa del reino del viento. Sí, fui yo.

—¡Ahh, humano! —siseó Atlantia con alegría, abalanzándose de repente contra él con un puñal.

Una daga de plata relució en las manos de Aurige, y se la lanzó al hombre de negro como una estela. Jack Crow la tomó por la empuñadura con una habilidad sorprendente, y con un movimiento demasiado rápido esquivó la embestida de la acuarie. La daga cortó el aire en su mano y se detuvo a menos de un centímetro de la garganta de la muchacha.

—Si hundo esto en tu cuello no necesitarás ya el Agua de la Vida —dijo el hombre de negro sin un pestaño.

—¡Basta! —gritó Cyinder. Sus manos brillantes trataban de serenarse a duras penas—. Creéis que mi palacio es un circo, que yo soy una tonta a la que podéis mentir y engañar...

—Cyinder, podemos solucionarlo todo —gimió Nimphia.

—Solarie y yo no tenemos que solucionar nada —sonó la voz fría de ella mientras Atlantia se apartaba despacio de la daga—. Jamás hubiese imaginado que me hicieseis esto. Erais como mis hermanas, mis mejores amigas...

Laila tragó saliva. Las lágrimas surcaban el rostro de Nimphia y Aurige permanecía seria, con sus ojos demasiado oscuros.

—Maeve tenía razón en todo —siguió la solarie—. He estado ciega creyendo en la amistad, pero vosotras no habéis dudado un segundo en traicionarme.

—Eso no es así —lloró Nimphia—. Te lo podemos explicar todo.

—¿Qué vas a explicar, Nimphia? —cortó ella—. Sabíais dónde estaban las Arenas de mi reino, sabíais quién las tenía. Está aquí mismo, frente a mí —miró a Jack Crow—, ¿y no sentís nada? ¿Ni siquiera le exigís que me las devuelva, como yo lo estoy exigiendo ahora mismo?

Agachó la cabeza lentamente, incapaz de soportar aquella pérdida. No sólo era el sentirse traicionada y engañada, sino el hecho de que hubiesen sido sus propias amigas. No podía entenderlo.

—Me habéis pedido que os acompañase a buscar las Piedras de Firie, que huyese de Solarie como una ladrona abandonando mi reino a su suerte, y yo acepté porque os quería... ¿Qué vais a hacer con las Piedras, dárselas al humano? ¿Y el Ojo de la Muerte también, lunarie?

Aurige no contestó. La rubia se irguió sintiéndose más reina que nunca y se volvió a Atlantia.

—Solarie siente más que nadie la pérdida de Acuarie —le dijo con voz majestuosa y fría—. La ciudad sumergida de Soumur es un triste regalo que no puede compensar a Cantáride, pero no tengo nada más que ofrecer. Quieran los dioses que haya más supervivientes y que puedan venir a vivir a Solarie, donde intentaremos por todos los medios que sea vuestro hogar —entonces volvió a contemplar a las que fueron sus amigas—. Marchaos, por favor. No quiero veros nunca más, a ninguna.

Y se dio media vuelta alejándose hacia la penumbra.

—Cyinder —le gritó Laila con la boca seca, pero ella no se volvió.

El sonido de sus pasos se perdió en la distancia y de repente todo pareció mucho más frío y desagradable aún. La marcha de Cyinder era como una losa aplastante sin sentido y en la oscuridad del palacio solo se escuchaba el lamento de Nimphia.

—¡Todo es culpa de este nemhirie! —musitó Aurige sin mirar a Jack Crow.

—Oye guapa, que gracias a mí, tu amiguita rubia no sabe que te has fundido una perla de los soles —le soltó él con descaro—. Lo menos que podías hacer es agradecermelo como es debido.

Laila lo miró con asombro.

—¿Gracias a ti? ¿No te enteras que estamos aquí y en esta situación por tu culpa?

—Si es que tenía que haberte matado allí mismo y haberlas cogido todas —se maldijo Aurige.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó él insinuante, con una sonrisa provocadora.

—¿Este nemhirie es tonto o qué? —intervino Atlantia—. Hasta una ostra se daría cuenta.

—¿Ah, sí? Ilústrame, sirenita, por favor —le indicó él aumentando la burla.

—Tienes las Arenas, el Agua de la Vida... Si hubieses conseguido el resto de tesoros sagrados, ¿crees de verdad que ahora estarías vivo? Era más fácil que tú hicieses el trabajo sucio y que ellas los tuviesen de golpe todos a la vez.

Jack Crow miró a Aurige, que le devolvió una sonrisa cínica sin negar nada. La situación se crispaba por momentos, parecía que iba a estallar una bomba. En el lejano corredor, una cabeza rubia se acercó y Laila creyó por un momento que Cyinder regresaba, que todo podía solucionarse. Su sonrisa se truncó al descubrir a una de sus doncellas que avanzaba con cara seria.

—La reina me envía para asegurarse de vuestra partida —les dijo—. Ya no sois bien recibidas en Solandis, y no se os permite la estancia en palacio ni un minuto más. Marchaos, o avisaremos a los albanthios de inmediato.

—¡Dile a Cyinder que venga a decírnoslo a la cara! —rugió Aurige—. Que venga que le voy a decir un par de cosas.

—La reina se marcha a Tirennon —anunció la doncella tragando saliva—. No desea veros ni saber de vosotras.

Y con aire muy digno se dio media vuelta dejándolas a todas con la terrible noticia. Cyinder se iba, se entregaba definitivamente a la bruja Maeve. El vacío se agrandaba por momentos, se extendía como un páramo donde sólo crecían sombras.

—Vámonos —decidió Aurige iniciando la marcha hacia la salida.

—¿A dónde, lunarie? —preguntó Nimphia, pesarosa—. Ya no tengo fuerzas para seguir adelante.

—Iremos a por las Arenas de Solarie —dijo Laila entonces mirando a Jack Crow, que se puso rígido—. Tú nos vas a llevar, nemhirie, y se las devolveremos a Cyinder, que era lo que debíamos haber hecho desde el principio. Como también robaste el Agua de la Vida, lo solucionaremos todo a la vez.

—Me parece una idea perfecta —corroboró Aurige cuando ya la extrema claridad de los seis soles les deslumbraba en el paisaje en calma de la ciudad.

—No puedo —negó el hombre de negro, asustado—. Pedidme cualquier cosa menos eso.

—Lo siento mucho, no tienes esa alternativa —negó Laila con dureza.

—No voy a ir. No sabes lo que estás pidiendo.

—Da igual, Laila, yo sé dónde están —Aurige levantó los hombros con desdén

mientras Nimphia hacía bajar el esquiŕe de vela.

—¡Por favor! —le gritó Jack agarrándola de los hombros y la lunarie se revolvió furiosa.

—¡No me toques!

—Os estoy suplicando que no vayáis. Haré lo que queráis, os lo pido por... por mi padre y por el alma de mi madre, pero no vayáis.

Laila lo contempló con un asomo de duda. Jamás había visto a nadie implorar así. Incluso sintió cierto calor humano.

—Bueno, también necesitamos las Piedras de Firie —empezó—. Hay que proteger a Nïa de los tenebrii...

—Quiero el Agua de la Vida —dijo entonces Atlantia con su voz fría de burbujas—. Mi mundo entero ha muerto, ¿crees que su padre, quien quiera que sea, y el alma de su madre me importan?

—Yo iré a por esas piedras que decís —volvió a insistir Jack, desesperado—. Os las conseguiré como sea. Sólo pido que no busquéis las perlas de los soles. No las busquéis, dejadlas allí hasta que todo termine.

—Lo que queremos está en Acuarie —dijo Nimphia con voz acerada—. En la misma torre donde robaste el Agua de la Vida.

—Iré. Lo juro. Las tendréis si me prometéis...

—No prometemos nada a los humanos —cortó Atlantia—. Dime el lugar, lunarie, y cuando tenga el Agua yo misma os abriré un portal a Acuarie para que rescatéis las Piedras, si es que sois capaces de escarbar tan profundo en la arena que alguna vez logréis llegar a Cantáride.

Laila se estremeció. Escarbar en la arena hacia abajo, en un océano que ahora era un cementerio. Jamás encontrarían las Piedras de Firie, y sólo de pensar en los miles de cuerpos atrapados en la tierra se le revolvía el estómago.

—No nos sobra el tiempo para ir de aquí a allá —musitó asustada, dándose cuenta de repente que la situación de Nïa se volvía muy complicada.

—¡Yo lo haré! —insistió Jack—. ¡Jamás he fallado!

Aurige miraba a Nimphia y pareció que movía los labios sin hacer ningún ruido. Cuando la airie asintió, se volvió a Atlantia.

—Abre ese portal, acuarie —dijo entonces—. Laila tiene razón, el tiempo vuela y necesitamos las Piedras con urgencia. Iré con el nemhirie para ver si es capaz de cumplir su palabra. Y si no es así, estaré allí para asegurarme de que no vuelva, no se escapará con otra artimaña —luego se volvió a Nimphia—. Nos encontraremos en Lunarie. Id a Blackowls y esperad con mi madre y Oberón.

Atlantia pareció pensárselo pero al final asintió.

—Si quiere huir, mávalo —dijo mientras se formaban ondas luminosas delante de ella—. Sólo es un nemhirie.

Aurige afirmó con la cabeza y desapareció en el portal.

—Au revoir, señoritas —les dijo con una reverencia pícara—. Sólo soy un nemhirie pero valgo más que diez elfos juntos.

Y cruzó el portal.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Atlantia extrañada.

—No intentes comprender la jerga nemhirie —le dijo Nymphia volando al barco—. Subid. Vamos a por las Arenas de Solarie.

—¿Pero cómo? —preguntó Laila, asombrada.

—Aurige me ha susurrado el sitio. No vamos a perder más tiempo ni a confiar en la palabra del humano que casi destruye Solarie. Además, planeaba robar el Arpa de los Vientos. Para mí es suficiente.

Ella dudó. Jack Crow parecía sincero en su desesperación, demasiado preocupado por lo que podía suceder si buscaban las Arenas.

—¿Prefieres al nemhirie o recuperar la amistad de Cyinder? —dijo Nymphia leyendo la duda en su cara.

Laila aceptó la mano que su amiga le tendía. Tenía razón, no podían fiarse de él. Aurige se encargaría de las Piedras.

—¿A dónde vamos? —preguntó por fin exhalando una bocanada sobre los cristales azules.

—Al Londres nemhirie, y tú acuarie... —empezó dispuesta a exigirle ayuda.

—No voy a quitarme mi máscara para respirar aire —fue la respuesta de Atlantia.

Nymphia apretó los labios y giró el timón. Al igual que Laila, miró el palacio de Solandis por última vez antes de que el barco ganase velocidad hasta desaparecer.

La luna llena brillaba sobre el tapiz de puntos de luz que era Londres bajo la noche cerrada. Nymphia navegaba a gran altura, despacio, vigilando en todo momento cualquier sobresalto. Había arriado la vela y Laila sentía el cansancio del esfuerzo. Lanzó una nueva bocanada sobre los cristales parpadeantes y el esquife descendió suavemente hacia las lujosas mansiones de Kensington Park.

La iluminación era tenue, ensombrecida por jirones de neblina, y Nymphia maniobró con cuidado hasta que el casco tocó tierra entre la arboleda que rodeaba una gran casa victoriana de exuberantes jardines. Numerosos coches flanqueaban la entrada y las ventanas brillaban iluminadas en toda la primera planta.

«Perfecto —pensó Laila con desasosiego contemplando la mansión—. Qué mejor momento que en mitad de una fiesta».

Miró a Nymphia con dudas por si su amiga tenía ya forjado un plan, pero por muy cuidadosas que quisieran ser y pasar desapercibidas, una chica con el pelo verde, otra con cabellos violetas y una tercera con una máscara de maniquí, no eran precisamente el colmo del camuflaje.

Y para empeorar el asunto, Atlantia se acercó a la entrada de la mansión sin ningún pudor.

—¡Qué haces! —le chistó Nimphia, horrorizada.

La acuarie empezó a volverse de gelatina, decidida a pasar por la rendija de la puerta sin importarle la música y las risas que llegaban desde dentro. Laila tocó el timbre a toda velocidad, obligando a la otra a volverse sólida de inmediato.

—Tenéis demasiados prejuicios —dijo Atlantia con desdén.

En ese momento la puerta se abrió. Frente a ellas, un mayordomo impecable las observaba intentando esconder una expresión de asombro lo más educadamente posible.

—¿A quién tengo el honor de anunciar? —preguntó formal mientras pensaba dos cosas: una, que Halloween ya había pasado y dos, que no había sido contratado ningún grupo musical a última hora. Su gesto se endureció.

Laila observó que flanqueaba la puerta dispuesto a no dejarles pasar bajo ningún concepto. Había que jugarse el todo por el todo.

—El señor de la casa nos está esperando —contestó con aplomo.

El sirviente torció los labios en un gesto de absoluta incredulidad.

—Me temo que su excelencia está ocupado en estos momentos...

—Nos envía Jack Crow —añadió Nimphia de repente y Laila asintió.

El hombre permaneció rígido un segundo, pero entonces las invitó a pasar a un lujoso recibidor iluminado con lámparas de cristal. Desde allí partían grandes escaleras hacia las dependencias superiores, y muchas puertas cerradas permitían adivinar magníficos salones para alguien acostumbrado a fiestas selectas y banquetes de la nobleza.

—Disculpen un segundo, señoritas —entonó el mayordomo su voz grave antes de desaparecer.

De repente Laila sintió un escalofrío. Estaba a punto de conocer al hombre que había contratado a un mercenario para secuestrarla, el que tenía en su poder las Arenas de Solarie y el Agua de la Vida. El villano final de las películas, el jefe máximo. El malvado adversario secreto que revelaría por fin todos sus misteriosos planes. Notaba el latido en la garganta. Ahora aparecería un desconocido siniestro y detrás, toda su banda de mafiosos encañonándolas con pistolas y metralletas. Nimphia lanzaría relámpagos desde sus manos y ella convertiría la casa en una jungla, ya lo tenía decidido.

Pero cuando el mayordomo abrió la puerta para dejar paso al dueño de la mansión, Laila creyó que su corazón se paraba, que el mundo se detenía en una nebulosa irreal mientras contemplaba la cara igual de horrorizada de Sir Richard Armand Brown.

—No... —susurró con los ojos muy abiertos, y movió la cabeza como en un

sueño lento que se va transformando en una pesadilla poco a poco. La caída hacia el abismo era imparable.

—Laila —exclamó Sir Richard, que se había apoyado en el marco de la puerta al borde del colapso. De repente se llevó una mano al pecho, apretándoselo con fuerza —. Laila, yo...

—¿Te conoce? —se asombró Nimphia, pero el anciano se derrumbaba a ojos vista.

—¡Señor, qué ocurre! —sonó la voz lejana del mayordomo, viendo que Sir Richard se ponía pálido y comenzaba a sudar.

Y en ese momento Atlantia sacó su daga, y tan rápida que fue imposible evitarlo, se abalanzó sobre el anciano caballero agarrándolo del cuello y poniéndole el cuchillo en la garganta, justo en el borde de la camisa.

—Cuidado, nemhirie —advirtió al mayordomo que se había movido en su dirección de manera inconsciente—. Llévanos a un sitio tranquilo o juro que no tardaré ni un segundo en mataros a los dos.

Laila contemplaba la escena y seguía petrificada. Incapaz de detener el ataque de la acuarie, sus ojos estaban fijos en el anciano. El hombre que ella consideraba como su padre, la persona que más quería en el mundo después de Sean Winter. El rostro de Sir Richard se volvía mortecino por momentos con la vista clavada en ella.

—Mi señor necesita un médico —gimió el sirviente comprendiendo que su amo estaba sufriendo un infarto.

—Por favor, Atlantia —empezó Nimphia, y levantó las manos tratando de apaciguar las cosas—, vamos a resolver esto de forma tranquila.

—Es una situación muy tranquila —burbujeó su voz—. O me devuelve el Agua de la Vida o le mato. Así de natural.

Sir Richard jadeó un estertor tratando de respirar, con la camisa blanca empapada en sudor. Los ojos se le volvían vidriosos...

—Suéltale —dijo Laila de repente con aquella voz extraña y todo el cabello creciendo como un nido de serpientes furiosas.

Atlantia la miró asombrada y por un momento apretó más la daga contra la piel del anciano. Las maderas del suelo temblaron a sus pies. Los ojos de Laila eran terribles. No se había movido un centímetro, pero el piso parecía a punto de estallar, justo como en Acuarie.

—De acuerdo, tú ganas —aflojó la daga y el mayordomo corrió en ayuda de su señor—, pero este no era el trato.

—Hay un trato nuevo —siguió Laila sin inmutarse—. Escucharemos lo que nos tenga que decir y si no nos gusta, seré yo quien decida su suerte, no tú.

Nimphia ayudó al mayordomo arrastrando el cuerpo jadeante de Sir Richard hacia un salón vacío a oscuras, lejos del bullicio de una fiesta que parecía no haber notado

nada. Le acomodaron en uno de los sillones alrededor de la mesa de caoba. Tras las vidrieras emplomadas, la noche se aplastaba más oscura que nunca.

El sirviente corrió tembloroso hacia una escribanía y cogió varios tarros de píldoras. Algunos cayeron desparramándose por el suelo. Luego, con movimientos agitados, metió dos pastillas en la boca de Sir Richard y le apretó la mandíbula obligándole a masticarlas. El anciano comenzó a respirar más pausadamente, pero todavía se agarraba el pecho como si se lo estuviesen estrujando.

—Yo nunca... nunca quise hacerte daño —consiguió susurrar en un esfuerzo imposible, mirando a la muchacha con los ojos llenos de sombras.

Laila seguía sin poder dirigirle la palabra. Sus cabellos habían vuelto a la normalidad, pero su cabeza estaba llena de imágenes. Recuerdos que se estaban rompiendo en mil pedazos, escenas que nunca volverían. Apenas trataba de pensar en ellas, simplemente las destruía. Porque si sumase todo a la vez, las mentiras de su padre, los verdaderos planes de su madre y la traición de Sir Richard, se volvería loca sin remedio. Escuchaba palabras en un su mente. Palabras que daban miedo pero que cada vez tenían más sentido: *Ya no me importa*.

Sus ojos vagaban confusos en aquel caos y de repente toparon con el retrato al óleo de una mujer. Se giró a la cara del anciano, aquel perfecto desconocido que había amado toda su vida.

—Se llamaba Marie —jadeó él, y luego cerró los ojos dejando que las lágrimas resbalasen lentamente por sus mejillas—. Murió hace ya tanto tiempo...

El mayordomo le acercó un vaso de agua en el que había depositado unas gotas.

—Es igual que la ailoría —murmuró Nimphia, también sobrecogida.

El silencio sobrecargó el ambiente, como un zumbido estático en el que sólo se escuchaba un reloj de pared y la respiración acuosa de Atlantia.

—James, llévanos abajo —pidió entonces Sir Richard a su mayordomo.

—Señor, permítame disentir...

—Estaré bien —contestó con un deje de su antigua firmeza—. Creo que lo peor ya ha pasado...

—Yo creo que no —aseguró Atlantia, que no había dejado de observarle con la daga en la mano.

El anciano caballero respiraba despacio, profundamente, y sus ojos trataban de buscar en los de Laila algún signo de misericordia. Pero no encontró nada.

—Nunca había conocido... a una doncella del agua —jadeó Sir Richard de nuevo, mientras James le ayudaba a levantarse después de ponerle una manta sobre los hombros.

Atlantia iba a contestar pero Nimphia le fulminó con la mirada. Caminaron en silencio tras los pasos del anciano caballero y su mayordomo, adentrándose en la mansión y luego bajando poco a poco unas escaleras que olían a humedad y a

incienso.

Al fondo, en una cámara llena de flores y joyas, danzaban lucecitas de velas rodeando un ataúd de cristal. James trajo una silla y Sir Richard se sentó exhausto, cayendo contra el respaldo. Laila y Nymphia se acercaron a contemplar a la mujer del cuadro, que parecía descansar en un sueño tranquilo.

—¡No ha envejecido nada! —exclamó Nymphia, asombrada.

—Vendí mi alma al diablo, Laila —dijo Sir Richard entonces con los ojos cerrados—. Ellos me la arrebataron y yo lo di todo para recuperarla. Hasta a mis hijos, a ellos también les he vendido.

Laila asintió despacio. Las piezas encajaban a velocidad vertiginosa.

—Nunca me quisiste, ¿verdad? —le dijo por fin—. Ni a mí, ni a mi padre, y le engañaste con Monique para tenernos vigilados.

—¿Sabes lo triste de esto? —dijo Sir Richard después de unos segundos—. Que Monique sí está enamorada de Sean, aunque quiera ocultármelo y yo... yo necesito que me entiendas, Laila. Lo necesito sobre todas las cosas.

—¿Por qué tendría que creerte? Todo ha sido mentira. Siempre.

—No —el anciano volvió a sentir dolor en el pecho—. Yo te quiero más que a mi propia hija, más que a Jack, pero por Marie volvería a hacerlo una y mil veces.

—¿Hacer qué, nemhirie? —le espetó Atlantia apagando las velitas distraída.

Sir Richard tragó saliva contemplando la figura borrosa del ataúd.

—Entregarles todos los tesoros de Faerie. Uno tras otro. A cambio le devolverían la vida, me lo prometieron.

—¿Ella joven y tú un anciano decrepito? —se burló la acuarie sin piedad, y de repente se quedó seria—. Por eso querías el Agua de la Vida...

Se irguió respirando deprisa tras la máscara. La furia volvía a dominarla y no iba a poder controlarse.

—Ya no la tengo —aseguró el anciano comprendiendo sus intenciones—. Te lo juro, doncella del agua, me obligaron a entregarla. Les di el tesoro de tu reino pero guardé las perlas porque no podía fiarme de ella.

—Ella... —repitió Laila.

Sir Richard asintió despacio.

—Sí, ella. La reina de Ithirë.

Las piedras de Firie

Aurige contempló asombrada el desierto en que se había convertido Acuarie. Extensas planicies onduladas y dunas amarillentas hasta donde abarcaba la vista, bajo un sol azulado que le daba a todo un aspecto irreal. El viento acariciaba la superficie y levantaba ráfagas de arena que picaban en las piernas y en los ojos, queriendo limar las pequeñas olas que se habían quedado congeladas para siempre.

Si alguna vez albergó dudas sobre las palabras de Atlantia, aquello era la horrible confirmación. Dio unos pasos y sus pies se hundieron en la arena fina. Entonces sintió el escalofrío de la verdad. Bajo ella, en la profundidad oscura, reposaba ahora toda una civilización, un reino entero sepultado igual que el de los humanos de Hiria. Toda una parte de İalanthilian masacrada sin piedad.

Se agachó para tocar la arena y la dejó caer resbalando lentamente entre los dedos. Trataba de imaginar los últimos momentos de los acuaries que intentaron escapar hacia la superficie, con aquella tierra aprisionándolos por todos lados.

Frunció el ceño porque algo no encajaba. El manto de aquel desierto parecía casi un espejo de pequeñas ondas, pero no había nada. No había cuerpos, ni siquiera restos de peces o de cualquier otra criatura de Acuarie. Aquello no le gustaba.

Entonces sintió la llegada de Jack Crow a sus espaldas y todos los músculos se le pusieron en tensión.

—Bien nemhirie, vamos a dejar unas cuantas cosas claras —dijo olvidando aquella sensación misteriosa de vacío—. A partir de ahora mando yo, y se hará lo que yo diga.

Jack levantó una ceja, divertido.

—Claro que sí, madame, señorita hada —se burló haciendo una reverencia—. Estoy a tus pies. Por cierto, gracias por la daga que me lanzaste.

—No te la lancé a ti —le contradijo ella demasiado seria—. Era para Atlantia, por si acaso no le bastaba con su propio puñal para acabar contigo.

—Por supuesto. Te pones muy guapa cuando mientes.

Aurige compuso tal mirada de desprecio que hubiese fulminado a cualquiera. Trató de ignorarle y su mente se concentró en orientarse por la posición del sol. Cantáride no podía estar muy lejos. Lo peor sería cuando tuviesen que ponerse a excavar.

En realidad, Aurige sabía que no tenían ninguna oportunidad de conseguir las Piedras. Únicamente estaba ganando tiempo para que Laila y Nimphia llegasen hasta las Arenas de Solarie. Sin dejar traslucir nada, desplegó sus alas para volar a las alturas y estudiar la zona en detalle.

—Preciosas —sonó la voz divertida de Jack cuando tomaba impulso—. ¿También

llevas la varita mágica?

—¿Vas a fastidiarme todo el rato? —se volvió ella con la cara agria tras haberle cortado el vuelo.

—Es que me ha encantado cómo te las has arreglado para que nos quedásemos a solas tú y yo.

—¿Te has vuelto loco o qué? —le espetó Aurige con la boca abierta de asombro—. Hemos venido a por las Piedras de Firie... «Tú» has venido a por las Piedras. Yo sólo estoy aquí para impedirte que escapes, con o sin ellas.

—Claro, claro. La sirena nunca había oído hablar de esas piedras. Ni yo, que conozco Faerie mejor que tú misma. Te sacas un tesoro mágico del bolsillo y de repente ¡puff!, aquí estamos los dos... solos.

Aurige le miró un segundo y luego se dio media vuelta sin decir una palabra. No iba a escuchar más tonterías de un humano que intentaba provocarla con estupideces. Echó a volar sin contemplaciones dejando al hombre de negro allá abajo hasta que sólo fue un punto.

Le odiaba a muerte. Y a sí misma, porque no podía concentrarse estando él cerca. Con gusto le hubiese arrojado una salva de aspas sin mirar si le destrozaban o no. Siguió volando en círculos amplios y muy a lo lejos, hacia lo que debía ser este, algo brilló un segundo antes de desaparecer.

«Perfecto» —pensó asintiendo para ella misma.

Cuando sus alas ya la impulsaban en aquella dirección, recordó que Jack estaba abajo esperándola y de nuevo ahogó una maldición airada. Porque encima tenía razón en un punto con el que no había contado: estaban los dos solos.

El hombre de negro mantenía su sonrisa de superioridad cuando se posó delante de él.

—Mueve esa cara de idiota —le dijo ella con los ojos convertidos en rendijas—. Hay algo allí delante.

—¿Y por qué no me llevas volando y así ganamos tiempo? —le soltó Jack con descaro.

—Por varias razones, pero la más importante es que me da asco tocarte —aseguró Aurige, tan calmada y fría que sus palabras resultaban dolorosas.

Jack no perdió la sonrisa encantadora, pero sus ojos se oscurecieron.

Caminaron un largo trecho en silencio. El viento silbaba trayendo nubes de arenisca que se ensañaban con ellos, y otras veces se alejaba y parecía que arrastraba voces fantasmales que ponían los pelos de punta. La arena se hundía blanda bajo sus pies y por todos lados descubrían pequeños charcos de lodo burbujeante donde el agua se resistía a desaparecer.

—¿Estás segura de haber visto algo? —preguntó Jack con cinismo—. ¿Un palacio encantado o una fuente de los deseos?

—Mira nemhirie, de verdad que estoy cansada de ti...

—¡Shhhh! —le chistó él de repente, poniéndose alerta y mirando hacia la arena.

—¡Y ahora qué! —exigió Aurige ante aquella nueva estupidez.

—Viene algo.

—Pues yo no oigo nada —se cruzó ella de brazos negándose a prestar atención.

—Mira guapa, cazo hadas desde que tengo uso de razón y si te digo que...

Y de repente el suelo estalló hacia arriba como un volcán, escupiendo terrones de arena por todos lados. Una especie de tentáculo gigantesco lleno de espinas se movía en la lluvia de tierra creciendo en volutas, buscando algo.

La muchacha se quedó paralizada de asombro ante aquella raíz monstruosa. Sintió la boca seca cuando comprendió que serpenteaba en su dirección.

—¡Corre! —gritó Jack tirando de ella de golpe y Aurige no se hizo de rogar.

La arena comenzó a crepitar a sus pies y el tronco de otra raíz reptó hacia ellos, ondulante como un gusano.

—¡Por los dioses, qué es esto! —jadeó ella en el momento en que esquivaba un grupo de dedos que salían de la tierra, enroscándose justo donde habían estado sus pies segundos antes.

Tras ellos el primer tentáculo había vuelto a hundirse, y de repente una duna enorme se levantó chorreando arena por todos lados, dejando ver marañas de espinas que crecían alargándose hacia ellos como pequeñas ramitas hambrientas.

El mar de tierra siseaba ya entero en movimiento, y por todos lados surgían dedos de raíces secas y plantas verdosas; una selva de furia que les había oído y buscaba el agua de sus cuerpos sin importarle devorarse a sí misma.

Las piernas se les hundían hasta casi las rodillas en las arenas engañosas que les impedían avanzar, bocas de fango burbujear serpenteando hacia ellos. Aurige agarró a Jack por la cintura y de un violento tirón se impulsó hacia arriba en el momento en que los tobillos del hombre se llenaban de ramas trepadoras, que tiraron de él tratando de arrastrarlo hacia aquella maraña de pesadilla.

El hombre de negro se resbalaba hacia abajo y sus ojos asustados buscaron los de ella sin pedirle nada, ni una súplica. Aurige apretó los dientes y una salva de aspas de luz negra voló creando estelas, cercenando todo lo que encontró a su paso.

Siguió subiendo en un vuelo dislocado. Notaba el esfuerzo por el peso del hombre que se agarraba a su cuerpo con la cabeza pegada a su estómago. A sus pies, la selva parecía convertirse de nuevo en arena seca, desmoronándose en medio de crujidos que sonaban como lamentos, hasta que volvió la calma y el mar de dunas pareció de nuevo un espejo tranquilo.

El sudor le cubría la frente, pero por nada del mundo pondría los pies en aquella trampa que era la arena de Acuarie. Escudriñó a lo lejos perdiendo un poco de altura. Se resentía del peso por segundos, iba a ser muy difícil poder volar más tiempo. De

nuevo creyó ver el destello plateado y en el suelo, un poco más adelante, sombras oscuras parecían conformar una especie de camino recto.

Bajó un poco hasta comprobar que eran listones desvencijados de madera medio hundidos, que se dirigían a alguna parte como los raíles de un tren. Ya los había visto en otra ocasión: sendas misteriosas que flotaban sobre las aguas hacia quién sabía dónde.

—Me encanta tu cuerpo —murmuró Jack en ese momento apretando la cara contra su abdomen.

—Eres todo un caballero —contestó ella.

Y de repente le obligó a soltarse. El hombre cayó hacia abajo con un grito, atónito y horrorizado hasta que dio de pleno contra el camino de madera y se golpeó la espalda en un impacto brutal. Aurige se posó frente a él de puntillas y lo contempló de brazos cruzados.

—¿Duele? —se carcajeó.

Jack se incorporó despacio sin dejar de mirarla con odio, murmurando insultos en voz baja. Los músculos de la espalda le crujieron tensos y notaba un latido sordo en el tobillo.

—¿Has dicho algo? No te oigo —se burló la lunarie.

—Sí, he dicho que era mentira. Que tu cuerpo no me gusta. Estás demasiado flaca.

—A ver si te enteras que tus gustos me dan igual... —empezó ella.

Pero de nuevo aquel sonido crepitante comenzó a hervir a su alrededor. Riadas de arena crecían viniendo de todos lados y los dos parecieron ponerse de acuerdo a la vez, corriendo sobre los tablones de madera como alma que lleva el diablo.

El sendero crujía tras sus pasos y las maderas desaparecían en la tierra justo bajo sus talones. El destello plateado ya se vislumbraba a lo lejos. Había dejado de ser intermitente para convertirse en una especie de resplandor acerado que crecía según se acercaban.

—¡Llévame de nuevo! —jadeó él notando que el tobillo estaba a punto de ceder.

—¡No tengo fuerzas! ¡Sólo volaríamos unos pocos metros antes de volver a caernos!

De repente el camino de madera se elevó ante ellos como una montaña rusa. Regueros de arena chorreaban mientras las ramas de una raíz gigantesca se enroscaban en los tablones partiéndolos por la mitad.

—¡Aparta! —la empujó Jack a un lado sacando un revólver estrafalario.

—Acaso crees que...

El hombre disparó a bocajarro sin escucharla. El tentáculo se retorció de dolor saltando astillas por todos lados y trató de hundirse en la arena, desplomándose como un trozo de carne seca.

—¿Pero qué has hecho? —sintió Aurige la admiración mientras el otro la obligaba a seguir corriendo a trompicones.

—Un regalo de Lord Ho —explicó Jack sin detenerse—. La sal viene muy bien cuando las hadas se vuelven irascibles.

Ella pilló la ironía y apretó los labios. Miró hacia atrás un segundo. Pequeñas lenguas verdes devoraban aquel tentáculo monstruoso, como una marabunta de hormigas asesinas. De repente aquello le dio una idea.

Al frente el resplandor parecía ahora una enorme burbuja azulada que brillaba bajo el sol lanzando destellos. Las raíces y las plantas trepadoras crecían por la superficie tratando de envolver aquella fantástica estructura, y se apelotonaban creando una gran telaraña de ramas y hojas verdosas que siseaban respirando con un sonido repugnante.

—¡Pero qué demonios es eso! —exclamó Jack con la boca abierta.

—Creo que es Cantáride —jadeó Aurige fatigada, observando las puntas de un tridente ciclópeo hecho de piedra que sobresalía en la arena inundado de musgo y raíces colgantes—. Vamos a tener que meternos ahí dentro si queremos sobrevivir.

Jack Crow le dedicó una mirada de incredulidad. Los tablones de madera terminaban allí y ahora tendrían que correr por la tierra al descubierto hacia aquella burbuja colosal, pero ya no hubo más tiempo para pensárselo.

Las raíces comenzaron a brotar con furia inusual, como si supiesen que sus presas estaban a punto de escapar. La arena delante de ellos se volvió de terciopelo verde, engañosa, llena de espinas retorcidas.

—Me parece que tu sal no nos va a servir ya —dijo ella extendiendo los brazos—. Voy a tener que ser yo la que te salve la vida, otra vez.

De sus manos empezaron a salir arañas que cayeron al suelo retorciéndose y avanzando hacia las raíces como un pequeño ejército oscuro.

—Jamás he visto nada tan desagradable —aseguró Jack tomándola por el brazo e inició la carrera hacia la burbuja resplandeciente.

Las arañas se multiplicaban sin cesar, pero las plantas las devoraban bajo sus pies arrastrándolas hacia abajo en medio de un sonido angustioso de enjambre. Corrieron como nunca en sus vidas sin mirar atrás, mientras las oleadas de aquella marea verde se ensañaban con los insectos que habían servido de cebo, hasta atravesar la superficie espectral cubierta de raíces palpitantes.

El agua fría se abatió sobre ellos como una cascada que les empujó hacia un suelo de piedra seca, y se filtró por entre las juntas burbujeando hasta desaparecer.

Aurige se incorporó despacio, mirando a todos lados con precaución. Dentro de aquella campana se respiraba aire con normalidad y la atmósfera era húmeda y oscura. Al frente se insinuaban los escalones medio enterrados de un edificio en ruinas apenas reconocible. Columnas blancas de mármol, sillares llenos de glifos y

voluptuosos capiteles yacían derrumbados, casi ocultos por la arena. Como si acabasen de encontrar una antigua civilización perdida, muerta y olvidada en su decadencia, pero sin rastro de plantas ni musgo. El palacio de Cantáride permanecía en penumbras rodeado por la burbuja de agua, como un último escudo frente al fin inevitable.

De repente sintió la mano de Jack en su hombro y dio un brinco de susto.

—Yo te protejo, hadita —le dijo con una sonrisa socarrona—. No tengas miedo.

—¡Por favor! —soltó ella desembarazándose de su mano—. Si no es por mí, hubieses sido pasto de las raíces nada más llegar.

—Si no es por ti, no tendría el tobillo dislocado, preciosa —contestó Jack lo más tajante que pudo.

Aurige le ignoró y subió los escalones despacio, atenta al mínimo ruido que pudiese provenir del interior. La oscuridad se volvía siniestra según avanzaban por entre las columnas resquebrajadas. Hilos finos de agua salpicaban en el suelo y de vez en cuando las paredes temblaban desprendiendo arenilla.

No había ni un alma y sus pisadas se multiplicaban en ecos susurrantes que volaban hacia las alturas de lo que una vez fue, probablemente, la estructura más bella de todo Faerie.

Una galería de columnatas les guiaba hacia la sala del trono. Esculturas de hadas de Acuarie grabadas en la piedra parecían seguirles con sus ojos vacíos. Al fondo la galería se abría en una grandiosa sala circular. Las paredes se curvaban en las alturas igual que olas congeladas en el tiempo, hasta una bóveda acristalada que ya no dejaba pasar la luz azul del mar. Las sombras se desparramaban por todos lados, deslizándose sinuosas hacia un enorme agujero abierto en el suelo, como una piscina negra de donde salía un aire frío y desagradable.

Aurige se acercó a la sima despacio. Los recuerdos la arrastraban hacia el verano, cuando aquello era un lago de aguas insondables. Los akshaïrs las obligaron a salir por allí cuando las capturaron en la torre...

De repente se llevó un susto tremendo. Al otro lado del lago vacío, sentada en un trono de mármol y piedras preciosas, una acuarie quieta como una estatua parecía mirarlos con ojos furibundos.

Por un momento ambos se quedaron paralizados frente a aquella imagen que parecía esculpida en piedra. Jack sacó su pistola despacio y avanzó lentamente, pero la figura que era la reina Tritia no se movió. Apoyaba las manos en los reposabrazos y toda su piel parecía cubierta de una capa salobre escamosa, como si de verdad se estuviese transformando en una estatua poco a poco. Sus cabellos ya no flotaban a su alrededor y estaban llenos de mechones blancos. La piel translúcida y tirante dejaba ver sus venas azuladas, y sus ojos seguían mirando a un punto fijo que no eran ellos.

Aurige se acercó y de repente las pupilas de Tritia se movieron hacia ella. La

chica ahogó una exclamación con el corazón latiendo acelerado y sus manos se llenaron de aspás danzantes.

—La hija de Titania —susurró una voz envejecida desde aquellos labios pálidos y agrietados que apenas se movieron—. ¿Vienes a acabar con mi sufrimiento?

Ella permaneció en silencio y al cabo de un rato la reina sonrió.

—Ya veo —comprendió casi divertida—. Buscas otra cosa. A nadie le importa ya Acuarie... Miles de años en construirlo y un suspiro en desaparecer de la memoria.

—Quizás sea el castigo que os merezcáis —contestó Aurige humedeciéndose los labios resecos.

En ese momento el palacio tembló. Parecía que el escudo que era la burbuja estaba a punto de caer bajo la maraña de plantas. Tritia cerró los ojos y sus manos se volvieron aún más blancas, como si se fundiesen con el propio mármol del trono. El temblor cesó.

—Queda poco tiempo —volvió a hablar con voz cansada—. Cantáride no sobrevivirá ya a otra noche más. Intenté salvar mi preciosa perla, mi ciudad, pero ella ha ganado. Me lo ha quitado todo.

—Ella...

—Sí —Tritia arrastró la sílaba como una serpiente—. Luego iré a por vosotras, no habrá escapatoria. Al menos tendré la suerte de no contemplar el fin de İalanthilıan. Moriré aquí, con Cantáride. Abriré el escudo y contemplaré mi sol por última vez.

Aún sin poder moverse, su rostro era regio, desafiante.

—¿Y por qué no vais a Tirennon en lugar de compadeceros? —soltó Aurige con el ceño fruncido—. La vieja Mab busca aliados...

—¿Y suplicar clemencia? —se alteró Tritia y por un momento pareció que el color volvía a su rostro—. ¿Admitir mi derrota y la traición? ¡Nunca! El tiempo lo borra todo pero Cantáride permanecerá en las leyendas como la ciudad que jamás se arrodilló ante nadie. Si los dioses quieren que sobreviva me enviarán una señal, pero sólo responderé ante ellos, y creo que ya no les va a dar mucho tiempo.

Permaneció en silencio y su piel se volvió pálida y frágil ante un nuevo temblor de tierra. Sus ojos cada vez más hundidos se fijaron en un punto en la distancia, quizás en los recuerdos del pasado.

—Me ha gustado charlar con alguien —susurró entonces con voz rota—. Aunque seas una lunarie tan esquiva y traicionera como tu madre... ¿Quieres las Piedras, verdad? Están ahí abajo —señaló con la vista hacia la sima que se abría ante ella.

Sus ojos brillaban ocultando algo y Aurige intentó averiguar qué escondía aquella súbita maldad.

—Sí, hay un misterio, no se te escapa nada —los labios de la reina parecieron sonreír—. Ya deberías saberlo pero claro, eres joven y nunca has visto las Piedras de Firie en todo su esplendor...

Pareció que tosía pero sonaba como una risa maligna.

—¿El örgothil? —preguntó ella queriendo arrancarle el secreto.

—No —rió la reina—. Mi pequeño os espera, por supuesto, pero no es eso. Pronto lo averiguarás. Titania, sin embargo, ya sabría a qué me refiero. Me hubiese encantado ver su cara ahora mismo.

Aurige torció el gesto. La reina Tritia era acuarie y lo seguiría siendo hasta el final. Si podía tenderles una última trampa, lo haría sin dudar un segundo.

—Bien, cogeremos las Piedras y nos marcharemos —contestó por fin intentando parecer indiferente y cínica—. ¿Algún mensaje final, algo que puedan cantar los trovadores sobre Acuarie a lo largo de los tiempos?

—No —volvió a reír Tritia con un destello de admiración—. Bueno sí...

Permaneció en silencio lo que pareció una eternidad y Aurige llegó a pensar que se había convertido definitivamente en una estatua.

—Dile... —susurró la reina por fin, con voz casi inaudible—. Dile a la reina de Solarie que su madre siempre hizo lo correcto.

La bajada por el pozo pareció eterna. No sólo por el hecho de volver a sujetar a Jack contra su cuerpo, lo que la ponía extremadamente nerviosa, sino porque la caída parecía no tener fin, y las palabras oscuras de Tritia aún resonaban en sus oídos, ominosas, llenas de dobles intenciones.

Las paredes del agujero vibraron desprendiendo arenisca. Pequeñas raíces inofensivas colgaban hacia abajo y aunque no conseguían doblegar el poder de la reina, el fin era inminente.

La negrura venía hacia ellos. Jack la miraba a los ojos sin parpadear, tan cerca que notaba su aliento erizándole la piel, y sentía el latido lento del hombre de negro contra su pecho. Sólo tenía que soltarle y todas las dudas, toda la ansiedad que le provocaba, desaparecerían para siempre.

Sus manos se crisparon pero siguió descendiendo hacia abajo, apartando la vista con actitud ausente. En la distancia una luz neblinosa se acercaba, primero gris y luego blanca, y flotaron hacia la torre de mármol que se agrandaba a toda velocidad. Ya no había agua ni bancos de pirañas en el espacio abierto, y las rocas azuladas emitían destellos apagados a su alrededor.

Cuando sus pies tocaron la arena se apartó de Jack Crow con brusquedad y contempló la torre del örgothil en toda su grandeza. Como un faro resplandeciente se erguía solitaria, llena de secretos que guardaba en su interior, y parecía mirarlos desafiante. La puertecita de oro estaba desencajada, dejando entrever una ranura siniestra.

—Será mejor que entre yo sola —dijo con frialdad. Su voz creó ecos en el vacío.

—Es evidente que no —contestó Jack con aplomo—. Al final me has convencido.

Las Piedras de las que hablabas existen y quiero verlas con mis propios ojos.

—Nemhirie, dentro hay un örgothil. No saldremos vivos de ahí si vamos los dos.

—Yo ya he estado aquí y no había nada, ni me atacó ningún ser misterioso.

—Porque ibas solo —respondió ella tajante inspeccionando la abertura. Un aire helado parecía provenir del interior.

—¿Y? La reina dijo que eres traicionera y no me queda más remedio que estar de acuerdo con ella. Puedes estar mintiendo para quedarte el tesoro y luego abandonarme aquí. Apártate.

—Qué estupidez. Hace tiempo que podría haberte matado si hubiese querido...

—¡Aparta! —le gritó él con brusquedad tirándole del brazo.

Ella se revolvió furiosa pero trató de serenarse. El hombre le estaba resultando odioso a demasiada velocidad y la puerta de la torre estaba abierta. No tenía forma de saber si era su propia rabia o si la influencia del örgothil había comenzado.

—Vete de aquí, nemhirie —le dijo con voz oscura.

—Márchate tú, hada —contestó él batiendo la puerta hacia dentro hasta que se desencajó del todo, derrumbándose—. Esto es trabajo para un hombre. Cuando tenga las Piedras en mis manos no te quedará más remedio que humillarte...

Ella le dio un empujón tirándole a la arena. Al cruzar el dintel, de repente sintió una necesidad espantosa de hacerle daño.

—Le susurré a Nimphia dónde estaban las Arenas de Solarie —sonrió con desprecio—. Probablemente ahora mismo están allí, y Laila sabe ya toda la verdad.

—¡NO! —rugió él incorporándose despacio—. ¡No serás capaz de haberme hecho eso!

Aurige se volvió sin contestarle y se adentró en las profundidades de la torre.

—No me ignores, hada —murmuró Jack en voz baja, sacando un cuchillo.

Entró despacio, ciego en una neblina de rabia. Las montañas de tesoros se desparramaban por todas partes, inundando la grandiosa cámara que parecía más grande por dentro que por fuera. Pisó las joyas y las piedras preciosas sin siquiera verlas, y escuchó el tintinear de monedas como si alguien quisiera hacerle seguir un rastro falso. Se volvió de repente al sentir un cosquilleo y lanzó el puñal, que se incrustó en la piedra de una columna vacía.

A pocos centímetros de la hoja, la figura invisible de Aurige contuvo el aliento. El hombre de negro se acercó y arrancó el cuchillo con frustración. Miró a todos lados y luego se marchó hacia las sombras repletas de oro.

Ella le contempló alejarse con odio. Se elevó un palmo por encima de las montañas de monedas, dispuesta a no hacer el más mínimo ruido. Flotó despacio en silencio. Las caras de las sirenas talladas en las columnas parecían reírse de ella.

Al frente apareció por fin la escultura del hada de Acuarie que debía sostener la caracola del Agua de la Vida, y sus manos vacías mostraban las palmas abiertas, sin

nada que ofrecer.

Sintió que se consumía de furia. Aquel hombre había destruido Solarie y luego las había arrastrado a todas a una huida sin sentido bajo falsas acusaciones. En su cabeza surgió la idea, *absolutamente cierta*, de que también tenía el Ojo de la Muerte en su poder. Ni siquiera se acordaba de la existencia de Miranda o de Nia, pero *sabía* que él había robado el tesoro sagrado de Lunarie.

Le pareció ver su torso entre las sombras y una hélice de brillante luz negra flotó girando despacio. Con un gesto la envió a toda velocidad y el aspa cortó el aire silbando.

Jack escuchó el sonido y se apartó en el momento en que la hélice pasaba justo donde había estado su cabeza. Disparó el revólver con habilidad innata, calculando la trayectoria del aspa sobre la marcha, y sonrió con crueldad al escuchar un gemido ahogado y ruido de pasos huyendo sobre las pilas de monedas.

Ya no iba a escapar. Ahora se vengaría por fin de todo lo que ella le había hecho. El desprecio, las burlas, todos los planes de su familia fracasados mientras ella los pisoteaba. De hecho, *ella había matado a su madre*, por supuesto, y después se reía de él, abrazada a su príncipe elfo.

El sentimiento de celos creció en oleadas hasta convertirse en odio en estado puro. Ya no importaba nada. El corazón le latía salvaje, casi eufórico, porque allí y para siempre iban a terminar todas sus humillaciones.

—Hadita —la llamó con dulzura siniestra—, ¿quieres jugar? ¿Sabes que cuando era un crío me divertía arrancando las alas de las pixis? Y las tuyas son...

Y en ese momento gritó de dolor. Una daga de plata relució hundida en su muslo y Jack se dobló cayendo hacia abajo, atónito por la sorpresa. La figura de Aurige reapareció ante sus narices agarrándose con fuerza el hombro izquierdo, sucio de sangre.

La muchacha escapó a trompicones ocultándose en las sombras, y él se arrastró hasta la base de una columna, jadeando con la frente perlada en sudor. Maldita estúpida. Se había descuidado pero no volvería a ocurrir. Tanteó la herida y arrancó la daga despacio. El dolor se volvió insoportable. El pulso le latía desenfrenado, pero al menos no había cortado ningún vaso importante.

«Una herida absurda» —pensó con desprecio haciendo oídos sordos al dolor, y rasgó la tela de sus ropas improvisando un torniquete. Dios, cómo la odiaba. Jamás había sentido en su vida tanta intensidad. Y lo peor de todo era que en el fondo, con que ella le dijese tan sólo una palabra, él le entregaría su alma para siempre. Se puso en pie a duras penas a pesar de sentir náuseas y el cuerpo bañado en sudor, y se apoyó en una columna dejando una huella de sangre.

Aurige huyó tratando de hacerse invisible, pero el dolor del hombro le quemaba como fuego y le impedía concentrarse. Había creído que Jack era un vulgar humano

pero tenía que ser más cuidadosa con él. Era bueno y además había dicho que cazaba hadas desde que tenía uso de razón. Aquel pensamiento volvió a nublarle la mente. ¿Pero con qué derecho se creía aquel miserable nemhirie para irrumpir en Īalanthilīan las veces que le diese la gana, como si fuese el amo y señor? Ella le iba a demostrar que no era más que un gusano y después le aplastaría sin piedad.

Escuchó el sonido de las monedas y las piedras preciosas resbalando y se puso alerta. La herida no dejaba de sangrar y se movió despacio sin abandonar las sombras. El ruido le guiaba despacito, como el queso atrayendo a un ratón, pero no iba a caer en la trampa. Caminó pegada a la pared creyendo escuchar mil susurros hasta que se dio cuenta de hacia dónde le conducía aquel tintineo.

Al frente, la estatua de una sirena tan perfecta que parecía viva, y su mente voló hacia atrás en el tiempo olvidándose de todo. Collares de perlas cubrían su torso y los ojos eran dos aguamarinas resplandecientes. Se acercó embobada descuidando el peligro. En una mano llevaba un cetro de oro y en la cabeza...

No podía dejar de contemplar aquella corona que parecía quemada, ajada y rota, y por fin las cinco piedras negras allí, desafiantes.

«Nunca has visto las Piedras de Firīe en todo su esplendor» —recordó las palabras burlonas de Tritia.

En todo su esplendor... ¿Qué esplendor? Las Piedras se apagaron porque estaban bajo el océano y cuando las sacase del agua se encenderían manifestando su poder...

De repente los ojos se le abrieron como platos. Casi creía escuchar la risa de la reina de Acuarīe, sin poder apartar la vista de las gemas negras. Y en ese momento Jack Crow se abalanzó sobre ella tirándola al suelo. Del hombro saltaron estrellas de dolor al chocar contra la piedra, pero tuvo tiempo de asestarle un golpe en el estómago y gateó mientras el hombre de negro recuperaba el resuello. Él sólo necesitó un par de segundos antes de volver a aprisionarla con furia, y tiró de su tobillo hacia atrás intentando arrastrarla.

Aurige se volvió y le propinó una patada brutal en la rodilla de la pierna herida. Jack se dobló con un gemido ahogado, pero cuando ella comenzó a mover sus dedos invocando una telaraña de la oscuridad, el deseo de matar se hizo tan fuerte que se lanzó sobre ella aplastándola contra el suelo con su propio cuerpo, y le inmovilizó las manos apretándole las muñecas salvajemente.

—Esto se acabó —susurró frente a su rostro sudoroso y ella trató de forcejear sin ningún resultado—. Ahora es cuando tú chillas suplicando piedad y yo te ignoro, ¿verdad, hadita? Vamos, suplícame, ¡pídeme de rodillas que te perdone la vida!

Aurige giró el rostro en un intento de desprecio y él sintió la sangre arder de rabia.

—¡Mírame! ¡Maldita sea, mírame! —le gritó obligándola a volver la cara con su mano libre—. Todavía no te das cuenta, no lo quieres entender.

—¿Qué es lo que no quiero entender? —jadeó ella orgullosa, notando de repente que aquella mano le apretaba la garganta, pero que sus dedos temblaban incapaces de cumplir su propósito.

Con un golpe rápido podría liberarse y un aspa negra haría el resto, solo que no podía moverse, mirando los ojos encendidos de él con la respiración entrecortada. Los latidos eran casi dolorosos.

—Que eres mía, Aurige —susurró él su nombre, su boca tan cerca que casi la rozaba—, sólo mía y siempre lo has sido. Ningún príncipe elfo te besaré jamás como yo, y lo sabes.

—Yo no...

Y entonces sintió la presión de sus labios hambrientos, suaves y fuertes a la vez, demasiado intensos. Una oleada de fuego la recorrió de arriba abajo, imposible de resistir. En la distancia creyó escuchar un grito apagado de frustración y derrota, algo que escapaba perdiéndose en el olvido, pero ya nada importaba. A su alrededor la torre de Acuarie parecía brillar con estrellas mientras la cabeza de Jack se hundía en sus cabellos, y a ella le daban igual ya las gemas muertas de Firie, Lunarie y Faerie entero.

La reina Tritia también escuchó el grito agonizante del örgothil. Sus ojos vidriosos dejaron escapar una lágrima, pero no por el ser que se había alimentado de odio y violencia durante milenios, sino porque aquella debía ser la señal de los dioses. El último indicio del fin de Acuarie. Se preparó para dejar pasar la luz del sol y creyó escuchar ecos y susurros en la oscuridad de las galerías.

Cerró los párpados casi cristalinos. La rigidez del mármol estaba a punto de atraparla y no quería ver los rostros triunfantes de la hija de Titania y el humano con las Piedras, aunque estuviesen muertas. Un siseo rasposo sonó junto a su oído y ella no pudo evitar la curiosidad.

—Majestad —sonó la voz serpentina de una acuarie escamosa que se cubría el rostro con una máscara. A su lado, dos dragones reptaban con ojos taimados.

—Angaïl —susurró ella reconociéndola asombrada y la otra se inclinó con cinismo.

—El tiempo pone a cada uno donde le corresponde, ¿no es verdad, reina Tritia? —señaló Angaïl el trono que la aprisionaba.

Ella no contestó. Su mente casi marmórea viajaba a gran velocidad mientras sus ojos se apagaban poco a poco tras la piedra.

—He venido a despedirme y a contemplar el fin de Cantáride —rió Lady Angaïl mostrándole en la palma abierta una esfera de aguamarina facetada en mil carillas resplandecientes—. Mis esfuerzos, venerada Tritia... Me ha costado muchos sacrificios mientras vos jugueteabais a ser reina, y me expulsabais sin piedad del

palacio y de Älisenthel como si fuese basura —respiró profundamente las burbujas de su máscara—. Luego, en vuestra soberbia, provocasteis la destrucción de Acuarie. Ahora tengo en mis manos una de las llaves del Templo del Amanecer. La he hecho yo misma y con ella exigiré a los dioses el comienzo de un nuevo reino. ¡Mi reino!

Rió con aquel sonido ahogado y siguió hablando mientras los dragones siseaban a su alrededor, pero Tritia ya no la escuchaba. Sus ojos habían dejado de petrificarse y volvían poco a poco a ser azules. Sus dedos se separaron imperceptiblemente del mármol cuando la enorme burbuja comenzó a resquebrajarse sobre sus cabezas.

Aquella era la señal de los dioses.

Un resquicio en sombras

Antion se desesperaba de rabia. Había encontrado la clave y nadie la escuchaba. Un secreto legendario, la puerta del poder, y no le hacían caso. La capitana del gremio Blanco, Albia, la había mirado con condescendencia y una chispa de lástima. Ella se había desgañitado explicándoles que la entrada al Templo del Amanecer estaba allí mismo, en el palacio de la reina Maeve. Sacó su dibujo lleno de trazos y runas y les indicó cada esfera golpeando el papel con furia.

—No podemos aceptar tu hipótesis —le dijo Albia con voz serena—. Sólo se puede demostrar cometiendo un sacrilegio contra la reina Maeve, invadiendo el palacio y atentando contra todos los valores sagrados de Tirennon.

—¡Y qué! —se exaltó ella—. ¡Somos un gremio de ladronas, no la corte de tuathas!

El resto de sus compañeras la miró como si estuviese loca y varias movieron la cabeza negativamente.

—Vigila tus palabras, Antion —le recomendó Albia de buena fe—. Nosotras tenemos obligaciones que cumplir. A veces nos divertimos un poco, pero sabes que el gremio no es más que un juego de niños, no es verdaderamente importante.

—¡Por eso hasta el gremio de Solarie era mejor que nosotras! ¡Somos patéticas! Nos importan más la burocracia y la política que el objetivo mismo del gremio.

—¿Y cuál es ese objetivo según tu opinión? —preguntó Biridde.

—Rebelarnos contra lo establecido —contestó Antion apretando las manos—. No obedecer las leyes a ciegas, buscar la verdad...

—¿Ves? Son cosas con las que muchas de nosotras no estamos de acuerdo. Ya has oído los rumores sobre lo que le ha pasado a la profesora Inthia. Deja las cosas así, Antion. Roba algunas joyas, diviértete, pero no infrinjas las propias normas del gremio. Nosotras no te vamos a apoyar.

La chica entrecerró los ojos. Era como darse de cabeza contra un muro. Cuando ella proponía algo importante sólo recibía desprecios y caras largas, como si el mero hecho de pertenecer a un gremio de ladrones ya las avergonzara y tuviesen que disculparse continuamente las unas con las otras.

Observó a su amiga Moara, la misma que le había acompañado siempre, pero ella negó despacio. De acuerdo, estaba sola. Todas preferían acomodarse en un refugio entre algodones y no las necesitaba. Buscaría ella misma la entrada al Templo del Amanecer y luego regresaría victoriosa. Les daría en las narices.

Compuso una mueca de desdén. El gremio Blanco era basura. En nada se parecía al legendario gremio de Acuarie o al de Lunarie. Pero claro, qué importaba, si la política y la diplomacia les tenían absorbido el cerebro.

Se marchó de la reunión sin volver la vista atrás. Lo que más le había dolido era la dejadez de Moara. Creía que era igual que ella, que pensaban lo mismo. Ahora la venda había caído por fin.

Era noche cerrada cuando atravesó los soportales de columnas. Las estrellas brillaban distantes y desde lo alto del acantilado, el mar perpetuo de nubes rodeaba la Universidad como si fuese a tragársela. Porque eso era el Reino Blanco —suspiró desanimada—: un gran monstruo devorador que apenas les permitía respirar, y les asfixiaba en normas rígidas y estudios censurados.

Pero no para ella.

Tomó su decisión y su figura desapareció en medio de la galería. Al salir del recinto universitario, el palacio de Tirennon se le mostró en todo su esplendor: las cinco delgadas torres, tan delicadas que casi parecían de cristal, los muros sólidos e inamovibles que se desplegaban hasta llenar su campo de visión como si quisiesen comérsela. Tirennon devoraba todo aquello que se le opusiese, aplastándoles, succionando sus vidas hasta dejarles como cáscaras vacías.

Caminó despacio bajo las estrellas. El palacio parecía crecer ante sus ojos. Algunas ventanitas estaban encendidas pero aquello, en lugar de consolarla, aumentó su desasosiego. ¿Y si en el fondo ellas tenían razón y oponerse a la reina Mab no era sino una locura? Por un momento se dejó embargar por la tibia idea de volver. Tampoco se iban a reír de ella, simplemente la mirarían con aprobación, como la oveja buena que vuelve al redil.

Esperó pacientemente durante horas y cruzó los muros cuando los albanthios se retiraron en el cambio de guardia. Se sabía sus movimientos de memoria y no se sorprendió al llegar sin más contratiempos al gran salón del trono. Allí tenía que estar la clave. Cuando vio ante sus ojos aquella representación del Templo del Amanecer que la profesora les mostró, reconoció elementos que había visto en sus asaltos al palacio. Formas que por separado no tenían sentido, pero que si se miraban desde otra perspectiva...

La regia sala permanecía desierta. Al fondo, sobre una escalinata de mármol, el gran trono blanco hecho de diamantes se alzaba orgulloso por encima de cinco tronos más formando un semicírculo, siempre engalanados para las visitas oficiales del resto de reinas. Todos estaban dispuestos alrededor de un pequeño estanque remansado de aguas lechosas que destellaban bajo la luz de la luna.

Altas columnas llegaban hasta la cúspide y los largos velos caían como suaves cascadas. En el lejano techo acristalado, negro por la noche, un pequeño planetario celeste giraba sin cesar, sin hilos ni soportes. Cuatro grandes esferas blancas daban vueltas continuamente entre ellas. Según las leyendas, cada una representaba a una de las estaciones del año. Verlas la primera vez fue fascinante, pero con el tiempo se perdía el interés y ahora ni siquiera llamaban su atención.

Su mirada vagó por entre las estatuas frías que parecían vigilarla. Allí debía haber un rastro, ¿pero cuál? Además, ¿qué fue lo que la clase de Inthia le había recordado? Lo tenía casi en la punta de la lengua.

Anduvo hacia el trono por simple inercia. El respaldo lo coronaba un diamante perfecto que brillaba con mil facetas. El artista lo había tallado tan minuciosamente que parecía redondo. Se acercó a su superficie queriendo buscar en su interior la respuesta al misterio y de repente dio un respingo de susto.

Miles de ojos fríos la contemplaban reflejados en las carillas. Se dio media vuelta con el corazón encogido, para descubrir allí mismo el rostro sonriente de la reina Maeve.

De inmediato se postró en el suelo sin atreverse a levantar la cabeza y trató de balbucear mil palabras que le sonaron torpes y vacías. Las lágrimas comenzaron a brotar de miedo y culpabilidad.

—Shhhh, no te preocupes —le dijo la reina acariciando sus cabellos con amabilidad—. No pasa nada.

—Majestad, yo... —levantó ella la mirada para encontrar un rostro amable, lleno de bondad.

—Te entiendo —sonrió Maeve—, eres joven, buscas la verdad y el conocimiento. Yo también soy así.

La reina de reinas la ayudó con sus propias manos a levantarse. Antion no cabía en sí de honor y respeto. ¿Pero cómo había llegado alguna vez a albergar la infame conclusión de que la gran reina era una tirana asfixiante?

—Yo también me pregunto lo mismo —respondió la voz de Maeve y ella se sobresaltó—. Todos los días me cuestiono qué es lo mejor para Íalanthilian, si el conocimiento de la verdad, o la seguridad de sentirnos a salvo. ¿Sabes tú cuál es la respuesta?

Antion asintió y negó automáticamente. Le estaba tan agradecida, era tanta la bondad que la reina desprendía, que todo lo que ella decía era la verdad absoluta, sin fallos.

—Jamás he deseado otra cosa que el bienestar de mi pueblo, su felicidad. Tú eres valiente, Antion, tienes coraje y presiento que te has enfrentado a otras defendiendo tus ideales.

La muchacha sonrió, maravillada de que la reina conociese su nombre.

—Te quiero ayudar —la sorprendió Maeve—. Buscas algo importante, no sólo es el Templo del Amanecer, sino demostrarles a ellas que encontraste la verdad, que tú tenías razón.

Antion seguía afirmando. La reina conocía sus inquietudes, las comprendía como ninguna otra persona antes.

Maeve se acercó a su trono y tomó el gran diamante con sus manos.

—Está a punto de amanecer —anunció, y Antion miró hacia arriba al momento.

No se había dado cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo. El cielo clareaba tras las grandes cristaleras pero además había ocurrido un prodigio. Las esferas del planetario ya no eran blancas, destellaban cada una de un color: azul como el océano, violácea del color del viento, verde de los campos en flor, lechosa como la luna. La luz del sol naciente caía sobre el lago blanco en una cascada de chispitas. Entonces una quinta esfera dorada emergió de las aguas y flotó hacia arriba para unirse a sus compañeras en lo alto.

¡Allí estaba el secreto! Lo había tenido ante sus ojos solo que la perspectiva se le había pasado por alto. Contemplaba aquello arrobada de admiración.

—Sólo falta una —susurró entonces Maeve con el diamante en la palma de la mano—, mi llave.

Y de repente el diamante se volvió rojo como la sangre, envuelto en lenguas de fuego. Antion dio un paso atrás asustada. Las llamas creaban sombras en la cara de la reina, pero la esfera flotó lentamente hacia arriba y de repente todo pareció oscurecerse. Las estrellas brillaban en un firmamento infinito.

Todo había cambiado en un parpadeo. Ya no había columnas a su alrededor, ni salón de recepciones. El palacio, Tirennon, el Reino Blanco y todo Íalanthilían habían desaparecido para dejar paso a aquella oscuridad eterna.

Ella y Maeve se encontraban en lo alto de una escalera de cristal que descendía sobre el negro terciopelo de la noche y se perdía en la distancia. Tras ellas, una puertecita de luz blanca era la única salida visible. Sólo quedaba el camino hacia abajo, interminable, perdiéndose en la oscuridad.

Antion miró a la reina con una sonrisa alelada y ella le indicó que bajase los peldaños.

—Todos los días me pregunto qué es lo mejor, ¿el conocimiento de la verdad, o mantenernos a salvo? —susurró Maeve cuando ella descendía ya los primeros escalones, y Antion se sobresaltó porque la voz de la reina era ahora fría y cortante.

Se dio media vuelta para descubrir, llena de miedo, que la reina se retiraba despacio tras la rendija de luz blanca. La puertecita se estaba cerrando.

—Al final siempre llego a la misma conclusión —terminó Maeve—. Y ahora tú, muchacha, ya sabes la respuesta.

Y la puerta se cerró.

Antion subió los peldaños a toda velocidad pero allí ya no había nada, ni luz ni siquiera la propia puerta cerrada. Sintió el pánico crecer al verse completamente sola, envuelta en el manto frío de la noche. Las estrellas parecían ojos malignos que la espiaban.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y creyó escuchar susurros malignos que se reían de ella. Se sentó asustada en la plataforma, con la cabeza hundida entre las rodillas.

Así permaneció un tiempo imposible de calcular, hasta que la esperanza de que la reina Maeve volvería a buscarla se desvaneció por completo.

Al final levantó la cabeza y se secó las lágrimas. Los peldaños parecían estar esperándola. Sus aristas destellaban afiladas susurrando una invitación. Se puso en pie sabiendo que no podía hacer otra cosa y bajó el primer escalón muy despacio, con la firme convicción de que el cristal se partiría en astillas y caería para siempre en un pozo sin fondo.

La superficie era frágil y lisa, pero no tembló bajo su peso. Sin más opciones siguió descendiendo hacia el infinito. Las estrellas giraban como si pasasen los años; nevó en invierno y luego crecieron flores de primavera a sus pies, después el calor del verano, el otoño lleno de hojas y viento, y otra vez el frío. Una y otra vez... siglos bajando o quizás sólo unos segundos. El tiempo y el espacio se confundían allí dentro y cuando vislumbró el final, ya no sabía si seguía siendo una muchacha joven o una anciana decrepita.

Los peldaños terminaban en otra puertecita y desde dentro refulgía una luz blanca radiante. Antion notó que estaba llorando de alivio. Se apresuró porque por un momento le había dado la sensación de escuchar ecos de pasos tras ella, solo que cuando volvía la vista no había nadie. Un cosquilleo le recorrió la nuca. Más que nunca tuvo la certeza de estar siendo vigilada.

Bajó los últimos peldaños casi a trompicones. Seguramente allí la esperaba la reina Maeve para decirle que todo había sido una lección, un castigo que se merecía y que nunca olvidaría. Y ella estaba dispuesta a acatarlo para el resto de su vida.

La luz se agrandaba, venía hacia ella y cuando traspasó el umbral toda su figura pareció disolverse en la blancura. Era tan cegadora que le hacía daño y tuvo que cerrar los ojos doloridos.

Cuando los abrió, el aliento se le quedó congelado en la garganta. Estaba en una especie de sala grandiosa de cristal. Las colosales paredes eran finos ventanales retorcidos que se alejaban cientos de metros hacia las alturas, formando dibujos intrincados que parecían crecer vivos ante sus ojos. Nubes cambiantes, lenguas de fuego, enredaderas que florecían, soles y lunas laberínticas desparramándose por la superficie transparente. Era tanta la belleza que el corazón le dolía sólo de mirarla, y todo envuelto en aquella luz suave que inundaba cada recoveco. Contempló los gigantescos monolitos de piedra, tan grandes que se perdían en el infinito. Las mismas estrellas brillaban dentro de ellos como constelaciones lejanas.

«El Templo del Amanecer» —pensó con alegría desbocada y el corazón a punto de estallar.

Las leyendas eran verdad, los mitos sobre un lugar que decían que no existía se acababan de hacer realidad. La sala de los dioses de İalanthilĭan. El lugar donde los guardianes de los reinos vigilaban... ¿Tenebrii dijo la profesora? Eso no le quedó

muy claro en la clase. Siempre creyó que los dioses sólo eran cuentos para niños. Y ahora estaba allí, viéndolo todo con sus propios ojos, maravillándose por aquel descubrimiento grandioso. La vanidad la consumió. Demostraría ante el gremio y ante todo el mundo la existencia de aquel sitio. Ya no reclamaría un lugar de honor, no; exigiría ser la capitana del gremio Blanco.

Los monolitos flotaban en el aire alrededor de un lago negro. Un círculo pequeño bordeado de piedras que daba risa. ¿Eso era el mal tenebrii? Parecía una broma, una patraña inventada para no dormir. Se acercó al borde del lago y por un momento sintió la tentación de hundir su mano en él. El agua no se movía, parecía lodo espeso y daba miedo. Porque no era agua, era esencia concentrada, como si la oscuridad pudiese hacerse sólida.

Se apartó del lago con un deje de intranquilidad y volvió a pasear despacio por entre las piedras, dejando que la paz y el silencio la inundasen. Aquellos gigantes flotaban de forma majestuosa, distantes unos de otros. Miles de toneladas que parecían ligeras como plumas, irradiando una naturaleza serena, casi como una canción. Rozó con los dedos la superficie del más cercano, que brillaba dorado y transparente como un topacio de Solarie y más allá, otro enorme monolito blanco y lechoso representaría a Lunarie sin lugar a dudas. Sonrió satisfecha por su nueva sabiduría y siguió su paseo admirada de cada descubrimiento. No se dio cuenta de que, en aquella blancura radiante, la única sombra viva que se movía sobre el suelo era la suya.

Más allá, algo llamó su atención. Uno de los monolitos no era de piedra sino que parecía un espejo. Latía con un brillo rojizo casi apagado, y reflejaba cosas que ella no entendía: ríos de fuego fluyendo, pequeñas arterias que crecían para volver a menguar igual que rosas de sangre. Se apartó inquieta porque tuvo la sensación de que aquel espejo le succionaba la vida. Incluso se notaba débil y cansada.

Caminó hacia otro de los colosos, un monolito extraño que ya no flotaba. Era como una esmeralda oscura que se hubiese infectado con alguna enfermedad que la corroía y hubiese caído al suelo. Su sombra, la única visible de aquellas piedras, reptaba directamente hasta el lago negro.

—Hola —dijo de repente una voz y ella dio un alarido de susto.

Se volvió con la mano en el pecho jadeando de miedo. Aquella voz sonaba tan oscura y densa que todo su cuerpo se había puesto en tensión. Las alas le temblaban.

Sentado a los pies del monolito verde había alguien recostado contra la superficie oscura. Como una sombra sobre la sombra. Unos ojos blancos se dibujaron en ella.

—Siento haberte asustado, permíteme que me presente —dijo el ser poniéndose en pie. Pero más que levantarse, parecía que se desplegaba.

Antion dio un paso atrás mientras el tenebrii se concretaba en algo que ella reconociese. Las alas negras de su espalda cayeron hasta el suelo como una capa.

—Soy el príncipe Devio, señor de... mmm... —pareció pensarlo, como si se lo inventase sobre la marcha—, ¿la justicia? Eso está bien —afirmó contento con una sonrisa fina y educada—. Soy *la sombra* de la justicia.

Y avanzó alargando el brazo con la intención de tomar su mano y besársela. Antion negó precipitadamente encogiéndose sobre el pecho y el tenebrii sonrió con desdén.

—No es a ti —se burló mirándola a los ojos—. Es a ella.

La chica tragó saliva sin saber a qué se refería y de repente sus ojos se abrieron llenos de pavor. Su propia sombra se había movido y parecía que le ofrecía el dorso de la mano al otro con gran satisfacción. Devio besó a la sombra.

—Querida Antion —le dijo entonces con amabilidad, casi con cariño—, no te resistas. Si estás deseando saber la verdad, lo leo en tus ojos. Sólo deja que te acaricie, que te muestre la fuente del conocimiento...

—No —negó ella demasiado asustada tratando de alejarse. Su sombra sin embargo no se separó del lado del tenebrii.

—Eres tan... inocente —se relamió él acortando distancias—. ¿Sabes qué dice ella de ti?

Antion miró al suelo, a su propia figura oscura allí recortada.

—Dice que eres tonta, que ya estaba muy cansada de tus ideales de verdad y... *justicia* —se rió—, que te falta malicia. Yo te la puedo proporcionar a manos llenas.

—¡Quédate con ella si tanto te gusta! —gritó la muchacha horrorizada, dándose cuenta de que ya no había salida, no había portal con escaleras hacia cualquier sitio donde escapar.

—Eso era evidente —se sorprendió Devio—. No necesito tu permiso para quedármela. Pero tú... estás viva. Yo sólo puedo influir, susurrarte cosas en la noche, secretos y deseos. Eres tú la que puede llevar a cabo las acciones.

La chica seguía negando. Las lágrimas brotaron cuando su espalda chocó contra el monolito de Airie, impasible. Una pequeña corriente de viento salía de él y el tenebrii no se acercó.

—Ven —le volvió a pedir—. No puedo ir hasta ti. Sólo nos han invitado, muy amablemente, al reino de Ithirïe. Airie se resiste pero pronto caerá.

Antion se sujetó con firmeza al enorme coloso. Las estrellas del interior palpitaban intensamente.

—No querrás estar aquí cuando llegue Temple —le advirtió y sonrió al comprobar que los ojos de ella se llenaban de asombro—. Oh, sí. No soy sólo yo, mis tres hermanos también vendrán. Vamos a hablar con la reina Ethera en nombre de nuestro rey. No deberías quedarte sola cuando lleguen.

La chica se horrorizó al ver que el lago de lodo negro empezaba a burbujear. Una sombra reptó desde la piscina hasta la base del monolito caído. Luego creció hacia

arriba, en tres dimensiones, y pareció que la oscuridad dudaba hasta tomar una forma final.

—¿Devio? —susurró una voz cavernosa.

—Hola, Prud —saludó él con animosidad.

—¿Qué hace la Bella Gente aquí, acaso es una fiesta? —su tono se volvió afilado, cargado de desprecio—. Te encanta tener público.

—Es sólo una amiga que tiene dudas —sonrió él—. Trato de convencerla para que no conozca a Temple.

—Ah, sí. Está de mal humor y todo es un caos ahí abajo.

El nuevo príncipe de las sombras se volvió hacia ella escrutándola. Antion sintió entonces un deseo irrefrenable de ser valiente y enfrentarse a ellos, demostrarles su poder y que el bien triunfaba sobre el mal. Se separó del monolito de Airïe y en sus manos resplandeció una luz llena de chispitas. No podrían con ella, les iba a derrotar y además con facilidad. Sus pies avanzaron solos por el borde del lago hacia el monolito oscuro, mientras se envolvía en su aura de poder.

—Imprudente —sonrió Prud, la boca llena de colmillos—. ¡Me encanta!

Y reptó hacia ella con la fuerza del hambre insaciable. La sombra subió por sus piernas igual que una serpiente y Antion gritó de terror, forcejeando, agarrándose a sí misma como si se asfixiase y quisiera quitarse un monstruo de encima. Sus pasos trastabillaron en falso y con un último grito de horror cayó en el lago negro, que se abatió sobre ella sin salpicar, denso como el alquitrán.

—Pobre —suspiró Devio—. Yo le ofrecía conocer la esencia de las cosas y ahora tú te la has apropiado para que se consuma en tu reino de necesidad e ignorancia.

—Sí —confirmó el otro sin rastro de pena.

—Sólo será la sombra de lo que fue —y de repente se echó a reír por su propio chiste—. Es lo que se merece. ¡Necia!

Otra burbuja explotó en la masa palpitante y una mano se asomó sobre las piedras, creciendo delgada y llena de uñas.

—Mmm, Fortia, se te ve deliciosa hoy —agregó mientras la nueva figura se arrastraba a los pies del monolito verdoso, cada vez más oscuro y podrido.

—¿Quién era esa que bajaba hacia Throagaär ahora mismo? —susurró una voz encantadora señalando a la piscina por donde acababa de desaparecer el hada blanca—. ¿No habréis comido sin mí, no?

—¡Nunca! —aseguró Prud de inmediato—. No puedo llenarme el estómago cuando nos espera un delicioso festín.

Y miró al gran pilar de los ithirïes que parpadeaba. Las estrellas verdosas del interior se consumían negras y corruptas, y la base parecía ya de obsidiana. El resto de las piedras gigantescas parpadeaban ferozmente y ninguno de los tres tenebrii se atrevió a dar un solo paso fuera del abrigo del monolito verde.

—No nos quieren —Devio chasqueó la lengua contrariado.

—Lo harán —aseguró Fortia con una sonrisa afilada—. Les ofreceremos todo lo que puedan soñar, me encargaré personalmente.

—¿Y Temple? —preguntó Prud—. ¿No estaba contigo?

—¡No! —se horrorizó ella—. Ya me cuesta mucho mantener el orden en mi reino como para permitirle la entrada.

—Estoy aquí —burbujeó una voz en el lodo.

Los tres tenebrii se volvieron hacia el lago. Algo salía lentamente, dejando charcos a su paso. Algo que podía ser un color o un simple olor, no tenía forma definida.

—No te acerques mucho, cariño —le dijo Fortia.

—Ya lo sé —respondió el ser de malos modos—. Todos me teméis, y tampoco es para tanto —y de repente soltó una risa desquiciada que helaba la sangre.

—Ya lo creo —susurró Devio.

Se giró hacia el gigantesco monolito verdoso y serpenteó sobre la superficie de esmeralda como una culebra. Algunas estrellas le hacían daño pero pronto se apagarían para siempre. Siguió subiendo hacia arriba sin importarle que los otros le siguiesen o no. Temple le ponía nervioso. Asomarse a las simas de la locura no era su fuerte. A Devio le gustaba la maldad ordenada, bien planificada, aunque fuese irritante. Su caótico hermano era capaz de destruirlo todo, hasta su más afilado plan.

Según se acercaba olió la tierra sobre su cabeza. Tierra fresca que empezaba a palpar con nueva vida. Devio se relamió sólo con pensar que todo un mundo naciente se abría ante él. Se acabaron los mensajeros con la reina Titania, aunque por un momento la echó de menos. Era tan sibilina y retorcida que le encantaba. Lástima no haber conseguido a la hermana para su rey. Eones de tiempo perdidos para nada.

En verdad, a Devio le importaba muy poco aquel antiguo pacto con Lunarïe. Lo que él hubiese querido era haber podido tocar la mente de la reina, rozarla y descubrir su plan final. Porque estaba completamente seguro de que Titania tenía un último plan, guardado y encerrado como la perla de una ostra.

Dejó de lamentarse cuando notó que el viento nocturno le acariciaba la cara. Allí mismo, frente a él, numerosas antorchas se abrían en abanico clavadas en un terreno oscuro y cenagoso. Un nutrido grupo de hadas de la tierra les aguardaba expectantes con sus rostros ocultos en la oscuridad, tras un trono improvisado de piedra tosca. Y sentada en él, un hada de largos cabellos trenzados con la mirada más helada que Devio hubiese visto nunca.

Se inclinó con su cinismo envuelto en una buena dosis de cortesía mientras sentía la llegada de sus tres hermanos.

—Bienvenidos —les saludó la reina Ethera, y su voz era como el susurro de las hojas en los árboles.

—Fue un inmenso placer recibir vuestra gentil invitación, reina Serpiente —contestó Devio—. No sois capaz de imaginar la alegría de nuestro rey al saber que la Bella Gente y además, alguien tan exquisito como vos, respondía por fin a sus súplicas.

Ethera contempló al tenebrii sin rastro de emociones.

—Sí soy capaz de imaginarlo, príncipe Devio —le dijo—. Dejemos las alabanzas y las palabras inútiles y vayamos al asunto que nos concierne: la boda de mi hija con vuestro señor.

—Tenéis razón —asintió el otro algo desconcertado.

Él había esperado una trama a desentrañar, planes complicados paso a paso, pero no. Allí había una mente lisa y fría como una losa, sin resquicios.

Para colmo de males Temple, ahora una esfera negra, empezó a aullar y de repente se abalanzó sobre la reina, envolviéndola con su propia sombra.

—¡No! —gritó Devio, viendo con espanto que todos los planes de su rey, y los suyos propios, podían irse al traste en segundos.

Sin embargo, momentos después Temple retrocedía avergonzado y se puso a llorar como un chiquillo. Fortia lo contempló asombrada.

—Es imposible —murmuró mirando a la reina.

—¿Después de esta grosería imperdonable, podemos tratar ya nuestro negocio de una vez? —dijo Ethera sin haber perdido la compostura ni un segundo.

—Excusadnos, gran señora —pidió Devio igual de atónito—. El príncipe Temple es incontrolable.

—Sí, ya veo que también escapa a vuestro propio gobierno —contestó ella desdeñosa—. ¿Alguno más, antes de creer que sólo estoy hablando con payasos en lugar de los príncipes del reino Tenebrii?

Fortia no pudo evitar escurrirse hacia ella. Tratándose de retos, era una de sus múltiples debilidades. Subió hasta su cara y se metió por los ojos, oliéndola, tratando de susurrarle pesadillas atroces y tentaciones irresistibles. La reina ni siquiera se inmutó cuando por su mente pasaron imágenes de Nïa torturada, de su reino consumido, de Faerie entero hecho añicos...

La sombra se retiró casi decepcionada.

«Hay algo —les dijo a sus hermanos hablando en sus cabezas—, pero no puedo averiguarlo. Una cosa es cierta, eso sí: no tiene el Corazón de Jade.»

Devio asintió. Sonaba interesante porque de esa forma el reino entero estaba desprotegido. Miró a Temple, que en ese momento era un niño que recolectaba ramitas muertas del suelo. En sus manos se convirtieron en corazones sangrantes y luego en plantas carnívoras. No tenía que haberle traído. Igual podía invadirlo todo que alterar el curso en favor de la reina.

—Os ayudaremos a cambio del Corazón de Jade —dijo por fin, tratando de

resolver aquel misterio.

—No —fue la respuesta tajante de Ethera—. Ofrezco la mano de mi hija Nïa al rey de Throagaär sin reservas. El Corazón no está a mi alcance, porque no sé dónde está.

—Entonces vuestra hija no tiene ningún valor —dijo Prud—. Igual podríamos celebrar la boda con cualquiera de vuestras sirvientas.

—Imprudente tenebrii —le contestó Ethera—, eres víctima de las pasiones que te consumen. Cuando Nïa sea la reina de las sombras, yo misma abriré las puertas de Īalanthilïan a vuestro rey. Eso no lo hago por una vulgar sirvienta.

Los tres tenebrii se quedaron rígidos. Incluso Temple levantó la vista.

—Disculpad de nuevo a mi apresurado hermano —dijo Devio de inmediato, con ojos brillantes—. Es necio y temerario, pero ambas cualidades son preciosas cuando de dominar a las masas se trata.

—Cierto. Sin embargo no hay multitudes aquí por dominar. Están fuera y para ello, la unión de Ithirïe y Tenebrii en un pacto de sangre resulta muy beneficioso. Quiero que mi hija sea la soberana de un nuevo mundo. Es el legado que le dejaré aunque todavía no sepa verlo.

Devio, Fortia y Prud se inclinaron haciendo ademán de retirarse.

La reina miró al cuarto tenebrii jugueteando en el barro.

—Yo no me voy —soltó tan campante—. Me gusta este sitio y todos ellos van a ser mis amigos.

Los ithirïes tras la reina temblaron y la boca de Devio se llenó de dientes en una sonrisa.

—Por supuesto que no. Ya estamos aquí y no nos marcharemos.

—Nadie os lo ha sugerido —dijo la reina dejándoles atónitos otra vez.

No había miedo. No había resistencia ni oposición.

«No hay sentimientos —concluyó Fortia hablándoles de nuevo en secreto—. Le da igual lo que hagamos, incluso si destruimos su reino.»

«¿Y quién en su sano juicio haría algo así? —gruñó Prud.»

«Yo no he sido —contestó Temple haciendo como que lloraba—. Cuando toqué su mente no había nada y estaba muy fría.»

«Podría ser una trampa —sugirió Devio de inmediato con sus ojos brillantes.»

—¿Y bien? —interrumpió Ethera aquella conversación silenciosa—. No puedo perder más el tiempo. Necesito una respuesta.

—¡Por fin una necesidad! —rió Fortia exultante—. Por un momento creí que estabais muerta, reina Serpiente. Sin alegrías ni penas, sin deseos ni pasiones. Me estabais asustando.

La sombra rió con el sonido de las uñas rascando una pared, pero la reina no contestó. Los cuatro tenebrii se miraron indecisos.

—Volveremos con la respuesta de nuestro señor —dijo Devio por fin y luego le mostró una sonrisa pícara y afilada—. No os impacientéis señora, incluso si tardamos un poco.

—Yo he esperado milenios —respondió ella—. ¿Querrá vuestro rey esperar un poco más simplemente porque habéis decidido provocarme?

Prud se hundió de inmediato en la tierra. Si estaba todo dicho, qué menos que ser el primero en llegar a Throagaär y comunicar la importante noticia. Fortia se lanzó tras él de cabeza y Temple la siguió burbujeando.

—No os estaréis burlando de nosotros, ¿verdad? —inquirió el príncipe Devio con la duda pintada entre las sombras de su rostro.

—¿Y si así fuera? ¿Ocurriría algo peor que lo que yo misma quiero provocar a mis enemigos?

La sombra apretó los puños. Odiaba no ser él quien llevase el control. El resto de los vasallos ithiries no decían nada. Ninguno parecía estar en contra de la reina. Ni siquiera los podía usar para iniciar alguna rebelión. Como si hubiese topado con un grupo de suicidas fanáticos.

—¿Por qué no os unís vos al rey Vorian? No lo entiendo. Así podríais ejecutar la venganza con vuestra propia mano.

—No —respondió Ethera, tajante—. Yo ya no deseo vivir, tenebrii, pero Nïa gobernará sobre todos. Ya que no os veo muy convencido, decidle a vuestro rey que la dote será el Ojo de la Muerte.

Devio se quedó mudo de asombro. En su mente llena de estrellas negras comenzó a dibujarse un plan.

—¿La princesa Miranda? —se relamió.

—No —sonrió Ethera—. Nïa recibió su don. Ahora, ella misma es el Ojo.

El tenebrii se esforzó en concentrarse. Tantas coincidencias a la vez no podían ser resultado del azar. Era como si las estrellas se alineasen a su favor. Sólo tenía que ocultarle al rey ese pequeño dato sin importancia y todo sería suyo.

—¿Y vuestra hija? —preguntó tratando por todos medios de conseguir una prueba de que aquello no era ni una broma ni una trampa—. ¿No os importa lo que le ocurra en Throagaär?

—Mi hija... Nïa, se someterá a mis designios cuando llegue el momento.

La voz de la reina no tembló pero se detuvo en pensarlo más de lo necesario. Y de repente allí estaba. Ese algo que dijo Fortia. El secreto que ella guardaba. Una imagen que había durado sólo una décima de segundo, pero fue suficiente. Los dientes de Devio crecieron por fuera de su boca, babeando de alegría.

Acababa de conseguir la pieza que necesitaba y ya podía dar marcha al plan que llevaba fraguando durante milenios.

18

Redención

Laila sostenía con cuidado un saquito de terciopelo púrpura entre las manos. Lo miraba fijamente, sentada en un mullido sillón del salón del trono. Lo miraba pero no lo veía. El fuego ardía en una gran chimenea de piedra gris y el ambiente era agradable, pero ni aún así conseguía calentar su alma helada. A su alrededor, el bullicio de Blackowls apenas era un murmullo lejano que no lograba sacarla del pozo negro en el que se había hundido.

Notaba los ojos intensos de Titania puestos en ella. La reina sentía el poder de las Arenas allí mismo. Las codiciaba, pero jamás se las pediría. Se mantenía fría y distante con los ojos llenos de estrellas, y no sabía que Laila estaba deseando ponerlas en el suelo y pisotearlas hasta reducirlas a polvo.

Ya no le quedaba nada. Sir Richard le había entregado las Arenas de Solarie sin una palabra, con la mirada baja y suplicante, pero ella recibió las perlas sin reflejar ni un sentimiento. Porque no lo tenía. Si en su maltratada inocencia hubiese llegado a pensar que Sir Richard se las devolvía porque eso era lo correcto, Atlantia se encargó de rebatirlo, dejándola en medio de un desierto de emociones.

—No tenía opción —dijo la acuarie cuando ya subieron al esquife de Nimphia para regresar a Lunarie—. Hubiese muerto bajo mi daga si no nos las hubiese entregado.

Laila asintió. El anciano caballero le había dado el tesoro de Solarie pero no porque la quisiera a ella, eso ya le había quedado claro, ni porque se hubiese arrepentido de sus acciones. Simplemente porque no tenía otra alternativa.

Deseó odiarle y llorar, porque al menos significaría que guardaba algún sentimiento. Pero no había nada. Ni siquiera la lástima o la preocupación cuando el mayordomo corrió por fin a telefonar a un médico para su señor. Miró a la mujer del ataúd por última vez y subió las escaleras mohosas sin querer escuchar los lamentos que se alejaban en la distancia.

La noche oscura de Londres cambió al firmamento de Lunarie en apenas un parpadeo. Las estrellas frías bordadas en el negro terciopelo parecían burlarse de ella. Laila seguía contemplando la bolsita mientras recordaba las palabras de Sir Richard. Había entregado el Agua de la Vida a Ethera como parte de un pago. Las hadas le arrebataron a su mujer y en lugar de olvidarlo y cargar con su culpa, el anciano se había hundido aún más en aquella trampa que era Faerie.

Fue entonces cuando sintió de verdad algo de pena por él. Al igual que con su padre y con ella misma, las hadas podían hacer realidad los sueños, pero al final se cobraban un precio demasiado alto. Un precio que ningún nemhirie podía pagar.

Siguió aferrada a las Arenas de Solarie y ni siquiera escuchó lo que la reina

Titania hablaba con Nimphia cuando llegaron por fin a Blackowls. Debía ser importante, pero a ella le daba igual. Devolvería las perlas a Cyinder y después...

Después se marcharía. Lejos, donde nadie la conociese. Una nueva vida en la que no existiese ni un recuerdo. Entonces sintió una mano suave en su brazo y se sobresaltó. Nïa se había acercado a ella y la contemplaba fijamente tras las vendas blancas.

—No te puedo ayudar —le dijo Laila por fin, negando con la cabeza—. Lo he perdido todo y siento mucho tu situación, pero no tengo ya nada que ofrecer a nadie.

Nïa le sonrió con su rostro casi infantil.

—Estoy yo —le dijo como si con eso bastase, y Laila estuvo a punto de reír con amargura.

—No estoy muy segura de que seamos hermanas —murmuró ella tragando saliva—. Ni siquiera creo que quiera serlo, lo siento.

—Voy a casarme con el rey de las sombras —le dijo Nïa de sopetón, como un jarro de agua fría tirado a la cara.

Laila la miró asombrada pero el rostro de la chica era serio, demasiado solemne. Por un momento creyó que se había vuelto loca, igual que Miranda. Estaba delirando. Primero lloraba y pataleaba llena de terror y ahora anunciaba la boda como si además lo estuviese deseando.

—Es lo que me faltaba por oír —contestó de mal humor—. ¿Quién te ha convencido ahora? ¿Titania?

—Tengo mucho miedo —le dijo Nïa cogiéndole la mano—. No quiero ir a ese sitio oscuro, lleno de cosas que susurran. Pero voy a casarme con él.

—De verdad que no lo entiendo —soltó Laila con demasiada brusquedad—. ¿Crees que vivimos a tu capricho? Aurige ha ido a buscar las Piedras de Firïe sólo para salvarte, Cyinder ya no quiere saber nada de nosotras, Ethera va a destruirlo todo usándote para su venganza, ¿y ahora tú estás de acuerdo?

—Ahora sí.

—¿Y por qué, si se puede saber? —sintió Laila su enfado crecer, y de repente se dio cuenta de que estar enfadada y rabiosa la alegraba. Al menos sentía algo.

—Por ti —le soltó Nïa de sopetón—. Te querré mucho, pero más tarde.

Y se dio media vuelta para volver a sentarse junto a la reina Titania.

Laila la siguió con la vista tratando de serenarse. ¿Por ella? ¿Se iba a casar con el rey de Throagaär por ella? ¿Y qué pintaba ella en todo ese asunto? Si ya le daba igual lo que fuese a ocurrir y además lo que hiciesen las sombras no era de su incumbencia. Se iba a marchar muy lejos, y cuando fuese una anciana, las canas blancas le cubrirían sus pelos ithirïes de una vez por todas.

—¿Qué te ha dicho? —susurró Nimphia llegando a su lado.

—Sólo tonterías —respondió en voz baja.

—Pues va a haber un concilio de reinas —le comunicó su amiga, muy nerviosa—. Titania acaba de decirme la noticia. Y al parecer el concilio se celebrará con urgencia, y no sólo por la destrucción de Acuarie. Hay algo más.

A Laila le daba igual todo aquello. Las intrigas de las reinas y sus planes enrevesados habían dejado de tener sentido.

—Cuando vuelva Aurige os voy a pedir un favor...

—Pues yo ya estoy aquí —contestó de repente la voz de su amiga lunarie a sus espaldas—, y espero que no sea un favor muy complicado, porque tenemos un serio problema.

Laila se levantó sobresaltada. Nimphia se había abrazado a Aurige con fuerza, pero la cara de la otra no era precisamente de felicidad extrema. De repente notó la mirada de alguien, de Jack Crow que la observaba fijamente desde las sombras de la entrada, como queriendo leer una certeza escrita en su rostro.

Y entonces se sintió furiosa. ¿También ella tenía la culpa de lo que le ocurriese a él y a Sir Richard? El hombre de negro se movió despacio en su dirección y sus ojos se fijaron en la bolsita de terciopelo. Durante un segundo se produjo un silencio terrible y Laila se mantuvo firme y desafiante.

—¿Cómo está él? —preguntó Jack sin embargo, con una nota de tristeza en la voz.

—Mal —respondió ella—. Muy mal, y ahora mismo no siento pena por ninguno de vosotros.

El hombre de negro apretó los labios, pero al final asintió.

—No tengo que disculparme de nada ante ti, Laila Winter —le dijo con voz ronca y dura—. Y si crees que eres la única que lo ha perdido todo, te equivocas.

Ella no supo qué contestarle. Con gusto hubiese destapado aquella marea de negrura que guardaba en su interior y se hubiese desahogado gritándole mil cosas, pero sintió una extraña compasión por él. Y por Monique. Sir Richard había dicho que también vendió sus almas, lo arriesgó todo por un sueño, y de repente miró el saquito de las Arenas de Solarie en sus manos. ¿Tanto valía aquello? ¿Tanto como para destrozar a los que amabas, perderlo todo y seguir luchando?

Y entonces le llegó la respuesta. Valía exactamente lo que valen los sueños, lo que cada uno estuviese dispuesto a ofrecer para conseguirlos.

¿Y qué había sido de sus propios sueños? Encontrar a su madre y que la quisiera, que Daniel la quisiera, que Lizzel y Sandy la quisieran... ¿Y ya está? ¿No había nada más que el buscar desesperadamente ser aceptada? De repente se encontró muy vacía porque acababa de darse cuenta de que ella, precisamente la que exigía el cariño de todos, no daba el suyo a nadie.

Volvió a mirar a Jack Crow a los ojos y entonces, sintiendo en lo más profundo de su corazón que aquello era lo correcto, le tendió la bolsita de terciopelo. El hombre la

observó atentamente.

—Ya no las necesito —aseguró él—. Para mí hay algo mucho más importante ahora.

Y miró a Aurige que en ese momento se enfrentaba a su madre y sacaba una corona negra de una bolsa, ante la mirada horrorizada de la reina Titania. La muchacha contempló asombrada al hombre de negro. Pero más aún cuando, sin mediar palabra, se dirigió a la lunarie y la cogió del brazo obligándola a encararse con él. Entonces la besó en los labios delante de todo el mundo.

—Tengo que irme —le dijo ante el estupor general y el rostro congelado de Titania, que parecía que le hubiese caído un rayo encima.

Luego Jack se marchó sin volver la vista atrás y Aurige mostró a su madre una sonrisa cínica y desafiante.

De repente se escuchó una risa suave y sincera, y Laila se sorprendió al descubrir que era la suya propia. Porque se alegraba de verdad por su amiga. Sin envidias, sin el «¿por qué ella sí y yo no?». Aurige no buscaba, no quería nada para sí misma. Y como no necesitaba nada, la vida se lo daba todo.

Nimphia reía radiante y parecía que estaba a punto de aplaudir, pero se contuvo discretamente ante la cara de Titania, que no presagiaba nada bueno.

—Querida, creo que necesitas esto —dijo entonces Oberón, tendiéndole un abanico.

—Ya hablaremos, Aurige —murmuró con una mirada demasiado oscura y helada, sentándose despacio en su trono.

—No hay nada de qué hablar —respondió ella—. Y ahora mismo me parece mucho más importante solucionar el tema de las Piedras de Firie que escuchar un berrinche por el futuro del trono de Lunarie.

De repente Laila se dio cuenta de que la corona negra que la reina sostenía ahora en sus manos era la misma de la estatua de Acuarie, la misma de sus pesadillas. ¡Lo había logrado! Las Piedras de Firie por fin. ¿Y cuál era ese problema entonces?

—Las Piedras están apagadas —susurró Nimphia llevándose la mano a la boca con horror—. Siguen muertas como cuando las vimos bajo el agua por primera vez.

La chica volvió a mirar aquella legendaria joya. Las gemas negras no despedían ni un destello, ni un signo de vida y entonces se dio cuenta de las consecuencias.

—¿Qué hacemos ahora, mamá? —preguntaba Aurige con cinismo, recogiendo la corona de sus manos—. ¿Cómo protegemos al Ojo de la Muerte?

Titania se giró hacia Nïa, que parecía estar perdida en algún sitio lejano, y de repente la cogió por los hombros con manos crispadas.

—¡Vete! —le gritó—. ¡Escóndete en el tiempo, es lo que quisiste hacer aquel día! Nïa se sobresaltó pero negó repetidamente con la cabeza.

—¡Miranda! —le chilló desquiciada—. ¡Te estoy ordenando que me obedezcas!

¡No es un ruego!

—Ella no es Miranda —dijo Laila de repente—. Es mi hermana, y no va a ir a ninguna parte si no quiere.

Titania la miró como quien ve a un bicho raro y después de unos segundos sus manos se suavizaron hasta volver a ser la reina fría e impasible.

—Ella es el Ojo de la Muerte, y mi obligación es velar por su seguridad por encima de cualquier cosa —entonces permaneció meditando en silencio lo que pareció una eternidad—. Nunca lo hubiese creído, pero no me queda más remedio que pedir protección al Reino Blanco.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Aurige, atónita.

—Sí, vamos allí —dijo entonces Nïa ante el asombro de todos—. Quiero ir al palacio de cristal y jugar con los planetas del cielo.

—Dioses, esto me supera —susurró Titania llevándose la mano a la frente—. Que yo, la reina de Lunarïe, tenga que humillarme para salvar a una cría que no entiende de obligaciones... Claro, es una ithirïe. Nadie podría ser más irresponsable.

Laila se puso roja como un tomate.

—De verdad, mamá, ¿tratas de ser desagradable o es innato? —le soltó Aurige.

—Aurige, mejor guarda silencio porque estoy a punto de desheredarte después de lo que mis ojos han visto hoy. ¡Un nemhirie que te ha faltado al respeto, y a mí! ¡En mi propia casa! Sin duda esto es el fin de los tiempos, o yo me he vuelto demasiado blanda permitiendo la anarquía...

—Querida, no te sofoques —le dijo Oberón, apaciguador—. Todo se va a solucionar, ya lo verás. Quizás parezca que te humillas ante la bruja Maeve, pero yo sé que en verdad serás tú la que dirija la situación, y al final todos harán lo que tú digas y se postrarán a tus pies.

Laila miró divertida al rey de Blackowls. Su encantador ingenio era capaz de sofocar la pelea más airada. De hecho, Titania respiró hondo y sus facciones se serenaron cuando empezó de nuevo a tramar mil planes secretos.

—Tienes razón, querido —dijo por fin—. No hay nada como una crisis para ver las cosas con más claridad. Creo que el espectáculo bochornoso de mi hija con un nemhirie me ha nublado el entendimiento unos instantes.

Aurige se mordió los labios intentando mantener la calma y luego regresó junto a sus amigas con claras intenciones de salir del castillo. Las otras no se hicieron de rogar, y hasta la misma Atlantia las siguió de inmediato.

—Y yo que creía que Angaïl era dura —comentó con un susurro burbujeante.

—Mira acuarïe, te puedes ahorrar tus comentarios oceánicos sin ningún problema —le contestó Aurige echando chispas.

—Pero reconoce que, como mínimo, lo de Jack ha sido sorprendente —añadió Nimphia ocultando la risa—. ¿No nos lo vas a contar?

—Evidentemente, no.

Nimphia chasqueó la lengua, contrariada.

—Bueno, al menos tenemos las Arenas de Solarie —dijo Laila mostrándole a su amiga la bolsita púrpura—. El problema de Cyinder está solucionado.

—¿Y cuál era el favor que ibas a pedir, Laila? —inquirió Aurige, todavía escrutando las ventanas iluminadas del castillo con una mirada oscura.

Ella no contestó de inmediato. Había pensado irse, desaparecer, y les iba a pedir que no la buscasen nunca y que además la comprendiesen, pero ahora ya no lo tenía tan claro. Quería sentirse viva otra vez, emocionarse con las cosas que tenía, y además, quería hacerlo junto a sus amigas.

—Pues ir a devolverle esto a Cyinder —dijo por fin apretando el terciopelo entre los dedos.

—¿Directamente a Tirennon, ante las fauces de Maeve? —levantó Aurige una fina ceja.

—Exactamente.

—Me apunto.

—Y yo —añadió Nimphia—. Iremos al concilio de las reinas. Mi madre estará allí. Estoy deseando saber hasta qué punto está dominada por la voluntad de la vieja Mab.

Laila y Aurige la miraron con una sonrisa. La airie seguía exiliada, era la que más se arriesgaba de todas, pero estaba dispuesta a meterse en la boca del lobo sin pensárselo dos veces.

—¿Y yo qué hago? —sonó la voz acuosa de Atlantia, que se había cruzado de brazos de manera tajante.

—Puedes irte a la ciudad sumergida que hay en Solarie —le contestó Aurige—. Al menos agradece el regalo que te han hecho.

—¿Estás intentando deshacerte de mí? —inquirió la otra de malos modos.

—¿Se ha notado mucho, o necesitas pistas?

—Voy con vosotras —la contradijo ella con firmeza—. De hecho, no os estaba pidiendo permiso.

—Pues vaya, yo creía que sí.

Laila se rió con fuerza. No se había dado cuenta de cuánto había echado de menos aquellas discusiones y su risa voló con alas hacia la noche, hasta que las contagió a todas y la misma Atlantia siseó bajo la máscara una risa de burbujas.

—¿Esto va a ser siempre así? —preguntó tratando de asimilar la nueva situación de tener amistades.

—Hasta que te acostumbres —le respondió Laila alborozada, acordándose de los tiempos en los que era ella el objetivo de todos los enfados de Aurige.

Se sentía nueva, liberada. Allí estaba con sus amigas, en medio de una situación

catastrófica y mil peligros por todos lados. Pero plenamente a gusto consigo misma. Su corazón se había llenado de una plácida calidez y tenía ganas de correr, de saltar y gritar. De abrazar a sus amigas, llorar con sus penas y reír con sus alegrías. Entonces, en un alarde de felicidad, hizo aparecer batidos de bayas de la nada y la acuarie se quedó tan perpleja que pareció que la máscara era su propia cara.

—¿También tengo que hacer de shilaya? —gruñó.

—Es fundamental —le contestó Aurige—. De hecho, has sido nombrada shilaya oficial del grupo, y queremos verte ya con la varita mágica y cumpliendo nuestros deseos.

—Pues vais fritas —les respondió ella cruzándose de brazos en medio de los bufidos de risa—. No me hace gracia esto.

—Mala suerte, no se puede tener todo —replicó la lunarie caminando de nuevo hacia el interior del castillo.

Nimphia le dio un codazo amistoso a Atlantia. La acuarie no entendía la forma de ser de las otras, era como dos mundos chocando, y ellas tampoco habían trabado amistad con acuaries hasta entonces. La airie presentía que aquella relación podía ser extremadamente difícil.

En el salón del trono reinaba ahora el bullicio. Los duendes y los sirvientes humanos trataban por todos los medios de complacer a la reina Titania preparando su equipaje, siguiendo sus más estrictas órdenes sin cometer fallos que la enojaran. Mientras tanto, ambos reyes estaban discutiendo otra vez.

—Tienes la obligación de venir, querido —decía ella—. Posiblemente sea el concilio más importante de toda la historia y es hora de que te comportes de acuerdo a tu dignidad.

—Si yo soy muy digno —se quejó Oberón jugueteando con el abanico entre sus manos—. Pero sería el único hombre entre tantas mujeres dando órdenes y tomando decisiones «tan importantes». Mi corazón no podría resistir toda esa belleza reunida.

Titania frunció el entrecejo y suspiró. Laila camufló una sonrisa. Más que tanta belleza, lo que Oberón trataba por todos medios de evitar era un cónclave con tanta arpía reunida.

—Nosotras también vamos —dijo Aurige en voz alta, intentando provocar a su madre y ver su reacción.

—Por supuesto —la contravino ella—. Será muy interesante ver qué ocurre cuando Maeve perciba el poder de las Arenas allí mismo, y me encantará ver su cara en el momento en que saquéis la corona...

De repente se quedó pensativa. Los diamantes de sus ojos brillaban con un destello de satisfacción intrigante y por un momento sonrió con verdadero placer malévolo.

—Perfecto, me parece muy bien que vengáis —concluyó—. Aunque me hagáis

parecer tan ridícula como una solarie, llevando una comitiva de airies, ithiries y acuaries bajo mi cargo.

Todas se miraron con los labios apretados teniendo que tragarse aquellas palabras altivas sin replicar. Titania tomó a Nïa de la mano y se dirigió hacia la salida del castillo, con una pose majestuosa que contrarrestaba grotescamente con todo el cortejo de duendes que la esperaba. Laila notó que la reina crispaba sus manos de alabastro cuando cerró los ojos, para no tener que ver al nefasto séquito que iba a tener el honor de acompañarla a Tirennon.

Nïa caminaba seria, sin un atisbo de sonrisa, y giró su rostro al pasar junto a ella como si la estuviese mirando fijamente a través de las vendas. ¿Querría decirle algo? ¿Algo que ella supiese que iba a ocurrir para que estuviesen preparadas? Si era así, la chica no abrió la boca, y sólo se giró un momento para decirle adiós a Oberón con una sonrisa preciosa.

La noche parecía más oscura que nunca. La mayoría de los fuegos y las risas del castillo se habían terminado, y sólo se escuchaba el trote desacompañado de los cientos de duendes sobre las baldosas de piedra.

—Creo que tu madre jamás lo ha pasado tan mal en su vida —le susurró a Aurige cuando iniciaron su andadura fuera de los muros de la fortaleza.

—Tienes toda la razón —asintió la otra a punto de echarse a reír.

A pesar de todo, los duendes caminaron en silencio todo el tiempo que pudieron, aunque notaron algunas bajas cuando se cruzaron con grupos pixis azules danzando en los fuegos fatuos de un pantano, mucho más interesantes que aquella caravana aburrida.

Poco después los bosques de Blackowls quedaban atrás. La noche empezó a llenarse de nubes algodonosas que cubrieron las estrellas, hasta que todo se envolvió con una neblina grisácea que parecía no tener fin.

La comitiva atravesó el manto de nubes subiendo por el camino iluminado hacia la cima. La niebla se dispersaba en pequeñas volutas a su paso para volver a condensarse tras ellas segundos después. Cuando el mar de bruma se evaporó en una tenue gasa húmeda, la ciudad de Tirennon destellaba ya a lo lejos bajo el sol blanco, como un enjambre de catedrales de cristal y las cinco torres de marfil recortadas contra el cielo.

—Nunca había visto Tirennon —susurró Atlantia.

Y de repente se quitó la máscara un segundo para contemplar la ciudad con sus propios ojos. Laila apenas se acordaba de su rostro acuarie, algo cerúleo casi azulado, y las pupilas tan claras que parecían aguamarinas, pero al momento la falsa piel de maniquí cubrió sus facciones y sólo escucharon su respiración mecánica.

Los blancos muros se agrandaban ante sus ojos y bajo las arcadas, toda una legión de albanthios parecía estar aguardándolas.

—Deberíamos sentirnos honradas —comentó Aurige con sorna en voz baja—. Tal despliegue de medios, sólo por nosotras.

—Cierra el pico lunarie —le chistó Nimphia cuando ya las rodeaba la multitud arrolladora de albanthios—. Podrían llenarnos de runas de hierro en menos de un segundo.

Laila tragó saliva. Convertirse en una limnia no era precisamente el sueño de su vida. Y aunque dudaba que los guardianes blancos tuviesen la intención de enfrentarse o capturar a la reina Titania, sintió un escalofrío al recordar a las silenciosas hadas despojadas de sus poderes, allá en las misteriosas llanuras de Nan-Og, siendo entrenadas por una anciana shilaya. ¿Y todo para luchar contra aquel ejército? Era una batalla perdida aún sin haber comenzado.

El cortejo de duendes permaneció en los jardines del palacio, pues jamás les hubiesen permitido el paso a aquellas criaturas al interior del recinto real. Aún así, muchos albanthios tuvieron problemas para mantener el orden y más de uno deseó, por primera vez, abandonar la guardia personal de Maeve aquel día.

Las escoltaron hacia el interior y Laila sintió que la admiración la dejaba sin palabras. El palacio de Tirennon irradiaba belleza y elegancia por todos lados, desde el grandioso recibidor que daba la bienvenida con sus altas y estilizadas estatuas blancas, a los magníficos salones de lisas columnas y vidrieras interminables desde los que se podía divisar toda la ciudad. Pequeñas flores flotaban en el aire inundando el ambiente con una dulce fragancia, y todo envuelto en una atmósfera de serenidad y recogimiento. Si nunca hubiese conocido a la reina Blanca y todo lo que ella era, habría deseado con todas sus fuerzas quedarse allí para siempre.

Las acompañaron hasta el salón del trono y luego todos los albanthios se arrodillaron a la vez sin levantar la vista del suelo. Ellas caminaron tras Titania en silencio, sobrecogidas. En las alturas, cuatro esferas blancas giraban sin cesar con un sonido susurrante, justo en vertical sobre un pequeño lago de aguas lechosas que lanzaban destellos bajo la luz del sol.

Al fondo, sentada en un trono hecho de diamantes, la reina de reinas las estaba esperando.

Laila sintió de nuevo su corazón latiendo a toda velocidad. Además de las doncellas y las sacerdotisas blancas que las observaban, a la derecha de la reina Maeve y sentada en un trono de oro, Cyinder las contemplaba llegar sin rastro de emociones.

—Siempre consigues sorprenderme, Titania —dijo la reina Maeve con una sonrisa despectiva a modo de bienvenida—. ¿Ahora te dedicas a hacer de niñera y protectora de almas perdidas?

—Cuando los gobernantes basan todo su imperio en una mentira, siempre deben surgir los héroes protectores, hasta de los rincones más oscuros —replicó ella

haciendo una reverencia.

Los labios de Maeve eran una línea afilada en su níveo rostro.

—Así que eres una heroína y yo baso mi reinado en una mentira —dijo sintiendo que debía calmarse, pues Titania la sacaba de quicio con mucha frecuencia últimamente.

—No os he nombrado. Si os habéis dado por aludida, algún motivo habrá, majestad —contestó la reina de Lunarïe con una sonrisa.

El regio salón permaneció en silencio. Laila dejó de prestar atención a aquella batalla dialéctica para concentrarse en su amiga Cyinder. En ningún momento había hecho ademán de reconocerlas, pues ni siquiera las miraba. Sus ojos dorados permanecían abiertos y sin brillo.

—Y no te basta provocarme con una exiliada que me falta al respeto —seguía Maeve—, sino que además te presentas con dos ithirïes, cuando sabes que toda Īalanthilïan sufre la presencia de aquellos que han declarado de forma violenta y brutal ser nuestros enemigos.

Titania permaneció en silencio unos segundos.

—Quizás nos merecemos todo lo que nos está ocurriendo —contestó por fin—. Quizás la reina de Ithirïe tuviese poderosas razones que nunca nos molestamos en averiguar. Ahora, su venganza caerá sobre todas nosotras.

Sus palabras permanecieron en el aire como una amenaza oscura.

—Así pues, vienes en nombre de Ethera, eres su mensajera.

—En absoluto. En realidad acudo precisamente para pedir la protección del Reino Blanco para todo Lunarïe y para el Ojo de la Muerte.

La reina Blanca se quedó entonces tan sorprendida que fue incapaz de articular palabra.

—El Ojo de la Muerte —repitió, impresionada—. ¿Dónde está? Siento su presencia, pero quiero verlo, tenerlo en mis manos para estar segura de tus intenciones. Dámelo y todo este periodo de sinsabores entre Lunarïe y Tirennon habrá terminado.

—No —Titania se puso rígida—. Sólo cuando termine el concilio, se lo daré a la reina de reinas. He pedido la protección de Tirennon, no «vuestra protección».

Maeve la miró sobresaltada.

—¿Qué estás sugiriendo, Titania? Yo soy la reina de Īalanthilïan, a la que debes mucho más respeto del que estás mostrando. ¿Acaso tus palabras ocultan la intención de derrocarme y hacerte con el poder?

—Mis palabras no ocultan nada. He hablado muy claro. Confiaré el Ojo de la Muerte a la reina de reinas, sea quien sea.

La reina Blanca entrecerró los ojos ante aquella muestra de soberbia y rebeldía.

—Ya que parece que de nuevo tu propósito es sembrar la discordia y no aportar

soluciones —decía Maeve, tajante—, será mejor para todas que ocupes tu sitio entre los invitados, pues el trono de Lunarïe está reservado para la reina Geminia, como sin duda sabes.

—Sin duda —corroboró ella dirigiéndose de inmediato a una de las sencillas sillas de mármol que rodeaban a los tronos de oro.

Las otras la siguieron sin levantar la vista del suelo. Laila se sentó junto a Nia sin dejar de observar a Cyinder, que parecía tan ajena a todo lo que ocurría a su alrededor como si estuviese perdida en un sueño. O tal vez en una pesadilla. Ni siquiera la presencia de las Arenas de Solarïe lograban sacarla de aquel estupor.

No tuvieron que esperar mucho tiempo, pues pronto empezaron a llegar los heraldos y las delegaciones de todos los reinos de hadas, para el que sería el más importante, violento y desgarrador concilio de toda la historia de Faerie.

El juego del poder

La reina Zephira de Airïe, junto a sus hijas Eriel y Shiza, fue la primera en llegar. Su porte seguía siendo regio y digno, y toda ella olía a flores y a primavera tal y como Laila recordaba, pero una nube de pesar ensombrecía sus ojos alargados. Algo que tenía que ver con el exilio de Nimphia, o con la decisión de su hija Eriel al entregar el Arpa de los Vientos tan a la ligera. Fuese lo que fuese, dejaba claro que los asuntos internos y familiares quedarían en el más estricto secreto.

Sin embargo, al descubrir a Nimphia allí mismo bajo la protección de Titania, no pudo sino suspirar aliviada y una sonrisa iluminó su rostro unos segundos. Luego, tras saludar a la reina Maeve con unas palabras corteses, se sentó en otro de los tronos de oro mientras Eriel y Shiza ocupaban sus asientos lo más alejadas posible de Laila y las otras.

Nimphia intentaba contener sus emociones difícilmente, pero Aurige le dio un codazo significativo y ella respiró hondo.

Poco después hacía acto de presencia la corte de Nictis con Geminia al frente, seguida de todas las condesas y sus hijas entre las que se encontraba Núctuna. Sus caras pálidas e impasibles no dejaban traslucir nada, pero los ojos de la duquesa Geminia brillaron de satisfacción cuando ocupó el asiento de oro, mientras que Titania debía permanecer en segunda fila.

Los albanthios se retiraron en silencio. Dentro del salón sólo quedaron las reinas y algunas sacerdotisas que debían permanecer atentas a cualquier petición que Maeve formulase.

—Sed todas bienvenidas a Tirennon —empezó la reina un breve discurso—. Deseo que el temor y la tristeza queden hoy más allá de estos muros, pues estoy segura de que entre todas, encontraremos soluciones satisfactorias a los graves problemas que ensombrecen nuestros corazones y que...

—¿No esperamos a la representante de Acuarïe? —interrumpió Titania sin el menor pudor.

Todas se giraron hacia ella, horrorizadas por su descortesía. Maeve se había quedado congelada en un rictus desagradable.

—Tu comentario ha llegado a ser de mal gusto —le dijo—. Estamos de luto por Acuarïe y lo sabes. Nuestra amada Tritia será recordada siempre como la primera víctima de esta sangrienta destrucción, provocada por un reino que jamás debió salir del lodo al que pertenece.

—Impresionantes palabras —siguió Titania como si no le afectasen—, dichas desde luego sin ánimo de ofender a las dos princesas de Ithirïe que se hallan junto a nosotras, pero...

Un murmullo de desaprobación recorrió la sala mientras Laila notaba la cara ardiendo. Miró a Nïa, pero la chica parecía distante, perdida en sus sueños. Su cabeza estaba vuelta hacia las esferas que giraban en el techo sin parar.

—Pero —siguió Titania con énfasis—, ya que todas lloraremos la pérdida de Acuarïe y las ensalzaremos como heroínas, yo propongo sin embargo, honrarlas de la única forma posible.

—¿Cómo? —exigió Maeve odiando tener que entrar al juego de la reina de Lunarïe.

Titania sonrió.

—Permitiendo que Acuarïe siga teniendo voz y voto —dijo con voz helada—. ¡Qué mejor forma de honrar a nuestras hermanas! Y como, que sepamos, el reino entero ha sido exterminado, propongo coronar a esta chica como la nueva reina de Acuarïe.

Y todas miraron atónitas a la muchacha que se refugiaba tras la máscara. La propia Atlantia se sintió palidecer ante la enorme sorpresa que había declarado la reina de Lunarïe delante de todo el mundo.

Laila miró a Aurige y a Nymphia, pero ambas estaban tan asombradas como ella. Sin embargo creyó percibir un destello en los ojos de la morena, como intuyendo que el juego no había hecho más que empezar.

Maeve se encontró pillada por sus propias palabras. Ahora debía cumplir su promesa de glorificar a todo un reino del que sólo quedaba una superviviente. No podía negarse. Decir que no, era como sentenciar a Acuarïe a la nada. Sintiendo la hiel en la garganta, sonrió magnánima y llamó a Atlantia a su presencia.

La chica miró a las otras tras aquellos ojos de maniquí, todavía dominada por el susto, pero su corazón estaba a punto de estallar de júbilo. Sus sueños se iban a hacer realidad, y todo gracias a la reina de Lunarïe. Estaría en deuda con ella para siempre jamás.

Avanzó temerosa, con la cabeza baja delante de toda la realeza de Faerie, y se postró ante la reina Blanca temblando de emoción. Maeve hizo aparecer en sus manos una corona de oro con aguamarinas, y sin una sola palabra se la puso sobre sus cabellos azulados. Luego se quedó un poco paralizada cuando fue a darle los besos de rigor, pues besar una máscara era terriblemente singular, y sus manos se crisparon porque sabía que Titania estaba disfrutando enormemente con todo su desconcierto.

Atlantia ocupó el trono de oro que hubiese sido de Tritia, y aunque nadie podía ver su rostro, su respiración burbujeante era agitada y nerviosa.

—Siempre tienes la razón, querida Titania —dijo Maeve por fin con una pequeña inclinación de cabeza—, y ahora que por fin está todo solucionado podremos comenzar...

—Sin embargo... —volvió Titania a la carga ante la crispación de la reina, que

veía que su contrincante estaba conduciendo el concilio hacia donde ella quería, y no podía hacer nada por evitarlo—, sin embargo, no veo a la reina de Ithirïe en esta sala. No deberíamos comenzar sin ella.

Aquello provocó un revuelo y hasta Geminia se levantó de su trono, airada.

—¿Sí, duquesa? ¿Ibas a decir algo? —le reprochó ella.

Geminia volvió a sentarse despacio.

—No temas decir lo que piensas, reina Geminia —dijo Maeve recalcando bien claro su título—, pero yo misma lo diré por todas, pues esta vez las palabras de Titania han sobrepasado el límite de la provocación.

Titania seguía mostrando una sonrisa beatífica, pero Maeve se volvió a ella ya sin poder ocultar su desagrado.

—Desde el principio ha sido tu intención envenenar este concilio. No sólo sembrando la cizaña, sino que además tratas por todos medios de dividirnos en una lucha interna en lugar de ayudar a sanar las heridas. Ya que tal es tu actitud, te ruego que abandones Tirennon de inmediato. Nosotras podremos, sin necesidad de tus consejos, decidir lo mejor para el futuro.

—Sin embargo, yo opino que para tomar decisiones correctas, estas han de estar basadas en la verdad, sin mentiras, sin secretos, ¿no es cierto?

Y miró intencionadamente a Atlantia, que asintió sin pensar, y a Zephira, la cual, aún queriendo mantener una posición neutral, se veía forzada a afirmar, pues el Reino Blanco pregonaba precisamente la verdad y la rectitud. Lanzó un vistazo rápido a Cyinder, pero la reina de Solarïe apenas respiraba en su quietud.

—La verdad jamás se pondrá en duda —contestó Maeve, categórica.

—Pues entonces la reina Ethera de Ithirïe debería haber sido invitada hoy, no es cierto, ¿reina de Acuarïe?

Atlantia se sobresaltó. Comenzando a intuir que no había sido más que una pieza de ajedrez en un juego, asintió lentamente.

—¡Explícate, Titania! —rugió Maeve, cansada ya de guardar la compostura.

—La reina misma lo contará a todo el cónclave —repuso Titania—. Y la palabra de una reina es sagrada, así que escuchadla con mucha atención.

Y se sentó tan tranquila en su silla de mármol ante el asombro de toda la sala. Laila estaba impresionada. Con una mente capaz de calcular a largo plazo, Titania había conseguido lo que no podía al haber sido despojada de su título de soberana de Lunarïe: que la reina de Acuarïe tuviese que admitir la traición delante de todo el mundo. Y su palabra real debería ser respetada como la verdad absoluta.

—Yo no... Bueno, yo he de decir... —comenzó Atlantia balbuceando y tragando saliva—, que... la reina Tritia, es decir mi... mi predecesora... no yo, sino ella...

Laila sintió lástima. Mientras hablaba, las palabras le salían cada vez con mayor dificultad, como si las propias burbujas la ahogasen.

—La reina Tritia... ocultó en Cantáride el tesoro de... de... Ocultó las Piedras de Firie después de robarlas...

—¡Basta! —gritó Maeve atónita, incapaz de creer tal desatino.

—Mi propia hija rescató las Piedras de su escondite —añadió Titania, orgullosa—. Así que ya veis. Todo el terror que vos y las tuathas desatasteis contra los ithiries, no ha sido más que un fatal error del cual vos, y sólo vos, sois la responsable.

—¡Mentira! —chilló Maeve desquiciada, viendo que toda la sala se volvía hacia ella con ojos espantados—. ¡Nadie puede creer tus palabras ni las de esta cría que has sentado en el trono! Las Piedras de Firie se perdieron, yo sentiría su poder si tu hija las tuviera, tal y como dices.

Titania miró a Aurige y ella asintió. Lentamente extrajo la corona negra de una bolsita y la mostró a toda la sala. Laila jamás había visto una escena más impactante en toda su vida. Todas las reinas se habían quedado congeladas como estatuas ante la visión de las gemas muertas.

—Creo que todas necesitamos una explicación, reina Maeve —dijo Zephira entonces—. Ni yo, ni la reina de Solarie tuvimos la suerte o la desgracia de vivir aquellos acontecimientos nefastos, pero saber que Airie puede sufrir unas consecuencias tan devastadoras como Acuarie por vuestra culpa...

—Yo no lo sabía —susurró Maeve llena de angustia, volviendo la vista a Laila, a la que parecía suplicar clemencia—. No lo sabía... no fue mi culpa...

Se produjo un silencio demasiado profundo y pesado. La reina Mab miraba la corona negra tan fijamente que parecía que iba a comérsela.

—Puedo arreglarlo —dijo entonces, respirando profundamente—. Ahora, con las Piedras de Firie por fin en mi poder, yo misma suplicaré a Ethera el perdón y la reconciliación...

—¿En vuestro poder? —pareció sorprenderse Titania, con un destello en sus ojos oscuros—. ¿Quién ha dicho que las Piedras de Firie son vuestras?

Esta vez hasta Laila y las otras se quedaron mudas de asombro. Titania demostraba otra vez que podía llegar más lejos todavía. Que su juego aún no había terminado.

La reina Blanca palideció. Por un momento pareció que iba a salir corriendo despavorida, pero entonces se irguió alzando la barbilla con orgullo, y miró fijamente a los ojos de cada una de las reinas allí presentes. Luego, cumplido su objetivo, volvió a encararse con Titania.

—Es demasiada la osadía de pretender quedaros con el tesoro sagrado de Firie —pronunció con palabras densas, hasta tal punto que todo el mundo asintió de manera mecánica, como si hubiesen recibido una orden mental.

—Yo no pretendo tal cosa, ante los dioses lo juro —replicó Titania—. Sólo aclaro que la corona de Firie no es vuestra, porque nunca lo fue.

—¡Cómo te atreves! ¡No sólo es mía por derecho, sino que la estoy exigiendo para enmendar un error! ¿Te vas a oponer a la paz, Titania? ¿Eso es lo que buscas, la guerra?

El resto de reinas las observaban sin decir nada. En sus cabezas, incluso en la de Laila, las palabras de Maeve sonaban virtuosas, como un bálsamo de aceite dulce que solucionaba las cosas. Blancas olas de paz la inundaban, mientras que las palabras de Titania crispaban sus oídos, discordes, chillonas, queriendo el desastre y la masacre.

Entonces sintió un dolor agudo en su mano, una punzada horrible que le quemaba como fuego. Bajó la vista para encontrarse la cabeza de una serpiente pequeña que le acababa de morder la piel. El reptil se apartó dejando dos diminutos agujeros ensangrentados y se refugió en las manos de Nïa, enroscándose en un ovillo.

Ella miró a la niña crispada de dolor, incapaz de entender porqué había hecho eso.

—Corre —le dijo Nïa mirándola a través de la tela de sus ojos.

—¿Qué? —estuvo a punto de gritarle, pero la chica permaneció en silencio.

El dolor palpitante le impedía escuchar las sabias palabras de Maeve. El fuego subía por su brazo, no le dejaba hundirse en aquella tibia nebulosa de bondad y pureza. Las palabras de Titania se le clavaban en la cabeza, hirientes como dagas, hasta que el sopor desapareció y se descubrió en medio de un palacio blanco, frío y desagradable, donde las reinas asentían como estatuas obedientes.

Sus amigas también parecían dominadas por aquella especie de influjo que se expandía desde la figura de la reina Maeve hacia todos sitios. Ondas de poder que infundían temor y hacían bajar la cabeza. Cyinder, sentada en el trono, lo contemplaba todo a través de una máscara tan fría como la de Atlantia, y Titania parecía estar haciendo un esfuerzo sobrehumano para no arrodillarse.

—Las Piedras nunca fueron vuestras —jadeaba con labios crispados—. Sólo Nemaïn llevó la corona sobre su cabeza...

—No importa —susurró Maeve y todas las reinas asintieron de acuerdo a la vez—. Dámela y todo habrá terminado.

Laila sintió el espanto crecer. De repente descubrió, muerta de miedo, que estaba allí sola, en medio de una trampa sin escapatoria. Ella era la única capaz de razonar, porque el dolor de la mano le golpeaba una y otra vez, impidiendo que la voluntad de Maeve se apoderase de ella. Tenía que hacer algo y rápido...

En medio de la sala, la escena de Titania a punto de ser derrotada le resultaba dolorosa. La verdadera reina de Lunarïe luchaba por mantenerse en pie y ella tenía que aprovechar ese momento. Necesitaba esos segundos que Titania le estaba concediendo.

—Apelo... —gimió la antigua reina con su último esfuerzo—. ¡Apelo a las tuathas! ¡Exijo la presencia de las...!

Y se postró de rodillas en silencio. Maeve caminó hacia ella en medio de la

ceguera general y tiró de sus cabellos de color azabache para obligarla a mirarla a los ojos. Su sonrisa era cruel y acerada.

—Estúpida Titania —le dijo—. Siempre supe que algún día cometerías el error que te pondría por fin a mis pies. Apelas a las tuathas... —rió con maldad—. Las tuathas me defraudaron. Les encomendé una misión y fallaron. ¿Sabes qué les ocurre a los que me contrarían?

Dejó sus palabras en suspenso y su mano se crispó sobre los cabellos negros de Titania.

—Vas a disfrutar mucho tiempo en las celdas de Belion —le anunció—, pues mis albanthios te van a llevar allí de inmediato, y sólo saldrás cuando veas las cosas a mi manera...

Entonces percibió un movimiento por el rabillo del ojo y se dio media vuelta sobresaltada. Laila tragó saliva maldiciéndose por su torpeza. Había aprovechado aquel instante para deslizarse en silencio junto a Cyinder y ponerle el saquito de las Arenas de Solarie en las manos con el ánimo de despertarla. Su amiga no tuvo capacidad para sostenerlas y el recipiente cayó al suelo, pero desde sus ojos dorados, una lágrima resbaló hacia abajo muy despacio.

—Bueno, la última resistencia —dijo Maeve soltando el cabello de la reina de Lunarie y a Laila le pareció que las manos de Titania se movían un poquito, crispadas—. Precisamente la hija de mi enemiga, la aberración que nunca debió cruzar las puertas de İalanthilian.

La muchacha respiró hondo intentando no hacer caso de sus palabras y el veneno que destilaban. La reina parecía deseosa de ensañarse con ella y con todo lo que amaba.

—Todavía no comprendo cómo logras evitar mi poder una y otra vez con lo vulgar y monstruosa que eres, pero no puedes hacer nada contra mí. Mira a tu amiga —señaló a Cyinder—. Igual de patética y manejable que su madre, y tan sólo chasqueando mis dedos me entregó su alma y su reino. Nunca sabrá los planes que tengo para Solarie, pues evidentemente, nadie recordará jamás esta conversación.

Laila recogió la bolsita con las perlas y la apretó entre los dedos sintiendo el corazón a punto de salirle por la boca. La sala estaba quieta, tenebrosa en el silencio blanco. Sus amigas, Nïa, las reinas... No parecían otra cosa que muñecas sin vida. Trataba de pensar deprisa pero la cabeza se le estaba llenando de nubes de algodón. El mordisco de la serpiente apenas era ya un débil latido.

—Hoy se termina ya esta comedia —sonrió Maeve, benévola, extendiendo los brazos—. Ya me he cansado de tanta ingratitud y tanta libertad. Hace tiempo que tenía que haber tomado esta decisión, y no andar con falsos prejuicios que no han conducido a otra cosa que al desastre.

Laila dio un paso hacia atrás.

—Mira a tu alrededor, niña —le ordenó Maeve—. Ya no tienes a nadie que te defienda. Ni a ti, ni a esa pequeña serpiente que Ethera engendró en un ridículo intento de tener descendencia digna. ¿No te resulta divertido saber que incluso a tu propia madre le resultas una aberración y que enseguida quiso limpiarse la mancha nemhirie con la que se había ensuciado?

Laila sintió que le escocían los ojos. Las lágrimas estaban a punto de brotar mientras aquellas palabras se le hundían en lo más profundo. Aunque quisiera taparse los oídos, su propia cabeza se las gritaba. Maeve se rió con un sonido de cristales rotos.

—Me das mucha lástima, niña. Dame las Arenas de Solarïe y la corona. Quizás os deje marchar a ti y a tus amigas para que podáis llorar todas juntas —le dijo con su sonrisa falsa—. No me obligues a aplastarte como al resto, porque precisamente es algo que estoy deseando hacer contigo.

Ella negó cerrando los ojos con fuerza para ocultar aquellas lágrimas traicioneras. Respiró profundamente. Si dejaba que el odio la invadiese tenía todas las de perder. Tenía que distraer a la reina aunque la otra la llenase de insultos.

—¿Y para qué queréis las Piedras de Firïe? —preguntó con la boca seca escondiendo el saquito a sus espaldas. Lentamente empezó a abrirlo hurgando con los dedos—. Están muertas, no sirven para nada.

—Y así seguirán —fue la asombrosa revelación—. No pienso consentir que la gente empiece a soñar con el retorno de un mundo extinto que además, sería la destrucción de Tirennon y de todo lo que he creado.

—Pero... pero vos seríais la reina de Firïe —siguió ella ya con la bolsa abierta por completo.

Maeve la miró con los ojos convertidos en rendijas.

—¿Sabes qué hizo mi hermana Nemaïn cuando yo obligué a las tuathas a dar su veredicto de culpabilidad contra los ithirïes?

Laila la contempló en silencio. Las Arenas de Solarïe cosquilleaban en su mano.

—Pidió su Último Deseo —contestó la reina con un atisbo de odio—. Concentró todo su poder y el de Firïe entero en una última Piedra... ¡Y no me la dio! —exclamó llena de rabia y frustración—. Después de todo lo que hice por ella... La envió lejos, fuera de mi alcance. La Piedra empezó a alimentarse de nosotras y de nuestros recuerdos para mantener vivo el espíritu de Firïe. ¿Pero sabes qué? —se acercó al gran diamante tallado de su trono y lo sostuvo en la palma de la mano—. Yo la encontré. Tardé mucho tiempo en descubrirla y sacarla de su escondite. Luego la... «modifiqué», y conseguí volver aquel error en mi beneficio. Ahora el Reino Blanco es mío —sonrió con aquellos labios fríos crispando su garra alrededor del diamante—. Entonces, cuando el fuego se apagó, hice que todas las reinas se sintiesen tan culpables de la pérdida de Firïe que me nombraron soberana de İalanthilïan, el

premio que siempre merecí.

—¿Pero y nosotras? ¿Y mi madre y todos los ithiries? No tuvimos nada que ver.

—Ya es tarde para enmendar ese error —Maeve colocó la última Piedra de Firie de nuevo en su sitio—. ¿Crees que permitiría que la gente supiera que fuimos unos asesinos impíos y que nos equivocamos con vosotras? Me arrebatarían el trono de Īalanthilian de las manos y yo sería el hazmerreir de todos. No voy a consentirlo jamás, niña. Tirennon y el Reino Blanco seguirán existiendo para establecer el orden y la paz que yo deseo. Todo el mundo olvidará esa corona y lo que significó. En la guerra hay que hacer sacrificios en aras de un bien superior —respiró tras su discurso—. Dame las Arenas, muchacha.

Laila apretó el saquito de terciopelo por última vez. Odiaba a aquella bruja tan intensamente que sus manos temblaron.

—¡Si tanto las queréis, cogedlas! —gritó y de repente le lanzó la bolsa abierta arrojando su contenido con violencia.

Las perlas salieron volando, desparramándose por todos lados, chocando contra la cara atónita de la reina, y luego rodaron por el suelo en todas direcciones con un ruido de canicas.

Maeve sintió la rabia crecer pero su mano hizo un gesto suave y las Arenas comenzaron a volar hacia ella, reuniéndose en su palma abierta.

Fueron los segundos que Laila necesitó. Corrió hacia Aurige y la sacudió hasta que la lunarie parpadeó saliendo de aquella neblina nefasta. Después agarró a Nimphia y tiró de ella levantándola de golpe. Todavía quedaban Cyinder, Nïa y Atlantia. Tendría que hacer un milagro para reanimarlas a todas.

—Eres una estúpida —rió la reina Blanca a sus espaldas—. ¿Crees que puedes salir de aquí en contra de mis deseos? Observa.

Y tan sólo levantando una mano lanzó a sus amigas hacia atrás, derrumbando las sillas de mármol hasta tirarlas violentamente contra el suelo. Las dos gimieron y Nimphia se incorporó con gran fatiga.

—No le pongas la mano encima a mi hija —sonó de repente la voz trabajosa de Titania y Maeve se giró sobresaltada, justo para detener en el último segundo una enorme esfera negra que volaba hacia ella.

—¡Corre! —gritó Titania la misma palabra que Nïa, y Laila no se lo pensó dos veces.

Voló como un rayo hacia Aurige y Nimphia, y tiró de ellas sin mirar atrás. Explosiones arcanas se sucedían a sus espaldas, sombras de destellos por el rabillo del ojo, pero ni en sueños iba a detenerse a contemplar aquella batalla entre reinas. Aurige fue a acariciarse la nuca cuando se vio arrastrada por el suelo como un torrente, y Nimphia envió una ridícula tromba de viento contra un grupo de desprevenidos albanthios que empezaban a entrar por las grandes puertas.

Salieron chocando contra los guardianes blancos, que no tuvieron tiempo de reaccionar porque no sabían qué había sucedido y no se lo esperaban. En sus cabezas sólo percibían que la reina Maeve estaba siendo atacada y ellos no tenían ojos y oídos más que para ella.

Aurige pareció resistirse y trató de volver junto a su madre en el último segundo, pero Laila siguió arrastrándola sin contemplaciones.

—¡Qué hacemos! —exclamó Nimphia jadeando a la carrera, todavía aturdida por aquel desenlace del concilio y sus funestas consecuencias—. ¡Cyinder y las otras están ahí dentro!

—¡No podemos hacer nada! —respondió Laila corriendo lo que le daban de sí sus piernas—. ¡Hay que escapar antes de que se den cuenta de lo que pasa y empiecen a perseguirnos!

—¡Vamos a mi coche! —gritó Aurige elevándose en el aire a toda velocidad en dirección a los edificios de la Universidad.

Nimphia cogió a Laila de la cintura y la arrastró hacia arriba en pos de Aurige. En los jardines del palacio, una riada de albanthios comenzaba a desplegarse y muchos las señalaron desde la distancia.

El vuelo se convirtió en una huida frenética, siempre intentando quedar lejos del alcance de sus hechizos. Los albanthios inundaban poco a poco el laberinto de calles y jardines bajo sus pies, y esta vez no iban a dudar ni un segundo en arrasar la Universidad y todo lo que encontrasen a su paso.

A las afueras del edificio acristalado un punto rosa resaltaba como el fuego. Aurige chasqueó los dedos y todas las puertas se abrieron de golpe.

Nimphia bajó como un rayo y Laila soltó un aullido de pánico. Sin embargo su amiga la dejó en el suelo sana y salva, y ella sintió el vértigo subiéndole por la garganta.

—¿A dónde vamos? —gritó la airie cuando por fin se metieron en el Mustang y Aurige arrancó maniobrando sin piedad.

La lunarie no contestó. Vigilaba por el espejo retrovisor la marabunta de albanthios cada vez más cercana. En sus caras blancas y sin sentimientos se adivinaba una horrible determinación.

—¡Vamos a buscar a Violeta! —soltó Laila con la seguridad de que aquella era la única opción viable—. Las limnias viven ocultas y nos pueden esconder...

Pero perdió la voz al sentir la presión de la velocidad empujarla contra el respaldo. El Mustang rugió cuando tomó la senda que descendía con los globos iluminados, internándose en el mar de niebla. Al momento las nubes blancas las rodearon por todos lados pareciendo que quisieran tragárselas, y el coche se perdió en los remolinos densos y fríos que estrangulaban al reino entero.

Durante un largo rato ninguna dijo nada, pero cuando sintieron que el coche

terminaba el descenso y se adentraba por los páramos húmedos de Nan-Og, Nimphia comenzó a sollozar bajito.

—Esto se ha puesto muy feo —murmuró Aurige, ominosa, haciendo que las ruedas se deslizaran sobre la nieve sin embarrancar—. No quiero pensar qué le ha podido ocurrir a mi madre, y a las otras...

Negó en silencio con los labios apretados. Laila sentía toda la piel en tensión y se volvió para mirar por el parabrisas. Los tenebrosos remolinos de niebla se retorcían en la distancia como dedos que quisieran atraparlas. Resultaba imposible saber si habían logrado dejar a los albanthios atrás o si estaban a punto de caer sobre ellas. Aquella incertidumbre le crispaba los nervios.

El tiempo se volvía cada vez más desapacible. Nevaba con fuerza y aunque el Mustang apenas rozaba la tierra helada, los copos frenaban su avance depositándose sobre el cristal incesantemente.

—¿Qué va a pasar ahora, lunarie? —dijo Nimphia con lágrimas en los ojos mirando a lo lejos, a las montañas de Nan-Tasir que aparecían y desaparecían a intervalos, en busca de algún indicio que les condujese hasta las esquivas hadas silenciosas—. ¿Qué va a ser de Cyinder, y de Eriel y Shiza...?

Se le quebró la voz pero Aurige no contestó de inmediato. Trataba de calcular cómo se estaba disponiendo el tablero de juego tal y como haría su madre. Al final chasqueó la lengua, contrariada.

—Ethera invitará a las sombras tenebrii y Maeve tiene ahora mismo el control absoluto de todos los reinos de İalanthilian. Será una guerra total, pero sea quien sea el ganador, todas salimos perdiendo. Si vence el Reino Blanco, nos dominará para siempre bajo la tiranía, y si lo hacen las sombras...

Laila y Nimphia comprendieron al punto lo que quería decir. No había solución. Y ellas estaban en medio de todo. Ellas, una shilaya y un grupo de proscritas sin poderes, armadas tan solo con arcos y flechas. Si lograban encontrarlas.

—Y Nïa debía saber que esto iba a pasar —añadió Laila—. No la entiendo. Me dijo que se casaría con el rey de los tenebrii por mí, y vino a Tirennon conociendo de antemano todo lo que ocurriría en el concilio.

—Yo creo que tu hermana no es capaz de controlar el Ojo con el mismo poder de mi tía —repuso Aurige—. Es una niña y además el Ojo de la Muerte la domina hace cuánto... ¿dos semanas? Miranda se volvió loca durante milenios antes de conseguir tener momentos de lucidez.

—Debe ser espantoso —se compadeció Nimphia.

Laila tragó saliva. Algún día le tendría que agradecer a Nïa aquello. Miranda se lo había advertido muy claramente, y ahora estaba deseando protegerla, rescatarla de aquel destino nefasto. No dejaría que su vida se volviese un infierno junto a las sombras. Ni sacrificándose por ella, ni por nadie.

—¡Allí! —exclamó Nimphia señalando con el dedo casi en el parabrisas.

Todas aguzaron la vista, pero todavía tuvo que pasar un rato antes de vislumbrar los grandes rostros misteriosos entre las ráfagas de nieve y ventisca. Las limnias salían a su encuentro. No se escondían ni las evitaban y Laila no estuvo muy segura de alegrarse de aquello. Las hadas blancas intuían el peligro, los cambios, y dejaban que las encontrasen porque ahora todo era distinto. Ellas olían los vientos de guerra.

El Mustang atravesó la franja de las gigantescas caras talladas y siguió hacia adelante, hasta la muralla congelada tras la que brillaban los fuegos de campamento. Al frente, Violeta y Langella las estaban esperando. Laila notó la ansiedad reflejada en el rostro de la anciana shilaya y cuando salió del coche, corrió hacia ella para abrazarla.

—¿Qué ha ocurrido? —les preguntó con dulzura, intentando esconder la preocupación—. Todas estamos inquietas, es algo en el aire.

—La vieja Mab se ha hecho con el control absoluto de Īalanthilīan —contestó Aurige con voz serena—. Ya no hay vuelta atrás. Ha sometido al resto de reinas sin disimulos y creemos que ha ordenado a los albanthios invadirlo todo. Mi madre le hizo frente y no sabemos si...

Y por una vez permaneció en silencio al hablar de Titania. Sus rasgos se endurecieron apretando los labios.

—Hay más cosas —siguió Laila, tratando de olvidar la violenta escena de la madre de Aurige contra el poder desbocado de Maeve.

Langella les indicó que se refugiasen con ella en su tienda y cuando les trajeron comida, se dieron cuenta por primera vez de lo hambrientas que estaban, del cansancio y la fatiga acumuladas, de la tensión y el nerviosismo.

Entre bocados les contaron todo lo sucedido, desde la ya lejana visita de Ethera y sus consecuencias en Acuarie, hasta la toma de poder de Maeve y las gemas muertas de Firie. Aurige conservaba la corona negra y se las mostró a ambas. Langella pareció sobresaltarse presa de un súbito interés. Todas las runas de su cara relucieron, pero ni siquiera la tocó.

Cuando acabaron de hablar era ya noche cerrada y en el cielo apenas brillaban estrellas. Los ojos de Violeta se habían oscurecido según avanzaba el relato y la jefa de las limnias no decía nada, al menos a ellas.

—¿Y Nia? —preguntó la shilaya en un susurro apesadumbrado.

—Se quedó allí por propia voluntad —dijo Laila negando con la cabeza—. No lo entiendo. Se podía haber escondido en el tiempo, haberlo alterado, pero no hizo nada de eso.

—Ya, a mí también me costaba entender las decisiones de Miranda.

Y volvió a permanecer en silencio hasta que Langella pareció hablarle en secreto. Violeta asintió.

—Necesitáis descansar —les dijo—. Las limnias se reunirán ahora por la noche para decidir qué van a hacer. Mañana bajo la luz del sol quizás las cosas se vean distintas. Además estáis agotadas.

—¡Pero es que tenemos que hacer algo! —exclamó Aurige apretando los puños—. Cyinder y mi madre se quedaron allí. No puedo dormir tan tranquila sabiendo que todo se despedaza a nuestro alrededor.

—Sí —afirmó Violeta—, pero ahora...

La varita mágica destelló en su mano y pareció que las invadía la niebla. El cansancio se hizo tan intenso que cayeron lentamente sobre las mantas de pieles apiladas a su alrededor, y durmieron en un sueño tranquilo y soporífero hasta muy entrada la mañana.

Cuando Laila despertó, la humedad fría calaba por entre las pieles pero sentía todo su cuerpo descansado y parecía que los días anteriores no eran sino una pesadilla irreal que sólo se había imaginado en su mente. A su lado Aurige comenzaba a desperezarse, pero los ojos tristes de Nimphia estaban clavados en ella sin decir nada.

—Vamos a solucionar las cosas —le susurró Laila bajito, sintiendo un nudo en el estómago—. Haremos lo que sea necesario, todo lo que esté en nuestras manos.

—¿Y si no es suficiente? —gimió su amiga, hundida en el pozo de la desesperanza.

Ella no supo qué contestar. Desde fuera llegaban sonidos de todo el campamento de limnias entregadas a sus faenas diarias, y las tres salieron de la tienda sintiendo que la luz radiante del sol sobre la nieve las dejaba ciegas unos segundos.

Violeta se acercó a ellas de inmediato. Se la notaba nerviosa, como si tuviese algo muy importante que decirles. Sin embargo se contuvo y les preguntó si habían descansado bien.

—Todo lo bien que se puede descansar con un hechizo de shilayas —replicó Aurige al momento y la anciana se rió un poquito.

Las acompañó en un ligero desayuno de bayas, higos y leche con miel, que era lo que las limnias les ofrecían. Violeta no quiso usar su varita mágica encantando la comida para no avergonzarlas por su falta de poderes. La arpía Monique, acurrucada en su bolsillo, recibía las pequeñas frutas continuamente y piaba pidiendo más.

—¿Cuáles son las novedades, Violeta? —preguntó Nimphia, incapaz de aguantar por más tiempo aquella sensación de que la shilaya sabía algo.

—Bien —respondió ella humedeciéndose los labios secos del frío—. Langella me ha hablado de una posibilidad, algo remota, para intentar frustrar los planes de la reina Maeve. Pero claro, eso tiene una pequeña complicación.

Las tres la observaron expectantes.

—Tenéis que darle la corona de Firie —dijo despacio.

—¡Ni hablar! —respondieron Laila y Aurige a la vez y ambas se miraron

divertidas.

—¿Y para qué la quiere? —indagó Nimphia, inquieta.

—Ha decidido que ella y un grupo de limnias viajarán a Nan-Tasir, a las minas de sal. Se le ha metido en la cabeza que si puede despertar al sol de Firie, quizás las piedras de fuego volverían a la vida. A cambio os ofrece su protección y toda su ayuda mientras estéis aquí.

Todas permanecieron en silencio asimilando aquellas palabras.

—Pero eso de que el sol de Firie dormía allí sólo es una leyenda —dijo Nimphia.

—Aunque fuese cierto y consiguiese entrar hasta el corazón de una mina de sal, el hecho de despertar a los grandes fénix es casi un suicidio. Es como tocar el sol con las manos.

Laila se quedó pensativa mirando a las lejanas montañas blancas que resplandecían a intervalos.

—¿Qué piensas, nemhirie? —le preguntó Aurige, que sabía que su amiga estaba fraguando algún tipo de idea descabellada.

—Que voy a ir yo —respondió Laila por fin.

—De eso nada, jovencita —negó Violeta enfadada—. ¿Me estabas prestando atención cuando dije lo de «suicidio», o es que de nuevo tu pelo te tiene tan preocupada que estás en las nubes?

—No, mi pelo ya me da igual —contestó Laila poniéndose colorada y jugueteó con un verdoso mechón rebelde—. Es simplemente que yo sí puedo entrar en una mina de sal.

—Perfecto, entras tú sola en las minas, te encuentras seres que seguramente estarán muy interesados en tu carne, sin contar con las plagas de ghüls que rondan por Nan-Og, y cuando encuentres a los fénix, ¿entonces, qué?

—Probablemente no pase nada, o los fénix estén tan muertos como el resto del reino de Firie, o se hayan vuelto blancos como Maeve —hizo una pausa para tomar aire—. Pero voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ponerle esa corona a Nïa en la cabeza y que ningún tenebrii se acerque a ella.

Violeta la miró impresionada por sus palabras y por la seriedad de su rostro. No sólo era la magnitud de su decisión, sino toda ella, su porte y su aura. Como una roca inamovible frente a la tormenta. Por un momento quiso saber qué misterio le había ocurrido para haber cambiado, de ser una chica mimada e insegura, a una joven decidida a todo por ayudar a una hermana desconocida.

—Aún así no puedo consentirlo —sonrió con cariño—. Las limnias pueden sortear la mayoría de los peligros que acechan y además, están adiestradas y son muy numerosas.

—¿Y Langella promete que si las Piedras reviven nos las devolverá? —quiso saber Laila.

La shilaya permaneció en silencio.

—Ya entendemos —concluyó Aurige poniéndose en pie y sacudiéndose los restos de nieve del suelo—. Pues me parece que está todo dicho.

Y de repente escucharon el sonido de miles de arcos tensándose a su alrededor. Todas se quedaron paralizadas de susto ante la sorpresa y Violeta cerró los ojos.

—No os van a dejar salir de aquí con las Piedras —murmuró con tristeza mientras las limnias las rodeaban con caras de pocos amigos.

—Parece que esta corona, incluso muerta, es capaz de causar la codicia y la traición, ¿no, shilaya? —le espetó Aurige cruzándose de brazos.

Violeta no contestó. Su cara reflejaba la angustia de una decisión difícil, quizás forzada. Langella se acercó con todas sus runas relucientes y el rostro serio y cortante. Sus intenciones eran demasiado evidentes.

—¡Por qué no podemos ir todas juntas! —exclamó Nimphia con la cara desencajada, tratando de llegar a un razonable punto intermedio.

—¡Sabéis qué! —gritó Laila de repente, demasiado enfadada, poniéndose delante de las guerreras blancas que ni siquiera pestañeaban—. ¡Que estoy harta de vosotras, hadas! Estoy muy cansada de vuestras maquinaciones que me dan ganas de vomitar. ¡Venga, disparad las flechas! ¡Demostrad de una vez que sois iguales que los albanthios, o peores! —respiró profundamente sintiendo ganas de llorar de rabia—. Ni siquiera movisteis un dedo cuando las hienas estuvieron a punto de matarnos... ¡Iros al infierno!

Y echó a andar hacia el Mustang, empujándolas y abriéndose paso sin asomo de miedo. Aurige la contempló admirada y luego apartó de un manotazo una flecha tensada que una limnia mantenía cerca de su cara. Caminó tras ella seguida de Nimphia, ante el estupor de todo el campamento y de la mismísima Langella.

Violeta sonrió cuando aquel trasto rosa se puso en marcha escupiendo terrones de nieve bajo las ruedas. Se acercó a la jefa de las hadas de la niebla, que las contemplaba partir con los puños apretados.

—Vais a ayudarlas, ¿verdad? —le dijo esperanzada, cuando el Mustang era ya un punto en la distancia.

La limnia negó tajantemente. A su alrededor, las hadas blancas bajaron los arcos indecisas y contemplaron a Langella como si fuesen niñas perdidas.

—¿Ninguna va a mover un dedo? —exclamó la shilaya yendo de una a otra, sacudiéndolas de los hombros—. ¿Nadie?

Ellas no respondieron. Quizás hablaban entre sí en su lenguaje mudo, pero no hubo un solo gesto siquiera de asentir o negar. Ella suspiró y el vaho de su boca flotó hacia arriba.

Dio unos pasos, pensativa. Monique había sacado la cabeza fuera del bolsillo y la miraba de una forma que parecía estar echándole algo en cara. Violeta sonrió con un

destello en los ojos. Cogió a la pequeña arpía y se la acercó a los labios. Las limnias contemplaron cómo le susurraba una canción de shilayas muy bajito. Luego le dio un beso en su negro plumaje y la soltó hacia arriba.

—¡Vuela, pequeña! —le gritó mientras la arpía daba vueltas en silencio con sus alas extendidas—. ¡Canta a los vientos, grita a los soles y a la luna, que todos te oigan! ¡Lleva mi mensaje hasta donde quieran los dioses!

Monique chilló y su eco se multiplicó una y otra vez por las llanuras heladas. Dio dos vueltas más y luego voló hacia arriba, convirtiéndose en un pequeño punto negro que desapareció bajo el resplandor del sol.

—Por última vez —dijo la anciana cuando sus ojos dejaron de ver a la arpía en el cielo—. Limnias, ¿vais a ayudarlas, sí o no?

Langella no contestó. Algunas hadas blancas se dieron media vuelta caminando hacia sus quehaceres como si nada les importase.

—Pues entonces iré yo —replicó Violeta con decisión, ajustándose su abrigo y la capa de pieles—. Y como ha dicho la chica ithirïe, vosotras podéis iros al infierno.

El destino de un rey

En Throagaär las cosas nunca son como se perciben a primera vista. Las sombras cambian, la propia ciudad parece deslizarse y crecer distorsionada, o encogerse sobre sí misma una y otra vez según la luz del pequeño sol rojizo que destella en las alturas. Porque allí abajo nunca llega la claridad completa y radiante, sólo las engañosas formas cambiantes de los sueños y las pesadillas.

«Así ha sido y así siempre será» —pensaba el rey mirando por la ventana del castillo, contemplando la expansión de los dedos de sombras de su ciudad sobre las paredes cortantes de piedra.

Throagaär se situaba en lo más profundo del reino Tenebrii, al fondo de un terrible acantilado de pizarra gris que descendía desde la lejana superficie a través de una sima abierta. Para llegar, había que tomar un camino circular que nadie en su sano juicio se atrevería a recorrer. La estrecha senda daba vueltas sobre sí misma durante kilómetros al borde del filo cortante de piedra, con pasos traicioneros, lajas resbaladizas y desprendimientos de rocas. Y en las cavernas excavadas en la pared, los cuatro principados se extendían lentamente hacia adentro, hacia el corazón mismo de las sombras.

Hastiado, Vorian recordó los viejos tiempos, cuando Temple y Prud eran sombras distintas a las de ahora, cuando aquel legendario Devio casi consiguió hundir la Daga del Sol en su oscuridad junto a la mano firme de otra Fortia. Sólo le salvó un milagro que todavía no había logrado explicarse a pesar de los miles de años transcurridos: la Daga del Sol desapareció en ese momento. Se volatilizó en las manos del traidor justo cuando el rey estaba al borde de la muerte y el fatal golpe falló.

Aquel Devio huyó más allá de las planicies de Karnume, un lugar donde ninguna sombra podría resistir bajo el despiadado sol rojo. El ejército de Vorian salió tras él pero jamás lo encontraron, ni siquiera un resquicio de su existencia. Al final, el rey celebró un funeral en su honor y le lloró en secreto: el Devio más grande de todos, el que casi había conseguido acabar con él. Nunca hubo otro igual.

Vorian jamás se sintió tan vivo como entonces y deseaba volver a sentir aquella tremenda emoción del peligro, solo que sus actuales servidores eran unos cobardes pusilánimes, devotos leales que daban asco.

Aquellos sí que eran buenos tiempos. Cuando conspiraban y planeaban para asesinarle. Pero ahora todos eran fieles y dóciles hasta el aburrimiento. Este Devio no tenía agallas, la nueva Fortia parecía amarle... El rey Vorian sintió un escalofrío de náuseas.

Volvió a mirar hacia arriba, al lejano punto de sol rojo que deformaba la luz en su ciudad vagando en la estrecha franja de cielo que él veía desde abajo. Entonces

recordó por qué se había enfadado.

Se había cansado de su nuevo juguete. Esa muñequita hada, la misma que había caído desde el inalcanzable Templo del Amanecer —abierto para ellos gracias a la venganza de la reina de los ithiries—, había tenido la osadía de declarar que Throagaär le parecía muy tétrica.

Si hubiese dicho sombría, Vorian lo habría considerado un halago. Porque Throagaär no era tétrica, sino todo lo contrario. Era confortable, animada y llena de vida. Quizás una vida espeluznante para esas hadas estúpidas, pero cálida como la sangre, siempre dispuesta a dar lo mejor de sí misma si dejabas que te engullera. Si te resistías... El rey sonrió. Nadie se había resistido jamás a su ciudad.

Bueno, no era del todo cierto, y sólo de recordarlo, la sombra que proyectaba a la luz del fuego en la chimenea creció llena de bulbos y colmillos. Una pequeña traición cometida por aquel sacerdote de Hiria y sus cuatro príncipes unidos permitió que algunas sombras se escaparan al mundo nemhirie hacía milenios. Nunca regresaron y jamás se les encontró.

Los príncipes responsables de la fuga de sus súbditos fueron destrozados en su momento, pero Vorian también los echaba de menos. Habían sido unos traidores magníficos, no como estos sucesores indignos que no les llegaban a la suela de los zapatos.

Aún así, Throagaär entera hervía en ebullición. La ciudad y los cuatro principados se estaban sumergiendo en la locura del éxtasis. Dentro de poco, todo Faerie sería suyo y después...

Tras él escuchó una tosecilla nerviosa y se volvió con fastidio. Odiaba que le interrumpieran sus pensamientos poéticos y miró a sus príncipes con desdén: tres sombras alargadas, dibujadas sobre el suelo de piedra.

Una de las sombras, la que había tosido, le contemplaba con miles de pequeños ojos brillantes que se habían abierto sobre la superficie negra. Fortia, por supuesto. Qué cansado estaba de ella y de su asquerosa adulación.

Aunque la figura carnal del rey, su persona en tres dimensiones, era la de un joven de rubios cabellos y tímidos ojos azules, su sombra recortada contra la pared creció monstruosa, cambiante, llena de grumos y tuberosidades deformadas por bocas repletas de dientes y uñas. Su rostro angelical no engañaba a nadie, al menos allí.

—Estáis espléndido, majestad —balbuceó Fortia, con todos sus ojos abiertos de admiración—. Sois un bocado exquisito.

Vorian chasqueó la lengua contrariado. Su imagen oscura se alargó por el suelo dispuesta a estrangularla pero al final retrocedió. Ella no se merecía siquiera que malgastase un segundo de su precioso tiempo. Hizo un gesto de aleteo con la mano y varias figuras delgadas, llenas de risas y carcajadas femeninas, escaparon de la sombra monstruosa. Las doncellas traviesas con las que había estado jugueteando a

escondidas se perdieron en la distancia y Fortia sintió que se consumía de celos. Todos sus ojos se convirtieron en colmillos.

—¿Dónde está Devio? —preguntó el rey buscando al cuarto príncipe de Tenebrii con la mirada.

—Todavía no ha regresado —contestó Fortia, deseosa de llamar su atención.

Los otros dos no decían nada. Prud, maleducado e imprudente, estaba comiendo algo vivo con la boca abierta, y Temple se encontraba inmerso en un juego nuevo consistente en cortarse a sí mismo en pedazos.

—Estoy aquí —susurró una forma oscura serpenteando por el suelo hasta reunirse con sus tres hermanos sombríos.

El rey Vorian se sintió nuevamente decepcionado. Por un momento había soñado que este Devio, por fin, estaba ocupado planeando la traición para asesinarle o derrocarlo del trono. Porque ese era el deber de toda sombra, la ley más sagrada: intentar llegar al poder a toda costa y por encima de todo. Así lo había hecho Vorian con su padre y así lo hacían las sombras tenebrii con sus respectivos príncipes.

Ser Temple o Prud, o Devio no era fácil: había que trepar, asesinar y maquinan continuamente. Llevar el ansia y la codicia hasta el extremo máximo e intentar la muerte del rey una vez. Sólo una, claro, porque el fracaso conducía inexorablemente a la destrucción. Comer o ser comido, esa era la ley tenebrii.

Qué lástima que ninguno de los cuatro actuales príncipes hubiesen realizado algún intento en estos milenios desde el fin de Hiria. Porque Vorian se aburría de tanto servilismo, y había depositado todas sus esperanzas en el nuevo Devio, el más inteligente de los cuatro.

Pero nada. Seguía allí extendido en el suelo como un perro, arrastrado igual que Fortia, que el estúpido Prud o que el demente Temple. El rey suspiró con resignación. No tenía que haberse deshecho tan rápido de la muñequita hada que había tenido la osadía de contrariarle. Al menos había sido una novedad estimulante. Ahora la muchacha Antion vagaba por el país de Temple, envuelta en el aroma de la locura.

—¿Y bien? —preguntó por fin, asqueado.

—La reina Ethera os saluda cordialmente, y os hace saber que aguarda con impaciencia el matrimonio de su alteza con la princesa Nia del reino de Ithirë.

Vorian sintió náuseas. Eran las mismas noticias que le habían contado los otros tres. Las mismas palabras. Ninguno de los bastardos se contradecía, ni para traicionarse entre ellos.

—¿Y cuáles son los términos? —indagó entrecerrando sus ojos azules en un esfuerzo por parecer calmado e indiferente.

Todavía recordaba el pacto con la reina Umbriel de Lunarë y posteriormente con su sucesora Titania. Aquel iba a ser un mal matrimonio, porque la tal princesa Miranda sería la reina tenebrii, pero él no tendría acceso al mundo de las hadas a

menos que tuviesen hijos, cosa que desagradaba profundamente al rey de las sombras.

Sin embargo, aceptó aquel trato porque le hacía dueño del Ojo de la Muerte y porque casi le dejaba las puertas de Faerie abiertas, el resquicio que él necesitaba hacia su verdadero objetivo: el plano existencial de los humanos, el mundo nemhirie.

Un mundo lleno de gente a la que influir y pervertir, y había escuchado que eran capaces de los más abyectos crímenes. Mentes así nublaban sus sueños constantemente. Expandir su sombra y ver qué eran capaces de hacer esos humanos mortales bajo sus experimentos.

Aquel sueño se terminó cuando la princesa Miranda rehuyó el compromiso escapando de Lunarïe para no regresar. Nunca más volvieron a encontrarla, o quizás Titania no puso más interés. La reina oscura era tan traicionera que el rey hubiese deseado que la novia fuese ella en lugar de su hermana.

—No hay términos —contestó Devio sacándolo de la ensoñación en la que había caído.

—¿Cómo? —se sobresaltó asombrado.

—Nada, ninguna objeción —afirmó el otro—. Tomáis a la princesa Nïa por esposa y ella os abre las puertas de İalanthilïan. Sin reservas.

—¡No es posible! ¿No hay trampas, ningún complot? ¡Qué decepción!

Devio negó con la parte de sombra que era su cabeza.

—Espera —musitó el rey despacio, escandalizado—, no estará pretendiendo que me case por amor, ¿verdad?

—Creo que sí —afirmó Fortia con maldad.

Los ojos azules del rey se volvieron vidriosos.

—¿No habrá sido influida por este demente? —gimió señalando a Temple—. No quiero unir mi sombra a la hija de una desquiciada o a una tonta.

—No, no había influencias. Su mente es como una piedra lisa y sin grietas. La reina Ethera no guarda ningún secreto.

—Entonces está loca —decidió el rey.

—Sin duda —asintió Fortia de inmediato serpenteando a su alrededor—. No os conviene esa cría suya.

—¡Calla tu maldita boca! —le gritó Vorian, y su figura negra se retorció de forma muy puntiaguda.

La princesa tenebrii se encogió aún más sobre el suelo y sus múltiples ojos se convirtieron en rendijas. El rey cogió un rescoldo ardiente de la chimenea y lo aplastó contra el dibujo negro que era Fortia. La sombra chilló de dolor y salió huyendo. Temple empezó a reírse.

—No me parece bien lo que le habéis hecho —regañó Prud al rey en el colmo de la insensatez—. Habéis actuado como un idiota.

El rey lo miró a punto de lanzarse sobre él y destrozarlo pero al final terminó por desistir, tocándose la frente como si le doliese la cabeza. Prud era un redomado imbécil. Si lo mataba, otro ocuparía su lugar, quizás peor que él, más servil y retrasado todavía. Sus manos carnales se alargaron convirtiéndose en uñas negras.

—¡Marchaos! ¡Largo de aquí todos! —rugió, hastiado de todos ellos—. ¡Os odio! ¡No os soporto!

Los tres príncipes escaparon por el mismo camino que había tomado Fortia. El rey trató de serenarse volviendo a su ventanal, descargando su ira contra las piedras del alfeizar, las cuales desaparecieron convertidas en una maraña de corpúsculos pegajosos.

La visión de su amada Throagaär desde las alturas lo fue calmando poco a poco. Su reflejo oscuro, que había llegado a crecer tan monstruoso que se estaba comiendo la propia luz del palacio, fue menguando hasta quedar reducido a la silueta de un joven delgado y frágil.

«Inútiles» —pensó de nuevo añorando a los antiguos príncipes de los tiempos ancestrales. Su mente volvió a la propuesta de matrimonio. La reina Ethera y su hija podían estar locas, pero esa oportunidad no se iba a volver a presentar jamás. Faerie entero a sus pies, sin nada a cambio, sin ceder ni un ápice de su reino oscuro... Era demasiado bonito para ser cierto.

Al fin y al cabo la reina Ethera deseaba una venganza, y no había nada más dulce y amargo a la vez. No tendría el Ojo de la Muerte de Lunarë, pero tampoco importaba mucho. Total, ¿qué era la vida sin emociones, sin saber cuándo alguno de aquellos atontados intentaría por fin algo inteligente contra él? Además, así se libraría de Fortia de una vez por todas.

Sonrió con desprecio y pasó al siguiente escalón de su plan. Una vez casado y dueño de la sombra de la princesa de Ithirë, en cuanto sus legiones atravesasen las puertas hacia el Reino Blanco, nada le impediría matar a la muchacha. No quería ataduras ni cabos sueltos. Y menos aún lloriqueos de una cría cuando él fuese a arrasarlo su mundo.

Sí, se casaría. Una boda por todo lo alto y cuanto antes mejor, porque sus sueños estaban a punto de cumplirse: gobernar imperios y extender el dominio de la sombra sobre todo ser vivo. Llamó a un emisario que surgió del suelo a sus pies y el rey caminó sobre él limpiándose las suelas de los zapatos.

—Visita a la reina de Ithirë y dile que nuestro pacto queda sellado.

Y lo despidió sin más. El ser se escurrió como alma que lleva el diablo y Vorian sonrió con maldad. El futuro se extendía amplio ante él, lleno de seductoras posibilidades. Era el destino que se merecía. El destino de un rey.

—No lloriquees tanto, no te pega —siseó Devio a la afligida Fortia, arrugada

contra una esquina de piedra.

—¡Es que le amo! —sollozó ella llena de pasión.

—Y él a ti, pequeña, solo que no se da cuenta —contestó el otro, maquiavélico—. Tan sólo con que le insistieras un poco más, caería rendido.

—¿En serio, Devio? —ella no disimuló el cinismo.

—Sí, y si quieres yo podría ayudarte. Sin presiones, claro. No estás obligada a nada. Ni siquiera te voy a pedir una parcela de tus tierras a cambio.

Fortia le miró con desconfianza. Las sombras no se ayudaban nunca entre sí.

—No. Cuanto más insisto, peor me trata.

—Porque no lo haces bien, ¿verdad, Prud?

El aludido puso cara de suficiencia.

—Yo hablaré con el rey —propuso arrugando la nariz con asco—. Vorian me escucha, tiene confianza en mí. En una ocasión declaró que yo era el mejor Prud que había conocido.

—¿De verdad eres tan imbécil? —se asombró Fortia con todos sus ojos muy abiertos.

—No soy imbécil, soy mucho mejor que todos vosotros —rabió la sombra con gesto altanero—. Sólo te estaba ofreciendo mi ayuda, pero veo que eres incapaz de apreciarla en lo que vale.

—Ella sabe lo que vale tu ayuda, Prud —se burló Devio.

—No hablo con ignorantes sin estilo —respondió el otro muy ufano.

E hizo como que se alejaba con la cabeza muy alta. Dos pasos más tarde vio a Temple tirado en el suelo, observando una fila de hormigas que se habían vuelto locas y se devoraban entre ellas enfurecidas. Prud se resignó. Marcharse de allí suponía pasar por el lado de su hermano, demasiado cerca. Haciendo entrechocar los dientes, volvió con los otros con el rabo entre las piernas.

—Tienes que fijarte en sus gustos, querida —decía Devio en ese momento—. En lo que desea, y ayudarle a lograr sus objetivos.

«Qué vulgar» —pensó Prud mirando desdeñoso a su hermano. No entendía qué veían los demás en él sin embargo escuchó atentamente toda la conversación.

—Pero eso es lo que siempre hago —se quejó ella—. Me fijo en sus gustos, intento complacerle en todo lo que quiere.

—No, hermana Fortia, te dejas llevar por tus pasiones y no prestas atención a lo esencial. ¿Crees de verdad que el objetivo del rey es casarse con esa cría ithiríe?

—¡Sí! —gritó Fortia exasperada, apretando los puños—. ¡Pero la mataré, Vorian no unirá su sombra con otra que no sea yo!

—No, no, no, grave error. La princesa Nïa no le interesa, lo que él busca es el Corazón de Jade.

—¡Es verdad! —afirmó Temple acercándose—. El rey me lo dijo una vez en mis

sueños.

—Retrocede, Temple —le advirtió Devio pegándose a la pared—. Nos puedes contagiar.

—Perdón —se excusó él alejándose unos pasos—. Es un rollo ser Temple. Nadie me quiere.

—Claro que sí, cielo —le dijo Fortia—. Te queremos... pero lejos.

—A lo que íbamos —volvió Devio a su plan, notando que la demencia de su hermano se retiraba hasta un límite seguro—. Si tú, Fortia, consiguieses el Corazón, la venda del rey caería y te miraría con otros ojos.

—¿Y cómo lo voy a hacer? La reina Ethera no lo tenía, no sabemos dónde está.

—Cierto, es una lástima.

Ella le observó con ojos afilados.

—Tú sí sabes dónde está.

—En absoluto —respondió Devio—. Lo juro por la sombra del rey.

—Sabes dónde está y no quieres compartir el tesoro con nosotros —exclamó Prud de inmediato—. ¿Te crees que somos tontos, no?

Devio iba a asentir, pero se contuvo y compuso una imagen de tímida modestia bastante falsa.

—¡Temple! —llamó Fortia—. Ven aquí y abraza a Devio un ratito.

—¡No! —chilló él, viendo la esfera de luz que era su hermano acercarse muy contento—. ¡No, para!

Todo él se convirtió en un escudo de cuchillos, como un puercoespín defendiéndose.

—¡Habla! —gritó Fortia.

Devio comenzó a sudar ante la proximidad de Temple. Su mundo ordenado se disolvía, se distorsionaba en un abismo de terror sin sentido.

—¡Basta! —suplicó.

Fortia sonrió con unos labios seductores llenos de dientes y Prud sintió una alegría insana ante el sufrimiento de su odiado hermano.

—Está en Tirennon —contestó Devio por fin.

—¡Claro! En el sitio más inaccesible —replicó Prud—. ¡Qué astuto eres!

—Definitivamente eres tonto, hermano —jadeó Devio recuperándose de la influencia de Temple—. ¿Crees que va a estar a tu alcance así como así? ¿Piensas que las hadas son tan estúpidas como tú? Lo tiene la reina Maeve, junto con el resto de los tesoros sagrados. Nuestra querida aliada irá a Tirennon y nosotros la convenceremos para que nos deje acompañarla.

—¿Y cómo sabes que irá? —dudó Prud—. Su mayor enemiga está allí.

—La reina Ethera tiene que entregar a su hija a Vorian a través de la única puerta que conoce, el Templo del Amanecer. Ella y sus harapientos ithiries no podrán

acercarse a la ciudad blanca a menos que...

—Nosotros tampoco podemos acercarnos —interrumpió su hermano con aires de suficiencia, como si le enseñase una lección que el otro hubiese olvidado.

—Si Ethera nos invita a ir con ella, sí —sonrió Devio con ojos taimados—. Además le conviene. Tendrá a su lado un ejército de ghüls como jamás ha soñado. Nadie se atreverá a impedirle el paso.

—Y en medio del caos, mientras Ethera y Maeve se eliminan la una a la otra...

—Ahí es donde entras tú, querida —concluyó él uniendo los cabos sueltos.

Ella asintió despacio, encajando ideas en su cabeza.

—Bien, Devio, siempre has sido el más listo de todos. Cuando sea reina me acordaré de este pequeño favor que me has hecho.

—Eso espero, Fortia.

—Ya nos veremos.

Y se retiró satisfecha a sus dominios.

—No has sido precisamente «el más listo» —rió Prud entre dientes, gozando de aquella pequeña victoria.

Se dio media vuelta y se alejó cuidando muy mucho de no acercarse a la esfera azulada que era Temple. Éste en seguida se aburrió, y anduvo tras los pasos de su hermano para después perderse por algún recoveco de sus fantasmagóricos dominios.

Devio los siguió con la mirada y entonces su sonrisa se volvió realmente malvada. Habían picado. Incluso la amenaza de Temple no había sido sino una comedia. Ahora los tres estúpidos se dedicarían a la caza del tesoro y él podría encargarse en solitario de la princesa Nïa.

Oh, sí. Tanto tiempo esperando un golpe de suerte. Milenios de servilismo y fidelidad sólo para dar un pequeño paso: que el rey le considerase un bobo, un tonto sin aspiraciones. Ahora ya estaba convencido y había bajado la guardia.

Siguiente paso: Nïa, el Ojo de la Muerte.

La llevaría ante Vorian de la manita y seguiría fingiendo ser un gusano arrastrado. Luego tendría que distraer al rey para hacerse con ella cuando el matrimonio se hubiese consumado. Y qué menos que la ayuda inestimable de una Fortia furiosa y despechada que sin saberlo, le proporcionaría los segundos que necesitaba en el momento final.

Contaban las historias que sólo una vez un Devio llegó a tener en sus manos la Daga del Sol, la única arma capaz de matar al rey, pero ésta desapareció para siempre y también su antecesor. La historia se convirtió en leyenda, pero ahora un nuevo Devio podía lograr ese milagro imposible.

Porque él sabía dónde estaba la daga.

Salió del castillo y culebreó por la tierra gris hacia el acantilado. Desde lo alto contempló a sus pies la ciudad de Throagaär. «Su» ciudad. La que le correspondería

por derecho, porque era un Devio y ese era su destino: el destino de ser rey.

Las minas de Nan-Tasir

—¿Iros al infierno, hadas? —puso Aurige voz de falsete—. ¿Me dais ganas de vomitar?

Laila se rió. El Mustang volaba sobre la nieve y el aire frío que entraba por su ventanilla le cortaba la cara, pero se sentía como si le hubiesen quitado un peso de encima cuando expresó sus sentimientos de furia. Se había desahogado con ellas de todo el odio que había acumulado contra Maeve. Había dejado a las limnias con un palmo de narices y fue lo que se merecían. Ahora estaba dispuesta a enfrentarse a un millón de reinas blancas.

A lo lejos, los picos afilados de Nan-Tasir brillaban con sus misteriosos destellos y la impaciencia la devoraba. Buscaría al sol de Firie dentro de esas minas, o cuevas, o lo que fuesen, y con la corona encendida volvería y se la pondría a Nïa en la cabeza. Y luego le pegaría una patada en el culo a la vieja Mab.

—Esto no me gusta ni un pelo —dijo sin embargo Nimphia.

Permanecía triste y silenciosa, como si le hubiese caído una losa encima. No sólo era el hecho de saber que su madre y sus dos hermanas podían estar muertas, presas o incluso convertidas en albanthios. Además de todo eso, estaba Cyinder: su imagen allá en Tirennon, completamente dominada sin mover un dedo, sin que nada la perturbase.

—Va a ser fácil, de verdad —le contestó Laila, animosa—. Estamos a un paso de solucionarlo todo a la vez.

—Suenas genial, pero es imposible.

—A ver, por qué.

—La vieja Mab se ha vuelto loca de poder y no va a cambiar tan fácilmente —respondió Nimphia—. Y tal y como tú dijiste, lo del sol de Firie será sólo una leyenda.

—Las limnias estaban convencidas.

—Menudas traidoras —añadió Aurige levantando una ceja mientras esquivaba unos montículos de nieve—. Deberían llevar más runas de hierro aún.

De repente Nimphia sintió ganas de reírse al imaginar una avalancha de runas cayendo sobre Langella como una cascada.

—En fin, al menos lo vamos a intentar —contestó tratando de olvidar los recuerdos funestos y ponerse a pensar un plan—. Vamos a dar por hecho que los fénix existen.

—Sí —contestó Laila, expectante.

—Lógicamente no van a estar en la entrada de las minas, sino lo más profundo posible. Aurige y yo te esperamos fuera con el motor en marcha...

—Yo voy a entrar —refunfuñó Aurige.

—¡Claro, cómo no! Tú a ponerme las cosas fáciles, lunarie.

—Pues piensa. Las montañas cada vez están más cerca.

Laila comprobó que era verdad. La nieve bajo las ruedas se había vuelto sucia y arenosa, y por todos lados el terreno se abría en manchas grisáceas de cenizas. De repente hacía mucho calor, y ella recordó los páramos siniestros llenos de olor a azufre del Caldero de las Arpías.

Los árboles de cristal dejaron paso a troncos calcinados, a veces cargados de nieve y otras, secos y ralos como garras saliendo del suelo. Las sombras eran alargadas y puntiagudas y a lo lejos se escuchó un aullido.

Aurige aminoró la velocidad un segundo mientras Laila notaba el corazón a mil por hora. El sol blanco estaba aún muy alto, pero las tres supieron que la situación se había puesto peligrosa de repente.

—Da media vuelta, lunarie —empezó Nimphia con los ojos desencajados.

La tierra se estaba llenando de sombras. Hilos que confluían formando masas palpitantes. Laila sintió el terror arañándole el estómago y Aurige trató de acelerar a pesar de que todo el suelo se había vuelto negro.

Los ghüls crecieron desde la tierra seca a su alrededor. Miles, cientos de miles de bestias hienas silenciosas que las rodearon hasta que la lunarie no pudo maniobrar ni un palmo más. Sus manos se llenaron de aspas negras danzantes y Nimphia, aterrada, hacía saltar chispas y pequeños relámpagos entre los dedos.

El corazón de Laila latía de manera salvaje, pero esta vez no iba a dejarse dominar por el pánico. Estaba dispuesta a emprender una carnicería contra aquellos demonios a toda costa convirtiéndolos en arena, en troncos, en lo que fuese, hasta un terremoto si su mente era capaz de ordenarlo.

Y entonces los ghüls pasaron por su lado sin molestarse en mirarlas. Rodeaban el Mustang y seguían hacia algún sitio concreto. Escucharon el sonido de sus uñas arañar la carrocería a lo largo, con desprecio, como si les demostrasen que sabían que estaban allí pero que no les importaban en absoluto. Laila sentía el corazón en la garganta mientras aquella masa negra las esquivaba avanzando hacia los terrenos nevados a sus espaldas.

—¡Qué pasa! —chilló Nimphia al borde del colapso mirando por el parabrisas trasero.

En la distancia una estela plateada venía hacia ellas como un cometa, pero los monstruos hienas siguieron su camino sin hacerle caso. La estela se detuvo; un unicornio majestuoso que relinchó y pifó asustado sin que aquellas bestias demostrasen mayor interés. Cuando ya estuvieron lejos, el unicornio se acercó al trote. La figura de Violeta, cubierta de pieles y mantas, bajó de la montura sin dejar de vigilarlos.

—¿Qué haces aquí, shilaya? —salió Aurige del coche con los ojos muy abiertos.

—Esto no me gusta —respondió ella sin embargo, viendo aquella marabunta asesina alejarse—. Son millones y además actúan como si tuviesen un plan, una decisión conjunta...

Laila y Nimphia se acercaron a ella con caras desencajadas.

—Tampoco van hacia el campamento de limnias —susurró la anciana.

—Señorita Violeta —le dijo Nimphia al rato—, ¿por qué está aquí?

—Bueno —se giró ella intentando sonreír—, vuestra amiga ithirïe ha mandado a las limnias al infierno y yo no quiero ir con ellas a tal sitio, así que...

—¿Ellas vienen? —se animó Laila admirando el unicornio plateado que las observaba inquieto.

—No. Me prestaron... bueno, tomé prestado... ¡Qué demonios, les robé una montura! Pero esto que acaba de suceder no lo había visto nunca.

—¿Y qué cree que significa? —preguntó Laila con un deje de temor.

Violeta negó un poco asustada.

—No se han comportado de forma natural. Hubiésemos muerto todas aquí y sobre todo, porque tal y como Langella os contó, los ghüls son los protectores de İalanthilïan. Tú, ithirïe, eres como un reclamo.

—Pues ni me han mirado —tembló Laila.

La anciana shilaya asintió despacio.

—Porque ya han dejado de ser los protectores —murmuró Aurige intuyendo cosas oscuras, pensamientos que adivinaba en los ojos de Violeta.

—¿Entonces, qué son? —gritó Nimphia presintiendo lo peor.

—Sombras. Son el regalo de los tenebrii —contestó Violeta temblando—. No... no son el regalo, son la trampa de los tenebrii.

Laila abrió los ojos desmesuradamente. Ahora lo entendía. Miles de años en Faerie obedeciendo a las hadas, protegiéndolas engañosamente para de repente, levantarse mano a mano con sus verdaderos amos cuando estos los llamasen. Los tenebrii los colocaron allí como piezas de ajedrez y los dejaron dormir en el letargo hasta que se produjese una fisura, y la fisura era...

—Ethera —tragó saliva con la mente llena de una maraña de ideas.

—¡Hay que avisar a Tirennon! —exclamó Nimphia, aterrada, pareciendo que iba a echar a volar.

—¡No hay tiempo ya! —exclamó Violeta deteniéndola—. Hay que revivir las Piedras de Firïe sea como sea.

Las tres la miraron con ojos crispados y luego se volvieron despacio hacia las montañas. Con sus destellos, Nan-Tasïr parecía reírse de ellas en la distancia. Aurige volvió al Mustang y lo puso en marcha haciendo rugir el motor con violencia. Las otras no se hicieron de rogar pero Violeta montó en el unicornio dejando claro que

jamás se metería en un cacharro como aquel.

La lunarie salió disparada dejando regueros de arena y terrones de nieve, pero aunque pisaba el acelerador a fondo, aquel magnífico unicornio no se dejó amilanar y la siguió al galope sin descanso. Laila veía que la shilaya se recostaba agarrándose firmemente al cuello del animal, y ambos parecían volar como una daga de plata sobre un paisaje cada vez más tétrico y calcinado.

Los pensamientos negros volvieron a la carga. Su madre era la fisura, la oportunidad que los tenebrii estaban aguardando, y ahora sería la mano ejecutora con un ejército oscuro a sus espaldas como nunca se había visto.

Las manos se le crispaban, tenía blancos los nudillos. El sol de Firie debía existir. Tenía que existir, aunque fuese sólo para ella.

Las montañas blancas crecían por fin ante su vista, se agrandaban ocupando ya todo el campo de visión. Los árboles habían dado paso a un paisaje casi irreal. Cúmulos y rosetones de cristales transparentes brillaban por todos lados, cada vez más grandes e intrincados, como flores prismáticas que hubiesen brotado desde el interior hacia afuera, dispersadas por toda la tierra.

El sendero avanzaba elevándose hacia la base de las montañas. Por todas partes crecían pequeños conos de azufre llenos de cristaltos y Aurige los esquivaba a duras penas. La tierra se llenaba de parches blancos arenosos y Laila notaba a Nimphia respirar trabajosamente. Su amiga sudaba al contemplar aquellas extensiones salinas cada vez mayores, resplandecientes bajo un sol blanco que parecía más veraniego y caluroso que nunca.

Atrás, Violeta había disminuido el paso y el unicornio pisaba con cuidado cada nuevo tramo. Frente a ellas, la cara de la montaña presentaba una fachada asombrosa. Cientos de pequeñas aberturas parecían dibujar un bordado en toda su extensión, negros respiraderos o tal vez cuevas excavadas para los seres que allí vivían. Cuando se acercaron, pudieron comprobar que no eran simples agujeros. Alguien se había molestado en tallar columnas llenas de símbolos y runas alrededor de cada uno, ya fuesen singulares adornos o funestas advertencias para los que se atreviesen a llegar hasta allí, era algo que no podían saber.

El viento arrastraba silbidos y ecos de las corrientes que entraban y salían por los respiraderos, causando que todo el paisaje estuviese envuelto en un aura fantasmagórica que ponía los pelos de punta.

En la base, la montaña principal de Nan-Tasir mostraba una entrada apuntalada con vigas de endebles maderas. Un tope carcomido era el final de un camino de raíles que salían como la lengua de una boca fantasmal. No había ni un alma y la lunarie detuvo el Mustang justo casi a la entrada.

Laila se bajó despacio. Nimphia y Aurige la miraban intensamente tras los cristales del coche. La chica estudió el terreno atenta a cualquier sobresalto, porque el

paisaje cargado de ecos le ponía los nervios en tensión. El viento levantaba nubes rastreras de polvo y una vagoneta de madera con remaches oxidados chocaba continuamente contra el tope, chirriando sobre los raíles.

Había montañas de sal por todas partes, pero la entrada hacia las minas discurría por aquel camino de raíles que se perdía en la oscuridad. La tierra bajo sus pies era caliente, desprendía vapores apestosos, pero si iban con cuidado, sus amigas y Violeta podían caminar en fila india hacia aquel vagón y meterse dentro.

Inspeccionó el contenedor y sacó rocas de sal que lanzó lejos. Luego pidió a la shilaya que le prestase sus mantas de pieles acomodándolas en el fondo y les hizo una señal asintiendo.

—¡Patético! —gruñó Aurige cuando se encontró subida a aquel armatoste—. Y ahora, ¿cómo vamos a mover esto con nosotras tres aquí? ¿Nos vas a empujar tú, nemhirie? ¿Cómo si fueses nuestra criada?

Laila se rió con ganas de hacer una travesura.

—Déjame la varita mágica, Violeta —le pidió con una sonrisa lobuna.

La shilaya apretó la varita con fuerza, pero al final cedió porque no se le ocurría ninguna manera de ayudarla en medio de tanta sal por todos lados. Laila la agitó creando una cascada de destellos y la vagoneta de madera se transformó en un gran carricoche de niño pequeño, con doseles blancos y lazos.

—¡Te odio, te odio, te odio! —gruñó la lunarie mientras Violeta estallaba en carcajadas recuperando su varita rápidamente.

—Ojalá tuviese mi cámara de fotos aquí —insistió Laila empujando el carrito con fuerza sobre los raíles.

La oscuridad avanzaba hacia ellas y Laila miró un segundo hacia atrás. La claridad exterior menguaba por momentos y toda la caverna resplandecía con estrellas salinas. La atmósfera era seca y cada vez que tragaba saliva notaba el sabor salado. Aurige y Nimphia cubrían sus bocas con pañuelos que Violeta les había prestado, pero los ojos les lloraban incapaces de resistir el escozor del salitre.

—La mina está en uso —informó la shilaya inspeccionando a su alrededor.

La muchacha contuvo el aliento. Había teas apagadas en las paredes y globos redondos que no emitían luz alguna, pero ni rastro de polvo o telarañas. Se veían nuevas, como si las hubiesen apagado minutos antes.

La mina comenzaba el descenso y el carrito parecía deslizarse solo cuesta abajo. De repente escuchó una especie de siseo y se le puso la carne de gallina.

Violeta encendió la estrella de su varita, que refulgió como lava incandescente en la oscuridad total. Algunas cosas corrieron a ocultarse en las sombras. Una bandada de alas negras pasó chillando por entre sus cabellos y todas dieron un grito.

—Murciélagos —murmuró Aurige, despectiva.

—No, no son sólo murciélagos —oteó Violeta en la oscuridad.

Se escuchaban sonidos en el aire: risitas y susurros de cosas que las seguían y las estaban espiando.

—¡Son malditas pixis! —exclamó la shilaya con los ojos abiertos.

Y de repente ya no hubo tiempo para nada más. Un enjambre de libélulas humanas cargó contra ellas en medio del coro de risas agudas. Laila sintió picotazos y pequeños mordiscos en las manos y soltó el carricoche sin querer. De inmediato el vehículo ganó velocidad ante los gritos de sus amigas y se deslizó por la pendiente hacia abajo. Laila corrió como alma que lleva el diablo tratando de alcanzarlas, espantando la nube de pixis que le tiraban de los pelos.

Los prismas de sal pasaban como balas y el chirrido de las ruedas se alejaba cada vez más. Veía las trombas de viento azulado salir de las manos de Nimphia, estampando a las pixis contra las paredes, y los destellos de la varita de Violeta iluminaban la gruta como ráfagas cambiantes.

—¡Corre! —gritó Aurige tendiéndole las manos, pero sus dedos se le escapaban una y otra vez.

Al final la agarró de una muñeca y tiró de ella sin poder impedir que la rodilla de Laila fallase y diese contra el suelo desollándose la piel. La muchacha se encaramó sobre el borde con un último esfuerzo y luego cayó de bruces sobre las mantas de lana. Jadeó asustada, recostada contra el dosel sintiendo el corazón a punto de estallar. La rodilla le sangraba llena de esquirlas de sal.

—¡Estúpidas! —les gritó a las pixis con rabia levantando su puño, mientras el carricoche aceleraba de manera vertiginosa sobre el camino de raíles.

La velocidad daba miedo en aquel artefacto frágil y sin control, y las vías se internaban cada vez más en la profundidad de la montaña. En un momento determinado los raíles se bifurcaron en caminos distintos que se internaban en otros tantos túneles. El cochecito eligió uno al azar y luego se unió a un nuevo entramado de raíles más viejos y oxidados que no tenían nada que ver con el camino principal. Los zumbidos de las pixis las acompañaron un rato, pero al final fueron quedándose atrás y se perdieron en las galerías hasta que sólo se escuchó el ruido monótono de las ruedas sobre los listones de madera.

Parapetada tras los doseles, Laila veía pasar paredes enteras de filos transparentes, cortantes como cuchillos, y toda la mina parecía un cristal de sal gigantesco que hubiese sido tallado y apuntalado minuciosamente a lo largo de centurias. Al menos tres veces más la vía se dividió, y a ella le pareció que por algún misterioso motivo, la vagoneta transformada en cochecito elegía siempre el túnel más angosto y tétrico.

La velocidad del carricoche aumentaba dando tumbos. Y seguían bajando. A veces tramos suaves y otros, igual que los descensos empinados de una montaña rusa pero siempre hacia abajo. Cada vez hacía más calor, era como un horno encendido. Ninguna decía nada, sólo atentas y expectantes a cualquier cosa que pudiese ocurrir.

Las paredes se ensancharon formando grutas y los raíles se hundían cada vez más en el suelo irregular haciendo que las ruedas traqueteasen a punto de salirse de sus ejes.

El techo creció hacia las alturas cuando entraron en una caverna gigantesca, llena de columnas retorcidas de sal que goteaban y destellaban a la luz de la varita mágica de Violeta. Las aguas blancas iridiscentes de un lago chocaban contra la roca lamiendo las vías y Laila presintió que habían llegando a una parte abandonada, que nadie transitaba Dios sabía desde hacía cuánto tiempo. Nimphia se agarró de su brazo y le señaló hacia adelante.

Ella sintió una extraña admiración. Al frente se divisaba una estructura singular que sobresalía de las aguas, como una catedral tallada en la roca salina que se hubiese derretido formando paredes chorreantes y columnas fantasmales, llenas de finos hilos entramados y relucientes.

El suelo entero era ya la superficie del lago y el carrito se frenaba entre los regueros de agua que salpicaban en todas direcciones, hundiéndose poco a poco. En unos instantes el terreno descendente bajaría tanto que cubriría por completo al vehículo, y las aguas salinas se abatirían sobre ellas.

—¡Saltad! —gritó Violeta elevándose en el aire y de inmediato se quedó atrás.

Aurige y Nimphia no se lo pensaron dos veces, y volaron junto a la shilaya arrastrando a Laila hacia las alturas. Ella iba a decir que podía nadar en el lago, y que probablemente hasta caminaría sin hundirse por la concentración de sal, pero entonces algo se movió sinuoso a sus pies. Algo vivo que hacía ondular las aguas alrededor del cochecito. El vehículo permaneció flotando un momento sobre la superficie lechosa como un barquito estrafalario y de pronto fue arrastrado hacia abajo, desapareciendo en el acto.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Nimphia con los ojos muy abiertos, escudriñando con temor las densas aguas que se remansaban poco a poco, hasta que la superficie pareció una pared de cristal blanco.

—Mejor no saberlo —contestó Aurige, insegura, y su voz creó ecos en la caverna.

De repente el paisaje resultaba atterradoramente inhóspito. Perdidas en las profundidades de la tierra y rodeadas de sal por todos lados con cosas vivas que las observaban, la única opción parecía aquella especie de catedral tallada en la piedra fundida.

Violeta voló despacio, inspeccionando el terreno atentamente. Escalones de roca gris salían del lago y el camino ceniciento cruzaba por debajo de una arcada de pilares derretidos, igual que la boca de un fantasma de cera.

La shilaya se puso de puntillas sobre la ceniza y luego asentó los talones con gran precaución. Entonces asintió para sí misma y les hizo una señal para que se

acercaran. Allí la tierra volvía a ser normal, si se podía considerar normal que todo el suelo estuviese calcinado como si se hubiese quemado miles de veces.

—Si caminamos en fila, y con mucho cuidado de no salirnos del camino ni tocar nada, podemos pasar —aseguró levantando la luz de su varita mágica.

—Sí, será mejor que lo hagamos y pronto —anunció Nimphia, que escuchaba de nuevo sonidos en el agua a sus espaldas.

Laila miró hacia el lago. Una pequeña turbulencia parecía venir hacia ellas como una flecha y no quiso esperar más. Empujó a las otras hacia el interior sin volver la vista atrás y todas corrieron hasta que el chapoteo cesó a lo lejos.

Violeta respiraba jadeando por el esfuerzo, otra vez con la mano apretada sobre el pecho, y sus pasos eran pesados y tambaleantes. Tras atravesar los cúmulos de finas estalactitas y estalagmitas que les cercaban igual que los barrotes de una prisión, entraron en una sala de dimensiones colosales, cuyas paredes negras se extendían cientos de metros hacia todos lados. El calor se volvió sofocante. Pequeños tómulos de piedras soltaban finas volutas de humo que flotaba hacia arriba dando la impresión de una atmósfera irreal, como una catedral negra llena de candelabros de incienso.

Laila sintió un sobrecogedor respeto ante aquella inmensa grandiosidad. El suelo estaba ahora formado por colosales sillares que encajaban con perfección milimétrica, extendiéndose en una amplia avenida que discurría bajo la lejana cúspide de granito. A ambos lados, dos hileras de estatuas de leones se disponían enfrentadas cual siniestros guardianes expectantes, a punto de abalanzarse sobre el extranjero que osase entrar en aquellos dominios.

La estancia estaba iluminada por un halo rojizo que llegaba desde el fondo, creando sombras que se deslizaban sobre aquellas estatuas monstruosas similares a esfinges. Por un momento pareció que estaban vivas y las seguían con los ojos.

Mientras la anciana descansaba sentada en el suelo y se secaba el sudor de la cara con su pañuelito, Laila se acercó a una de las esfinges para contemplarla. Se trataba de un león rojo con alas extendidas y cola de escorpión. El pelaje parecía tan real que deseó acariciarlo, casi segura de que llegaría a notar la suavidad de aquella melena leonina.

—Son mantícoras —la sobresaltó Nimphia con ojos brillantes acercándose a su lado, y ella misma rozó la superficie que refulgía como el bronce pulido.

Su amiga contemplaba extasiada las dos hileras de piedra. Las mantícoras tenían las garras extendidas y las fauces abiertas en actitud de combate, enfrentadas a la fila del otro lado de la avenida. Casi parecía un paisaje egipcio de calor rojo ardiente, sólo faltaban las pirámides y el río Nilo. Tan sobrecogedor e irreal era todo que creyó que si se esforzaba, podría oír el susurro de aquellas alas, el latir de los corazones...

—¿Escucháis algo? —dijo entonces Nimphia, en respuesta a sus propios pensamientos.

Se volvió inquieta. Aurige ayudaba a Violeta a incorporarse, pues la anciana shilaya miraba a todos lados con temor, y aferraba su varita mágica con la mano crispada. Se escuchó un siseo ahogado y un roce escamoso que les puso los pelos de punta.

A su alrededor, los ojos sin vida de las estatuas brillaban. Las sombras danzaban en las paredes y por un momento pareció que aquellos animales se movían en los reflejos, los músculos se estiraban bajo la fina piel, las fauces se abrían... Pero no era más que una ilusión óptica provocada por el calor, el humo y el resplandor rojizo del fondo.

—Ssssserrrrpienteeeee —escucharon un susurro gutural que se multiplicaba en ecos por todos lados, rebotando contra la piedra.

—No hagáis bromas en este momento —musitó Laila arrimándose a sus amigas en un círculo muy estrecho, espalda con espalda.

—Es el momento en el que yo haría una broma —tembló Aurige sin perder el cinismo.

—Sssssssssssss —seguía aquel sonido arrastrado, un poco más cerca, como una respiración escapando entre dientes.

Violeta movía su varita provocando círculos de luz incandescente. Las sombras se acercaban, se movían por todos lados. Roce de pisadas y aliento gorgoteante. Unos ojos rojos se abrieron en la oscuridad y el ser avanzó despacio hacia ellas, como un depredador acechante.

—Ssserpientnnntee —repitió mientras una de sus patas entraba en el círculo de luz.

Laila se estremeció. Un rugido sobrenatural acompañó al rostro de uno de aquellos animales legendarios. Las pupilas brillaban como el fuego, y arrugaba las comisuras de las fauces mostrando colmillos casi cristalinos. Nymphia estaba paralizada del susto y la emoción, contemplando las alas escamosas, la majestuosa testa de pelo largo y sedoso...

La mantícora movió hacia ellas su cola de escorpión con un movimiento demasiado rápido, imposible de ver.

—¡Atrás! —gritó Violeta en el momento en que la varita desprendía una catarata de destellos que iluminaron toda la estancia.

La visión se les atragantó. Tras la imponente bestia, el resto de mantícoras estaban bajando de sus peldaños de piedra, lentamente, despertando de un sueño de milenios. Se estiraban como panteras y caminaban despacio, elegantes, con aquellos demoniacos ojos rojos alargados.

Estaban ya rodeadas por todos lados. Las mantícoras las espiaban sin moverse, atentas al mínimo suspiro. El aguijón de la primera bestia se erguía sobre la cabeza de Laila, balanceándose como un péndulo.

—Izzzzziríeeee —siseó abriendo la boca aún más.

Las otras la imitaron con insana alegría. Laila comprendió al punto. Ella, el enemigo acérrimo de cualquier Firie, había penetrado en el lugar más sagrado del reino, en el templo donde antiguamente nacía el sol para bien o para mal.

—Dame la corona, lunarie —susurró con voz temblorosa, todavía sin saber exactamente qué estaba haciendo.

Aurige se la entregó despacio. Las mantícoras aullaron todas a la vez al contemplar la alhaja quemada, la joya sagrada desaparecida milenios atrás. La bestia que las dirigía, que parecía la reina de todas, contempló a Laila con ojos sesgados.

—Venimos a despertar al sol de Firie —musitó la muchacha ofreciendo la corona al legendario ser.

La gran mantícora rugió y entonces se abalanzó sobre ella tirándola al suelo. Nymphia y Aurige gritaron y varias aspas de luz negra volaron clavándose en el pelaje leonado. La bestia ni siquiera se resintió, y el resto de sus compañeras rugieron cercándolas, apartándolas de su amiga.

El mundo pareció detenerse y sólo se escuchaba el lamento de Nymphia negando una y otra vez entre sollozos. Violeta mantenía la varita mágica en lo alto, quieta como una estatua abrazando a las dos chicas, con los labios tensos y todos los rasgos crispados.

La mantícora se agachó hasta la cara de Laila que temblaba bajo sus garras sin siquiera poder respirar. Los ojos de fuego se acercaron tanto que parecían quemarla. La miraba desde más allá del tiempo, olía su cara, su piel. Laila veía aquellos colmillos de cristal con ojos desorbitados y la boca seca. Toda su vida estaba pasando ante ella en una décima de segundo, contemplando la muerte cara a cara.

El ser se acercó a su cuello peligrosamente. Luego bajó despacio y se quedó mirando su pecho, donde latía su corazón desbocado.

—¡Aaaaahhhhhhh! —exhaló el animal algo como un suspiro y luego rugió a las alturas.

El eco rebotó miles de veces en la piedra negra igual que el estallido de un trueno. La mantícora retrocedió un paso dejándola libre. La muchacha gateó hacia sus amigas con la corona apretada en la mano, todavía sin comprender qué ocurría. El resto de las bestias se apartaban despacio para colocarse tras la primera, como un pequeño ejército de gatos de obsidiana que las contemplaban en silencio.

La que era la jefa de todas se dio media vuelta y anduvo unos pasos hacia el resplandor rojizo que latía a lo lejos. Luego se volvió y miró a Laila a los ojos, esperando.

Ella tragó saliva con el terror congelado en la garganta, pero estaba claro que no había otro remedio que aceptar la invitación de la magnífica bestia. Miró a sus amigas y Nymphia asintió por todas.

Caminaron en silencio, sobrecogidas, acompañadas por los singulares felinos que

se deslizaban tras ellas sin apenas hacer ruido. Al frente el resplandor crecía. Lenguas de sombras se agitaban en las lejanas paredes, danzando como fantasmas oscuros.

El final de roca se agrandaba ante ellas, crecía hasta una altura imposible de calcular y parecía que arriba brillaban diminutas estrellas de la noche. Desde el suelo crecían grietas y líneas entretejidas en relieve que le daban un aspecto tenebroso, como efigies irreales que apenas se llegaban a distinguir. Sensación de alas, cabezas alargadas bañadas en llamas. No eran colosos ni estatuas. Era la propia montaña esculpida por dentro.

Las baldosas gigantescas formaban un intrincado tapiz lleno de runas grabadas que convergían en un círculo y en el centro, una oquedad no más grande que el tamaño de una mano de la que salía una columna de fuego.

Las mantícoras se desplegaron alrededor y allí permanecieron quietas mirando fijamente el extraño ardor que burbujeaba sin cesar.

Laila se volvió a Violeta pretendiendo que la shilaya supiese todas las respuestas. La anciana contemplaba la columna de fuego vivo con aprensión.

—Creo que esto es el último resquicio de Firie —respondió ante su mirada inquisitiva—. La última llama. No queda nada más y las mantícoras la protegen de cualquier peligro.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó la chica con la duda comiéndole las entrañas.

—Si sólo queda esto, es lo único que puede encender las Piedras —dijo la shilaya con la incertidumbre reflejada en la cara.

Laila miró la corona negra en su mano. Justo el tamaño para aquel agujero de fuego. La gran mantícora a su lado extendió la pata señalándole con claridad lo que debía hacer.

Sintió un miedo espantoso. Aquello desprendía un calor infernal, como un corazón de lava palpitante, y ella tenía que meter el brazo allí. La bestia rugió amenazante al notar sus dudas y su tardanza. Crispó los dedos. Era lo que tenía que hacer. Lo que estaba dispuesta a hacer para salvar a Nïa.

Sudando y sintiendo ya el dolor en la piel, se acercó a la pequeña sima. El fuego lamía los bordes como una flor que brotaba infinitamente intrincada.

—Me llevareis a Lunarïe a curarme, ¿no? —susurró intentando quitar solemnidad al momento para olvidar el miedo con palabras banales.

Las otras no contestaron. Todos los ojos estaban fijos en ella en medio del silencio sepulcral.

Avanzó la corona hacia la llama sintiendo un calor espantoso. El fuego vivo la envolvía como sangre espesa, incluso goteaba. Laila cerró los ojos un segundo. Tenía que resistir el dolor porque si soltaba la corona, caería en el agujero y se perdería para siempre. La intensidad creció hasta el límite de la tortura. Su mano agarrotada apenas podía moverse y ella abrió los ojos llorando, notando la carne arrasada.

Contempló asombrada su piel intacta, rojiza por las lenguas ardientes pero sin un rasguño. Las gemas parecían brillar rojas en aquel baño de fuego, como rubíes incandescentes que atrapaban la mirada para perderla en un laberinto de destellos donde se guardaban todas las dudas, todos los tesoros. Rosas de sangre brotando y floreciendo dentro de las gemas, extendiéndose en un universo púrpura lleno de estrellas.

Laila quería seguir mirando el interior de las Piedras. Ya no importaba el dolor, ni siquiera lo sentía. Allí dentro se escondía el secreto de los secretos, lo tenía en su propia mano que parecía desprender un tenue halo verdoso.

Firïe e Ithirïe, unidos por fin tras milenios de sangre, guerra y venganzas.

Y de repente, el agujero empezó a soltar volutas de humo oscuro, como si le hubiesen tirado encima un cubo de agua fría y se estuviese consumiendo. Aquel corazón palpitante menguaba, se estaba reduciendo a rescoldos negros.

—No, por favor —suplicó desesperada con lágrimas en los ojos.

La corona aún no estaba viva del todo. Las Piedras volvían a oscurecerse una tras otra perdiendo aquel brillo rojo de vida. Las rosas se marchitaban, la sangre se convertía en cenizas...

Las mantícoras aullaron al unísono formando una cacofonía insoportable de gritos y rugidos chocando con la piedra de las paredes. Nan-Tasïr pareció estremecerse vibrando con un suspiro que hizo temblar la tierra entera.

Y entonces, con un siseo final, el último fuego de Firïe se apagó.

De las cenizas...

Nunca supo cuando tiempo estuvo llorando ante el agujero negro lleno de cenizas y rescoldos calientes. Todo estaba perdido. Había entrado en Nan-Tasir sin esperanzas, con la certeza de que todo era un cuento, y luego sus expectativas habían crecido cada vez más hasta llenar todos sus sentidos. Ahora era como un juego cruel. Cuando más radiante y segura se sentía, algo se lo arrancaba todo de golpe y la abofeteaba con su mano helada.

La confianza que había depositado en sí misma se desvaneció dejándola fría y vacía. Y aún peor: ella había envenenado las Piedras de Firie. Lo había visto con sus propios ojos: el halo verdoso de Ithirie que salía de su mano envolvió la corona y las gemas murieron una a una irremediablemente... No se sentía capaz de mirar a sus amigas a la cara.

Entonces sintió un suave empujón. La gran mantícora apoyaba su cabeza contra su regazo como queriendo acariciarla igual que un gatito mimoso.

—Vete —dijo ella en un susurro, y aquel «vete» era para todas, para que la dejaran sola, para que no viesen su cara de fracaso, decepción y amargura, todo a la vez.

De repente todas las bestias parecieron sobresaltarse al mismo tiempo y miraron hacia la lejana entrada de la caverna con ojos alargados. El pelaje se les había erizado y algunas aullaron cuando el suelo tembló un poquito y cayó arenisca sucia desde la bóveda distante.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Nymphia, que parecía escuchar un lamento más allá de la piedra y las rocas.

Las paredes esculpidas se estaban desmenuzando y grandes planchas grises cayeron al suelo estallando en mil fragmentos. Laila levantó la vista, asustada. Toda la montaña parecía temblar a punto de desmoronarse sobre ellas.

Aurige y Violeta se miraron leyéndose el pensamiento: ya no había forma de llegar a la superficie de la mina. Algunas mantícoras escapaban veloces y la reina de aquellos seres las miró impaciente.

—Creo que quieren ayudarnos —observó Nymphia aquella mirada expectante.

—¡Son bichos, no cervatillos de los cuentos! —exclamó Laila demasiado cansada, demasiado enfadada por su fracaso. Deseaba que cayese la montaña sobre ella y acabar con todo.

Aurige la zarandeó levantándola del suelo sin compasión. Cuatro mantícoras inclinaron sus lomos invitándolas a subir con rugidos. Se estaban poniendo muy nerviosas y todo a su alrededor vibraba con una intensidad insoportable.

—¡Súbete al dichoso cervatillo de una vez! —la empujó igual de enfadada que en

los viejos tiempos, cuando lucharon en los entrenamientos antes del concurso de los gremios.

La cara de Laila era una máscara tirante pero obedeció al ver los ojos de Nimphia y de Violeta. ¿Es que no podían entender cómo se sentía? ¡Destruía todo lo que tocaba!

Las mantícoras se pusieron en marcha a la vez, corriendo como diablos negros en pos de la salida. Ella sintió el brusco vaivén y tuvo que agarrarse firmemente al pelo de su montura. Le pareció áspero y salvaje, y notaba todos los músculos en tensión al correr.

La bóveda se derrumbaba ya sin remedio llenando la sala colosal de olas de polvo y cenizas pero no tuvo tiempo para ver nada más. Los felinos corrían sin parar y Laila cerró los ojos con fuerza. Todo se estaba desmembrando a su alrededor.

«Como siempre» —pensó con desesperanza mientras los barrotes de sal fundida se hacían añicos y las mantícoras chapoteaban sobre el lago blanco, saltando aquí y allá con sus poderosas alas.

Lo que fuera que viviese en la sal líquida se retorció creando pequeños remolinos y olas frenéticas en la superficie, con dedos fantasmales que se aferraban a las paredes, pues sabía que su fin era inminente. Cascadas de rocas y piedras salpicaban en todas direcciones y Nimphia gritó llena de miedo cuando su mantícora pasó justo bajo la lluvia de un estallido de sal.

Los animales había aumentado la velocidad hasta un límite aterrador. Las paredes escarpadas pasaban silbando a su lado, pero ellas seguían corriendo siempre sin equivocarse un paso, subiendo las pendientes de las minas por túneles estrechos que se derrumbaban tras ellas, y todo acompañado de un gemido creciente que hería los oídos y hacía llorar.

Nan-Tasir se desplomaba, se convertía en cenizas para deslizarse al olvido. Bandadas de pixis aleteaban enloquecidas chocando contra las paredes en sus eternos gritos, y cuando las mantícoras disminuyeron la velocidad, ellas supieron que la salida estaba cerca. El calor se había vuelto insoportable y el suelo se llenó de grietas por donde escapaban columnas de vapores venenosos.

De repente el seísmo cesó y se produjo un silencio de muerte. La tierra polvorienta dibujaba figuras en los rayos de luz y por las paredes resbalaban chorreones de sal. Las mantícoras frenaron su avance hasta detenerse con aullidos silbantes, mostrando sus colmillos llenos de rabia.

Violeta desmontó y avanzó despacio por entre una humareda que se había vuelto demasiado peligrosa, pues la sal se había desmenuzado en polvo volátil y de nuevo arrancaba toses y jadeos. Los ojos le escocían, pero no podía dejar de mirar aquellas grietas que destellaban como si debajo ardiese un infierno.

—No puedo creerlo —susurró demasiado aturdida.

—¡No podemos pararnos ahora! —gritó Aurige espoleando a su montura, pero el animal se negó a continuar a pesar de la insistencia de la lunarie.

Las mantícoras retrocedieron unos pasos mirándolas con intensidad. Algunas desaparecieron por el túnel inestable.

—¿Pero por qué se marchan? —Laila seguía sorprendida por el comportamiento de las bestias—. La mina se está viniendo abajo. Van a morir.

—Saben lo que tienen que hacer —contestó Violeta con seguridad, sintiendo un nuevo temblor de tierra—. Deben honrar a sus dioses.

La reina de las mantícoras se inclinó un momento y luego irguió su cabeza leonada con orgullo. Sus ojos alargados brillaron rojos en la creciente neblina y después desapareció siguiendo al resto de su servidumbre.

—¡Pues estamos bien! —gruñó Aurige.

—La salida está próxima —le dijo Nimphia—. La luz ha cambiado y noto una corriente de aire fría.

—Vamos, no perdamos tiempo —las empujó la anciana, nerviosa, caminando deprisa sobre la senda de raíles, y Laila adivinó que la angustia de la anciana no se debía a los pequeños seísmos. Violeta sentía la necesidad imperiosa de salir de allí por otro motivo más peligroso.

Avanzaron entre toses y jadeos esquivando las paredes cristalinas y después de una fatigosa subida, a lo lejos pudieron distinguir una claridad sucia que entraba a borbotones.

—¡Corred! —las animó Violeta cubriéndose los labios con su pañuelito bordado.

De repente la gruta se ensombreció. Una figura borrosa se recortaba a contraluz y la niebla húmeda parecía flotar a su alrededor. Violeta se detuvo y les hizo señas para que permaneciesen refugiadas detrás de ella.

—¿Qué ocurre? —susurró Laila con temor y los ojos muy abiertos.

La shilaya le chistó para que bajase la voz, pero era imposible detener las toses atragantadas de Aurige y de Nimphia en medio de la polvareda de sal. Tras escuchar sus ecos, la misteriosa figura desapareció.

—Esto no me gusta nada —musitó Nimphia con los ojos enrojecidos.

Violeta asintió indecisa. Estaba claro que alguien o algo las estaba esperando fuera de la mina pero ahora los pequeños seísmos eran casi constantes. Quedarse en la caverna era una locura.

La anciana avanzó despacio con la varita mágica refulgiendo más candente que nunca. Fuera de la mina la bruma espesa cubría todo el páramo, y por entre la gasa de nubes el sol brillaba opaco, con un misterioso tono anaranjado.

El Mustang parecía haber recibido una lluvia de barro y salitre, y el color rosa había dejado paso a un gris sucio. Aurige hizo ademán de echar a correr hacia él pero Violeta le agarró del brazo. Los ojos de la anciana estaban fijos en un montículo de

sal cerca del tope de la vía.

La forma era inconfundible y todas ahogaron una exclamación de horror al comprender que se trataba del unicornio plateado. El magnífico animal estaba tumbado sin vida y el viento ululante arrastraba la sal sobre su pelaje deslustrado. Laila sintió el frío helado en la garganta.

—¿Pero quién ha hecho esto? —susurró Nimphia con los ojos llenos de lágrimas.

Quiso acercarse para mirarlo y acariciar sus crines por última vez, pero una voz las sobresaltó a todas en respuesta a su pregunta.

—En nombre de su majestad, la reina Maeve —sonó aquella voz impasible, exenta de todo sentimiento—, se ha decretado que las princesas, Aurige de Lunarïe y Nimphia de Airïe, sean escoltadas a Tirennon sin la menor tardanza.

La horrible sorpresa cayó sobre ellas como una losa. La niebla se fue levantando en finas capas de gasa hasta que pudieron descubrir a un albanthïo, que sin duda las había estado esperando, apoyado sobre una vara de madera. Por su túnica de hilos bordados, Laila comprendió al punto que no era un albanthïo cualquiera. Era un sacerdote de alto rango, igual que el que castigó a Aurige con una runa de hierro en el cuello.

—Las princesas de Airïe y de Lunarïe deben acompañarme en calidad de invitadas, y sin oponer resistencia alguna —volvió el sacerdote a la carga con su voz monótona.

—¿Sólo ellas? —inquirió Violeta con una sonrisa cínica—. ¿Y qué hay de la princesa de Ithirïe, albanthïo?

Los ojos del otro centellearon.

—La traidora de Ithirïe se arrodillará ante la reina, y entregará de buena fe la joya sagrada que ha tenido la osadía de robar de manos de su propia majestad —contestó al punto—. La justicia de Tirennon lo tendrá en cuenta como un acto de buena voluntad cuando la reina decida su suerte.

—¡Y qué más! —le gritó Aurige con los puños cerrados, pero Violeta le indicó que se calmase.

—Yo no he robado nada —contestó Laila sintiendo la furia crecer—. Dile a la «vieja Mab» que venga ella a buscarme, porque según tengo entendido, tengo derecho a esta corona tanto como ella.

Se produjo un silencio cortante, cargado de funestos presagios. En ese momento la tierra volvió a vibrar con mayor intensidad. Riadas de arena cayeron por la escarpada ladera de la montaña ocultando la entrada de la gruta y nuevas brechas se abrieron por toda la corteza salina. Violeta les hizo una señal imperceptible indicándoles el Mustang.

El terremoto cesó de nuevo. El albanthïo apenas se había movido en medio del temblor y de inmediato se irguió altivo y solemne.

—Las princesas de Lunarïe y de Airïe... —empezó él otra vez, como si no le importase otra cosa en el mundo.

—¿Y quién nos va a obligar a semejante disparate? —replicó entonces Violeta. La varita destellaba en la niebla como una pequeña vela—. ¿Acaso tú, sacerdote?

—Sí, anciana. Yo, y mis hermanos, los grandes maestros del Templo de las Lunas. Nunca nadie ha tenido el honor de ser escoltado por nosotros hasta hoy. Deberíais rezar y llorar de alegría por este enorme favor.

Y con una sonrisa siniestra extendió su brazo hacia atrás en un amplio abanico. Los jirones de neblina se disolvieron a su orden y en las llanuras pudieron distinguir las figuras borrosas de una cohorte de albanthïos que había permanecido escondida hasta aquel momento. En el cielo, un bergantín de alas blancas destacaba contra el sol, que más que anaranjado, ahora parecía rojo furioso.

Laila notaba el corazón latiéndole demasiado deprisa. La situación se había vuelto extremadamente peligrosa. Violeta les había indicado el automóvil como medio de escape, pero ahora la fuga parecía un suicidio.

—¿Sólo vosotros? —escuchó a Violeta que reía con desdén, ganando tiempo para que ellas se metieran en el coche.

—Suficientes para ti, vieja —le espetó el otro frunciendo el ceño.

—Sí, para una anciana, y también para un pobre animal indefenso, ¿verdad, asqueroso cobarde? —gritó señalando al desgraciado unicornio sin vida.

—Por supuesto. Es sólo una bestia...

Pero ya no pudo pronunciar otra palabra más. Violeta golpeó el aire con su varita mágica y fue como si descendiese un rayo. Una esfera de luz negra voló en picado impactando contra el albanthïo y lo arrojó de espaldas brutalmente contra un prisma de sal lleno de aristas puntiagudas.

Las afiladas agujas atravesaron el cuerpo del sacerdote y su garganta se desgarró en un estertor de agonía. La sangre salía de su boca a borbotones y Laila ahogó un grito de espanto ante aquella muerte tan horrible.

—¡No es tiempo de remilgos! —exclamó la shilaya ante los ojos aterrados de ella y de Nimphia.

Aurige la observaba llena de admiración. Violeta parecía haberse transformado en un demonio y un halo de energía la rodeó cuando otro sacerdote descargó contra ella una bola de luz bestial. La anciana agitaba su varita mágica lanzando riadas de estrellas que tiraban al suelo a los albanthïos. Eso en el mejor de los casos, porque la tierra estaba empezando a empaparse de sangre. Laila sintió que se le revolvía el estómago.

—¡Corred! —les gritó Violeta empujándolas hacia el Mustang.

Las manos de Aurige se llenaron de aspas negras que reflejaban la luz del sol, más rojo que nunca. De repente un nuevo terremoto las hizo tambalearse y un

lamento sobrecargó el ambiente. Era como si el mundo entero gritase de dolor e impotencia, y el sonido hizo que Laila cayese de rodillas a punto de perder el conocimiento. Cuando sus manos tocaron el suelo, la tierra se resquebrajó bajo su contacto. Grietas profundas arañaban la superficie con crujidos secos, rompiéndola en todas direcciones y ella apartó las manos, asustada.

Entonces el lamento creció hacia el infinito volviéndose insoportable, y sonó igual que un alarido de triunfo, como si algo hubiese logrado romper la cáscara que lo aprisionaba.

Violeta no cejaba en su ataque a pesar del estruendo, y sus hechizos crecían en poder como si hubiese estado dormida mil años y ahora toda su aura brotase de golpe. Aurige lanzó sus hélices sin control y Nimphia desplegó sus manos soltando riadas de rayos que apenas hacían daño alguno a los sacerdotes del Templo de las Lunas.

—¿Eso es lo único que sabéis hacer?! —les espetó la shilaya, tan enfadada que daba miedo—. ¡He dicho que os subáis a eso!

Sus estrellas negras parecían hachas asesinas que cercenaban todo a su paso, y los albanthios recibían los mortíferos impactos sin apenas un gemido, cayendo al suelo sobre sus propios despojos sangrantes. Aquello se estaba convirtiendo en una carnicería pero los monjes seguían avanzando con la mirada fija en ellas cuatro. Uno de ellos trazó un signo negro en el aire, pero Violeta contrarrestó el hechizo con sus manos brillantes y el cuerpo del sacerdote se llenó de runas de hierro de inmediato.

Aún así, sus fuerzas se estaban agotando, jadeaba deprisa y se agarraba el pecho con la frente perlada en sudor. Las empujó con violencia y la luz de sus ojos les dio pánico pero ella apenas lo percibió. Estaba demasiado furiosa viendo que los albanthios seguían implacables, pasando por encima de los caídos como una marea blanca de autómatas.

Aurige abrió todas las puertas del Mustang de golpe y el motor rugió haciendo que las ruedas derrapasen sobre la arena. Violeta lanzó una última esfera negra y subió junto a Laila respirando trabajosamente. Salieron disparadas hacia adelante sin apenas visibilidad, porque el cristal era una mancha de barro bajo el agua de los limpiaparabrisas, y las figuras de los albanthios aparecían súbitamente delante de ellas tratando de detenerlas.

La lunarie maniobraba a toda velocidad de forma temeraria, alejándose hacia un horizonte de luz cada vez más pobre y rojiza. La tierra seguía su lamento ensordecedor y creciente que reverberaba en ecos, y toda la cadena montañosa de Nan-Tasir se estaba desplomando a sus espaldas como si le hubiesen arrojado una catarata de bombas.

De repente sintieron un impacto de luz blanca contra la parte trasera y el Mustang se desequilibró dando vueltas sobre sí mismo en una especie de torbellino. Nimphia y Laila gritaron aterrorizadas con las manos crispadas sobre los asientos. Aurige siguió

sin detenerse en cuanto recuperó el control, pero ya no sabían hacia donde iban. Lo mismo podían estar volando a Nan-Og como volviendo a ciegas hacia la entrada de la mina.

Otro resplandor blanco venía hacia ellas y el Mustang zigzagueó haciendo chirriar las ruedas. La carrera se volvió frenética sobre un suelo que parecía estar a punto de estallar, y aunque zumbaban a velocidad endiablada, Laila presintió que no saldrían indemnes de allí. Las bolas de luz de los albanthios se sucedían sin cesar y riadas de espadas cortaban el aire tras ellas, dando tajos con la intención de partir el coche en dos.

—¡Vamos hacia allá! —extendió Violeta su mano señalando hacia un punto más claro en los rayones de barro del cristal.

Aurige obedeció aplastando el acelerador, pero de repente un neumático trasero estalló bajo un impacto y el coche voló dando vueltas de campana sobre sí mismo. Dos, tres, cuatro vueltas, chocando contra el suelo a saltos para volver a volar otro tramo terrorífico. Los cristales se rompieron en mil pedazos y todas se taparon la cara gritando encogidas sobre los asientos. Laila sentía el dolor de los golpes y las nauseas subiendo por la garganta, entre el pánico y los empujones, sin saber dónde era arriba y abajo, cielo y tierra. Los albanthios parecieron ponerse de acuerdo en ese momento. Las riadas de luz se precipitaron sobre el automóvil ensañándose contra la carrocería hasta que por fin, el Mustang dio un último giro espantoso y se precipitó contra la tierra para no volver a moverse.

Por un momento todo quedó en silencio, incluso el terremoto volvió a calmarse presagiando un catastrófico final. El coche estaba envuelto en humo negro y Laila sólo escuchaba su propia respiración entrecortada. Una gota caliente se deslizaba por su mejilla y ella la tocó para ver sus propios dedos manchados de sangre. Aquello tuvo la virtud de sacarla del horrible aturdimiento y buscó a las otras entre los amasijos de chatarra.

Violeta estaba inconsciente y la portezuela se había bloqueado. La muchacha la derribó a patadas y sacó a la anciana a rastras al tiempo que escuchó una tos entrecortada en el asiento delantero. Aurige parecía haber vuelto en sí, y miraba a todos lados con la cara muy pálida y signos de fatiga. De inmediato zarandeó a Nimphia y al ver que no contestaba tiró de ella hasta conseguir sacarla de los restos humeantes. La muchacha respiró al notar el aire fresco y abrió los ojos como si estuviese metida en un sueño pegajoso.

A lo lejos los albanthios corrían en su dirección y Aurige lanzó una tromba de hélices, demasiado exhausta. Lloraba de rabia al lado de su coche destrozado y Laila se contagió de aquella furia. De repente se volcó sobre Nimphia y le agitó los hombros despertándola de su letargo.

—¡Ayúdame! —le gritó sin compasión, incorporándola. Sus cabellos volvían a

tener vida propia y sus ojos ardían verdosos—. ¡Necesito viento, un tifón, lo más fuerte que puedas invocar!

Nimphia gimió parpadeando y asintió con fatiga.

Laila apoyó las manos en uno de los cristales que florecían por todos lados, deseando con todas sus fuerzas que aquello creciera. Era parte de la tierra, tenía que obedecerla. Las manos le ardieron al contacto con la sal como nunca antes le había sucedido y de repente el prisma floreció monstruoso, lleno de pinchos afilados que crujían desgarrando la superficie. Su halo verdoso envolvió al cristal y lo hizo estallar en una nube de arena blanca que flotó frente a ella.

—¡Ahora! —le gritó a su amiga antes de que los granos de sal cayesen al suelo.

Nimphia extendió los brazos con los ojos cerrados. El viento aulló arrastrando la nube en un remolino creciente de destellos, una tromba gigantesca que se lanzó sobre las filas de albanthios desparramándose sobre sus cabezas igual que lluvia ácida.

Los grandes maestros del Templo de las Lunas retrocedieron asustados y muchos se doblaron gritando de dolor ante aquella tormenta venenosa que les quemaba y les corroía, formando pústulas y ampollas por toda la piel de la cara y los brazos, ensañándose contra ellos como un diluvio.

Un silencio de muerte invadió la llanura.

Poco a poco el fuego verde desapareció de sus pupilas y Laila pareció que volvía en sí de un sueño, de un lugar donde era otra persona.

Se tapó la boca sintiendo el vértigo del asco y la náusea, incapaz de soportar aquella visión que ella misma había provocado. Frente a ella, los sacerdotes blancos yacían desperdigados en amasijos de túnicas grisáceas empapadas de la sangre de sus quemaduras. Ninguno se movía y a lo lejos se escuchaban gemidos agonizantes. Cerró los ojos para no ver aquellas figuras que ahora parecían macabros tocones calcinados y sintió una culpa horrible que la apuñalaba por dentro. De nuevo la sombra del abismo se cernía sobre su cabeza.

«¡Asesina, monstruo... ithirïe!» —parecían gritarle aquellas voces desgarradas.

—Por favor, yo no... yo no he querido... —gimió cayendo de rodillas.

El silencio se apoderó del paisaje.

—No ha estado mal —dijo Aurige indiferente, pero Laila notó su voz temblorosa y supo en ese momento que sus amigas estaban igual de horrorizadas que ella.

«Se horrorizan de mí» —pensó sintiendo ganas de vomitar.

Entonces notó la mano débil de Violeta y se giró intentando contener las lágrimas.

—No es culpa tuya —le susurró la shilaya con rostro fatigado—. En realidad nos has salvado a todas. Pero os tengo que entrenar. Sois débiles y no tenéis control sobre vuestros poderes.

—Pues yo creo que... —empezó a discutir Aurige.

De repente una sombra gigantesca tiñó el suelo a sus pies y todas levantaron la

cabeza asustadas. El barco de alas blancas se acercaba deslizándose en el aire hacia ellas. En ese momento una lluvia de flechas voló desde algún sitio a sus espaldas. Millares de astas se clavaron hundiéndose en el casco de madera y en las velas y la nave cambió de rumbo. Violeta se giró con un sobresalto.

Las limnias estaban allí. Quietas como estatuas blancas, impasibles, formando una hilera sobre sus monturas plateadas. Parecía que hubiesen presenciado toda la batalla sin intervenir. La shilaya dio un paso vacilante hacia ellas y Nimphia la ayudó tomándola del brazo.

Langella ni siquiera descendió de su unicornio. Simplemente las veían caminar y por fin, mientras su escolta no dejaba de disparar flechas al bergantín manteniéndolo alejado, su voz cristalina resonó dentro de ellas.

«Gracias ithirïe» —dijo con su tono de hielo.

Laila buscó en sus ojos la burla a aquella monstruosidad que acababa de cometer contra los albanthïos pero Langella parecía sincera. La luz de sus pupilas era tenebrosa y todos sus rasgos se contraían tirantes, pero no la miraba a ella ni a la llanura donde había ocurrido la masacre. Contemplaba la lejana cadena montañosa de Nan-Tasïr que seguía temblando en la distancia.

Les acercaron unas monturas y les ayudaron a subir. Aurige negaba una y otra vez, con los ojos oscuros fijos en su coche destruido. Casi parecía que iba a volver corriendo a abrazarlo y quedarse con él para siempre.

Sin saber exactamente por qué, viendo aquella mirada expectante de la limnia, las manos de Laila se deslizaron a la bolsita de cuero y sacó la corona. Las Piedras de Firïe brillaban rojas, llenas de destellos, parecían arder en lenguas danzantes y todo el universo se escondía en sus facetas.

«Ya viene» —la sobresaltó la voz de Langella y todas las limnias se estiraron tensas, esperando algo.

Aquel lamento sordo de la tierra volvió a gritar, más grave y crispante que nunca, tan poderoso que desgajaba las montañas reduciéndolas a cenizas. Subía a las alturas, hasta el cielo, y el mismo sol rojo pareció temblar.

Y de repente, sin ninguna otra señal ni presagio, Nan-Tasïr estalló hacia arriba, escupiendo fuego y lava como un volcán colosal. Los unicornios se encabritaron piafando hacia atrás pero nadie podía apartar los ojos de aquello. Las nubes de ceniza cubrieron el cielo y del cráter ardiente brotó una columna de fuego que se extendía hacia los lados, una cortina de llamas vivas que crecía con una cabeza alargada, desplegando alas que hacían que el aire burbujeara.

Laila sintió que iba a gritar de pánico. Los ojos le ardían con el corazón latiendo a mil por hora, la garganta se le secaba y asía los arreos de su montura llena de sudor, pero era incapaz de cerrar los párpados. No podía hacer otra cosa que contemplar el horripilante y maravilloso nacimiento del sol de Firïe.

Muy lejos de allí, la reina Maeve se levantó de su trono de diamantes. A su alrededor, las estúpidas reinas de Īalanthilīan parecían estatuas sin vida y ella con gusto lo hubiese arrasado todo. El diamante de mil facetas se había convertido en un rubí de sangre y el fuego vivo bailaba en su interior. Ella lo contempló con odio.

¡Maldita cría ithirīe!

Lo sabía. Sabía que ella destruiría su mundo perfecto y ordenado. Lo intentó todo pero la muchacha se le escapaba una y otra vez como arena entre los dedos. La sombra de un enemigo que se burlaba de ella continuamente. Pero no se reiría de sus albanthīos. Y si ellos no la destruían en Nan-Tasīr, el propio sol naciente de Firīe lo haría.

Paseó despacio acercándose a cada una de las soberanas. La reina de Solarīe apenas era una muñeca de trapo bajo su control mental y a su lado, la reina Zephira parecía mirarla tras unos ojos apagados. Geminia no era más que una burla, un amago de dominación inútil frente a su verdadera rival.

¡Y qué importaba! Las mataría a todas, tal era su rabia y frustración. Les arrancaría los ojos, tan fácil como quitarle la máscara a aquel esperpento de Acuarīe que había tenido la osadía de sentarse en un trono.

«¡Ah, Titania! No te ha salido bien la jugada» —pensó mientras toda la ciudad de Tirennon temblaba bajo los continuos movimientos sísmicos.

Había encarcelado a la antigua reina de Lunarīe en las mazmorras de Belion, tan profundas y lóbregas que cuando los cimientos blancos se convirtieran en fuego, la odiosa Titania ardería en llamas hasta la muerte. Nadie escucharía sus gritos.

Una pequeña victoria que no compensaba tanto odio acumulado.

Siguió caminando hacia las invitadas de honor. Niñatas imbéciles que les servirían como rehenes en el improbable caso de que alguna de sus madres tuviesen un solo pensamiento de rebeldía.

Los ecos de sus pasos la perseguían y sus doncellas no se atrevían siquiera a respirar. Las estatuas blancas que decoraban el salón parecían jueces severos que se reían de ella.

«Te lo advertimos» —le susurraban sus caras de piedra.

Maeve apretó los puños con rabia y quiso gritarles que nada estaba perdido, que ella todavía tenía todos los triunfos en la mano. Las Arenas, el Arpa, su propia Piedra de fuego... No había objetos más poderosos. El Agua de la Vida no tenía más valor que el conceder la eterna juventud, y los otros dos...

Volvió sobre sus pasos meditabunda. Aquella niña ithirīe que Titania había traído consigo guardaba otro misterio insondable. Se acercó a ella hasta tenerla frente a sus ojos. La hija menor de Ethera desprendía un halo de poder palpable, debía ser el Corazón de Jade. Sus pupilas brillaron de alegría. Sí, ese era el secreto. Y qué

estúpidas habían sido todas. Su madre por descuidarla y Titania por ponerla en sus manos con tanta facilidad. No le cabía duda de que la reina de Lunarïe, por algún misterioso proceso que sólo estaría al alcance de las telarañas de su mente, había conseguido a la niña y la había mantenido como rehén frente a Ethera. Y en su codicia, para no perderla de vista, se la había traído al concilio. ¡Qué deliciosa estupidez!

Muy bien, ya sólo quedaba el Ojo de la Muerte, pero tenía claro que Titania ardería en el fuego de Belion antes de decirle dónde estaba. Y eso no tardaría mucho. Los muros blancos de mármol y nácar estaban cambiando y ella sentía el calor en la atmósfera.

«El viejo calor» —recordó con un deje de añoranza que enseguida desapareció.

Se sentó sobre los diamantes y su puño golpeó el reposabrazos con ira. Sí, todos los triunfos en su mano, pero dependían de la suerte, del azar, algo que detestaba con toda su alma.

Odiaba el caos y Firïe no era sino un caos de fuego. Un caos que su hermana permitía y que ella jamás comprendió. Todavía recordaba sus ojos almendrados y serenos, siempre negándose a castigar el desorden con toda la dureza que merecía. Siempre por encima de Maeve, con la corona sobre sus cabellos largos y flamígeros, creyendo que impartía sabiduría y bondad.

«Las Piedras de Firïe son una gran responsabilidad» —le decía con su aburrida voz suave mientras acariciaba las gemas delante de ella—. «Hay que tener el valor necesario para soportar la destrucción sin caer en la locura».

Y Maeve tenía ese valor, muchísimo más fuerte que Nemaïn. Solo que no le permitían demostrarlo. Su hermana no merecía el trono de Firïe, no sabía controlarlo, y el fuego se desataba en bailes y danzas que los vasallos idiotas confundían con felicidad y bienestar.

Gracias a los dioses, ella había nacido para contrarrestar a Nemaïn. No tendría el poder primigenio como su hermana, pero siempre pudo buscar aliados insatisfechos, convencer a codiciosos, y llegar a rozar la mente de las tuathas... Sí, Maeve nació con un don, el don del control. Su hermana por el contrario, nació y creció con el defecto aberrante del desorden.

Pero el fuego también podía ser ordenado —meditó—. Sus albanthïos le traerían la legendaria corona y una vez puesta en su cabeza, los grandes fénix se doblegarían ante ella y le obedecerían. Maeve dominaría al sol de Firïe sin subterfugios, sin juicios de tuathas ni comedias tras las cortinas. Y sanaría a toda Īalanthilïan de una vez. Acabaría con la corrupción y el desorden, y un nuevo reino maravilloso y floreciente resurgiría de las cenizas.

Ya no habría amenazas de Ithirïe ni del reino Tenebrii. De los seis soles de Solarïe sólo quedaría uno, y así terminaría con los sueños de libertinaje. Los vientos de Airïe

se someterían a su control y purificaría al reino de la enfermedad nemhirie que lo corroía. El nuevo Acuarie sería simplemente su piscina de juegos, y Lunarie dejaría de ser un nido de víboras para ver la luz de un nuevo sol. Su sol.

Sonrió satisfecha. Las estatuas blancas seguían mirándola con aquellos ojos críticos que aborrecía y entonces, de repente, extendió su mano y una onda de energía las hizo añicos. La risa le cosquilleó en la garganta y comenzó a reír como hacía mucho tiempo, sin control, dejando que los ecos volasen como cuervos hacia aquel cielo anaranjado que se estaba tiñendo de sangre.

Laila se aferraba con todas sus fuerzas al cuello del unicornio plateado. El animal galopaba como una flecha y ella podía sentir los latidos acompasados a través de su piel. Las limnias volaban sobre sus monturas delante de ella, corrían forzando a los unicornios y nadie miraba atrás. Nadie, porque eso significaría la muerte.

Nan-Tasir se había convertido en un mar de cenizas candentes ante sus ojos y el fuego voló hacia arriba, levantando murallas de alas líquidas. La tierra se convirtió en cráteres de lava y los legendarios fénix surcaron el cielo rojo girando en espirales, chillando su canción de victoria en un espectáculo digno de dioses.

Entonces las limnias se pusieron en marcha a la vez, y forzaron a los unicornios a huir de aquellos páramos ardientes. El Reino Blanco entero iba a desaparecer bajo el vuelo del sol de Firie pero la tierra no cambiaría de forma tranquila, sino que estallaría en la celebración de fuego que había estado aguardando en un sueño de miles de años.

La nieve hacía tiempo que se había fundido y los ríos siseaban convirtiéndose en vapor. El suelo se rompía y brotaban grumos burbujeantes de lava formando arterias que lo quemaban todo a su paso. Parecía que les perseguía el infierno. La frontera blanca se deshacía bajo las pezuñas de los unicornios, dando paso a una franja gris y luego negra, ardiente, llena de resplandores.

En el cielo ya no había sol ni luna ni estrellas. Todo era un mar de sangre y llamas y los gritos de los fénix crecían agudos, toda una sinfonía exultante de poder capaz de crear océanos, mundos enteros de fuego ardiente.

El corazón le latía desbocado, y tenía la mente nublada de orgullo y terror. Ella había conseguido despertar al sol de Firie. Ella desvelaba el secreto escondido y mostraba a todo Faerie la verdad. Pero también destruía Tirennon, destruía el Reino Blanco... y quizás todo lo que representaba.

Intentó concentrarse en mantenerse firme sobre el unicornio plateado mientras veía pasar la tierra calcinada a sus pies. Salvaría a Nïa por fin. La propia corona de fuego sería capaz de detener a los tenebrii y frenar a Ethera, parar la locura de su madre y salvarlos a todos de su maldición.

Sentada en su trono de hojarasca, la reina Ethera miraba la tierra fangosa sin verla. El Agua de la Vida seguía manando, pero no crecía nada donde ella había sembrado las últimas semillas del Valo Nanduïl. Sólo barro y podredumbre.

Su mente permanecía serena a pesar de las sombras, a pesar de las miradas de recelo de su gente. Sabía que se estaban echando atrás pero le daba igual. No le importaban porque ella ya estaba muerta. Murió hacía milenios, el mismo día que murió su madre y todo Ithirïe, pero ella siguió adelante sin saberlo. Sólo lo descubrió cuando las sombras tenebrii se presentaron ante ella, y al adivinar el futuro de Faerie, no sintió pena ni alegría.

Quiso dejarle un futuro glorioso a Nïa, el poder supremo que Ithirïe se merecía y que ella nunca pudo tener. Y entonces, cumplido su objetivo, tampoco sintió pena ni alegría.

Estaba muerta. Muerta por dentro.

La venganza le supo a cenizas, a vacío rancio. Ni siquiera le reconfortaba llorarse a sí misma. El destino estaba escrito, lo escribió ella con sangre en aquel libro de Hirïa.

Bajó la vista para observarlo otra vez. Era como un fetiche del que no podía separarse. Rozó la cubierta de suave cuero con las gemas incrustadas. El sacerdote de Firïe las apagó una a una pero ahora estaban todas encendidas. La esmeralda le pareció más hermosa que nunca, pero sus ojos se desviaron un poquito sin querer. El diamante blanco había empezado a latir. Lanzaba destellos que refulgían en las tinieblas de Ithirïe y de repente se tiñó de sangre púrpura. En su interior brillaron llamas de fuego.

Abrió los ojos como platos notando un cosquilleo en su interior. Era un milagro. Firïe había vuelto a la vida. De pronto sintió algo extraño. Algo que jamás pensó que ocurriría: una lágrima verdadera se deslizaba por su rostro. Estaba llorando, y además lloraba porque se alegraba del retorno de Firïe. Precisamente el renacer de aquellos que los castigaron injustamente.

Contempló a su pueblo, que permanecía a su lado con miradas serias, cargadas de tristeza y reproche. Ellos no podían entenderla. No pertenecían ya al mundo que a ella le arrebataron. El veneno que le mordía las entrañas hacía tiempo que había dejado de existir en los demás. Sólo quedaba su sangre.

La de ella, y la de Nïa.

De inmediato cerró su mente y se mordió los labios inquieta, de la misma forma que hacía su hija nemhirie aunque ella jamás lo sabría. Volvió a contemplar el lodo anegado donde nada crecía. Necesitaba tiempo y además... Además necesitaba un sacrificio. El mayor sacrificio de su vida.

23

Fatalidad

Sean Winter aún no sabía exactamente por qué estaba allí. Su primer impulso fue para intentar recuperar a Laila pero ahora también se mezclaban otras sensaciones: vacío, frustración, impotencia...

La lluvia torrencial le calaba el sombrero y la gabardina pero era incapaz de volver al taxi. Tenía que ver con sus propios ojos la verdad, porque su vida la semana anterior se había hundido en una nebulosa sin sentido, un torbellino gris igual que el cielo sobre el cementerio.

Ni siquiera recordaba ya con claridad lo que decía la carta de Monique. Letras borrosas en la memoria, gusanos en el alma. Sólo que viajase a Inglaterra, a cierto hospital de Londres, porque su padre se estaba muriendo y quería hablar con él.

Había llamado a Monique porque la noticia le resultó triste, pero por otro lado no conocía al padre de su prometida, y el anuncio de su muerte lo sentía como algo lejano. La llamó para darle el pésame, para decirle que quería estar con ella en esos momentos, pero Monique no cogía el teléfono ni respondía a sus mensajes.

No le quedó más remedio que viajar a pesar de un molesto presentimiento de fatalidad. ¿Por qué ahora? ¿Por qué ella no le había hablado antes de su familia? Tal vez, con la sombra de la muerte acechando, el padre quisiera darles su bendición. Un clasicismo que no se esperaba de una mujer tan independiente como Monique.

El edificio del hospital le pareció demasiado silencioso bajo la lluvia pertinaz. Apenas había nadie, ni siquiera acompañantes de otros enfermos que trataran de reconfortarse mutuamente. Todo estaba envuelto en un aura de misterio que llegaba a resultar inquietante. Recorrió los pasillos de luz blanca percibiendo claramente que no era un hospital cualquiera. Limpio y pulcro, parecía un hotel de lujo al alcance de muy pocos. Varios médicos de batas impecables se cruzaron con él y lo miraron con extrañeza.

Siguió buscando hasta dar con la habitación. El corazón se le aceleró un poco al tocar con los nudillos en la madera. De nuevo aquella sensación de fatalidad le invadió cuando Monique abrió la puerta despacio.

—Hola, Sean —le dijo con tristeza, sin abrazarlo ni hacer ningún gesto de cariño.

Él se quedó un poco cortado y sorprendido, pero además había algo más en esas dos simples palabras, una diferencia que no sabía interpretar. A sus espaldas la habitación estaba casi en penumbras y ella parecía resistirse a dejarle pasar. Se demoró un segundo mirándole a los ojos con la mano crispada en el pomo, como un escudo delante de la franja entreabierta.

—Yo te quiero, Sean —le dijo con palabras desesperadas, y entonces él supo qué era lo que le había sorprendido. En el tono de su voz no había rastro alguno de

francés, ni siquiera una sílaba.

—Y yo, cariño —le respondió demasiado confuso pero Monique ya se apartaba de la puerta con la cabeza baja, mirando al suelo.

Avanzó aturdido y sin saber qué pensar. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, observó la amplia habitación abrigada con alfombras y cortinas. En una cama de sábanas limpias, un hombre yacía junto a un montón de tubos, goteros y monitores parpadeantes.

En la habitación del enfermo había otro hombre y Sean dio un respigo al notar su presencia en la oscuridad. El hombre le daba la espalda mirando a la calle por una rendija entre las gruesas cortinas, y ni siquiera se molestó en darse la vuelta y presentarse.

La tos del hombre postrado le hizo parpadear. Todo era muy misterioso y siniestro, igual que en una película de espías. El padre de Monique se incorporó un poco con dificultad. Su rostro quedaba en sombras, pero tenía unos ojos azules de halcón que parecían traspasarle el alma.

—Sean —sonó la voz débil y rasposa de sir Richard Armand Brown y entonces, como en un sueño, el mundo de Sean Winter se empezó a venir abajo.

La lluvia caía plomiza, sin parar. Las calles eran manchas grises y las luces de los coches pasaban apenas como sombras parpadeantes. Sean tenía ya los zapatos empapados por el agua, pero no le importaba. Veía la escena como a cámara lenta. El sacerdote oculto bajo un enorme paraguas negro, los hijos compungidos, los invitados vestidos de negro riguroso, todos con sombrero y una insignia dorada en la solapa...

En la habitación del hospital escuchó todo lo que Sir Richard le dijo y después, cuando el anciano caballero quiso coger su mano para unirla a la de su hija en un acto de perdón y reconciliación, él retiró los dedos crispados.

—¡Por favor, Sean! —le había suplicado Monique con lágrimas en los ojos, estirando su brazo hacia él.

—¡No me toques! —le gritó a aquella perfecta desconocida.

El hombre oculto en la oscuridad se había vuelto y le observaba con el ceño fruncido. Sean se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás. Agarró el pomo deseando decir algo grande, algo que los hundiese en el abismo pero las palabras no acudían a su boca.

—Me dan ustedes mucha pena —dijo por fin, antes de marcharse para siempre.

Deambuló por los pasillos como si flotara. Todas aquellas revelaciones le traían recuerdos dolorosos que creía enterrados, cuentos macabros de hadas y tesoros ocultos. Y en todo aquel mundo que había conseguido olvidar, sólo había una cosa

que destellaba como una alarma horrible: habían puesto en peligro a su hija, habían intentado secuestrarla sólo para colmar unas ambiciones fantasiosas. Él, Sir Richard, que fue más que un padre y un amigo, no era sino un peligroso demente capaz de las mayores atrocidades. Y Monique...

Bajó los escalones mientras a sus espaldas los médicos y las enfermeras corrían por el pasillo. No prestó atención. Fuera, tras las puertas de cristales, llovía como no había visto nunca en su vida.

¿Y luego? El teléfono sonaba constantemente en su habitación del hotel. Desconectó el móvil y dio orden en recepción de que nadie le molestase. Y allí permaneció envuelto en sombras durante días, con la alfombra plagada de botellas de whisky, hasta que alguien introdujo un sobre cerrado por debajo de su puerta.

Se miró al espejo del baño privado. Tenía un aspecto horrible, casi como antes. Antes de conocer a Monique y sumergirse en aquel mundo de mentiras y traiciones que era su amor. Se rascó la barba y trató de peinarse el pelo revuelto sin conseguirlo. Estaba hecho un desastre, igual que cuando vio a Ethera por primera vez...

De repente se quedó helado. Las palabras de Sir Richard volvían ahora con claridad afilada. La mujer que el anciano había nombrado como «reina de las hadas de la tierra», hizo un trato con él y con su familia a cambio de unos misteriosos tesoros que aquel día le habían sonado a cuentos de un demente. Y Sir Richard, a través de su hijo, necesitó a Laila como as en la manga contra esa reina. Porque esa reina era...

Se vistió de prisa y a trompicones, y buscó un taxi en medio de la tormenta. Si algo tenía ahora claro era sacar a Laila de donde fuese que estuviese, a cualquier precio. Al llegar, bajó del automóvil y supo que no estaba en su momento más lúcido. Sabía que tanta euforia y tanto valor arriesgado sólo se debían al whisky, pero ya era tarde para echarse atrás.

Desde lejos pudo ver el escaso grupo de dolientes llorando la muerte de Sir Richard. Apenas cuatro gatos acompañaban al gran cónsul de varios países, caballero de la corona británica, y mil títulos más que ya no le servían para nada. Su rostro, que había sido tan apreciado y admirado, volvía una y otra vez a sus recuerdos, allá en Winter Manor, todos los veranos. Sintió la boca amarga al descubrir a Monique bajo el paraguas, agarrada del brazo del hombre que había tratado de secuestrar a su hija arrojándole sal a la cara.

La furia que le había arrastrado días atrás y que ya estaba menguando volvió como una cascada, y caminó sin importarle el aguacero que caía despiadado. El efecto del alcohol en la sangre no se desvanecía con el frío, y tenía el estómago como una piedra. Al llegar frente al imponente ataúd de roble todos los presentes se volvieron sobresaltados y Monique apretó los labios conteniendo la respiración.

—Tengo entendido que sois negociantes —soltó mirándola a ella y a Jack,

ignorando a los otros—, y puedo dar fe de que no tenéis escrúpulos. Pues bien, tengo un trabajo para vosotros dos.

Y ante los ojos escandalizados del sacerdote, arrojó un puñado de billetes que de inmediato se empaparon de agua sobre el ataúd.

—¿Qué decís, eh? ¿Os conviene? Ahí hay dinero, eso que os gusta tanto...

Monique ahogó un gemido al ver el ataúd de su padre insultado de forma tan bochornosa.

—¿Le está molestando este hombre, señorita Soirett? —inquirió uno de los desconocidos con voz fría.

Nada de aquel hombre llamaba su atención, sólo un destello en su traje negro. Sean se fijó absurdamente en la insignia dorada de la solapa que destacaba bajo la lluvia. Una pequeña pirámide invertida, igual que las que llevaban el resto de los misteriosos acompañantes.

El desconocido lo estudiaba con ojos siniestros y su mano protectora sobre el brazo de Monique lo sacó de quicio perdiendo el control.

—¡No se llama así! —gritó furioso—. ¡Es una farsante y una ladrona! Se vendería por dinero a cualquiera de vosotros...

Un puñetazo en la mandíbula le derribó sobre la tierra fangosa y sintió que la vista se le nublaba. La sangre le resbalaba desde el labio y todo se estaba volviendo negro bajo un dolor pulsátil. Trató de incorporarse pero las fuerzas le fallaron.

—Sacad... a Laila de allí —susurró antes de perder el sentido.

Cuando la neblina se levantó, lo primero que volvió fue el dolor. Luego, como en una pesadilla, recordó la lluvia y las misteriosas figuras negras, todas mirándole fijamente. Se acarició la cara y el simple tacto le hizo soltar una maldición.

—Mi padre te apreciaba demasiado —escuchó una voz tranquila desde el otro lado de la habitación.

Por un momento se quedó rígido, y fue cuando su cuerpo percibió que estaba tumbado en una cama en medio de la penumbra. El latido en la mandíbula era casi insoportable. Monique estaba sentada en un pequeño sofá, lejos de él. No a su lado ni cuidándole.

—Me da igual lo que tu padre apreciase —contestó por fin. La cabeza le daba vueltas y con gusto hubiese vaciado una botella entera de whisky.

El silencio se volvió pesado y oscuro.

—Es horrible vivir sabiendo ciertas cosas, como que os quería más a ti y a tu hija que a Jack y a mí —replicó ella por fin sin querer mirarlo a los ojos—. O saber que nos hubiese vendido a los dos por cualquier momia milenaria si eso le hubiese devuelto a mi madre, o cosas peores.

—Creo que ahora mismo no estoy para escuchar lamentaciones —le dijo Sean al

momento, sin pensar.

Estaba irritado consigo mismo, sobre todo porque no podía evitar que las revelaciones de Monique le doliesen, y porque le hubiese gustado estrecharla en sus brazos, y consolarla como la niña pequeña que nunca fue.

—No es un lamento —dijo ella—. Sólo es un cuento de hadas sin final feliz.

Sean respiró profundamente. Hadas. Siempre ellas. Al final de todo suceso desgraciado volvían a estar allí, esperando, dispuestas a cobrarse cualquier favor a muy alto precio.

—¿Quiénes eran esas personas en el cementerio? —preguntó por desviar la conversación.

—Nadie. No existen, y de verdad Sean, agradece que no se hayan fijado en ti más que como un amante borracho y pendenciero.

Él se rascó la barba. Sentía vergüenza de su comportamiento en el cementerio pero no por eso iba a bajar la guardia ni a caer en la lástima que ella estaba usando.

—Bien, señorita Soirett, el cuento acaba aquí, ¿no te parece? —dijo por fin.

Monique asintió despacio y él volvió a sentirse frustrado al ver su rostro apenado. ¿Por qué insistía ella en hacerle creer que le importaba lo más mínimo?

—Quiero a mi hija conmigo —dijo levantándose de la cama dispuesto a marcharse de allí para siempre—. Buscadla, sea como sea. No era una broma, puedo pagar muchísimo dinero, tanto que no tendrías tiempo de contarle en toda tu, digamos, vida de cuentos.

Monique se puso en pie. Trataba de ocultar las lágrimas manteniendo una pose glacial.

—No necesitamos su dinero, señor Winter —contestó altiva, acercándose a la puerta—. Mi hermano y yo hemos sobrevivido a cosas mucho peores que la pobreza, y que usted jamás entendería. Sin embargo, quiero que sepa que Jack ha ido a buscar a su hija, tal y como usted desea.

—Perfecto, os firmaré un cheque como adelanto —insistió él, dejando claro que no necesitaba su piedad ni su amistad. Que todo quedaría en un vulgar negocio.

Se dirigió a una pequeña escribanía y garabateó algo en un papel. La mujer le miraba con el rostro congelado en una extraña mueca de... ¿frustración, desengaño, tristeza? Sean no podía saberlo.

—Nunca pude competir con ella, ¿verdad? —susurró Monique entonces—. En realidad pensabas en esa mujer cada vez que decías que me amabas.

—Sí —mintió él—. Y aquí tienes un pagaré que se convertirá en el cheque dentro de unos días. Gracias a «esa mujer» puedo pagar a mercenarios como vosotros.

Le extendió el papel pero Monique no se acercó.

—Guárdese el dinero de las hadas, señor Winter —le dijo como un reproche, antes de salir de la habitación—. Al final, como en los cuentos, el oro que ellas

ofrecen no es otra cosa que vulgar carbón.

Las mazmorras de Belion

Por primera vez en su vida, Jack Crow, el hombre de negro, no sabía qué hacer.

No se había dado cuenta, hasta entonces, de todos los aspectos de su existencia que su padre gobernaba sin que él lo percibiese. Siempre fue un soldado, y siempre había odiado a Sir Richard por ello, pero ahora se sentía perdido.

Buscar a Laila y traerla de vuelta con vida.

Esas habían sido las palabras de Sean Winter antes de caer inconsciente en el cementerio por el puñetazo que le había propinado, y también las palabras de Monique después, pero Jack sabía que en verdad esa hubiese sido la última orden de su padre. No se entristeció, ni sintió lástima al saber que los pensamientos finales de Sir Richard en su agonía habían sido para la chica.

Monique había llorado y estaba resentida, pero él no. Hacía mucho tiempo que el afecto por su padre había dejado de existir. Simplemente necesitaba a alguien que lo guiase, alguien que le dijese qué hacer y él cumplirlo a rajatabla.

Nunca se imaginó, por ejemplo, lo difícil que era documentarse y buscar datos precisos, algo que siempre había considerado una estupidez inútil. Su padre resolvía esa parte sin dar explicaciones, pero ahora había tenido que enfrentarse a la enorme biblioteca llena de archivos, mapas y montañas de documentos sobre Faerie que en su mayoría no eran sino cuentos y basura, y que además requerían perder un tiempo precioso para separar la paja de la información adecuada.

Admiró el trabajo de su padre, sus carpetas clasificadas, las anotaciones y fichas pulcramente ordenadas y sobre todo, la paciencia que había demostrado para obtener, de ciertas personas, un sinfín de datos secretos que desconocía hasta ahora.

Estudió y memorizó todo lo que halló sobre las Piedras de Firie, la única pista que podía conducirle al paradero de Laila. Aurige le había mencionado algo sobre la corona de fuego y la reina Maeve pero en aquel momento no prestó atención, absorbió como estaba en ella, sus labios, su perfume, el roce de su piel...

Apartó su recuerdo con fastidio y se concentró en los datos. Todo le conducía una y otra vez al Reino Blanco, y de nuevo se enfrentó a la selva de documentos de Sir Richard para dar con algo valioso. Al final no encontró mucho; aparte de una geografía imprecisa, casi todo se refería a la ciudad de Tirennon, la capital del mundo de las hadas. Buscó dibujos y planos de los edificios principales, el palacio, la Universidad, los templos y las viviendas sencillas... Luego reunió información sobre los posibles accesos desde todos los puntos de entrada, incluso las cloacas y subterráneos si los había. Al final, exhausto, se encontró preparado para partir.

Sintió la vieja emoción de la cacería y el peligro. Su última misión. Pero también algo más que le provocaba un cosquilleo en el estómago. Volvería a encontrarse con

ella, aunque fuese para despedirse para siempre. Entonces se dio cuenta de lo peligroso de la situación. No podía cometer ningún error y tener a Aurige constantemente en su mente le volvía torpe y descuidado. Con gran esfuerzo apartó su imagen a un lado, encerró sus sentimientos bajo candado y tiró la llave a un océano imaginario.

Y ahora no sabía qué hacer.

Había llegado al Reino Blanco preparado con todos los datos en la cabeza, para encontrarse de repente con un caos de fuego. El cielo parecía hervir en azufre y a su alrededor, la tierra era negra, llena de grietas por donde resplandecía la lava.

La ciudad de Tirennon, si es que era esa que veía al frente, no tenía nada que ver con los malditos esquemas que se había memorizado. Cinco columnas de fuego resplandecían en lo alto de la montaña donde debía situarse un palacio blanco de hielo y marfil, y toda aquella paz sosegada, llena de neblina que describían los libros, se había convertido en el mismísimo infierno.

Suspiró abatido. Podría volverse de inmediato a su mundo, quemar la biblioteca de su padre en una pira funeraria y olvidarse de todo. Buscaría a una chica y sentaría la cabeza. Una mujer que no tuviese ningún parecido con *ella*, y viviría feliz el resto de su vida.

En lugar de eso, soltó una blasfemia y se dirigió, con pasos rápidos y felinos, hacia la base de la montaña.

Las mazmorras de Belion eran un hervidero de desesperación, gritos y gemidos de muerte que nadie escuchaba. La reina Titania permanecía sentada en el saliente de roca de su celda, con la cabeza alta y actitud distante. Nada parecía alterarla mientras a su alrededor estallaba el caos.

Cuando los albanthios la acompañaron a su encierro, había esperado al menos un trato acorde con su realeza. Pero Maeve quiso ensañarse con ella y la envió directamente a las catacumbas, donde se congregaban prisioneros de la peor ralea, amontonados y encerrados allí desde tiempos inmemoriales. Seres acusados y condenados por cometer, desde los crímenes más atroces, hasta las faltas más absurdas.

La iluminación era escasa, si acaso algunas teas ruinosas en las paredes que le daban a todo un aspecto macabro y sucio. Sin embargo Titania hubiese preferido la oscuridad absoluta, así no tendría que «disfrutar» del paisaje que se desplegaba ante sus ojos: pasillos interminables de celdas y barrotes, y recovecos saturados de

prisioneros, hacinados como bestias.

La mayoría eran nemhiries: esclavos rebeldes de Airïe, insurgentes y criminales de Blackowls que quizás ella misma condenó en el pasado, matones, asesinos y demás humanos repugnantes que trataba de no mirar. Pero también había desgraciados sin otra culpa que molestar a Maeve, como la sacerdotisa blanca que había tocado mal el laúd en una ceremonia, o la pixi que había solicitado audiencia con la reina de reinas porque quería ser una shilaya y necesitaba su permiso.

Olvidados del mundo allá abajo, muchos se entregaron a su suerte viviendo una existencia podrida, o se volvieron locos, o simplemente decidieron morir y que sus restos alimentasen a las ratas y otras alimañas que correteaban sin miedo por aquellos parajes.

—Oye guapa, ¿te gustaría conocer a un hombre de verdad? —le había gritado un humano en cuanto puso los pies en la celda y los albanthios se marcharon.

El hombre sonrió enseñando unos dientes negros y el rostro lleno de verrugas desde el calabozo contiguo, estirando su mano a través de los barrotes.

Titania había chasqueado los dedos para fulminarlo allí mismo y de repente la prisión entera había estallado en carcajadas. Ella se quedó rígida, con una sensación de horrible ridículo bajo las miradas maliciosas de la mayoría de aquellos hombres que, para su alivio, no la habían reconocido. Trató de invocar una Luna Negra y las risotadas arreciaron, llenándose el aire de silbidos y abucheos.

—No os esforcéis —le susurró una voz cansada en medio del griterío—. En Belion no hay poderes, ni magia ni títulos, majestad.

Ella se sobresaltó y miró a su nuevo interlocutor de soslayo. Alguien allí sabía quién era, pero aquello podía ser igual un consuelo o una amenaza. Una figura rechoncha se puso en pie desde una celda vecina y se acercó a los barrotes de hierro con precaución de no tocarlos. Luego hizo un gesto de ajustarse unas gafitas sobre la nariz.

—¿Nos conocemos? —murmuró la reina observándolo con los ojos convertidos en rendijas.

La mayoría de los prisioneros habían vuelto a su rutina tras comprobar que la dama en cuestión no tenía intenciones de sonreír ante sus encantos, y nadie les prestó atención. Y no porque no les gustase la novedad de una bella hada entre rejas, sino porque ya sabían en demasía que cualquier intento era inútil. En Belion no había salida, ni fuga, ni esperanza.

—Sí, nos conocemos —confirmó el otro en voz baja, mirándola con gesto divertido—. Mi nombre os debe sonar, me llamo Zërth.

Titania lo observó sorprendida y luego asintió despacio. El hecho de estar en prisión no la excluía de sus obligaciones reales y como reina, se sabía las genealogías de İalanthilian al dedillo.

—No parecéis sorprendido de verme aquí —dijo ella, tirante.

—Lo que me sorprende es que hayáis tardado tanto tiempo en venir —replicó Zërth con burla.

Ella le fulminó con la mirada. Luego se sentó con actitud distante en una especie de poltrona tallada toscamente en la pared de roca, como única alternativa al suelo mohoso y lleno de desperdicios. A su alrededor se escuchaban lamentos lejanos, risitas y una enorme variedad de sonidos desagradables.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó al rato, dominada por la curiosidad. A fin de cuentas, tampoco tenía mucho que hacer.

—Es una larga historia, no quiero aburriros.

—Pues entonces divertidme un poco, y contadme cómo vamos a salir de aquí.

Zërth se rió entre dientes.

—Va a ser complicado —dijo por fin con un carraspeo nervioso ante la seriedad que ella destilaba—. No hay salida. Aparte de estos simples barrotes de hierro, la mazmorra de Belion es una zona muerta. No os vale de nada chasquear dedos, ni formular hechizos ni invocar a los dioses. Este es un lugar perdido, aquí nadie va a encontrarnos jamás.

Titania le dio la espalda negándose a aceptar la derrota. Contempló las paredes de roca brillante, sin huecos de ventilación ni resquicios de salida. El aire era rancio y pestilente, empeorado por las miasmas de los humanos que enfermaban en la oscuridad.

—¿Por qué no se rebelan? —se giró indicando con un gesto altanero a los nemhiries que vociferaban o golpeaban los barrotes pidiendo comida.

—¿Contra los albanthios? —Zërth se encogió de hombros como si la respuesta fuese obvia.

—Da igual. Los humanos son brutales. ¿Qué les importa a ellos morir en el intento de escapar?

—Parece que nunca os habéis molestado en conocerlos —rió él, algo despectivo—. No son animales, y tienen muchos más dones de lo que os podáis imaginar, reina Titania.

Ella le chistó para que bajase la voz, mirando a todos lados con precaución. Volvió a levantarse, inquieta, y se acercó para seguir la conversación entre susurros.

—Tenemos que salir de aquí como sea —le dijo como en una advertencia.

—¿En serio? —se burló Zërth—. ¿Por qué? Si esto es un paraíso al que cualquiera con dos dedos de frente querría venir.

—Dejad las groserías a un lado y recordad con quién estáis hablando —exigió ella, fría y altiva, cortante como un cuchillo.

Zërth estuvo casi a punto de arrodillarse en una reverencia, pero al final se contuvo.

—Va a ocurrir algo —siguió Titania, misteriosa—. Se nota en el aire.

—Soy experto en notar cosas en el aire —le corrigió Zërĥ—, y por ahora, aparte del olor de los fluidos nemhiries, no percibo mucho más.

Ella le miró con ojos helados. Luego se alejó y volvió a sentarse en el saliente de roca, y no volvió a pronunciar palabra. ¿Para qué? No tenía necesidad de fatigarse explicándole a un viejo de Airĭe lo que iba a ocurrir con las sombras tenebrii. Total, si de verdad estaba todo perdido, qué importaba ya nada.

Pero no podía ser así —se rebeló crispando las manos sobre sus rodillas—. La muerte no era lo que los dioses le tenían destinado. Ella había consultado el Ojo de la Muerte hacía ya mucho tiempo, antes de que se hubiese roto en manos de Miranda, y su futuro no era aquel.

Lo que el Ojo le reveló se le grabó a fuego en el alma y jamás lo había olvidado. Solo que aquello no tenía nada que ver con estar encerrada en las mazmorras de Belion rodeada de humanos brutales. ¿Se habría equivocado el Ojo? Quizás el flujo de tiempo cambiaba constantemente y siempre surgían nuevas opciones que había que reconducir. O tal vez la propia Miranda lo alteró... Aquel pensamiento hizo que su corazón palpitase con violencia.

Sin darse cuenta se puso en pie y dio vueltas como un león enjaulado. Todo dependía, quizás, de la chica ithirĭe. Con la corona muerta en sus manos, la única opción sería tratar de revivir las Piedras...

Nada, era absurdo —negó con la cabeza en silencio—. Firĭe estaba muerto y su futuro brillante, el que vio en el Ojo de la Muerte milenios atrás, se presentaba cada vez más negro.

La noche transcurrió larga y pesada, sin un minuto de descanso. Un prisionero cantaba sin parar la misma tonadilla, una y otra vez, y su voz llegó a convertirse en una tortura sin igual. Para colmo de males, la pixi que quería ser shilaya se había metido en su celda a través de los barrotes y, sentada en el suelo, le explicaba con voz chillona lo maravillosa que iba a ser su vida cuando tuviese su varita mágica y los fabulosos vestidos de gasas y joyas. Titania sintió el deseo de acabar con ella de un pisotón.

La pixi parloteó durante horas y luego, poco a poco, perdió las ganas de hablar y empezó a llorar. Por un momento la reina estuvo a punto de acompañarla y hundirse en la desesperación. Hubiese sido una estampa criminal. Ella, la reina de Lunarĭe, llorando con una pixi loca a sus pies. La cogió con su mano y le peinó los cabellos alborotados sin saber por qué.

—No te preocupes —se sorprendió ella misma hablando y compadeciendo al irritante ser—. Saldremos de aquí y cuando llegues a las Montañas Shilayas todo el mundo sabrá que eres una heroína, y serás la shilaya más famosa de todos los tiempos.

La pixi se enjugó las lágrimas, impresionada.

—¡Ahora vete, no me molestes, insecto! —la sacudió de su mano cuando notó los ojos intensos de Zërth puestos en ella.

Cerró los párpados con fuerza para no ver su mirada y se recostó contra la pared, mientras la pequeña hada se alejaba, abatida. Sus pensamientos volaron junto a Oberón. ¿Volvería a verle? Le echaba tanto de menos que el corazón le dolía. Quisieran los dioses que lograra ponerse a salvo cuando llegasen las sombras. Las imágenes de Lunarîe inundaban sus recuerdos, Nictis y Blackowls, los bosques silenciosos de Eurídice, el templo de Altaïr, todo su mundo que iba a hundirse en la noche más negra...

Notó perfectamente la llegada del día, aunque la luz pegajosa de las teas apenas iluminaba nada. Las toses y los gruñidos de los prisioneros comenzaban a formar un tumulto, y pronto toda Belion entraría en frenesí reclamando el desayuno.

Pasaron las horas y los humanos empezaron a protestar al notar que los albanthios se estaban retrasando en traerles la comida. Poco a poco los gritos y los golpes de las cacerolas y tazas contra los barrotes se hicieron más fuertes, y las catacumbas enteras se convirtieron en una cacofonía de golpes, insultos y gritos de lo más variado.

Titania sentía las nauseas subiéndole por la garganta, además hacía demasiado calor y se sentía sucia y sudorosa. Ella mismaapestaba a humanidad por todos sus poros. ¿Pero por qué diablos no bajaban ya esos condenados albanthios y terminaban con la revuelta?

—Mi señora —le susurró Zërth tragando saliva.

Ella no se dio por enterada. El anciano sudaba a mares y sus ojos brillaban demasiado abiertos en la oscuridad.

—Titania, no hay tiempo para vanidades —insistió y ella apretó los puños ante tal muestra de mala educación—. Las cosas están cambiando, lo percibo.

—¿A qué os referís? —le exigió ella, de repente con todos los músculos en tensión.

El hermano de la reina Zephira estaba notando algo, y eso sólo podía significar... Se puso en pie asustada y tocó la roca de la pared. ¿Estaba más caliente o sólo era su imaginación? Se volvió a Zërth con ojos asustados.

—La chica ithirîe lo ha conseguido —le dijo como si así lo explicase todo.

—¿El qué ha conseguido? —se incorporó él, dejándose contagiar por aquel temor repentino.

—Un milagro. Ha despertado al sol de Firîe —siguió ella palpando las paredes y mirando a todos lados llena de angustia.

Zërth la contemplaba como si se hubiese vuelto loca, y por un momento estuvo a punto de agarrar los barrotes de hierro para acercarse a ella.

—Pero... pero... —balbuceó anonadado, necesitando apoyarse en la pared.

—Sí, anciano, lo ha hecho. Y como no salgamos de aquí, vamos a morir.

Jack también notaba aquel calor creciente que le hacía sudar a borbotones y tener que detenerse a cada pocos pasos. Encontrar la entrada a las cloacas de Tirennon no había sido difícil, pues a pesar del aterrador cambio que había sufrido la ciudad, todavía conservaba los antiguos cimientos y su estructura laberíntica.

Halló uno de los grandes túneles de desagüe en la falda de aquella montaña que se estaba convirtiendo en roca volcánica y entonces sintió la tierra temblar. Se ocultó en las sombras justo a tiempo de ver pasar un pequeño ejército de hadas blancas a lomos de sus caballos. Al parecer se dirigían al galope hacia la cumbre y por un momento sintió una extraña aprensión.

Quiso seguir las con la vista, pero el espectáculo del cielo tras el paso de las hadas le dejó con la boca abierta. Todo el firmamento se estaba convirtiendo en un mar de fuego bajo las alas de unos pájaros gigantescos que chillaban al universo algo como un canto de victoria. Dio unos pasos hacia atrás ocultándose en la penumbra y luego corrió por el túnel con el corazón disparado.

Ya no había tiempo de volver a su mundo ni de lamentaciones. «La suerte está echada» —pensó con cinismo mientras trataba de recordar cualquiera de los caminos que había marcado en los mapas, y que ahora se retorcían y se confundían bajo un infierno de calor y vapores asfixiantes.

El suelo de tierra era ya de adoquines, y parecía a punto de estallar como una caldera a presión. El túnel se agrandaba y las paredes se volvían más lisas y trabajadas, y Jack se dio cuenta de que había acertado en su camino. Aquel pasaje conducía directamente a las salas de los guardianes, y después las despensas, las cocinas y por fin los salones del palacio. Sonrió con superioridad permitiéndose un respiro.

De repente escuchó pasos presurosos y se apretó contra las paredes de roca, llenas de grietas por donde destellaba el alma gigantesca de un horno viviente. Si no se daba prisa se iba a freír allá abajo. Oculto en las sombras observó la llegada de un extraño sacerdote albino vestido con una toga llena de runas y bordados. Al parecer se dirigía hacia un sitio en las catacumbas, y su rostro no estaba lleno de felicidad precisamente.

Jack sacó su cuchillo de sal y lo siguió despacio, sin hacer ningún ruido. En su cabeza se había dibujado un nuevo plan. Podría vestirse con aquellas ropas y pasar desapercibido mucho mejor que con su traje negro. Sólo había una pega: el cura se alejaba en dirección contraria a la sala de los guardias, y además se estaba internando a toda velocidad en el corazón de aquel horno.

Lo siguió casi a la carrera. El misterioso sacerdote parecía tener mucha prisa y se escondía tras cada recodo sin equivocarse su camino. Fue en ese momento cuando

empezó a escuchar el griterío.

Titania trataba de mostrarse serena y distante, pero los gritos desesperados de los nemhiries se le hundían en la cabeza como dagas afiladas.

Al principio los humanos no habían notado nada aparte del calor exagerado en medio de sus gritos y risotadas pidiendo comida. Fue entonces cuando las mazmorras de Belion empezaron a temblar bajo los efectos de un terremoto, y todos cerraron las bocas de golpe mirando al suelo y a las paredes con aprensión.

De repente, las losas de una de las celdas saltaron por el aire y la tierra se abrió con un crujido seco. Un borbotón de lava candente explotó salpicando por todos lados y el humano que ocupaba la cárcel, y que se había acercado a mirar la grieta asustado, recibió el impacto en la cara. Cayó con un alarido desgarrado de muerte ante los ojos aterrados de sus compañeros.

De inmediato la jauría de gritos pidiendo socorro se hizo insoportable, y todos trataban de forzar los barrotes intentando escapar inútilmente. El suelo seguía temblando y la gravilla rodaba por las paredes que ya parecían hierro fundido.

La reina los observaba no sin cierta pena, allí sentada, esperando el final. Trataba de no toser ni jadear, pero le escocían los ojos y tenía que llevarse la mano a la boca constantemente. El humo negro le había ensuciado su tez perfecta y ahora parecía una andrajosa mendiga. La pixi se había acurrucado en su regazo y ella no tuvo fuerzas para apartarla, acariciándole la cara como si fuese una muñequita.

—¿Sabes que nunca le he dicho a mi hija que la quiero? —susurró ensimismada, al borde de la asfixia.

La pixi, completamente segura de que se dirigía a ella, fue a responderle cuando de repente se produjo un alboroto mayor. Los gritos y los insultos arreciaron, y todos los brazos se estiraron desesperados por entre los barrotes en el momento en que apareció la blanca figura de un albanthïo en el corredor.

—¡Sácanos de aquí, hijo de perra! —graznó el hombre de dientes negros por encima del tumulto, queriendo devorarlo con los ojos.

El suelo se combó y nuevas grietas cruzaron las mazmorras de lado a lado, a punto de partirse por la mitad y tragarse las celdas en el abismo. El albanthïo se rió y sacó un manojo de llaves negras.

—¡Humanos! —escupió como si fuese el más abyecto insulto—. No vengo a por vosotros, su majestad sólo está interesada en...

Y de repente las palabras murieron en sus labios con un rictus de dolor y sorpresa. El sacerdote se desplomó hecho un ovillo ante las miradas atónitas. La sangre manchaba lentamente su túnica blanca.

Titania se levantó sobresaltada. Tras la figura caída del albanthïo, un hombre vestido de negro se limpió la sangre de un puñal y recogió el manojo de llaves. Luego

comenzó a abrir las celdas en medio de aquella marea de desesperación.

Los prisioneros escaparon en desbandada y a empujones, corriendo por los túneles colapsados sin mirar atrás mientras las grietas se ensanchaban y la lava comenzaba a bañar las losas.

—Gracias, nemhirie —le dijo Zërth casi a punto de abrazarlo de emoción—. No perdamos tiempo, hay que salir de aquí.

Pero Jack Crow no le escuchaba. Miraba a la reina Titania con un atisbo divertido de sorpresa. Ella notó sus ojos burlones y apretó los labios.

—Abre la celda, nemhirie —exigió con voz cortante.

—Abre la celda, nemhirie, «por favor» —replicó él, igual de tirante.

—No creo que este sea el momento... —empezó Zërth viendo que las paredes se desplomaban, y que ellos eran los últimos que permanecían en aquel infierno.

La pixi chillaba pidiendo que se diesen prisa, pero Jack parecía disponer de todo el tiempo del mundo. Titania tenía las manos crispadas apretando su vestido y por un momento pareció que iba a quedarse allí, consumida de rabia.

—Por favor —murmuró bajando la cabeza.

Jack sonrió, pero no se ensañó más y abrió los hierros con manos diestras. Salieron de allí corriendo a trompicones mientras la lava fluía como un río espeso, haciendo estallar las piedras y desmoronando las paredes de las galerías.

—¡Por aquí! —chillaba la pixi continuamente, arrastrándose a pasitos como una mosca sin alas.

—¡Cállate de una vez! —le gritó Zërth renqueando, mientras luchaba por percibir las corrientes de aire en aquel laberinto y los muros de roca se venían abajo tras sus talones.

El anciano jadeaba preso de la ansiedad y Titania le agarró del brazo obligándolo a continuar casi a rastras. Zërth tragó saliva y una nueva salva de toses le hizo detenerse.

—Nemhirie, ahora vamos a encontrarnos con una encrucijada —le explicó a Jack los cambios de ventilación que notaba más adelante—. El túnel de la izquierda trae ráfagas de fuego, pero es el más limpio de todos. Creo que es el camino a la salida.

Jack asintió y recorrió el trecho, ágil como un gato negro, escudriñando los rincones en busca de cualquier peligro. Por fin llegó al pasaje de adoquines que conducía a la sala de los guardias. Desde allí a la izquierda partía el otro canal de tierra que se unía a las cloacas, y luego el exterior.

—Aquí nos separamos, anciano —dijo con voz ronca cuando los vio llegar por el corredor—. Tengo cosas que hacer y ya no puedo acompañaros, pero desde este túnel, la salida por las cloacas es segura. Aún así, tomad esto —le entregó su cuchillo de sal dándoselo por la empuñadura de plata—. Por si os encontráis con algún tropiezo.

—Ven con nosotros, nemhirie —trató de convencerle Zërĥ agarrándolo del brazo.

—Debo encontrar a una persona y sacarla de aquí —negó Jack—. No me queda mucho tiempo y creo que a este sitio tampoco, así que será mejor nos despedamos ya.

—Aún así, ojalá algún día pueda devolverte este favor —insistió el otro—. No puedes imaginarte lo mucho que te debemos.

Jack sonrió pero no pudo ocultar un destello de superioridad.

—Cierto, nemhirie —dijo Titania entonces, notando que sus poderes regresaban en cuanto el camino de las catacumbas quedó atrás—. No puedes imaginártelo, pero además, nunca te acordarás.

Y chasqueó sus dedos. Jack Crow parpadeó y pareció que iba a caerse al suelo. Luego los miró a ambos en una nube de confusión.

—Sigue tu camino —le ordenó la reina con voz fría y sus ojos helados—. Te debo la vida y por ello perdono tu actitud insultante, pero nunca volverás a tocar a mi hija, ni a pensar en ella más que como una sombra borrosa, y aunque vuelvas a verla, lo único que te provocará será una absoluta indiferencia.

El hombre de negro se llevó la mano a la frente como si la cabeza le fuese a estallar de dolor. Por un momento pareció que iba a replicar algo, una lucha feroz por resistir, pero entonces se dio media vuelta saliendo de aquella nebulosa y se dirigió con pasos cansinos hacia la oscuridad de la galería.

—¿Por qué habéis hecho eso? —inquirió Zërĥ de malos modos caminando hacia el túnel de las cloacas.

Titania no contestó de inmediato. La pixi también se había quedado callada, porque aunque su pequeño corazón estaba arrobado por la gran señora que le había dicho que ella sería la shilaya más grande de todos los tiempos, su comportamiento para con el nemhirie no le había parecido el más correcto. ¡Y eso que le había salvado la vida!

Sacudió las alas que tenía dormidas tras tanto tiempo de encarcelamiento y voló tras ella y el anciano, sintiendo que el calor aumentaba a cada paso. Después de un largo trecho en la oscuridad, el túnel se cruzó con un entramado de desagües y pozos que soltaban riadas de vapor, pero aquel anciano de Airĭe parecía una brújula andante y al poco rato vislumbraron la luz rojiza del exterior.

—Mi hija y Lunarĭe no están al alcance de cualquiera —oyó que hablaba la gran señora cuando enfilaron el camino de salida—. No pienso consentir que un humano sueñe siquiera con el poder de mi reino.

—No conozco a ese hombre de nada, ni sé qué relación guarda con vos, pero no me ha parecido que fuese el típico nemhirie avariento de poder —le respondió el viejo con cabezonería.

—No me interesa vuestro parecer —contestó ella, seca y tajante—. Tengo mis responsabilidades y jamás permitiré que...

La gran dama se había quedado de repente sin habla en la circunferencia de salida que reposaba en una cornisa, y miraba a lo lejos como si se hubiese convertido en una estatua de sal. La pequeña pixi voló hasta su hombro para tratar de ver qué era lo que había provocado su asombro.

—Por los dioses —susurró Titania tapándose la boca con los ojos desorbitados.

Frente a ellos, bajo un cielo rojo de sangre, la helada llanura a los pies de Tirennon hacía tiempo que se había transformado en un páramo de rescoldos grises y ríos de fuego, descubriendo al mundo la legendaria meseta de Nan-Og, pero no era eso lo que causaba su asombro y su terror.

Un ejército colosal avanzaba desde la distancia igual que una riada enloquecida de escarabajos que parecía no tener fin, dispuesto a invadirlo todo. La llanura de Nan-Og estaba ya plagada de una muchedumbre inmensa de ghüls que habían tomado las más escalofrantes formas: bestias hienas, monstruosidades deformes llenas de zarpas y pesadillas oscuras, y todo inmerso en un estruendo de aullidos y rugidos de batalla que ponían los pelos de punta. Desde el horizonte seguían llegando pequeños ríos negros que se unían al caudal principal de aquella marabunta y a su paso, la tierra palpitaba inmersa en una neblina verde pestilente.

Titania dio un paso atrás de manera inconsciente, chocando contra el cuerpo aterrado del anciano.

—Hay que salir de aquí —susurró mientras veía aquellos millares de dedos extenderse y reptar como una enfermedad imparable, en dirección a su único objetivo: el palacio de Tirennon.

—Airie —respondió Zërh en respuesta a una pregunta no formulada—. Es casi inaccesible para las sombras. Podremos escapar en barcos y abandonaremos la tierra que esos seres necesitan para moverse.

—¡Tengo que ir a Blackowls! —se agitó ella, presa de la angustia—. ¡Oberón está allí, no puedo abandonarle!

—Iremos a por él —insistió Zërh, deseando calmarla con una buena bofetada—. Llegaremos a tiempo y evacuaremos Lunarïe y al resto de reinos, pero hay que darse prisa.

—¡Pero Aurige está aquí! —chilló ella, incapaz de tomar ninguna decisión en aquel momento.

Zërh no le hizo caso. En sus manos resplandeció una luz violeta que, para su horror, atrajo las miradas de una riada de bestias hienas. De inmediato los monstruos comenzaron a trepar por la pared a base de zarpazos, con las fauces rebosantes de cuchillas, babeando de alegría.

El portal se abrió lleno de estrellas parpadeantes y el anciano agarró con fuerza la mano de la reina, desquiciada en medio de aquella pesadilla de dudas. La pixi se aferró a su vestido con los ojos abiertos como platos y los tres desaparecieron en la

cortina malva en el momento en que los ghüls alcanzaban la cornisa aullando de frustración.

Lejos en la distancia, caminando por en medio del ejército de las sombras, la reina Serpiente apenas percibió un parpadeo azulado en la falda de la montaña y ni siquiera le prestó atención.

Tras ella, el pueblo de Ithirïe la seguía con el temor y las dudas corroyendo sus almas. Adoraban a su reina y sabían que el destino estaba escrito y sellado, pero algo se removía en el interior de aquellas gentes caídas en desgracia y que sólo habían conocido el odio y la venganza. Algo que no llegaban a comprender y que les arañaba por dentro. No lo entendían y su propia sangre les gritaba a cada paso que daban hundiéndose en la oscuridad. Porque ellos habían sido una vez el pueblo más bondadoso de todo Īalanthilïan, el reino de la vida floreciente y ahora, la única compañía que traían era la muerte.

Tres príncipes del reino Tenebrii reptaban por el suelo gris y las muchedumbres hambrientas de ghüls se separaban y se inclinaban al paso de sus amos. En sus sombras negras, las bocas llenas de dientes brillaban bajo el cielo rojo y al frente, las cinco columnas de fuego de Tir-Nan-Og, aguardaban impasibles el principio del fin.

Las hijas de Ethera

El corazón le latía tan salvaje que casi resultaba doloroso. Ya venían. Podía sentir las a kilómetros de distancia. Las cinco Piedras volvían a casa. Sus albanthios lo habían logrado y Maeve estaba exultante de gozo. Casi le resultaba imposible quedarse sentada en el trono.

A su lado, las reinas de Faerie permanecían impasibles, dormidas en su sueño del que no despertarían hasta que su gran obra estuviese concluida. En realidad, ahora que el poder de Firie iba a estar en sus manos ya no las necesitaba, pero nunca estaba de más alzarse varios peldaños por encima de ellas, que les quedase muy claro y se les grabase a fuego y para siempre, que todas le debían sus vidas y sus almas.

Sonrió llena de satisfacción. Cada vez las sentía más cerca. Le encantaría correr a los grandes ventanales del recibidor y verlas llegar con sus propios ojos, pero incluso ante aquellas insignificantes marionetas y sus hijas, debía permanecer firme y serena.

Paseó su mirada por el regio salón. Los muros blancos estaban cambiando, al igual que sus cabellos y su piel. Echaría de menos el frío del que sacaba su fuerza implacable, pero sólo sería un corto espacio de tiempo. Luego todo volvería a la normalidad.

Comprobó por última vez que todo estaba en orden. Ningún movimiento ni sobresalto de última hora. Las gentes, incluso los albanthios de más bajo nivel, se habían refugiado en los edificios de la Universidad, asustados y confusos por todo lo que les estaba ocurriendo, pero ya regresarían. Volverían suplicantes a postrarse a sus pies y ella, desde luego, sería magnánima. Dura, sí, pero benevolente en cuanto le pidiesen perdón.

Respiró hondo. Ya estaban allí, en el mismo palacio, podía sentir las oleadas de poder fluyendo hacia ella. Sus manos se crisparon sobre los reposabrazos cuando las puertas comenzaron a abrirse.

Laila presintió que algo iba muy mal. La escarpada subida hacia Tirennon había transcurrido sin ninguna incidencia, y los unicornios plateados bajo el dominio de las limnias parecían saber exactamente dónde pisar para avanzar al galope y de forma fluida por el estrecho sendero. Ya no había niebla ni mar de nubes que les detuviesen, y las hadas blancas cabalgaban con sus arcos preparados para enfrentarse a las multitudes de albanthios que sin duda las estarían esperando.

En lo alto las cinco columnas de nácar se envolvían en fuego, y la ciudad entera con sus templos de mármol, las avenidas inmaculadas y los edificios acristalados parecían resistirse a un cambio que les devoraba por dentro, con una respiración lenta

y creciente, como un volcán a punto de entrar en erupción.

Pero al llegar ante los muros todavía blancos, el silencio espeluznante le puso la carne de gallina. No había ni un alma. Ningún ejército defendía las murallas solitarias. Las limnias desmontaron con precaución, los arcos tensos y los ojos crispados, atentas al mínimo susurro.

Dos exploradoras cruzaron bajo las arcadas y al rato volvieron junto a Langella. Ella asintió en su conversación silenciosa y le indicó a Violeta que podían entrar. Laila miró a sus amigas con inquietud y en sus ojos leyó la misma duda: el silencio era agobiante, como la calma previa al huracán.

Los latidos de su corazón parecían el único sonido vivo al ritmo de sus pasos mientras recorrían la ciudad fantasmagórica en dirección al palacio. Nada se movía, ni siquiera las ramas de los árboles ni el agua salpicaba en las fuentes. Como un mundo dormido en un sueño. Lejos, en el horizonte, los grandes fénix giraban en su danza del amanecer de Firïe, y desde aquella altura podía divisar la tierra volviéndose gris ceniza, avanzando hacia ellas. Dentro de poco, la propia ciudad de Tirennon cambiaría para siempre, casi creía ver que los muros ardían y el aire se volvía tórrido y borroso igual que un espejismo.

Pero algo iba mal. Y no era la quietud mortal, ni la ausencia de albanthïos. Era algo que le estaba llenando la espalda de pinchos, un zumbido que sólo ella escuchaba, como el lamento del corazón de la tierra.

Tras ella, las limnias comenzaban a mostrar signos de algo. Muchas se habían encogido apretándose el pecho y otras parecían confundidas y bajaban los arcos como si no supiesen dónde estaban ni qué estaba ocurriendo a su alrededor. Violeta las observó con preocupación.

Laila notaba aquella intensidad creciente e inexplicable. Necesitó llegar al castillo con urgencia a pesar del desasosiego de las limnias, y caminó apresuradamente con el pulso latiéndole en la garganta.

—¡Laila! —le chistó Nimphia al ver que su amiga se adelantaba a todas, pero ella no podía esperar.

Corrió con la corona en la mano seguida de las otras. Las Piedras parecían destellar animadas por algún secreto interior y por fin alcanzó las puertas del palacio, abiertas y oscuras como la boca del lobo.

Entró con el eco de sus pasos y por un momento sintió que profanaba una iglesia sagrada. Dentro reinaba la paz fresca y el silencio era como un bálsamo bondadoso que olía a incienso y a rosas. Avanzó más despacio por el recibidor vacío, anonadada ante la grandiosidad del resplandor del cielo rojo filtrándose por las altas cristaleras.

—Nemhirie, estás como una cabra —le susurró Aurige, sobrecoyida, dándole alcance.

—Es que presiento que va a ocurrir algo —explicó ella en voz baja con los ojos

fijos en las grandes puertas de la sala del trono—, y tengo que llegar hasta Nïa antes de que empiece.

—¿Pero qué es lo que va a ocurrir? —preguntó Nimphia, atemorizada.

—No lo sé, pero la espalda me duele, como cuando abrimos la cámara de los ithirïes en la Torre de Cálime.

—Y las Piedras parpadean cada vez más rápido —añadió Aurige observando los destellos de la corona de fuego, que parecían los latidos de un corazón frenético.

Laila inspiró profundamente y empujó las grandes puertas hacia adentro.

En la distancia, envueltas en luz tras el estanque lechoso, las figuras inmóviles de las reinas en sus tronos parecían contemplarlas como jueces severos. En medio de todas ellas, una figura de largos cabellos ardientes se había puesto en pie y las miraba con una expresión de asombro imposible.

Violeta llegó justo en ese momento. Parecía muy nerviosa y Langella no la acompañaba. Antes de poder explicarles nada sintió la mirada terrible de la reina y su mano temblorosa se posó en el hombro de Laila, tratando de infundirle valor.

Maeve creyó estar soñando una pesadilla. La corona de fuego brillaba como un tesoro inalcanzable en las manos de quien menos se hubiese imaginado: aquella nemhirie aberrante que detestaba con toda su alma y que era la causante de la destrucción de su mundo ordenado.

Y en ese momento, ya fuese por un misterio inexplicable o quizás por el desconcierto que la había dejado anonadada, la niña ithirïe sentada en la silla de mármol evadió su control mental como si nunca le hubiese afectado. Se puso en pie y miró a las recién llegadas a través de sus vendas.

—¡Laila! —gritó aquel nombre por primera vez y corrió a arrojarse en sus brazos.

La odiada humana pareció quedarse un poco cohibida pero entonces, para su horrible sorpresa, alzó la corona de fuego y se la puso a la otra en los cabellos. Sus labios se abrieron en una mueca de odio y de frustración como jamás había sentido en su vida.

—¡No! —acertó a exclamar estirando su mano crispada, y su grito rebotó contra las paredes en ecos desgarrados que levantaron columnas de fuego.

Nïa chilló de miedo pero Laila le acarició los cabellos.

—Ya nadie puede hacerte daño —le susurró observando a Maeve con ojos fríos.

La reina pareció calibrar la situación en silencio lo que pareció una eternidad. Por fin sus labios se curvaron con una sonrisa de desprecio.

—Entonces has sido tú, y no mis albanthïos quién me ha traído mi corona —dijo sentándose en su trono con gran calma—. Acércate, por favor. No creas que me agrada tu presencia pero tal vez sea el destino, pues gracias a ti, todas las Piedras están reunidas por fin.

Y tomó en sus manos la esfera cristalina que se había convertido en un rubí de fuego. Laila tragó saliva. No tenía por qué obedecer. Podían salir de allí sin nada que temer y además, aquella sensación en la espalda le avisaba de algo con urgencia.

Nïa sin embargo, tiró de ella en dirección a la figura de Maeve. Laila miró a Violeta sin saber qué hacer pero la shilaya, con un leve gesto, dejó ver a las claras que el Ojo de la Muerte era quien decidía de verdad.

—¿Ves lo que has hecho? —siguió la reina, no exenta de cierta alegría desquiciada mientras ellas se acercaban—. Has destruido todo lo bello que había en este mundo. El perfecto orden que yo había logrado durante miles de años se ha deshecho, y ahora me obligas a usar el caos para purificar la maldad con la que nos has envenenado.

—Yo no he hecho nada —balbuceó Laila sintiendo que apenas le salían las palabras—. Sólo quiero salvar a mi hermana de los tenebrii.

—¿En serio? —contestó Maeve con un atisbo de burla—. ¿De los tenebrii? ¿Acaso crees que las sombras pueden entrar aquí sin yo darles permiso? No son más que amenazas y mentiras que usa Ethera para sus odiosos propósitos, pero de las que me pienso librar sin remordimientos.

—Mi madre...

—No blasfemes —la interrumpió ella señalando a Nïa—. Tú no eres hija de nada ni de nadie. ¿De verdad te consideras parte de este mundo, y que esa niña es tu hermana?

Ella asintió con un nudo en el corazón y Maeve se rió con crueldad.

—Olvida esa confusión absurda con la que has estado engañándote a ti misma —le soltó—. Me conmueve tu bondad para con ella, pero la hija de Ethera no es sino una serpiente de dos caras, igual que su madre. Apártala de tu lado. Dame la corona y demuestra que İlanthilïan te importa de verdad. Yo nunca olvidaré tu gesto. De hecho crearé todo un reino para ti, para que lo construyas a tu gusto y seas feliz.

—¿Feliz, igual que en el sueño en el que me dormisteis? —replicó Laila sintiendo la ira crecer.

La cara de Maeve se crispó dejando ver sus verdaderas intenciones.

—Dame la corona, humana —exigió con voz helada y sus cabellos ardiendo de furia—. Sólo tengo que mover un dedo y haré que tú misma aprietes su pequeño cuello y luego me la traigas de rodillas.

—No —Laila sentía que su voluntad se quebraba como cera blanda bajo un martillo de acero. Aún así permaneció firme, aguantando su mirada sin pestañear—. Nunca —añadió poniéndose delante de Nïa como un escudo.

Maeve extendió la mano pero en ese momento un estallido de estrellas saltó en su cara, y ella aulló de dolor y de asombro. La varita mágica de Violeta resplandecía y la shilaya contemplaba a la reina sin rastro de emociones.

—¡La Magistra del Invierno! —la reconoció de inmediato—. ¡Qué sorpresa! El tiempo te ha hecho un flaco favor, ¿no es cierto?

—Igual que a vos —replicó ella, tirante—. Siempre fuisteis una niña malcriada y los años no han cambiado vuestro carácter, ni tampoco el disfraz con el que nos habéis engañado a todas.

—Pero ha sido un buen disfraz —sonrió Maeve, divertida—. Lástima que esta maldita humana lo haya destruido junto con todo mi mundo.

—Laila no ha destruido nada —la contradijo Violeta—. Gracias a ella hemos salido de la ceguera y ahora las cosas vuelven a su sitio, tal y como deben ser.

Maeve hizo un gesto de desprecio aleteando sus dedos.

—Me cansa tu charla, Magistra. Vuelve con tus shilayas y refúgiate en tu burbuja de azúcar. Quizás cuando reorganice Īalanthilīan os deje con vida para que me divirtáis con vuestro espectáculo de bufonas.

Violeta fue a decir algo pero en ese momento el suelo y las paredes temblaron, y el agua del estanque blanco se llenó de pequeñas olas. Laila sentía el dolor de la espalda más horrible que nunca, casi la asfixiaba, y los ojos de Maeve se habían abierto de estupor.

—¡Vamos a jugar con los planetas del cielo! —rió Nīa en ese momento tirando de Laila hacia el lago—. ¡Vamos, vamos! ¡Tienes que venir conmigo!

Violeta se giró hacia las puertas sintiendo una oleada de frío y oscuridad. El fuego crepitaba en las paredes y las sombras danzaban en las losas de piedra.

—Ya viene —susurró y en su voz había una urgencia aterradora.

Laila quiso abrazar a Nīa en medio de aquella sensación de caos, pero la niña se agitaba y ni siquiera con la ayuda de Aurige y Nimphia lograban calmarla.

—¡Haz que se muevan! —gritó con un aullido agudo que les crispó los nervios—. ¡Quiero que se muevan!

Maeve miró hacia arriba involuntariamente. Las esferas blancas siseaban en su eterno movimiento y todas siguieron su mirada. Aurige abrió la boca comprendiendo al punto y Laila sintió la necesidad de tocar su medallón. La imagen era incompleta, como un puzle a resolver, pero era eso. Tenía que ser eso.

—¡Jamás! —gritó la reina apretando la esfera de rubí entre los dedos—. ¡Prefiero romperla antes de que una serpiente profane el recinto de los dioses!

—Entonces lo haré yo —siseó una voz calmada a sus espaldas.

Aquella voz fue como una descarga eléctrica y el silencio cayó a plomo sobre toda la sala.

—¡Mamá! —chilló Nīa loca de contenta mientras todas se volvían, atónitas, hacia las puertas de la entrada.

Laila sintió el pecho a punto de estallar. La figura de su madre avanzaba despacio hacia ellas, con la mirada serena y las largas trenzas verdes que se movían como las

hojas susurrantes de los árboles. Un cortejo de ithiries la seguía. Sucios, llenos de podredumbre y el temor pintado en los ojos asustados, pero con su reina hasta el final. Laila se estremeció. Su gente estaba allí. Su mundo, todo por lo que ella había abandonado su vida y por lo que había luchado.

A los pies de Ethera tres sombras llenas de ojos culebreaban inquietas, mirando a todos los presentes desde el suelo.

—¡Mamá! —repitió Nïa intentando correr hacia ella, pero Laila la sujetaba con fuerza. Nïa empezó a llorar y a forcejear, con las Piedras de Firïe destellando en sus cabellos verdosos—. ¡Déjame ir, Laila, ella lo sabe ahora!

Laila negó asustada. ¿Sabía qué? ¿Que iba a entregarla a las sombras? Pero su hermana se escurría de sus manos como una serpiente incontrolable.

—¡Cómo te has atrevido! —gritó Maeve entonces desde las escalinatas, loca de odio—. Traes las tinieblas y la muerte a mi reino y a toda Īalanthilïan. Te presentas en mi casa al amparo de las sombras, como una víbora llena de maldad, para destruirnos igual que hiciste en Acuarïe.

Nïa seguía llorando y retorciéndose mientras llamaba a su madre y Laila creyó que se perdía en un sueño sin sentido. Todo lo que había hecho, despertar al sol de Firïe, correr mil peligros para protegerla... ¿y ahora aquella cría lo anulaba todo pidiendo a gritos lo mismo que le aterraba?

—Ya os advertí que cuando volviésemos a vernos, vendría a por todo —decía Ethera en ese momento—. Ahora ya es tarde.

«¿Tarde?» —pensó Laila, temblando. No, no era tarde para detener aquella locura.

—Has enviado a este engendro para arrebatarle mi poder y mi corona —señalaba Maeve a Laila—, y ahora demuestras de nuevo que sois unos traidores, entregando Īalanthilïan a los tenebrii sin que nadie lo pueda defender.

—Los príncipes tenebrii son mis invitados —respondió Ethera—, y me acompañan mostrando gran cortesía, no como la que vos, los acuarïes y toda Īalanthilïan nos ofrecisteis cuando decidisteis exterminarnos.

—¡Y con gusto volvería a hacerlo! —sentenció Maeve—. ¡Y de nuevo os condenaría a todos aun sabiendo la culpabilidad de los acuarïes!

Los ojos de Ethera relampaguearon al escuchar aquellas palabras y su sonrisa se perdió. Las sombras en el suelo parecían retorcerse y en aquellas formas oscuras se dibujaron bocas babeantes de alegría.

—No soy yo quien está podrida por dentro —murmuró Ethera mientras sus manos ardían con lenguas de fuego verde.

A su alrededor comenzó a arremolinarse un viento frío que llegaba desde las puertas abiertas, lleno de arena sucia y hojarasca. De sus pies descalzos brotaron ramas espinosas que crecieron por el suelo igual que gusanos, inundando la sala.

—¡No me asustas, bruja! —vociferó Maeve.

El salón entero empezó a arder como si estuviesen en medio de un infierno que calcinaba la incipiente jungla. Nïa lloraba gritando incoherencias y de repente se escapó. Se zafó de Laila y corrió junto a Ethera ante el horror de la muchacha.

La reina Serpiente sonrió. En sus manos apareció una piedra redonda de cristal igual que la de Maeve. La gema se tiñó de verde y flotó hacia arriba. Las esferas danzantes parecieron recibirla con manifiesta alegría, girando cada vez más rápido y entonces cambiaron de color: violácea del cielo del amanecer, iridiscente igual que la luna, azul como el mar sereno, roja como la sangre.

En ese momento los grandes fénix chillaron sobrevolando Tir-Nan-Og en sus estelas ardientes, y la luz del sol de Firïe cayó sobre el estanque desparramando una cascada de chispitas.

Una esfera dorada emergió de las aguas despacio y todo pareció volverse borroso, como si los ojos les llorasen. Laila quería gritar, quería correr hacia Nïa y arrancarla de los brazos de Ethera, pero su madre y su hermana se miraban sonriendo con cariño.

Y de repente los celos la consumieron. Ella quería estar allí. Quería abrazarlas y tocar a su madre, formar parte de eso. Las lágrimas bajaban por sus mejillas, y era incapaz de comprender por qué se le negaba todo. Por qué Nïa le traicionaba en ese momento y también la abandonaba.

La niña le miró sonriente, con inocencia infantil.

—Tú no —le dijo.

Entonces Laila se dio cuenta de algo. Nada se movía a su alrededor. Las lenguas de fuego de Maeve que consumían las raíces ithirïes estaban congeladas en el tiempo. El resplandor de la esfera dorada, detenida en su camino, desdibujaba los contornos en su ascenso hacia las alturas. Nimphia agarraba la mano de Aurige con cara de espanto y Violeta extendía su brazo para proteger a las dos chicas. Los hombres y mujeres ithirïes parecían estatuas de cera, con sus ojos hundidos y los rostros crispados. Nadie respiraba, ni siquiera Maeve ni las sombras tenebrii.

Sólo ellas. Ethera y sus dos hijas.

Su madre la miró directamente por primera vez y ella vio en sus ojos cansados toda la infelicidad que arrastraba, la enorme carga depositada en los hombros de, quizás, sólo una niña pequeña y asustada a la que se lo habían arrancado todo.

—Tú no, Laila —pronunció Ethera su nombre, y pareció que quería avanzar hacia ella. Al final se contuvo y si en algún momento la chica creyó que iba a abrazarla, el instante se esfumó.

Nïa asintió a las palabras de su madre.

—¡Pero por qué! —gritó Laila exigiendo por fin explicaciones a aquella negación constante, y su grito desesperado resonó con ecos en medio de la estancia detenida en

el tiempo—. ¡Por qué yo no!

—Porque Nïa tiene mi sangre —respondió Ethera con suavidad—, y tú tienes mi corazón. Por eso.

Laila no entendía nada pero Nïa seguía sonriendo feliz.

Y entonces el tiempo siguió su curso caótico. Las raíces crepitaron bajo el fuego ardiente, y la esfera dorada del amanecer siguió flotando hacia arriba hasta unirse a sus compañeras.

Corrió hacia Nïa y el resplandor la cegó, pero escuchó a la reina Maeve gritar lejos, a un millón de años en la distancia, y a Violeta, que entonaba un cántico que debía ser un hechizo protector, porque su varita mágica parecía multiplicarse en miles de estrellas.

Sin embargo cuando abrió los ojos nada importaba. Ya no había palacio, ni luz ni día. No había salida y sus amigas habían desaparecido. Estaba sola en lo alto de una escalera de cristal que descendía perdiéndose en un firmamento de negro terciopelo.

El vértigo la hizo retroceder pero entonces descubrió que abajo, muy lejos ya, las figuras de Ethera y Nïa descendían por los peldaños tan rápido que parecían flotar. Tras ellas, tres sombras alargadas reptaban uniéndose y volviéndose a separar, y Laila corrió como en un sueño para darles alcance.

Bajo sus pies, las estaciones se sucedían: la nieve del invierno, las flores de primavera seguidas de soles estivales, brillantes como monedas de oro, y luego el viento del otoño cargado de hojas, para sentir otra vez el frío del invierno. Siglos de tiempo o tal vez pocos segundos. Laila sólo sabía que tenía que bajar con toda la velocidad que le diesen sus piernas, correr e impedir a toda costa que su madre cometiese aquella locura. Pero ellas se escapaban como ecos en la niebla, inalcanzables, y cuanto más que se esforzaba, más lejos parecían estar.

La escalera de cristal llegaba a su fin y abajo, una puertecita de blanca claridad resplandecía en medio de las sombras. Cuando consiguió llegar, de nuevo la luz radiante le hirió los ojos y se detuvo asustada.

Ante ella, una estancia de dimensiones colosales se alejaba en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. El aliento se le cortó al contemplarla. Tan grandiosa como una catedral gigantesca de intrincadas vidrieras que parecían florecer ante sus ojos, dibujando figuras de una belleza casi dolorosa. En el centro enormes monolitos flotaban en silencio y dentro de ellos las estrellas brillaban formando constelaciones.

Laila abrió la boca más allá de la admiración. Sus temores desaparecieron, la angustia, el dolor; todo se esfumó quedando tan sólo la paz y el deseo de descansar para siempre. Ya se había olvidado de su propósito cuando notó un movimiento por el rabillo del ojo.

Dos figuras, madre e hija, se acercaban decididas al borde de piedra de una laguna ridícula que se agitaba bajo el amparo de un monolito verde. Aquella

esmeralda caída parecía estar corroída por dentro y junto a ella, tres sombras se desplegaban desde el suelo llenas de maldad. Vio que la madre asentía a algo que le decía uno de los tenebrii y le daba un libro.

Su libro de Hiria.

—¡No! —gritó extendiendo la mano como si así pudiese impedirlo.

La mujer se giró muy sorprendida, pero la niña la saludo levantando el brazo con una sonrisa encantada. La sombra tenebrii escondió el libro de las gemas en la oscuridad de su cuerpo y su boca se volvió muy afilada.

—¡Márchate! —le gritó Ethera y en su tono de voz había una nota de pánico, pero ella no se amilanó.

—Deja a Nïa en paz —advirtió Laila en un susurro, acercándose por el borde de piedra sin ningún cuidado, y el eco de su voz se convirtió en una profunda amenaza.

Los cabellos le crecían voluptuosos, enroscándose y siseando hacia Ethera llenos de furia. Al llegar frente a ella, los ojos le ardían con un fuego espectral.

—Vete, humana —le dijo Ethera con una frialdad afilada—. No busques mi cariño, pues nunca lo tendrás. No supliques algo que no puedes entender.

Las sombras rieron pero la que tenía su libro parecía observarlas con ojos taimados, como si no terminase de creerse una actuación teatral.

—Me iré, pero Nïa viene conmigo —contestó Laila—. Tú puedes quedarte aquí y hundirte en el infierno, pero no vas a entregar a mi hermana a las sombras.

Y avanzó con la furia de mil serpientes, imparable. Oleadas de poder emanaban de ella en espirales y estuvo a punto de rozar la mano de Nïa sin que nada pudiese detenerla. Ethera se tambaleó arrollada por aquel halo de rabia, pero entonces se escuchó un siseo, un susurro rasposo y desagradable que sonaba igual que uñas rascando una pizarra.

La sombra alargada que la miraba llena de crueldad estaba diciendo algo a los otros tenebrii, y sus palabras distorsionadas se clavaban como cuchillas en los oídos.

—Hermana, ella es lo que estabas buscando —escuchó aquella voz de pesadilla.

Los otros dos tenebrii se giraron hacia Laila al unísono, pero ella sólo pudo oír el grito de horror de su madre antes de notar que unas formas se le enredaban en las piernas subiendo por su talle. Creyó que la cordura se le rompía en mil pedazos ante aquellas sensaciones asfixiantes de negrura, desesperación, muerte y odio concentrados, y trastabilló unos pasos a ciegas, agarrándose a sí misma para quitarse aquello de encima, al borde del lago negro que burbujeaba salpicando con funesta alegría.

—Adiós, mamá —dijo Nïa entonces. Bajo sus vendas, las lágrimas se deslizaban como perlas brillantes.

Ethera ni siquiera la miró. Corrió hacia Laila llena de angustia, y la cogió de la mano en el momento en que los pies de la chica fallaban y caía hacia la masa de

negrura que la recibía con los brazos abiertos.

Tiró de ella para ponerla a salvo y Laila miró a Ethera con el corazón latiéndole a mil por hora. Ambas permanecieron un segundo eterno cogidas de la mano, y ella, Laila Pelomoco, la niña sin alas, sintió por fin que su madre la quería de verdad. La amaba, siempre la había querido, y el sentimiento llegaba en oleadas limpias que la inundaban llenas de calidez.

De repente los ojos de Ethera se abrieron como platos y de su boca brotó un hilo de sangre.

—*Nihaliae Ithirïe* —sonó la voz rasposa y femenina de una de las dos sombras que habían reptado por el suelo hasta su cuerpo, convirtiéndose en una masa negra de pinchos afilados que atravesaron su pecho, apuñalándola sin piedad.

El mundo pareció moverse a cámara lenta y Laila escuchó su propio grito de angustia desgarrada. Ethera cayó sobre su regazo con ojos vidriosos y ella la recibió aturdida, incapaz de entender qué estaba pasando. La sangre de mil heridas le manchó las manos y ella abrió la boca, aterrada, sintiendo que las lágrimas brotaban sin control. El dolor del corazón era tan fuerte que no podía pensar. Su madre se moría en sus brazos, y no había dioses que pudiesen detener aquel tremendo error.

Las Piedras de Firïe brillaron intensamente envolviendo a Nïa en un halo de fuego cuando Devio, el príncipe tenebrii, estiró sus dedos sombríos hacia ella en una invitación.

—¿Nos vamos, querida? —preguntó con cinismo cortés, pero sin atreverse a tocarla ni a traspasar el poder que destilaba aquella corona.

—Tengo miedo —contestó ella.

—Pero es por tu bien —sonrió Devio, lleno de colmillos.

Nïa asintió. Miró a Laila, que sostenía el cuerpo de su madre en el suelo, y sin dejar de llorar, esbozó una triste sonrisa. Luego avanzó despacio, hundiendo un pie tras otro en la oscuridad densa del lago. A su lado el tenebrii reía exultante, lleno de secretos deseos que se estaban cumpliendo uno tras otro.

—Me encanta esto, Prud —susurró la otra sombra de pinchos convirtiéndose en una silueta globulosa llena de ojos, un segundo antes de lanzarse sobre la muchacha que lloraba junto a su madre—. Ahora el Corazón de Jade es mío...

—Querrás decir «nuestro» —replicó el otro.

Fortia iba a contestar pero entonces algo la sobresaltó. Prud también miró inquieto a su alrededor, escuchando un sonido que parecía llegar de algún sitio remoto, como un latido creciente. De pronto la luz de las cristaleras se volvió tan radiante que les hizo encogerse de dolor. Los cinco monolitos destellaban más agresivos que nunca, palpitando furiosos.

Los dos tenebrii chillaron mientras sus formas se volvían imprecisas, a punto de

disolverse. Fortia estiró su mano hacia Laila en un intento desesperado de tocarla pero la luz a su alrededor crecía dolorosa, dispuesta a acabar con la sombra antes de que pudiese siquiera rozar a la chica. Llena de pánico se arrastró por el suelo en una huida frenética y serpenteó hacia el lago negro tras su hermano, hundiéndose en las aguas sin mirar atrás.

Laila no vio nada de lo que ocurría a su alrededor. Sabía que Nïa ya no estaba, pero no podía dejar de llorar mientras la luz de Ethera se apagaba en sus ojos verdosos.

—Ella lo sabe —susurró su madre intentando levantar un brazo para tocarle la cara y apartar sus lágrimas.

Tosió al borde de sus fuerzas y sus labios se mancharon de rojo.

—Estoy maldita —jadeó con gran esfuerzo—. Todos los demás ya no están, y ellos sólo son los hijos de sus hijos... Ya no queda nadie...

Laila negó sin entenderla. No quería entenderla.

—Nïa es la última que lleva mi sangre y lo sabe. Por eso se ha ido, pero tú...

—Iré a por ella, mamá —gimió Laila en una promesa temblorosa, acariciando las trenzas de sus cabellos—. La traeré de vuelta...

—Tú eres mi corazón —siguió Ethera, que ya no la escuchaba—. Tú limpiarás el veneno que nos corroe...

Laila sintió que las palabras se le atragantaban, el llanto le impedía decir nada.

—Mira —dijo su madre, que había vuelto la vista hacia las grandes cristaleras del Templo del Amanecer—. ¿Lo oyes? Están cantando...

Laila negó con ojos borrosos. Ante ellas, los cristales vivos florecían, se llenaban de estrellas y flores con todos los colores del mundo. Rojo de la sangre, añil como una mañana de primavera bordada de soles dorados y lunas de plata, celeste como el mar en la orilla tranquila, verde de los extensos campos llenos de vida.

—Vuelvo a casa —susurró por última vez, y Laila ahogó un gemido abrazando su cuerpo inerte, delicado y frágil como el de una niña.

Atrás quedaron el dolor, el vacío y la tristeza. Se desprendían de ella como capas de barro bajo la lluvia limpia. Y aquella niña corrió sintiendo la hierba fresca bajo sus pies. Por donde pisaba, las semillas nacían y los campos se volvían verdes y fragantes de suave primavera. Sus cabellos se convirtieron en flores que el aire arrastraba mientras reía, libre y luminosa. Allá a lo lejos, en el valle lleno de árboles, las grandes pirámides la aguardaban dándole la bienvenida.

Una figura parecía esperarla a los pies de un árbol extraordinario, tan enorme y magnífico que sobrepasaba con creces a los otros, incluso a las pirámides

escalonadas.

Ethera corrió hacia ella llena de felicidad. La dama desmontó de su caballo blanco y extendió sus manos con una sonrisa maravillosa.

—¡He vuelto, mamá! —gritó radiante, y sus alas se desplegaron brillando por fin con los primeros rayos del amanecer.

El fin de la maldición

Maeve sintió la desaparición de las Piedras de Firie y fue como un cuchillo clavado en el pecho. Su grito de rabia resonó por encima del fuego crepitante y extendió las manos hacia Violeta, que protegía a Aurige y a Nimphia con una cascada de estrellas.

—Crees que me has vencido, shilaya —su voz aguda se multiplicó en ecos por entre las columnas—. No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer.

Una muralla de fuego se levantó a sus espaldas y se extendió por las figuras sentadas de las reinas y sus hijas dormidas. Nimphia chilló de horror al ver a sus hermanas y a su madre en medio de las llamas danzantes, e hizo el intento de correr hacia ellas pero Violeta la aguantó con firmeza.

—Obedeceréis por las buenas o por las malas —siguió Maeve con una sonrisa espeluznante—. Un sólo suspiro, un pensamiento en contra de mis designios y las mataré de la forma más atroz que podáis imaginar. Y no dudéis ni por un segundo de que estaré encantada de hacerlo.

El fuego creció hasta tocar el techo en medio de su risa demente. Entonces resonó como el estallido de un cristal y la sala se llenó de humo blanco. Violeta jadeó asfixiada y por un momento sus toses fueron los únicos sonidos en un silencio inquietante. Nimphia se zafó de ella y buscó con angustia en la humareda.

—¡Mamá! —gritó hasta que le dolió la garganta.

Tropezó con un trono de oro vacío que cayó hacia atrás y sus manos tantearon frenéticas sin encontrar nada.

—¡Se han ido! —acertó a exclamar entre toses y lágrimas—. No están, se las ha llevado.

Aurige se acercó de inmediato para comprobar que su amiga tenía razón. Ambas se miraron mientras los jirones de niebla serpenteaban por entre los tronos desnudos.

—Ahora mismo me preocupa mucho más lo que le haya podido ocurrir a Laila y a Nïa —dijo Violeta con rostro grave—. Maeve tiene mucha palabrería, pero no tocará a ninguna de sus rehenes mientras crea que así os controla. Si se deshace de ellas, no le quedarán bazas para negociar.

—¡Pero puede matar a cualquiera de mis hermanas! —exclamó Nimphia, desesperada—. ¡Ninguna de ellas le importa!

Violeta guardó un silencio apesadumbrado.

—Mi madre no estaba aquí —murmuró Aurige dándose cuenta de aquel detalle que se le había escapado hasta entonces—. Sólo Geminia y Núctuna, y la verdad es que me da igual lo que les ocurra.

—Pues acuérdate que Cyinder sí que estaba —la regañó Violeta con el ceño

fruncido.

—Me acuerdo perfectamente —contestó ella—. Pero es la reina de Solarïe, una de sus bazas principales, como tú dices.

La anciana shilaya asintió pensativa. La situación le desbordaba y se maldijo una y mil veces por no haberse llevado sus estrellas de Sïdhe. ¿Qué hubiese hecho Miranda ahora? Su plan se le escapaba, era incapaz de anticiparse.

De repente se llevó un susto de muerte al notar una mano sucia y andrajosa agarrarle el brazo. Se giró para descubrir con sorpresa a un muchacho ithirïe que la miraba con ojos tan verdes como esmeraldas limpias.

El joven tembló de miedo ante la cara de la shilaya, a quien consideraba un ser muy poderoso, y su brazo se alzó hacia arriba. Luego volvió corriendo con el resto del grupo y se refugió como un gatito asustado. Violeta contempló a los ithirïes sin saber qué pensar. Estaban solos, perdidos en un mundo que ya no les pertenecía. Sus ojos viajaron hacia donde le había indicado el muchacho.

Las esferas giraban sin parar en el lejano techo. De ellas, cuatro eran blancas y uniformes, y la quinta doraba permanecería allí mientras la luz del sol naciente de Firïe cayese sobre el estanque lechoso.

—Necesitamos llegar al Templo del Amanecer —musitó comprendiendo—. Tenemos que saber qué ha ocurrido sobre todas las cosas.

—La reina Ethera tenía una esfera verde, como la Piedra de Firïe de Maeve —dijo Aurige pensativa, sin dejar de espiar a los ithirïes—. Deben ser algún tipo de llaves pero han desaparecido las dos, y no creo que ellos tengan ninguna.

—¿Y si vamos a Silveria y registramos la cámara del tesoro de mi madre? —propuso Nimphia, tratando de pensar cualquier posibilidad por disparatada que fuese—. Quizás haya una o algo parecido.

Violeta se compadeció un poquito. La situación era desesperante y no sabía cómo ayudar.

—También podemos encontrarnos con la desagradable sorpresa de que Maeve se haya escondido allí —repuso con la convicción de que aquella bruja se refugiaría en alguno de los reinos que dominaba.

Nimphia tragó saliva con los ojos inundados de lágrimas. Iba a decir algo pero de repente un revuelo en el recibidor las hizo sobresaltarse. Violeta alzó la varita por entre los claros de neblina para descubrir que Langella y las limnias entraban por las puertas dándoles la espalda, vueltas hacia algo a lo que apuntaban con sus arcos y flechas.

Al principio se había quedado muy sorprendida, pues los cabellos de las guerreras eran ahora rojos, pero el brillo de las runas incrustadas en sus cuerpos era inconfundible. Empujaron al grupo de ithirïes haciéndose sitio y ellos se escondieron en la oscuridad temblando de miedo.

—¡Qué ocurre! —demandó Violeta en voz alta, con los ojos muy abiertos.

«¡Atrás!» —sonó la voz de la limnia en sus cabezas, aguda y crispada, queriendo advertirles.

Seguían entrando a borbotones e inmediatamente se situaban en posición de combate: una fila entera de rodillas y detrás las otras, cubriendo todos los ángulos con los arcos apuntados al espacio abierto de las puertas, y también extrañamente hacia arriba, hacia una altura absurda que ninguna persona podía presentar.

Nimphia aguzó el oído pero lo que llegaba se escuchaba perfectamente. Aquella cosa rugió haciendo que el palacio entero se tambaleara. Miró a Aurige, cuya mano estaba rodeada de aspas de luz negra y los ojos clavados en la entrada.

—Si es lo que creo que es, no llegarás ni siquiera a rozarle —susurró.

Aurige apretó los labios mientras el eco del rugido se perdía y entonces, para sobresalto de todas, se escuchó una voz rasposa que reía entre burbujas.

—Vaya, vaya, qué agradable recibimiento —dijo una figura que apareció por entre la neblina.

Las limnias tensaron aún más los arcos ante aquel rostro cubierto con una máscara negra. Las vendas y los ropajes raídos le envolvían los brazos, y caminaba encorvada, como una bruja de cuentos. Tras ella, con los contornos difuminados por la bruma, una cabeza monstruosa se asomaba escrutándolas con ojos reptilianos. La mujer llevaba un colgante de aguamarina que lanzaba destellos violáceos.

—¿Angaïl? —se asombró Aurige, demasiado atónita para reaccionar.

Ella siseó entre dientes.

—¿Así es como dais la bienvenida a las viejas amigas? —volvió a reír, acercándose un poquito por entre la maraña de flechas.

—No, no es Angaïl —susurró Nimphia, atenta a su tono de voz.

—No —la otra hizo bailar el colgante en las manos llenas de heridas y arañazos mientras observaba toda la sala—. El cuerpo de esa vieja rémora alimenta ahora a los nuevos inquilinos de mi reino.

Volvió a reír y Aurige la contempló con ojos convertidos en rendijas.

—Oh sí, princesa de Lunarïe, soy Tritia —confirmó—. Creíste que no volveríamos a vernos, pero Lady Angaïl me visitó en aquellos momentos aciagos, y me hizo recapacitar sobre la inutilidad de mi muerte, y la conveniencia de la suya.

El dragón tras ella gruñó con satisfacción y la neblina se dispersó en sus ollares.

—He hecho un pacto con Udronsanthïl, este magnífico ser que veis a mi lado. Cuando exija a los dioses el renacimiento de Acuarïe, él y su hermano serán los nuevos grandes señores de mi mundo. Así que por favor, bajad esas armas ridículas. No hay nada más divertido y estúpido a la vez que hacer enfadar a un dragón.

Las limnias miraron indecisas a Langella, que acabó por asentir. Tritia se enseñoreó en su paseo, casi podían sentir su sonrisa de superioridad.

—Sin embargo, como podéis ver, la reina Maeve se ha marchado —dijo Violeta con un destello en la mirada—. No va a poder concederos vuestro deseo de ver renacer ese paraíso en las aguas.

—No necesito a Maeve, shilaya —replicó Tritia sacando de entre los pliegues de su vestido una esfera de aguamarina tallada en mil facetas—. Esta es la señal que los dioses me enviaron en el momento de mi muerte. No hay duda de que desean que Acuarie se alce por encima de todo, y así será en cuanto hable con ellos.

Los ojos de Nimphia se abrieron como platos y dejó escapar una exclamación ahogada. Por un momento pareció que iba a abalanzarse sobre la codiciada llave, pero a Tritia aquel gesto no le pasó desapercibido.

—¿Hay algo que me queráis decir? —burbujeó un poco sorprendida, poniendo a salvo la esfera.

—En absoluto —negó Violeta al momento y luego le indicó el lago lechoso que refulgía lleno de luz—. Ahí lo tenéis. Es todo vuestro.

Tritia receló.

—¿Y cómo sabéis vosotras de qué estoy hablando, si se puede saber? Sólo las reinas conocemos este secreto.

Las tres guardaron un silencio incómodo por aquella metedura de pata.

—¡Laila está allí! —soltó Nimphia sincerándose de golpe, angustiada al comprender que no llegarían a ningún sitio con aquella conversación—. ¡Se fue para tratar de salvar a su hermana de lo que Ethera iba a hacer!

Tritia se puso rígida al escuchar el nombre de la reina Serpiente. Contempló a Nimphia tras la horrible máscara sin dejar traslucir ningún sentimiento.

—¿Es una broma? —dijo con cinismo abarcando con su vista a los ithiries escondidos—. ¿O creo que me estás pidiendo que abra el Templo del Amanecer para salvar a la hija de mi más odiada enemiga, la hija de la serpiente que destruyó Acuarie y que me lo ha quitado todo?

—También podéis verlo de una forma más práctica y beneficiosa para todas —le contestó Violeta, astuta—. Sobre todo si tenéis en cuenta que cuando abráis el Templo para charlar amigablemente con los dioses, podríais encontraros al rey tenebrii agazapado, dispuesto a arrancaros las escamas una a una. ¿O es que no sabéis que Ethera ha pactado con él?

Tritia miró a la shilaya con desprecio, pero meditó en silencio sobre aquello.

—Es un farol —replicó, pero la duda bailaba en el timbre de su voz, porque había visto lo que aguardaba fuera, aullando de alegría en las mesetas de Nan-Og. Su mano ya no agarraba tan firmemente la esfera de aguamarina.

—Sin embargo, podríamos hacer un pacto —siguió la shilaya.

—¿A cambio de qué? —rió intentando recuperar el territorio perdido—. No tenéis nada con lo que podáis convencerme.

—Ahora no —intervino Aurige—, pero si sacamos a Laila sana y salva, iremos a por la vieja Mab. Tal vez la podamos convencer de que os devuelva el trono.

—¿Que me devuelva el trono? —repitió Tritia, asombrada.

—Oh, ¿no sabíais que ya no sois la reina de Acuarie?

Tritia se quedó tan pasmada que pareció que la máscara se le iba a resbalar por la cara hasta el suelo. Observó el rostro de la chica lunarie y sólo encontró el descaro de la verdad.

—Pero... ¿quién ha sido la traidora...?

—En realidad, la única que os ha traicionado todo este tiempo ha sido Maeve, no hay que buscar más culpables —contestó Violeta con rotundidad.

La antigua reina de Acuarie permaneció en silencio. Las cosas habían cambiado de una forma tan brusca que no lograba concentrarse, sin embargo... el brillo de la oportunidad destelló en sus ojos ocultos. De todas maneras tampoco tenía muchas opciones. Si lo de los tenebrii era cierto, la llave de aguamarina no le servía para nada, pero todavía le podía sacar mucho provecho.

—De acuerdo —consintió por fin ante el suspiro profundo de Nimphia—. Pero...

—¿Pero qué? —demandó la airie, llena de ansiedad.

—No necesito el trono de Acuarie. Vosotras sabéis lo que quiero de verdad.

Y permaneció en silencio con gesto altivo. Todas la miraron con curiosidad y entonces la comprensión llegó de golpe.

—No —negó Aurige—. Ni hablar.

—Pues no quiero sólo una perla —replicó Tritia con su risa acuosa—. Las quiero todas. Y también quiero vuestra palabra de que vais a cumplir este trato o Udronsanthil y Meesh no tendrán piedad con vosotras. La vida de vuestra amiga a cambio de «todas» las Arenas de Solarie.

—Para adueñaros de los océanos nemhiries —adivinó Aurige sus intenciones.

—De una forma u otra voy a ganar —asintió ella—. Si no me entregáis las perlas para que mi sueño se cumpla, me pondré de parte de Maeve, y ella me recompensará.

—¿Y por qué no lo hacéis ya? ¿A qué estáis esperando?

—El trono reconocido por Maeve sólo sería un segundo premio —rió Tritia—. Los océanos nemhiries que vosotras podéis entregarme en bandeja sí son el premio ganador, y por eso os doy esta gran oportunidad.

El silencio se podía cortar con un cuchillo. En el estanque blanco los rayos de sol empezaron a desplazarse fuera de las aguas lechosas y el destello de chispitas disminuyó de intensidad.

—¡De acuerdo, lo prometemos! —gritó Nimphia, presa de ansiedad.

Udronsanthil rugió en la entrada y siseó algo. Junto a él, la recién aparecida figura de Meesh se movía inquieta. Las limnias también se mostraban nerviosas y Langella pugnaba por quedarse allí o arriesgarse a salir del salón bajo las fauces de los dos

dragones, para ver ella misma qué estaba ocurriendo fuera.

—Es verdad, se me olvidaba ese pequeño detalle —volvió a sonar la voz de Tritia llena de cinismo, lanzándole la esfera a Aurige, que la cogió al vuelo—. Las llanuras de Nan-Og son un espectáculo impresionante ahora mismo.

Y se dio media vuelta hacia Udronsanthil, que bajó la testa al momento.

—Recordad, todas las Arenas de Solarie o mis dragones os darán caza y yo apoyaré a «la vieja Mab» —repitió montándose en el lomo—. Y por cierto, da recuerdos a tu amante humano, lunarie. Te sigue a todas partes como un perrito faldero.

Y se marchó espoleando al dragón sin dejar de reír. Aurige se quedó atónita por sus palabras, sin saber qué había querido decir. Langella corrió de inmediato hacia el recibidor seguida por todo su grupo, y la lunarie se volvió a Violeta con la esfera en la mano.

Entonces se llevó la mayor sorpresa de su vida.

—¿Jack? —exclamó asombrada viendo la figura del hombre de negro aparecer por entre las sombras de las columnas más allá de los tronos.

Sin embargo la cara se le congeló cuando él apartó la vista con un gesto de absoluto desprecio. Había notado un cosquilleo en el estómago al ver su rostro, pero... ¿qué ocurría? Los ojos del hombre mostraban una indiferencia tan grande que Aurige sintió que el corazón se le partía en mil pedazos.

—¿Qué haces aquí, nemhirie? —logró preguntar temblorosa e insegura por primera vez en su vida.

—¿Y a ti qué te importa? —le soltó él, que no comprendía que un hada desconocida le tratase con tanta familiaridad. Luego se dirigió a Nimphia, a la cual recordaba perfectamente—. Busco a la señorita Winter, preciosa. La última vez que nos vimos estaba contigo y con la sirena. ¿Me puedes dar algún dato de su paradero?

—Yo... yo... —tartamudeó ella mirando la cara atónita y dolida de Aurige, y fue incapaz de decir una palabra más.

Violeta contemplaba la escena con ojos sabios, sumida en profundos pensamientos.

—Aparta, joven —le empujó como quien no quiere la cosa.

Y tomó la esfera de las manos de la lunarie, que parecía perdida en un sueño. La gema destelló y flotó hacia arriba, danzando alegremente al llegar al planetario que estaba ya cambiando de color.

La luz se volvió intensa, inundando cada recoveco de la estancia hasta volverse cegadora.

—Nimphia —ordenó—, busca a Laila y llévate al nemhirie contigo por si os encontráis algún peligro. Aurige y yo vigilaremos que la puerta no se cierre. ¡Date prisa, el sol se está yendo!

La chica asintió todavía sin saber qué hacer. Frente a ella una puertecita negra parpadeaba débilmente, y corrió tirando del brazo de Jack sin querer ver nada más. Ambos se perdieron en la oscuridad.

—Ahora sí que puedo decir con seguridad que el amor es la estupidez más grande que existe —murmuró Aurige notando el frío en las entrañas cuando ella y Violeta se quedaron a solas.

—Creo que las cosas no son tal y como parecen, niña mía —negó Violeta con cariño, sin dejar de observar el desplazamiento de las esferas.

—¿Y qué puedes saber tú, shilaya? —le espetó Aurige con crueldad. Sus sentimientos se estaban congelando a velocidad vertiginosa.

—Precisamente —replicó ella—. Soy una shilaya. Entiendo de hechizos y maldiciones amorosas. Y este joven lleva una encima.

Laila hacía tiempo que había dejado de llorar. La atmósfera se había vuelto fría y desagradable a su alrededor, y se arrebujó en sus ropas temblando. Las maravillosas cristaleras vivientes se mostraban ahora sucias y rotas, como si de un lugar abandonado se tratase, con el polvo y la hojarasca arrastrados por el viento. El monolito de Firïe que había vuelto a revivir unos instantes parecía roto, a punto de desmoronarse, y los otros parpadeaban cada vez más lentos, con las estrellas apagadas como si fuesen a perder su esencia vital.

A ella no le importaba, había tomado una decisión. Se internaría en la laguna negra y buscaría a Nïa hasta en el confín del mundo de las sombras si era preciso.

Con gran cuidado depositó el cuerpo de Ethera en el suelo y se puso en pie. Se acercó al borde de piedra y clavó la vista en la oscuridad densa, que parecía llamarla de manera hipnótica. Sintió el vértigo y la náusea subiendo por su garganta. Era como mirar desde lo alto de un rascacielos sin decidirse a dar un paso al frente.

De todas formas, ¿qué opciones tenía? No había salida ni escalera de cristal, y la piscina negra se le antojaba muy atractiva. Echaría de menos a sus amigas, por supuesto, pero ese era el destino que su madre había dicho: limpiar el veneno de la sangre de Ithirïe. Terminar de una vez con la maldición. Solo que Laila no estaba dispuesta a permitir que su hermana pagase un precio tan alto.

Apretó los puños y dejó su mente en blanco. Así sería más fácil, aunque recordó las palabras de la profesora Inthïa: «La puerta de Throagaär debe estar siempre sellada. Cuando se entra, ya no se puede volver».

Las manos le sudaban y por un momento le pareció que el nivel de aquella negrura había subido un poquito. Casi se desbordaba por encima de la piedra. Instintivamente dio un paso atrás y una burbuja explotó en el centro.

El corazón le latía frenético. Sólo un paso, un pie hacia adelante y se hundiría en aquellos miles de ojos que la espiaban. Porque había ojos. Ahora los veía con total

claridad.

De nuevo intentó armarse de valor. Tan violenta era la descarga de adrenalina que no oyó cuando la llamaron a gritos, y lanzó un alarido histérico en el momento en que la mano de Nimphia se posó en su hombro. Por un momento se volvió a ella sin reconocerla, y su amiga la sacudió hasta despertarla de aquella pesadilla.

—¡Laila, tenemos que irnos! —le dijo con urgencia.

—No —replicó ella señalando al lago—. Ahí es donde tengo que ir. Voy a sacar a Nïa de ese sitio cueste lo que cueste.

Y luego indicó con un gesto el cuerpo sin vida de su madre.

—Las sombras la mataron cuando por fin yo estaba entendiendo quién era ella. Me la arrebataron. No va a ocurrir lo mismo con mi hermana.

Nimphia la miró a los ojos. Laila mostraba una decisión tan firme que parecía inquebrantable. Su amiga volvió a girarse hacia el lago y Nimphia percibió también que la masa palpitante empezaba a deslizarse sobre las losas. Los guardianes colosales parpadearon por última vez y luego un silencio de muerte los envolvió.

—Lo haremos —le contestó nerviosa, obligando a Laila a mirarla de nuevo y a apartarse de aquella sima—. Iremos contigo. Aurige y yo, y Cyinder también, te lo prometo. Pero hoy no, Laila. Vendremos cuando estemos preparadas.

—Eso no va a ocurrir nunca —se encabazonó ella—. No se puede estar preparada para esto.

—Violeta nos ayudará —insistió Nimphia arrastrándola unos metros más—. Nos entrenará. Esos tenebrii no saben con quién se la están jugando.

Entonces se dio cuenta de que ahora había tirado de su amiga con más facilidad, casi dócil. Sus palabras le estaban llegando muy hondo.

—No puedo dejar a mi madre aquí —intentó Laila una última protesta cuando vio el avance lento y voluptuoso de las sombras, que iban a engullir el Templo del Amanecer sin la menor piedad—. Se ensuciará. Se manchará con... eso.

—Déjala —siguió Nimphia hacia la puertecita parpadeante donde aguardaba Jack oculto en la oscuridad—. Ella vivirá para siempre en tu cabeza, y la recordarás de otra forma, no así, no en este lugar.

Laila apretó los labios. Las lágrimas silenciosas volvían a deslizarse por sus mejillas, pero Nimphia tenía razón. No así. No ahora. Pero volvería, y no era una simple promesa, era un juramento de sangre.

Corrieron escaleras arriba y ni siquiera se sorprendió al encontrarse al hombre de negro allí. Abajo en la distancia, las sombras se deslizaban ya por los ventanales apagados, y la sala entera pareció reír con sonidos de cuchillas cuando los primeros dedos sombríos tantearon, ansiosos, las superficies inmaculadas de los monolitos.

La luz rojiza que inundaba el salón del trono se oscurecía a gran velocidad

cuando alcanzaron la cima. Bajo el fuego del firmamento el estanque lechoso parecía sangre espesa, y la columna de chispitas que caía desde las cristaleras desapareció dejándolo todo envuelto en un aura sucia.

Nimphia corrió hacia Violeta y la abrazó con una sonrisa triste. No había victorias. Al revés, todo estaba perdido. La shilaya escuchó sus palabras con terror y quiso consolar a Laila, pero Jack Crow se le adelantó.

—Tu padre me ha encargado que te lleve a casa, sana y salva —le dijo con gesto posesivo, dispuesto a cumplir su última orden a rajatabla.

Laila le miró. A casa.

Vuelvo a casa —había dicho su madre, y las palabras jamás le sonaron tan dulces y suaves como en aquel momento.

—Vámonos —insistió el hombre de negro.

Miró retador al resto de hadas por si alguna trataba de impedirselo. Sus ojos ni siquiera se posaron en Aurige. Simplemente no la veía.

—¡Sí, vete! —le gritó ella, incapaz de controlarse—. ¡Fuera de aquí, nemhirie! Nunca debí fiarme de ninguno de vosotros. Mi madre tenía razón, siempre la tuvo...

Y se atragantó a punto de llorar. Jack la miró un momento pero en su mente sólo era una sombra, sus palabras se hundían en el olvido de inmediato. Aún así la cabeza le dolió y se apretó la frente tratando de calmar un desasosiego que no comprendía.

Agarró a Laila del brazo dispuesto a sacarla de allí aunque fuese rastras, y se chocó de repente con una multitud de harapientos y mendigos que se habían acercado en silencio, y contemplaban a la chica con ojos cristalinos. Los cabellos verdosos refulgían llenos de trenzas y el hombre de negro se quedó paralizado, sin saber qué hacer.

Y en ese momento, el grupo entero de ithiries se arrodilló delante de Laila. La chica los contempló asombrada y su memoria voló atrás en el tiempo, a los espectros postrados en la Torre de Cálime. Ahora Fahon se acercaría pasando entre ellos y la miraría con sus ojos descarnados. Quiso decirles que se levantasen, que no se pusiesen de rodillas y menos ante ella, pero Violeta la contuvo.

La shilaya observaba a aquellas gentes inclinadas ante la chica. Solos, abandonados, perdidos. Entonces asintió para ella misma, como si encajase piezas de un puzzle en su cabeza. Piezas que tal vez Miranda había preparado mucho tiempo atrás y que ahora empezaban a tener sentido.

—Tú eres ahora la reina Serpiente —le dijo en un susurro cargado de admiración y orgullo—. Es tu derecho, y tu obligación.

Los ojos de Laila se abrieron como platos, tan atónita y asombrada como sus amigas. Las miró muda por la sorpresa y se volvió a Violeta con el rostro desencajado. Aquello era una broma pesada que no le hacía ninguna gracia pero la cara de la anciana era demasiado solemne.

Tras unos segundos eternos Nimphia se acercó y le apretó la mano con fuerza, dando a entender que ella pensaba igual que Violeta. Aurige permaneció un instante con el rostro crispado, pero entonces sonrió y la cogió de los hombros.

—Parece que no podrás irte así como así —le dijo con su sonrisa lunarie.

Laila sintió unas absurdas ganas de reír en medio de aquella situación, porque sabía que, por algún motivo que desconocía, su amiga también estaba tratando de molestar a Jack Crow.

Sin embargo ella misma no sabía qué hacer ahora. Se sentía tan aturdida que todo a su alrededor parecía una niebla irreal. Era la reina Serpiente, la reina de todos los que estaban allí arrodillados ante ella.

«*Tú limpiarás el veneno que nos corroe*» —recordó las palabras de su madre.

Por eso lo había hecho Ethera —comprendió notando lágrimas en los ojos—, y por eso Nïa se había ido con las sombras. Para que ella fuese la nueva reina Serpiente, pero no con el odio y el veneno de la sangre, sino algo nuevo. Algo que no tuviese nada que ver con la maldición de Ithirïe. Y entonces creyó oír la risa cascada de Miranda, perdida en la memoria: «*Mis ojos te quieren, ithirïe, pero querrán más a Nïa. Algún día se lo tendrás que agradecer*».

Desde luego que se lo agradecería. Iría en su busca y la rescataría aunque tuviese que enfrentarse a la más horrible de las muertes. Y le agradecería que hubiese sido ella, Nïa, quien de verdad la hubiese salvado de sí misma. No aquí, no hoy, pero ese día llegaría pronto.

—No voy a casa, nemhirie —dijo sin mirar a Jack—. Esta es mi casa. Vuelve con mi padre o quédate, es tu decisión pero yo no puedo, ni quiero, abandonar a mi gente.

Y entonces sintió el enorme peso que caía ahora sobre sus espaldas. Una tonelada asfixiante, pero leyó en los ojos de Violeta y en los de Aurige y Nimphia, que aquella carga tremenda no la iba a acarrear ella sola.

—Yo quisiera... —empezó a decirles a las gentes que habían levantado la cabeza y la miraban impasibles.

Pero ya no pudo seguir hablando. El sonido de un revuelo que llegaba desde el recibidor hizo que todos los ithirïes se levantaran en actitud defensiva, mirando hacia las puertas con gestos hostiles. Langella y dos limnias entraron a toda prisa en el salón. Desde las galerías llegaba un murmullo creciente de voces nerviosas y ellas se miraron inquietas. Gritos asustados, miedo. No eran limnias quienes estaban viniendo.

Violeta salió a toda prisa y las demás la siguieron. Por los pasillos y desde las puertas llegaba una multitud de hadas. Hombres y mujeres, sacerdotisas y albanthïos, todo un pueblo que una vez estuvo orgulloso de pertenecer a Tirennon. Ahora eran firïes. De una forma terrible Tirennon había dado paso a Tir-Nan-Og y nadie había sentido la piedad de explicarles qué estaba ocurriendo.

Solo que ahora ya no buscaban explicaciones. Querían ver a la reina. Necesitaban ver a su reina y que les protegiese, porque más allá de la ciudad...

Laila contuvo el aliento con ojos horrorizados. Desde las alturas, la gran meseta de Nan-Og era una masa negra viviente de muerte y caos. Millones de ghüls se acercaban lentamente en medio de una algarabía de aullidos que presagiaban destrucción y masacre, saboreando la sangrienta victoria por anticipado. La sola visión engendraba nauseas de terror.

Pero lo más espantoso era ver las caras de los firïes y sentir sus corazones rotos al descubrir que Maeve no estaba allí para proteger ni consolar a nadie. Había huido como una rata cobarde abandonándolos a todos.

Langella se acercó a Violeta y la miró a los ojos en una conversación muda.

—No —contestó la shilaya, pero ella insistió con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nimphia con pánico, en medio de la marejada de firïes que ya no sabían a dónde ir.

—Langella dice que nos marchemos. Ellas se quedarán y defenderán Tir-Nan-Og hasta el final. No cree que nadie sobreviva...

La voz se le quebró.

—Yo no puedo irme —aseguró Laila con la boca seca y el miedo palpitándole con fuerza en la garganta—. Tengo que quedarme con ellos, no voy a abandonarles.

—Ni nosotras —aseguró Aurige con sus ojos llenos de estrellas oscuras.

—Es una batalla perdida —aseguró la anciana tragando saliva—. Ni siquiera podemos controlar a los fénix. No tenemos las Piedras con nosotras.

«No importan los fénix» —sonó la voz de Langella—. «Este es el castigo que Firïe se merece y tal vez ellos lo saben, pero nosotras lucharemos...»

De repente se quedó callada. El joven ithirïe de ojos profundos le había cogido la mano y la miraba sin pestañear.

—Nosotros también lucharemos —le dijo con un acento raro, arcaico, en el que se mezclaban palabras nemhiries—. Lucharemos con nuestros hermanos de fuego.

La limnia se quedó impresionada, pero no tanto como Laila, que había abierto la boca y un extraño orgullo la sacudió por dentro.

—Vete —le dijo el joven a Laila con su intensa mirada—. Debes hacer algo mucho más importante y éste no es el momento.

—Yo no sé... —balbuceó ella—. No sé qué tengo que hacer aparte de estar con vosotros...

—Lo sabrás —aseguró él con una determinación sorprendente—. La reina Serpiente siempre lo sabe.

Ella se quedó sin aliento. El griterío en Nan-Og alcanzaba ya un grado insoportable, el estruendo de una fiesta de maldad en pleno apogeo. Miró a Violeta y la shilaya asintió por fin.

—¿Y dónde vamos? —murmuró Aurige, viendo que el hombre de negro se alejaba por entre el gentío como si no le importase nada, como si ya hubiese concluido el motivo de estar allí.

—Airie —contestó Nimphia con una intuición—. Aunque la bruja Mab se haya refugiado allí, no podrán alcanzarnos si evacuamos las islas, y si los Señores de los Vientos se unen a los *maddins*, tendremos una oportunidad.

Violeta escuchó sus palabras con suma atención. La chica podría estar angustiada bajo el terror de los ghüls, pero su planteamiento era el más lógico. Hizo destellar la varita mágica, que relució como una antorcha en las tinieblas. Langella y las limnias corrían ya junto a los ithiries hacia las murallas y para su sorpresa descubrió que muchos las seguían, antiguos albanthios que al parecer, habían tomado una determinación.

«Quizás no esté todo perdido» —pensó intentando mantener un último resquicio de esperanza que se deshacía bajo los aullidos de aquella peste negra.

Movió la varita y una estela del color del viento se agitó delante de ella, formando remolinos y nubes en su interior. Miró a las chicas una a una, solemne, y les hizo un gesto para que entrasen en el portal.

—¡Esperad! —las sobresaltó una voz ronca y masculina—. Juro por Dios que os aborrezco, hadas. Por mí, todas podríais arder en el infierno —permaneció unos segundos en silencio con la mirada ausente y luego negó con la cabeza—. No sé por qué hago esto. De verdad que no lo sé, pero voy con vosotras.

Violeta miró a Jack Crow mientras Aurige cruzaba el torbellino azul con la cabeza muy erguida y los labios apretados.

—No te preocupes, joven —le sonrió la anciana con un guiño indicándole que cruzase aquella cortina—. Yo sí lo sé.

Epílogo

Nadie vio nunca llorar a una arpía.

Monique volaba con toda la fuerza de sus pequeñas alas y las lágrimas resbalaban por su carita de niña. El viento se las llevaba como pequeños diamantes luminosos y ella no miró atrás.

Cuando la anciana shilaya le susurró al oído, ella voló muy alto dispuesta a cumplir la misión, porque quería a aquella mujer casi tanto como a la chica lunarie. Pero a la chica mucho más. Nadie le había peinado nunca ni le había dado besitos ni le había puesto lazos en el pelo, y eso Monique lo llevaba grabado en el alma.

Vivió con la extraña mujer de los ojos tapados en su torre, porque su pequeño corazón sabía que debía estar con ella. Luego, cuando la mujer se rompió como un cristal, la otra anciana shilaya se hizo cargo de ella y la trató muy bien, dándole de comer y cuidándola.

Pero Monique presentía que aquel no era su sitio. Necesitaba saber si había otras como ella, y cuando la mujer le susurró y le cantó aquellas palabras, supo que la echaría de menos, pero era el momento de partir.

Todavía era pequeña, pero había crecido mucho y se sentía fuerte. Todo un mundo se abría ante sus ojos, y ella voló cuando la tierra blanca bajo sus alas se convirtió en cenizas negras.

Y mucho más lejos.

Sin saberlo, voló sobre el viento de los siglos y sobre el fuego de la codicia, voló sobre la luna y los soles, y más allá de las arenas que una vez fueron aguas traicioneras. Voló sobre la tierra marchita de las pirámides destruidas, y no lograba encontrar lo que estaba buscando.

Y por fin, de todos los sitios que había recorrido en su búsqueda, uno en especial llamó su atención. Un paraje desolado de tierra yerma, seca y negra que olía a maravilloso azufre. En los riscos escarpados había grutas oscuras excavadas en la propia roca. Y allí se llevó la sorpresa más grande de su vida.

Cientos, tal vez miles de arpías como ella habitaban aquel lugar. Volaban en grandes bandadas, dando círculos y chillando sus gritos de caza alrededor de los picos rodeados de piedras afiladas.

Con su pequeño corazón latiendo emocionado, se posó en un saliente y allí esperó durante horas a que alguna se diese cuenta de su presencia. En el cielo, el sexto sol de aquel mundo estaba ya muy alto cuando un grupo se acercó.

La rodearon oliéndola y escuchando lo que les contaba en aquel lenguaje lleno de silbidos y grititos guturales. Entonces se abalanzaron sobre ella y le picotearon la cabeza, arañándole la cara con sus garras y sus uñas. La golpearon haciéndole heridas

salvajes y la espantaron de allí pensando que moriría en pocas horas.

Monique lloró escapando por muy poco de la furia de sus hermanas, con toda la fuerza que le daban sus alas sangrantes. No entendía qué había ocurrido y por qué ellas no la querían si todo el mundo que había conocido hasta entonces la trataba bien, le daba de comer y la cuidaba. Y nunca supo que era ese precisamente el motivo del desprecio. Nadie de su especie trataría jamás con hadas o humanos, ni hablaría de cosas que no fuesen cazar y matar, y mucho menos enorgullecerse del olor que aquella traidora desprendía.

Por eso quisieron acabar con ella, y Monique voló lejos hasta que el viento se llevó sus lágrimas, brillantes como gotitas de rocío. Bajó a tierra cuando descubrió un riachuelo rodeado de árboles dorados y verdes, y allí trató de limpiar sus heridas, aunque las más importantes estaban por dentro y nunca cicatrizarían.

Y cuando picoteaba distraída las bayas de un arbusto, una voz chillona le gritó dándole un susto de muerte, y sintió la punta de una rama absurda contra su cuello.

—¡Atrás, monstruo! —exclamó el ser con jactancia—. Soy la shilaya más poderosa... bueno, la más famosa de todos los tiempos, y no dudaré en usar mi varita mágica si mueves una sola de tus plumas.

Monique se giró con cara de extrañeza para descubrir a un insecto ridículo que temblaba de miedo. Pegó un picotazo al aire y la pixi dio un grito corriendo a esconderse. Ella no le prestó más atención. Se sentía tan desgraciada que bien podía cerrar los ojos y que la muerte la arrastrase. Se hundió sobre sus plumas dispuesta a dejarse llevar.

—¡Ey! —le gritó el irritante ser que de nuevo había cogido la ramita y la blandía como si fuese una aguja—. ¡Hazme caso! Soy la shilaya más importante de todos los tiempos...

Ella no se movió y la otra se sintió algo decepcionada. Hubiese sido una batalla épica contra un monstruo de tamaño colosal y muchas cabezas —añadidas según fuese contando el relato a aquellos que quisieran escucharla—, y por supuesto su victoria sería aplastante, y con ella llegaría la fama y la fortuna. Claro, que no podía contar que el monstruo sólo parecía un polluelo al borde de la muerte.

—¿Qué te pasa? —insistió la pixi—. ¡Ah, ya veo! Estás herida.

Y sin esperar más le separó los plumones y arrancó un trocito de uña clavada en la carne. Monique chilló revolviéndose y la pixi salió pitando hacia los arbustos de bayas. Después de comprobar que la arpía no le atacaba ni echaba fuego por la boca, regresó sin dejar de protegerse con su «varita mágica».

—Oye, te he salvado la vida —la regañó cuando estuvo ante su cara—. Lo mínimo de buena educación es un agradecimiento cortés, y bueno... tal vez unas joyas y un vestido de color celeste... Tengo que estar presentable cuando llegue a las Montañas Shilayas, y como he estado luchando contra monstruos *terriiiiibles* y les

di a todos una paliza —siguió parloteando ya sin parar—, pues por eso a lo mejor te engaña mi aspecto, pero soy la shilaya más importante...

Se calló al ver que la otra no le hacía ningún caso, de hecho, la pequeña arpía se había puesto a llorar. Se sentó frente a ella con la cabeza baja.

—Yo también he llorado, ¿sabes? —le dijo al rato—. Una gran bruja me hizo prisionera, y aunque la dejé al borde de la muerte, tuvo fuerzas para encerrarme en los calabozos. Y allí conocí a una gran dama, un poco cruel, todo hay que decirlo —recordó la maldición que había arrojado sobre el humano que les había sacado a todos de allí—, pero tan bella y poderosa que creo que era una diosa. Y fue ella la que me dijo que yo sería la shilaya...

Se dio cuenta de que la arpía había dejado de llorar y la escuchaba con mucha atención. Más animada, se puso en pie de un salto y siguió relatándole una larga aventura cada vez más complicada en la que al final todo el mundo aplaudía y a ella le ponían una coronita, y le daban una varita mágica de verdad, y...

Monique se había incorporado mientras la pixi daba vueltas y movía los brazos exageradamente, perdida en su historia. Con gran cuidado la cogió con el pico por su traje mugriento, haciendo caso omiso a sus gritos de miedo y a sus pataleos, y la acomodó entre las alas.

Algo de lo que la pixi repetía sin parar le resultaba muy familiar, y además le palpitaba el corazón un poquito porque había tenido una idea. Echó a volar renqueante, con el dolor de las heridas todavía frescas, y la pequeña hada lanzó un aullido histérico cuando ganó velocidad.

Atrás quedó el bosquecillo verde, muy abajo, casi de juguete, y Monique voló hacia el horizonte dorado con nueva fuerza. Ya sabía dónde tenía que ir y ahora lo sentía casi como una llamada.

Los soles siguieron su viaje en el cielo y cuando atravesó como un meteoro la gran burbuja llena de estrellas de color violeta, sus plumas se volvieron brillantes como el oro bruñido. La pixi en su lomo, atónita, se encontró vestida con un traje celeste de gasas y pequeños diamantes.

Voló sobre el bosque azul lleno de torres de lucecitas y senderos con puentes de cristal, y por fin encontró a la persona que estaba buscando.

La shilaya se quedó muy sorprendida cuando un pájaro dorado, con un jinete que no era más que una pixi chillona se posó, exhausto, en sus manos. Pero sobre todo estaba sorprendida porque recordaba a aquella ave como algo lejano y perdido en la memoria.

Entonces Monique cantó las palabras de la anciana, palabras antiguas de tiempos remotos. Palabras oscuras que despertaban el poder dormido bajo los tules y las gasas. Uno a uno volvieron los recuerdos. Todos. Como una marea imparable que se grabó para siempre en el corazón de la Magistra del Sol.



BARBARA G. RIVERO. Estudió medicina y ejerce como médico en Jerez de la Frontera y ha compaginado su trabajo con su pasión por la literatura fantástica. Su primer libro fue *Laila Winter y las Arenas de Solarie* que, a pesar de tratarse de su opera prima, fue acogido por los libreros de forma excepcional al lograr haber colocado la mayoría de la tirada que se editó, es decir, más de 7.500 libros en toda España. Este libro dio comienzo a una saga que continúa hasta el momento con los títulos *Laila Winter y los Señores de los Vientos*, *Laila Winter y la Maldición de Ithirïe* y *Laila Winter y el Corazón de las Sombras*